



LINDA
CARLINO

JUANA

→ ESA OTRA MUJER DISTINTA A LA LOCA ←

de

Lectulandia

La reina Juana de España era hija de Isabel y Fernando, y hermana de Catalina de Aragón. Juana fue el instrumento necesario para crear las poderosas casas de los Habsburgo en España y Austria, que reinarían durante siglos. Tres hombres negaron despiadadamente a Juana su poder y su posición a lo largo de su vida: su marido, Felipe; su padre, Fernando y su hijo, Carlos.

Soportó con valentía y determinación los continuos castigos físicos y mentales a que la sometieron, y fue su espíritu de rebeldía el que la llevó a merecer injustamente el sobrenombre por el que se la recuerda: Juana la Loca.

Lectulandia

Linda Carlino

Juana

Esa otra mujer distinta a la loca

ePub r1.0

Titivillus 08.06.18

Título original: *That Other Juana*
Linda Carlino, 2017
Traducción: Catalina Martínez Muñoz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ESA OTRA JUANA

JUANA I DE ESPAÑA

Una historia de amor obsesivo, pasión desenfrenada y traición cínica y cruel.

La reina Juana de España era hija de Isabel y Fernando, y hermana de Catalina de Aragón. Juana fue el instrumento necesario para crear las poderosas casas de los Habsburgo en España y Austria, que reinarían durante siglos. Tres hombres negaron despiadadamente a Juana su poder y su posición a lo largo de su vida: su marido, Felipe; su padre, Fernando y su hijo, Carlos.

Soportó con valentía y determinación los continuos castigos físicos y mentales a que la sometieron, y fue su espíritu de rebeldía el que la llevó a merecer injustamente el sobrenombre por el que se la recuerda: Juana la Loca.

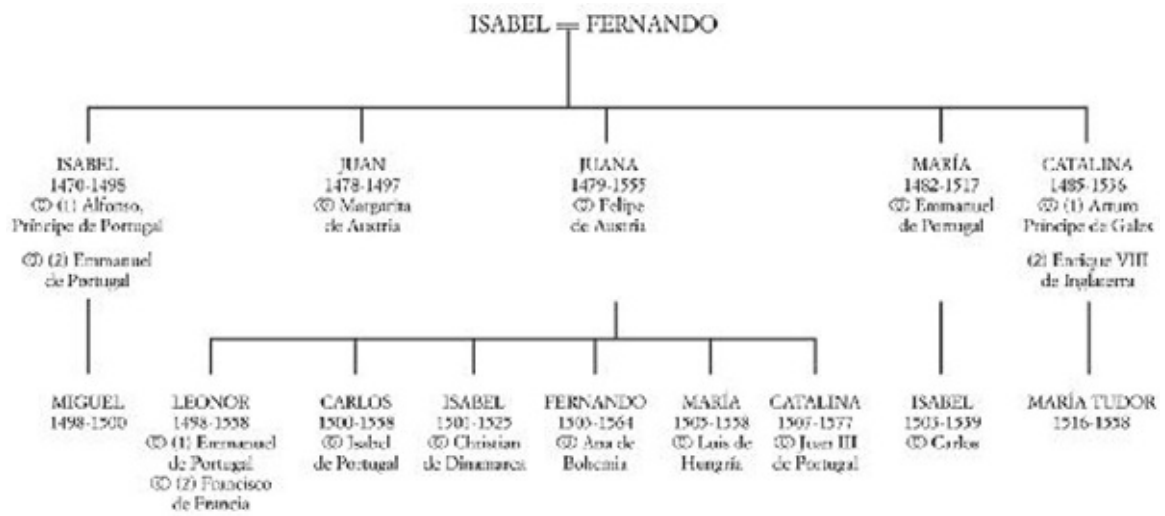
CONTEXTO HISTÓRICO

La historia de Juana transcurre entre los años 1496 y 1555, principalmente en España, pero también con un período en los Países Bajos y un breve intervalo en Francia e Inglaterra.

Es la época en que los reyes católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, intentan fortalecer su nuevo reino de España. Su objetivo era proteger al país de amenazas externas y ampliar su influencia en Europa acordando matrimonios estratégicos para sus hijos, como el de Catalina de Aragón con Enrique VIII. La inesperada muerte de los dos hijos mayores hizo que Juana, la menos idónea para un matrimonio político y la sucesión al trono, tuviera que soportar ambas cargas.

Este relato es fiel a los hechos históricos, salvo algunos detalles que facilitan y mejoran la narración. El diálogo interior de los personajes, sus pensamientos y algunos de sus actos son, en su mayoría, fruto de la imaginación y la intuición de la autora, aunque siempre relacionados con hechos conocidos.

ÁRBOL GENEALÓGICO



MAPA DE ESPAÑA



MAPA DE LOS PAÍSES BAJOS



MATRIMONIO

CAPÍTULO 1

En la cabeza de Juana se agolpaban las esperanzas y los temores de una muchacha que acababa de cumplir dieciséis años. El pulso le cerraba la garganta, y le costaba respirar.

Salió precipitadamente de su dormitorio y recorrió la galería del primer piso, seguida de cerca por sus damas y su joven esclava, Zaida. Sus pensamientos estaban en la Cámara del Consejo. Centinelas y cortesanos se miraban unos a otros con imperceptibles y compasivos movimientos de cabeza. El agradable olor a lavanda que desprendían los recios arcones y el suelo de roble recién encerado, su fragancia favorita, no tenía hoy ningún encanto.

Sabía por qué la había llamado su madre, la reina. Claro que lo sabía. Esperaba con tanta ilusión como temía la llegada de este momento desde que se firmó el contrato, no hacía mucho tiempo, aunque también se había atrevido a desear que se retrasara algunos años.

Pero esta fría mañana de enero de 1496, un día que iba a grabarse para siempre en su corazón, la habían convocado a una audiencia oficial. No cabía duda de cuál era el propósito. No podía ser otro que el de comunicarle que las negociaciones matrimoniales habían terminado y se había fijado la fecha de su partida.

—Zaida, me mandan al exilio... Me destierran de España. —Juana pronunció estas palabras ahogándose, con la voz entrecortada—. ¿Cómo voy a vivir en ese país, tan lejos de aquí? El viaje es demasiado largo y peligroso. Estaré apartada de todo lo que más quiero. No volveré a ver a mi familia. Lo sé. Me sentiré perdida y olvidada.

Se detuvo cerca de la esquina, junto a las escaleras del patio, y aspiró una ráfaga del aire helado que subía con sigilo. Se sacudió la falda de terciopelo verde con los dedos inquietos.

Zaida cogió las manos de la princesa para tranquilizarlas.

—Valor, mi señora, valor —exhortó a la hermosa Juana.

Porque Juana era hermosa en todos los aspectos: en sus rasgos, en la gracia de sus movimientos y en la melodía de su voz. Era delgada, de estatura mediana y proporciones perfectas. Unos preciosos mechones entre dorados y cobrizos enmarcaban su rostro ovalado. Los ojos del color de la avellana, siempre dispuestos a chispear con inteligencia y alegría de vivir, con calidez y amor, brillaban hoy amenazados por las lágrimas. La boca, más acostumbrada a la sonrisa y la carcajada, estaba contraída de temor.

Sus damas esperaban a unos pasos.

—¿Qué tengo que hacer? —suplicó Juana—. Estoy asustada. ¿Podéis prometerme que seré feliz en Flandes? Y, si lo fuera, ¿por cuánto tiempo? Y, si no lo fuera, ¿entonces qué?

—Mi señora, nadie puede saberlo. Debemos depositar nuestra confianza en Dios.

—Espero que se apiade de mí. Mi hermana Isabel dice que quiere retirarse a un convento. ¿Creéis que debería decirle a mi madre que yo también quiero ser monja? ¡Imposible! Esa no es vida para mí. ¡Con rezar, confesarme e ir a misa ya tengo más que suficiente!

Se interrumpió al ver que sus damas se escandalizaban.

—Lo digo solamente porque Flandes está lejísimos —continuó—. ¡Todas diríais exactamente lo mismo si estuvierais en mi lugar! Pero ¿qué hago aquí entreteniéndome? Mis padres me acusarán de remolona o de desobediente.

Se levantó los faldones del vestido, hizo una reverencia, se persignó delante del tríptico empotrado en un nicho y se dirigió al Salón Rico, donde iban a anunciarle su futuro. Sus damas de compañía la siguieron, tras una brevísima pausa para santiguarse también.

Desde hacía un año, Juana tenía conocimiento de las diversas negociaciones para acordar su matrimonio con el archiduque Felipe, hijo del emperador. Pensaba, ingenuamente, que aún pasarían varios años antes de la boda, pero pronto se demostró que no sería así. Hubo continuas idas y venidas de los embajadores a lo largo de aquel año. Desde que se celebró el casamiento por poderes, ese mismo mes, y Juana firmó el compromiso de cumplir todas las cláusulas del contrato matrimonial, la inminencia de su partida era un clamor. Eso, sin contar los rumores de que una flota especial se había reunido en el norte.

Se encontraba delante de las puertas del Salón Rico. ¿Qué la esperaba al otro lado? Solo sabía que no tenía elección, que no había alternativa.

Las damas se ocuparon de colocar con mimo los mechones dorados por debajo de la cinta verde, cruzada en la coronilla de la cabeza; comprobaron la pulcra trenza que le llegaba hasta la cintura; le estiraron el corpiño; doblaron las amplias mangas del vestido para dejar a la vista el forro de raso rojo; le enderezaron los pliegues de la falda.

Zaida sonrió y dijo:

—Mis pensamientos están con vos, para daros fuerza, aunque no esté a vuestro lado.

Juana dio un salto cuando las puertas se abrieron con un chasquido. Había llegado la hora. Su respiración se mezcló entonces con breves sollozos de dolor. Se impuso el esfuerzo de entrar en la cámara y dar los primeros pasos hacia un futuro incierto.

El salón era un fulgor de rojo, blanco y oro, de las paredes a las cornisas y los techos de madera policromada. Suntuosos tapices realzaban el esplendor. Nobles, prelados y embajadores ocupaban la Cámara del Consejo de extremo a extremo. Se había congregado prácticamente toda la corte.

Juana estaba sobrecogida. Se detuvo después de dar unos pasos, incapaz de seguir adelante.

En el otro extremo, detrás de esta formidable reunión de testigos invitados para la ocasión, la reina Isabel y el rey Fernando ocupaban sus tronos, debajo de un dosel de terciopelo granate que lucía con orgullo el escudo de España y proclamaba el poder de sus casas unidas. Los monarcas habían cambiado su sencillo atuendo diario por los encajes de oro y las prendas de raso y seda rojas.

Juana les dirigió una mirada nerviosa antes de bajar la cabeza, desesperada por esconderse de tantos ojos como la observaban. Mientras estudiaba las baldosas del suelo, de repente lo vio todo muy claro. Aquella era una audiencia de despedida. Hizo un mohín y protestó en silencio, porque esto de ninguna manera podía compararse con los espléndidos torneos y los banquetes que se habían organizado para su hermana. ¡Qué injusto era todo! Le habría resultado mucho más fácil perderse en el bullicio de los festejos que someterse al escrutinio de tantas miradas.

La reina Isabel miró desde el fondo de la cámara y se preguntó cuánto tiempo pensaba quedarse su hija parada, con aire de encontrarse tan fuera de lugar. Empezaba a molestarle que Juana estuviera tan abrumada por la ocasión. Era lamentable que aún no hubiese perfeccionado sus modales regios y se dejara intimidar con tanta facilidad. Esta joven que agachaba la cabeza y se toqueteaba el cinturón con inquietud ¿era su hija de barbilla obstinada, la muchacha testaruda a la que poco antes había tenido que reprender con severidad?

La falta de dignidad de Juana no era la única preocupación de Isabel. A esto se sumaba su tendencia progresiva a rehuir la compañía (una costumbre alarmante, similar a la de su abuela, que la llevaba tristemente a confundir sus pensamientos). Ojalá fuera solo un síntoma de una nueva etapa de rebeldía, no precisamente rara entre las muchachas de su edad.

Juana levantó por fin la cabeza. Saludó a sus padres con una reverencia y emprendió el largo paseo hasta los tronos. Con el rabillo del ojo vio a algunas de sus amigas, entre ellas a su favorita, su tutora de latín. Sus cálidas sonrisas le infundieron el ánimo necesario para sostener la cabeza alta, hasta que vio al cardenal Cisneros al lado de su madre. Era el nuevo arzobispo de Toledo y primado de España. Juana le tenía pánico. Aquel clérigo era mucho más que la cabeza de la Iglesia; era un hombre poderoso, de inteligencia penetrante, y un incansable guardián de la fe. Tenía capacidad para influir, persuadir y guiar a la reina, incluso se atrevía a dirigirse a ella como un igual. Lo sorprendente era que ella no tomaba esta audacia por ofensa, y eso era prueba suficiente de su poder, prueba suficiente para que a Juana le temblaran los pies antes de atreverse siquiera a mirar aquel rostro alargado y cadavérico, con los ojos hundidos. Sabía perfectamente que Cisneros se había asomado a las profundidades de su alma y había descubierto sus defectos.

Empezaron a temblarle los labios. Se arrodilló de prisa a los pies de sus padres y agachó la cabeza para que nadie viera sus lágrimas. Apretó contra el corazón desbocado su medalla de la Virgen, un regalo de su madre.

Isabel y Fernando se levantaron y bajaron juntos los tres escalones para saludar a

su hija. Los dos habían cumplido los cuarenta años. Casi dos décadas de combates sin tregua para forjar una nación se habían cobrado su precio, sobre todo en Isabel, que había soportado además los rigores de seis embarazos. Ya no era la joven alta, esbelta y llena de gracia que había cautivado a Fernando. El cutis claro había cobrado un color cetrino, y el rostro alargado, con la barbilla firme, estaba hinchado y no tenía ya la misma tersura. El pelo castaño había perdido brillo y ahora siempre iba cubierto con un velo. Este día, con ocasión de la audiencia, se había puesto una pequeña corona.

Fernando había tenido mejor suerte. Sus facciones, bronceadas y curtidas en los campos de batalla, conservaban su fuerza y su atractivo. La práctica continuada de la caza y la equitación lo ayudaban a conservar los músculos firmes.

Juntos, los reyes cogieron las manos de la princesa para que se levantara. Al ver las sonrisas de sus padres, Juana no tuvo duda de que se felicitaban por el buen resultado de dos contratos matrimoniales, el suyo y el de su hermano Juan. El vínculo entre España y el Sacro Imperio Romano se había fortalecido con esta doble alianza que estrechaba el cerco sobre Francia, la nación enemiga, y rebajaba sus ambiciones expansionistas.

Juana iba a casarse con Felipe, y Juan, con Margarita, hermana de Felipe. Gracias a los tratados redactados a raíz de estas alianzas matrimoniales, y de otros con Inglaterra, que prosperaban a buen ritmo (estos dependían de la boda de otra hija, Catalina, con el hijo del rey Enrique VII), Francia quedaría completamente cercada.

El rey Fernando tomó la palabra.

—Dulce hija, los trámites para tu boda han terminado. La espera y la incertidumbre han concluido. Te casarás en octubre y te convertirás en la esposa de Felipe, archiduque de Austria, duque de Borgoña, conde de...

Tuvo Juana que hacer un esfuerzo descomunal para no gritar a su padre, para no decirle que todo eso ya lo sabía y le daba lo mismo. Lo que quería saber, aunque lo temía, era la fecha de su partida. No podía quitarse de la cabeza la letra de una canción que parecía empeñada en burlarse de ella:

Dicen que debo casarme.

Yo no quiero esposo, no.

Una salva de cortesés aplausos llenó la Cámara del Consejo, y la voz de la reina Isabel, como si llegara de muy lejos, sacó a Juana de su ensoñación.

—Te marcharás a Flandes en julio.

El pánico se apoderó de Juana. No podía ser en julio: ¡era demasiado pronto!

—Es toda una aventura para ti, y se nos echará encima sin darnos cuenta. Tenemos que elegir a varios servidores fieles para que te acompañen. También tenemos que buscar a los sacerdotes idóneos para tu confesión y tu sostén espiritual.

Se marcharía en el plazo de unos meses, con sirvientes y sacerdotes elegidos por su madre: sus propias preferencias no contaban. Empezaba a sentir el escozor caliente de las lágrimas. Pensó en fugarse, en esconderse donde fuera; incluso en arrojarse a los pies de sus padres y suplicar que le permitieran quedarse en casa, con su familia. Por fin encontró las palabras con las que ahorrarse esta vergüenza.

—Majestades, haré todo lo que esté en mi mano por complaceros, por ser digna de... —Se ahogaba, le dolía todo el cuerpo de desesperación.

La atención de los presentes se centró de pronto en las puertas, que se abrieron para dar paso a un joven de diecisiete años. Era Juan, un muchacho de piel clara y aspecto enfermizo, que había pasado su infancia siempre rodeado de médicos. Juan era el hijo especial en la familia, muy querido por Isabel. ¿Lo era por tratarse del único hijo varón que Dios le había dado? ¿Por lo frágil que había sido en su infancia su vínculo con la vida? ¿Por su determinación para vencer sus dificultades? Quizá fuera por su bondad, de palabra y de obra. Podía ser por una mezcla de todo lo anterior. Con independencia del motivo, para Isabel era su ángel, y siempre se dirigía a él por este nombre.

Juana observó a su hermano, menudo y frágil, que se acercaba despacio al estrado, ocultando su cojera con su andar estudiado y su túnica de terciopelo rojo. Lo quería mucho y le habría gustado ser como él, que encontraba placer en tantas cosas y se ganaba la amistad de todos. Buscaba siempre agradar y siempre estaba alegre.

Isabel y Fernando, disciplinados diplomáticos y expertos en esconder sus emociones, no pudieron disimular la alegría al ver a su hijo.

—M-majestades. —Juan se arrodilló en los almohadones puestos a los pies de los monarcas. Se levantó y besó primero la mano de su madre, luego la de su padre.

—Queridísimo hijo, nuestro querido príncipe, tenemos buenas noticias. La archiduquesa de Austria llegará a finales de este año. Zarpará con la flota que llevará a tu hermana a su nuevo hogar, cuando regresen los barcos.

Juan estaba feliz, le brillaron los ojos y asintió con la cabeza a la vez que miraba a su alrededor, invitando a la corte a compartir su alegría.

—C-caballeros, s-señoras, ¿no es maravilloso? Pronto tendremos entre nosotros a mi esposa Margarita. ¡Q-qué afortunados somos de recibir ese t-tesoro!

Los cortesanos respondieron con una reverencia. Muy pocos lo habían entendido. Las palabras que salían de la boca del príncipe, torcida y marcada de cicatrices, eran casi ininteligibles y, para la mayoría, resultaba imposible dar sentido a sus balbuceos.

A una señal de Fernando, un plantel de trompetas y sacabuches encabezó la procesión de los portaestandartes para ocupar su puesto a ambos lados de los tronos y en los peldaños del estrado. En cabeza iba el escudo de Isabel, el haz de cinco flechas de oro sobre campo verde; detrás, el yugo de oro de Fernando, sobre campo negro. Los seguían los comandantes de las tres órdenes militares, ataviados con capas

blancas, que portaban los estandartes con sus cruces distintivas. Cerraba el desfile el escudo de armas real, dividido en cuatro cuarteles que representaban a Castilla, León, Aragón y Sicilia, al que se había incorporado el fruto de la granada, como símbolo de la reciente reconquista del reino del mismo nombre.

Tras una pausa, los cortesanos desfilaron al son de los laúdes y dulcemeles para besar la mano de la familia real, ofrecer sus felicitaciones y despedirse de Juana. Después pasaron a admirar las copias de los contratos matrimoniales, redactados en latín y francés, con los nombres de los contrayentes escritos en oro. Una orla de hojas entrelazadas mostraba la siguiente inscripción: *Et qui quispiam praevalent contra unum, duo resistan ei*. «Si uno es agredido, serán dos a defenderse...».

* * *

La ceremonia había concluido y la mayoría de los cortesanos se había retirado. Finalmente no había sido tan aterrador. Lo cierto es que Juana había disfrutado.

Fernando pasó un brazo alrededor de los hombros del príncipe Juan para llevarlo hasta la chimenea, donde ardía un alegre fuego. Allí se quedaron charlando y riendo a sus anchas, de un humor en sintonía con el vivo crepitar de los leños.

Juana esperó hasta que su madre le hizo una señal.

—Ven, hija, sentémonos un poco. —Isabel se instaló en un diván mientras Juana colocaba alrededor unos almohadones, algunos de ellos confeccionados por la reina a ratos perdidos.

—Cuéntame, madre. Cuéntame todo lo que sepas de Felipe. ¿Has vuelto a tener noticias? Recuérdame cómo es. ¿Crees que le gustaré? ¿Soy lo bastante guapa para él?

—Despacio, despacio, Juana. ¡No me hagas tantas preguntas a la vez! Siéntate y hablaremos. —Isabel esperó a que su hija se sentara cómodamente a sus pies—. Ya sabes que Felipe es alto, rubio y de ojos azules. Se ha ganado el apodo de *Philippe le Beau*: Felipe el Hermoso. Tienes un retrato suyo, Juana. Eso lo dice todo.

—Sí. —Juana cerró los ojos y se meció suavemente en su almohadón. Iba a casarse con un príncipe al que se conocía como Felipe el Hermoso, un joven alto y apuesto, solo un año mayor que ella. ¡Ojalá pudiera estar con él en ese mismo instante! Se imaginó vestida con una túnica de seda blanca y un manto verde oscuro. Iba corriendo, con unas zapatillas de plata, por una pradera cubierta de rocío, y llevaba regalos, rosas y limones, además de una jaula de oro con pájaros cantores. Él se volvía para recibirla con los brazos abiertos.

—Cuéntame más cosas. ¿Qué hace? ¿Qué le gusta? ¿En qué destaca?

Isabel tardó unos momentos en responder. Las leyendas y los rumores que llegaban de Flandes, sobre las aventuras amorosas del príncipe despertaron una vez más su preocupación por Juana.

—Creo que se puede decir que disfruta plenamente de la vida. Le apasionan la

caza, el baile y los deportes. Tiene mucho talento para los juegos de pelota. Y también le encanta pasar amenas veladas con sus numerosos amigos. —Omitió que tenía una arrogancia detestable y un temperamento exaltado y fácilmente irascible.

—Madre, debe de ser maravilloso ser tan excepcional, tan popular. ¡Y pensar que va a ser mío, todo mío! Bailo con gracia, tengo buena voz y toco bien varios instrumentos, o eso dicen mis maestros. Pero ¿de verdad soy guapa? Un hombre como él necesita una esposa guapa. ¿Soy guapa, madre?

Isabel estaba alarmada. ¿Seguía Juana sin comprender la esencia de los matrimonios entre la realeza? ¿Cómo era posible, después de tantas discusiones? La inquietaba que su inocente hija de dieciséis años aún tuviese la cabeza llena de absurdas fantasías románticas, sin duda por culpa de esos libros en los que siempre estaba enfrascada.

Sin embargo, Isabel tenía que descartar cualquier recelo sobre esta alianza. Su hijo, como heredero de España y sus dominios, era una pieza clave de las negociaciones; aunque a decir verdad, y esta era una verdad muy dolorosa, no gozaba de buena salud. Había que preservar la seguridad de España y reforzar su poder. Para eso era vital firmar un doble contrato matrimonial con el emperador Maximiliano, en previsión de que el de Juan acabase finalmente en nada. El emperador había rechazado a Isabel, la primogénita. A María necesitaban reservarla para posibles contingencias. Catalina, la menor, estaba prometida al príncipe de Gales. Lamentablemente, tenía que ser Juana.

Juana tiró de la mano de la reina.

—Madre, estoy esperando a que me digas si soy guapa. Tardas mucho en decidirte.

—Eres guapa de sobra, hija mía.

Isabel acarició la cabeza de su hija y, por un momento, la invadió una oleada de culpa por sacrificar al más hermoso y débil de sus corderos.

CAPÍTULO 2

La reina había predicho que la partida de Juana «se les echaría encima sin darse cuenta». Los meses pasaron muy deprisa desde aquella fría mañana de enero, y Juana estaba ahora sentada con su madre, repasando por última vez diversos detalles. No estaba precisamente de buen humor.

El asunto se había vuelto de lo más tedioso. Todo empezó bien, con la discusión del inventario de muebles y telas para su nuevo y espléndido vestuario. A continuación se deleitó con las joyas, regalo de sus padres. Disfrutó modelando las sartas de perlas, las cadenas de oro y los exquisitos pendientes, haciendo revolotear como mariposas, alrededor de su madre, los dedos cubiertos de anillos: una piedra preciosa engastada en un círculo de oro centelleaba en cada dedo. Se divirtieron como dos muchachas. Después tuvieron que ocuparse de cuestiones más serias, empezando por la asignación que Juana y su corte recibirían de su marido, lo mismo que Juan ofrecería a Margarita una cantidad similar. Era una anualidad sumamente generosa, de veinte mil escudos, y Juana no tendría que preocuparse por estos detalles, pues contaría con un tesorero para hacerse cargo de las aburridas cuentas.

La selección de las damas de compañía la sacó de quicio a tal punto que insistió en aplazar algunas decisiones hasta más adelante, cuando quizá, solo quizá, pudiese llegar a un acuerdo con su madre.

Por eso, no sorprendió a ninguna de las dos que, al oír el nombre del confesor propuesto por la reina, Juana se rebelara, se negara y gritara:

—¡No! No lo quiero. Lo has elegido tú, no yo. Jamás me confesaría con él. No me gusta ni me inspira confianza. Madre, insisto en contar con alguien que me respalde, no con alguien que me espíe. ¡Lo has elegido porque no confías en mí!

—Juana, recuerda quién eres y lo que eres... —empezó a decir Isabel.

El repiqueteo de unos cascos en los adoquines del patio puso fin misericordiosamente a la discusión.

—Debe de ser Juan —exclamaron madre e hija. Asintieron, de acuerdo en que probablemente lo era y su llegada era una bendición, visto que ese día no iban a progresar mucho más.

Juana hizo amago de levantarse, pero su madre la sujetó de la muñeca y le ordenó que siguiera sentada. Juana la fulminó con la mirada, con una mezcla de rabia y sufrimiento que hizo a Isabel ablandarse, retirar la mano y dar su consentimiento con la cabeza. Juana se levantó de un salto, como un animal liberado de un cepo.

Abajo, en el patio, Juan y su ayuda de cámara estaban desmontando y entregando las riendas a los mozos de establos, que compitieron por merecer este honor. Otros miembros del séquito recibían una atención similar a medida que iban llegando. Juana cruzó deprisa la galería descubierta para echar un vistazo al bullicio del patio. Luego, demasiado impaciente para esperar, se inclinó sobre la barandilla y aplaudió a

la vez que llamaba a su hermano. Juan sacudió su amplio sombrero de viaje con muchos aspavientos, simulando que esquivaba el polvo del ala enorme antes de saludarla con una reverencia absurda y exagerada. Juana se echó a reír, con las puntas de los dedos en los labios, y volvió corriendo a la estancia, con su madre, sin acordarse en absoluto de sus discrepancias.

Isabel la esperaba en pie, con aire determinado.

—Continuaremos en otro momento, Juana —la previno—. Aún quedan muchas cosas por hablar. Y, viendo cómo te has portado esta mañana, estoy aún más decidida a que cuentes con buenos consejeros. De momento, vamos a dar la bienvenida a nuestro ángel.

—Querido y bendito ángel —coincidió Juana.

El patio conservaba un agradable frescor a pesar del sol de julio. Isabel y Fernando pasaban los meses de verano en el norte de España, más de su gusto que el sur, donde el calor intenso y el sol abrasador hacían la vida casi insoportable. Este año decidieron instalarse en Almazán. Desde aquí era más cómodo para Isabel ocuparse de los pormenores de la flota que haría el viaje a Flandes, y para Fernando visitar a su corte en Zaragoza siempre que lo necesitara, pues vivían tiempos de descontento entre Aragón y Francia.

Fue en Almazán donde, días antes, habían nombrado a Juan heredero al trono, como príncipe de Asturias, y le habían otorgado las ciudades, tierras y rentas correspondientes a este título. El castillo de Almazán, encaramado en la cima de un monte y con vistas a un hermoso valle, era parte del regalo, y Juan ya había empezado a amueblarlo a su gusto, como residencia de verano para él y su prometida.

Isabel y Juana salieron de las sombras al calor del mediodía, perfumado por la dulce fragancia veraniega del jazmín y las rosas que se enroscaban en las columnas de la arquería.

Juan y su ayuda de cámara supervisaban la descarga de los tapices y los arcones en los que transportaban la vajilla de oro y plata y los enormes candelabros. Isabel aprovechó la oportunidad para acariciar el cuello del caballo de su hijo. Su memoria dio un salto en el tiempo y recordó el aroma de la tierra húmeda, cuando salía a cazar jabalíes en los bosques fríos y umbríos atravesados por las flechas doradas de la luz del otoño. Aún seguía oyendo el ruido grave y sordo de los cascos, el crujido del cuero, el tintineo de los arneses y las bridas, los bufidos de los caballos impacientes por comenzar la persecución. No había nada comparable a aquella euforia, a aquella emoción. Ahora era demasiado vieja. Acarició el flanco del animal con un suspiro.

Juan vio a su madre y se acercó a besarla, con las manos extendidas. Los sirvientes hicieron un alto en su tarea para inclinar respetuosamente la cabeza hasta que terminaran los saludos, y reanudaron luego la descarga de las carretas antes de llevarse a los bueyes.

—Bienvenido, bienvenido, mi ángel. Me alegra ver como preparas un hogar para Margarita.

—Querida madre, eso es exactamente lo que quiero. Quiero un hogar, no un castillo, para mi novia. Hermana, tú también debes de estar viviendo días de emoción, ya n-no quedan muchos antes de q-que te vayas... —Bajó la voz al ver que la sonrisa de su hermana se borraba rápidamente y sus labios se entristecían—. ¿Verdad que n-no estás triste, Juana?

—Ahora no, hijo —le advirtió Isabel—. Tenemos mucho que contarnos, pero más tarde, por favor. Estás cansado, sucio y sediento.

Se interpuso entre sus hijos, pues no quería nuevas muestras del genio de Juana y aún menos que Juan se alterase por algún exabrupto de su hermana, cuando ya de por sí estaba agotado. El tartamudeo indicaba su cansancio, y preocupó a Isabel que un viaje de solo medio día tuviese un coste tan alto para él.

—Nos preparamos para comer y después descansaremos un rato. —No era una invitación, era una orden—. Esta noche tendremos el tiempo necesario para contarnos las novedades, cuando todos hayamos descansado. Venid.

—¡Bruto, a tu puesto! —ordenó Juan a un escuálido podenco blanco y negro, que casi al instante movió frenéticamente la cola desgredada, como si segara el aire, para montar guardia junto a la reina.

Juan ofreció la mano a su madre, trazando primero un amplio arco con el brazo. Ella la aceptó e inclinó la cabeza con una gracia exagerada, disfrutando de estos valiosos momentos, feliz de ver que su hijo no estaba tan cansado al fin y al cabo. Juan dirigió a su hermana una sonrisa comprensiva y ella le apretó la mano con gratitud.

—¡Bruto, en marcha! —Con mucha pompa y dignidad, tarareando una fanfarria, el príncipe y Bruto escoltaron a las damas. Al momento, todos estaban riéndose. La amargura de la mañana se había olvidado, por el momento.

* * *

Esa noche, después de cenar, la familia se reunió en las habitaciones de la reina. Se sentaron precipitadamente en el suelo, en varios almohadones, impacientes porque su madre hiciese la primera pregunta y así ellos pudieran preguntar a su vez. Isabel se acomodó en su silla de cuero favorita, con sus cuatro hijas y su querido hijo sentados alrededor del brasero, encendido para mitigar el fresco que a veces se colaba en la cámara incluso en las noches de verano.

La estancia tenía un tamaño cómodo, suficiente para acoger a toda la familia sin ser excesivo para perder intimidad. Los tapices de Flandes transformaban los muros de piedra en grandes extensiones de apacibles bosques. El parpadeo de las antorchas en sus soportes y las gruesas cortinas, para impedir el paso de la corriente, creaban un ambiente acogedor. Juan se sentó a los pies de su madre, preparado para la primera

pregunta.

—¿Estás contento con tu ayuda de cámara?

—Mucho. Nos entendemos muy bien. El esmero que has puesto en su instrucción me ha ayudado mucho. Creo que soy capaz de dirigir una casa. Rara vez necesito pedirle consejo. Y, ya sabes, madre, que es una persona agradabilísima, de exquisitos modales, cordial, además de un excelente compañero ecuestre.

Isabel se puso severa.

—Ten cuidado, Juan, y no le permitas demasiadas confianzas. Recuerda que tú eres el príncipe, y él, tu ayuda de cámara. Nunca habrá una ocasión para ser amigos. Te repito que tú eres el amo, y él, el criado. Espero que ninguno de los dos lo olvidéis nunca. Él no debe esperar nada de ti, aparte de órdenes. Por lo demás, queda a tu discreción cuándo y dónde conceder un favor.

—Sí, sí, querida madre. Lo comprendo, y créeme que él sabe cuál es su sitio y no lo olvidará nunca. Pero, por favor, no nos pongamos tan serios.

—No, madre, no nos pongamos tan serios. Quiero preguntarle algo a Juan — interrumpió Catalina, que, a sus diez años, estaba convencida de que su pregunta era más urgente que cualquier asunto que pudiera interesar a su madre o sus hermanas. Quiero saber si te sientes distinto ahora que eres príncipe de Asturias.

—La verdad es que suena muy importante, Catalina, y reconozco que me hace sentir mayor, aunque no más sabio. —Fingió que le susurraba un secreto solo a ella—. Lo mejor de todo es que ahora dispongo de más dinero para mí y mi prometida.

Catalina se echó a reír.

—Yo estaría muy orgullosa de tener un título. Sé cómo me llamarán. Imaginaos cuando tengan que llamarme Catalina, princesa de Aragón, princesa de Gales. ¿Verdad que suena bonito? —Se levantó y se alisó la falda rápidamente para pasear con orgullo alrededor del círculo, reconociendo a sus humildes súbditos con un asentimiento de la cabeza. Hizo una reverencia a su madre antes de abrazarla y volvió a su almohadón, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—Sí, querida, y algún día tendrás tu propio título, cuando llegue el momento. Entonces podrás contarnos qué se siente. Por ahora no te corresponde ostentar ningún título, ni siquiera en broma. Te lo perdono por esta vez.

—Sí, sí, perdón —se apresuró a decir—. Pero, Juan, ¿no es maravilloso que vayas a casarte con una joven tan guapa? Creo que es la mejor noticia del mundo.

—Tienes razón, querida Catalina. Es una gran noticia. Pero lo que espero sobre todo es que Margarita sea una persona feliz, capaz de descubrir la felicidad en las cosas más sencillas. ¿Qué dices a eso, querida Isabel?

—Eso es cierto, sin duda —contestó la hermana mayor. Una sonrisa revoloteó un instante en el rostro joven y adusto de Isabel, que llevaba profundamente grabada la tragedia—. Encontrar la felicidad juntos en todas las cosas, incluso en lo mundano, es importante; pero es más importante que los dos compartáis un profundo amor a Dios. Entonces conoceréis una dicha mucho más... disculpadme. —Bajó la cabeza para

ocultar las lágrimas y se puso a jugar con el bordado de su cinturón, con la esperanza de encontrar un poco de consuelo. Aunque habían pasado siete años, seguía sin sobreponerse a su dolor por la muerte prematura de su devoto esposo cristiano.

Su madre movió la cabeza con gesto de reproche.

—Isabel, tienes que esforzarte más, y lo sabes. ¡Me decepcionas!

Isabel respondió con un ataque de tos, una tos que le sacudió el cuerpo delgado, como si fuera a quebrarlo con su violencia.

Juana reflexionó sobre el severo comentario de su madre, el sufrimiento de Isabel, la refrescante inocencia de Catalina y su propio futuro sobrecogedor.

—No me has contestado, Juana —dijo su hermano, acercándose a ella—. Creíamos que te habías quedado dormida. Estabas en otro mundo.

—Lo siento, no me he dado cuenta de que me hablabas. —Miró con nerviosismo a su hermano y sus hermanas; después, a su madre. ¿Cuántas veces había intentado Juan llamar su atención antes de levantarse y acercarse a ella?— Lo siento... Estaba pensando... Perdonadme. ¿De qué hablabais?

—Queríamos saber cuál es tu idea de un matrimonio feliz.

—Bueno —empezó, aguantándose las ganas de contestar que, puestos a elegir, probablemente no había ningún matrimonio mucho mejor que los demás—. Creo que un matrimonio feliz depende completamente de que el hombre y la mujer sean bien parecidos y puedan amarse con todo su ser, no solo con el alma sino también con el cuerpo. Que compartan...

La reina no daba crédito a lo que estaba oyendo, no entendía que una dama pudiera hablar de esa manera, y la enfureció la osadía de su hija.

—Juana, creo que te olvidas de quién eres. Esta vez has llegado demasiado lejos.

Silencio, un silencio total e insoportable. Apenas podían respirar.

—No madre, no he llegado demasiado lejos —se atrevió a replicar, consciente de lo que había hecho, pero también con la esperanza de que un pensamiento inspirado pudiese salvarla de un severo reproche—, porque estoy pensando en ti y en mi padre, la pareja perfecta.

Puede que fuera una respuesta audaz, pero dio resultado. Su hermano y sus hermanas, libres del temor a un nuevo conflicto entre Juana y su madre, manifestaron su conformidad con un aplauso nervioso, mientras la reina miraba a su hija inquisitivamente. ¿Era esto una señal de la creciente precocidad de Juana, de su conocimiento del mundo, y, en tal caso, auguraba este matrimonio con Felipe nuevos motivos de preocupación?

Juan invitó a María a que dijese algo.

—No has dicho nada. Vamos, ¿qué te parece?

María sabía que él no iba a pasar por alto que nadie le había pedido su opinión. Con frecuencia, en estas reuniones familiares, siempre era la última en hablar, pero Juan se encargaba de que nunca se olvidasen de ella.

—Creo que hay que pensarlo con filosofía —dijo. Y guardó silencio, para crear un efecto dramático, hasta que su público hubiese apreciado plenamente esta palabra recién aprendida—. Con esa perspectiva se puede tener la certeza de encontrar la felicidad en todo en general y en el matrimonio en particular. —Le brillaron los ojos y se puso roja como un tomate, mientras repetía para sus adentros esta profunda sentencia con delicioso placer. Miró a su madre, esperando que ella confirmase la sabiduría de sus catorce años.

Entre risas y aplausos, Juan la invitó a explicarse.

—Quiero decir que hay que mostrar una buena disposición, no ir buscando conflictos y dificultades, aclarar los malentendidos. Algo de esa naturaleza. —Miró de nuevo a su madre, esta vez buscando su apoyo, y ella se lo brindó con una sonrisa y un suspiro.

Pero Isabel no estaba de humor esa noche para una reunión familiar y tampoco para el rumbo que, en apariencia, había tomado la conversación; además, necesitaba hablar con Juan urgentemente. No quería oír nada más. Dio las buenas noches a sus hijas y les pidió que se retiraran.

En cuanto se quedaron a solas, Isabel desnudó su corazón.

—Mi ángel, comprendo que estarás agotado por el viaje y esta tediosa velada, pero quédate unos momentos con tu madre, para que pueda pedirte un favor.

—Queridísima madre, no necesitas pedirme nada: soy el más obediente de tus siervos. Será una inmensa alegría complacerte en lo que gustes. Veo en tus ojos que estás preocupada. ¿Cómo puedo ayudar?

—Habla con Juana, apela a lo mejor de su carácter. Me refiero a la elección de los miembros de su corte. Está convencida de que le impongo mi voluntad y actúo únicamente en mi propio interés. No es así. Solo busco el mejor apoyo para ella. Esta mañana, cuando le sugerí que fuera el deán de Jaén quien la ayudase en sus rezos y la oyera en confesión, se negó rotundamente. —Se levantó y empezó a dar vueltas por la estancia—. En otras circunstancias me daría por vencida. Sin embargo, nos llegan inquietantes rumores de Felipe y sus costumbres disolutas. Esto, sumado al escaso compromiso de Juana con la fe, a su falta de dedicación sincera, digámoslo así, y a su juventud, me convence de que las personas a las que he elegido, sobre todo sus consejeros espirituales, son esenciales. Sabrán ofrecerle cierta estabilidad en momentos que podrían ser extremadamente difíciles.

—Por supuesto que hablaré con ella. Sé que me explicará sus objeciones, y estoy seguro de que podré demostrarle que no tienen fundamento ni justificación. Seguro que tienen que ver con el deán, un sacerdote tan amable. Le ofreceré mis sugerencias. Siempre respeta mis opiniones, así que no creo que me cueste demasiado convencerla. Si me entregas una lista de las personas que quieres que la acompañen, yo me encargaré de todo lo demás. No temas: nunca sabrá que soy tu emisario. No será nada más que su hermano preocupado.

—Ojalá pudieras hacer eso por tu madre. Eres el único capaz de disuadir a Juana

de sus malas elecciones.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para darte paz de espíritu. Como tú, solo quiero que Juana tenga cerca a las personas a las que necesita de verdad.

—Bendito seas, mi ángel.

CAPÍTULO 3

El fresco sol de la mañana entraba a hurtadillas en el patio sin ofrecer ni una pizca de calor, y tanto los viajeros como quienes habían acudido a desearles buen viaje agradecían sus mantos a esta hora tan temprana.

Se habían reunido con antelación sobre la hora prevista, pero Isabel y Fernando seguían sin aparecer. Los caballos y las mulas estaban impacientes por partir; los criados y los soldados no paraban de mover los pies cansados y Juana se consumía de angustia.

Miraba fijamente el corredor desierto.

—¿Por qué se retrasarán, Zaida? Ya está bien de espera. Quiero que termine de una vez.

Juana estaba desesperada por emprender el viaje, ya que era inevitable. Sus dedos temblorosos jugueteaban con el sombrero de viaje de terciopelo rojo, tiraban del ala, ataban y desataban las cintas. Se envolvió en el manto rojo, pero no conseguía entrar en calor y se abrazó con la esperanza de reconfortarse.

Las risas de sus hermanas le hicieron levantar la vista. Aburridas por la falta de actividad, habían decidido ensayar sus pasos de baile y se habían hecho un lío tremendo, por eso se reían.

Juana sintió envidia de ellas, de su alegría libre de preocupaciones, y centró rápidamente la atención en su hermano, que hablaba muy serio con su hermana Isabel. Bruto, sentado a los talones del príncipe, ladeaba la cabeza y lo escuchaba todo muy atento. Miraba a Juan a la vez que rascaba el suelo con las patas delanteras, como impaciente por sumarse a la conversación.

—Querido Bruto —lo llamó Juana—. Eres un chucho lindo. Puede que no seas muy guapo, pero eres listísimo. Voy a echaros de menos, a ti y a tus gracias tan divertidas.

Juan e Isabel se acercaron a ella, con Bruto a la zaga.

—Sé valiente, Juana —le dijo Isabel, cogiéndola de las manos—. Ya verás como Flandes pronto se convierte en tu casa.

—¡Pero estaré sola!

—Tendrás toda una corte española de casi cien personas. ¡Un pequeño reino español que será solo tuyo!

Viendo que Juana no se dejaba convencer, Isabel lo intentó una vez más.

—No te angusties tanto, Juana. No será el suplicio que imaginas. No seas tan pesimista. Me parece una descortesía que supongas que Felipe y los flamencos son todos unos monstruos. ¿Has olvidado tus ideas románticas sobre el matrimonio feliz? Seguro que tú y un caballero joven y apuesto como Felipe cumpliréis tus requisitos.

—¡Ay, Isabel, ojalá pudiera ser valiente! Estoy tan asustada que creo que se me va a parar el corazón. Mira qué deprisa late. ¡Dios mío! Me siento enferma.

—No digas tonterías, Juana —interrumpió Juan—. Justo estábamos hablando de que envidiamos tu fortaleza. ¿Cuándo has estado tú enferma?

Juana ya iba a protestar, pero su hermano no se lo permitió.

—¡Nunca! —dijo—. Así que, querida hermana, deja de decir esas cosas.

—Pero estoy enferma, de verdad...

—Eso no es enfermedad, es que te niegas a afrontar la realidad —continuó Juan, sin darle importancia—. No puedes elegir con quién te casas ni dónde vives. No hay nada más que hablar. Además, tengo que decirte que haces sufrir a todo el mundo con estos melodramas, y muchos empiezan a estar hartos. Sabes que te quiero y no pretendo ser cruel, te lo digo únicamente por tu bien.

—Yo creía que al menos tú me comprenderías, Juan. —Estaba destrozada, pues confiaba en contar con su apoyo.

—Querida hermana, como digo, tienes un aguante tremendo, mientras que a mí se me ha negado. —Le levantó la barbilla para obligarla a mirarlo y le pasó un dedo juguetón por el labio inferior, que ya empezaba a hacer pucheros—. Y tienes también fortaleza de espíritu para hacer frente a cualquier adversidad —añadió, sin hacer caso de cómo ella lo negaba todo—. Quiero ver a la Juana que nunca se rinde en la batalla. Enséñamela.

Juana lo miró con tristeza. Al parecer, nadie comprendía la profundidad del dolor que le causaba separarse de su familia y no contar con un solo amigo a su lado. Las damas de compañía eran pasables, o eso suponía, pero las había aceptado con mucha reticencia; en cuanto a los sacerdotes, no eran capaces de levantar el ánimo de nadie. Y no lograba evocar ninguna historia de amor, ninguna imagen de feliz unión con su apuesto príncipe para librarse de su desolación. Murmuró, entre sollozos, que una parte de su cabeza estaba plenamente de acuerdo con todo lo que decía su hermano, pero que tenía el corazón demasiado herido para seguir su ejemplo.

—Bendita seas —dijo Juan. Sujetó la cara de su hermana con las manos, le secó cariñosamente con los pulgares las lágrimas de las mejillas y la besó en la frente—. Te deseo un buen viaje y, por supuesto, que Dios te acompañe. Cuanto antes llegues a Flandes antes regresará la flota con mi Margarita. Perdóname por ser tan egoísta. — Se echó a reír y la abrazó con ternura.

Juana le correspondió con un beso y lo abrazó, sin soltarse de él. Era la última vez que se abrazaban; nunca regresaría a España.

Un golpe seco de la vara del chambelán interrumpió su agonía. El rey Fernando y la reina Isabel estaban cruzando el patio.

Fernando cogió a Juana de la mano para que se acercara a él.

—Te deseamos lo mejor, querida hija. No olvides nunca que tus obligaciones como esposa y confidente de Felipe son de la máxima importancia para tus padres y para España. Confiamos en tu inquebrantable defensa de nuestro país y esperamos

que aproveches cualquier oportunidad para fortalecer nuestra causa. Que nunca se diga de ti que obraste con negligencia.

Y eso fue todo. Nada más. ¿Dónde estaban las palabras de aliento y afecto del padre al que tanto quería?

—¿Sigues sin poder venir al puerto de Laredo? —gimoteó Juana.

—Juana, sabes que no puedo. Tengo que estar con mis tropas: mi presencia es imperativa. No puedo eludir mi deber. El deber con nuestro país es siempre lo primero. Ya tendría que haberme ido, y me he retrasado unos días para despedirte.

Juana sollozaba, con la cara escondida entre el manto. Unas lágrimas se deslizaron hasta el guante de su padre y se posaron como diamantes entre los anillos de los dedos. Echó a andar hacia donde estaba su mula, y unas figuras borrosas, desdibujadas por el llanto, la ayudaron a subir a la silla. Se sentó, encogida, ocultando su dolor bajo el ala del sombrero y desando que su madre diese la orden de partir.

El confuso murmullo de las herraduras de los caballos y las mulas se ordenó rápidamente hasta componer un ritmo regular que alejaba a los jinetes del castillo y arrancaba a Juana de los brazos de su familia.

—Te diré adiós desde la galería —gritó Juan, entre el clamor de los cascos.

El cortejo pasó entre las altas torres que guardaban la Puerta de los Herreros y dejó atrás Almazán, camino del paso en las montañas.

Juana se mordía los labios, con la cabeza agachada. No miraba a derecha ni a izquierda. Solamente pensaba en su dolor. Le dolía no ser más que un simple peón en la partida de ajedrez que jugaban sus padres. ¿Cómo iba a sobreponerse al golpe de aquella escena de la despedida?

Sin embargo, poco después recordó las palabras de Juan y decidió que, en lo sucesivo, sería más optimista y más enérgica; al fin y al cabo ya no era una niña a la que podían reñir o avasallar. Desde ese momento era una mujer, una princesa y una archiduquesa a la que el mundo debía reconocimiento.

Tomó aire y se irguió en la silla, satisfecha de que le hubieran recordado esa otra parte de su personalidad. Volvió la cabeza al castillo, con la torre de la iglesia pegada a la muralla, y saludó varias veces con la mano. Tal vez hubiese alguien en la galería, tal vez entre ellos estuviera Juan.

Se animó y puso la mirada en las montañas a las que se encaminaban. Las vistas eran fabulosas: una sucesión de colinas ondulantes, vestidas de terciopelo verde y salpicadas de ocre, grises y púrpuras. Siguió el rastro ascendente de las laderas cubiertas de bosques, los peñascos, los despeñaderos y las sombrías hondonadas secretas. Una fina cinta de agua, como la plata, bajaba hasta el valle, ensanchándose conforme iba cayendo, y desaparecía a través de un velo iridiscente en un lago profundamente azul. Las águilas volaban en las alturas, descendían en picado hasta hundirse en el agua y remontaban el vuelo sin ningún esfuerzo. Probablemente había algo que aprender en su manera de vigilar, de esperar, en su habilidad para abatirse, cobrarse su presa y sujetarla con tanta tenacidad, pero Juana dudaba de que alguna

vez tuviera esa paciencia.

CAPÍTULO 4

Nunca se había visto en el puerto de Laredo tanta gente, tantos animales y barcos. Nunca se había oído tanto ruido, nunca había estado tan animado.

La vista desde la ventana del camarote era un incesante ir y venir de gente, una imagen en continuo movimiento. Mozos cargados con sacos de urgentes provisiones de última hora. Corpulentos amos que maldecían a sus bueyes intranquilos y a sus carros empeñados en no estarse quietos. Al airado crujido de tornos y cabrestantes se sumaban las órdenes que voceaban los oficiales a su tripulación. En todas partes se oían juramentos por cosas derramadas o rotas. Marineros tambaleantes, que habían encontrado las jarras de vino demasiado pronto, deambulaban, ebrios, entre los barriles y arcones que cubrían el muelle, entonando con voz pastosa y desafinada sus alegres canciones de taberna. Los soldados que aún no conocían sus responsabilidades iban de un lado a otro, despreocupados, disfrutando de las carcajadas y de la camaradería militar, saludándose con palmadas en la espalda.

Juana, fascinada por el bullicio y decidida a no perderse ni un detalle de toda aquella actividad, corría de ventana en ventana, acercando la cara al cristal. Su camarote, en la alta popa del flamante galeón, le ofrecía una posición estratégica, con ventanas en tres de sus lados que mostraban amplias vistas tanto a la derecha como a la izquierda.

El séquito real había llegado a Laredo hacía varias semanas, pero no podían zarpar hasta que el viento fuera favorable, y eso por fin se había prometido para el día siguiente, 22 de agosto de 1496. De ahí este frenesí de actividad.

Se detuvo y miró la carta, puede que por centésima vez. Era de Felipe y llevaba fecha del 7 de julio. Fue su madre quien la recibió y se la entregó para que la guardase. Sí, era la carta de su futuro esposo, que esperaba a su novia con impaciencia. La osadía de su tono había molestado a la reina, mientras que a Juana la había seducido. Expresaba el deseo de un enamorado por estar con su amada. Le daba un vuelco el corazón cada vez que leía las palabras con las que le exigía zarpar de inmediato, de lo contrario se vería obligado a enviar al embajador de España en su busca, pues no podía esperar más.

Besó la carta y se la dio a Zaida, invitándola a leerla una vez más antes de devolver a su joyero aquel tesoro de incalculable valor.

—Ahora nos ocuparemos de esto. —Juana cogió los documentos que el almirante, don Fadrique, le había entregado esa mañana. Su madre había insistido en que era su deber participar en los preparativos de la flota, y ahí estaban los más recientes y, ojalá, los últimos que presentaban a su consideración. Todos los que había visto hasta el momento no tenían el más mínimo interés; eran simples enumeraciones de los nombres y tipos de navíos: su tonelaje, su capitán, su tripulación, el número de soldados y si estos eran de caballería, infantería, arqueros, etcétera; *ad infinitum*, o *ad*

nauseam, así se lo había dicho a su tío, el almirante.

A pesar de todo, los había leído obedientemente y le tranquilizó saber que la potencia y el tamaño de la flota intimidarían profundamente a Francia, y Juana jamás tendría que considerar una intervención militar. Era también incuestionable que Felipe y sus compatriotas quedarían más que impresionados por este alarde de la riqueza y el poderío de España.

La lista de hoy era de provisiones. Echó un vistazo a las pulcras columnas y las leyó a continuación para el Consejo allí reunido, es decir, para Zaida y un par de sillas vacías. «Señores, veo que tenemos tortas de Sevilla: excelente. Aceite de oliva; sí, eso es importante, sin duda necesitaremos aceite de oliva. Pescado y carne en salazón: maravilloso; eso nunca puede faltar. ¿Qué has dicho? ¿No te gusta, Zaida? Aquí dice melocotones, mermeladas y harina; eso está mucho mejor. Piensa en deliciosos bizcochos, tartas y pan recién hecho. ¿Qué tenemos aquí? Lo suficiente para un banquete: pollos, huevos, mantequilla y vino».

—Mi señora, creo que debemos felicitar al almirante por esta selección de delicias para nuestro paladar.

—Sin duda tienes razón. Gracias, caballeros. —Dejó los papeles sobre la mesa y se sacudió el polvo de las manos. No se había acostumbrado todavía al suave balanceo del barco, y dio unos pasos tímidos para salir a cubierta y apoyarse en la baranda. Zaida le cubrió los hombros con un manto.

La lluvia de la mañana dio paso al sol de la tarde. La brisa jugaba con las banderas, rizaba y enroscaba los gallardetes que atravesaban con sus colores el bosque de mástiles y jarcias, suavemente acunado por las olas lánguidas. Juana seguía asombrada por la cantidad de navíos. El almirante le había dicho que eran más de un centenar, veinte de ellos construidos ese mismo año. Se veía que eran nuevos, con su pintura y su barniz flamantes. El suave crujido de la madera y los gemidos más estridentes de los cabos se apagaban con los malhumorados gritos de las gaviotas. Todo eran chillidos y forcejeos por liberarse, todo impaciencia por emprender la aventura.

Juana aspiró las imágenes, los ruidos y los olores, todos desconocidos para ella.

Un relincho y el traqueteo de unos cascos le hicieron volver la cabeza hacia el muelle. Venían a cargar los caballos de Juan, su regalo para Felipe, en otro barco amarrado cerca del galeón. Encapuchados y sin ver, los animales estaban nerviosos y se resistían a moverse. Los criados los animaban y engatusaban con caricias, palmadas y palabras amables para hacerles subir por la inestable rampa, mientras otros sujetaban firmemente los ronzales. Algunos relinchaban de miedo mientras los subían a bordo sin contemplaciones, izados de una eslinga.

—Pobres animales. Me compadezco de ellos, Zaida, porque sienten exactamente lo mismo que yo. Me llevan con los ojos vendados a un lugar desconocido. Pero ¿qué le vamos a hacer? Tenemos la obligación de obedecer. —Buscó con la mirada por detrás de los caballos, impaciente por ver a su madre, que ya debería estar en camino

—. Mi madre no tiene sentimientos. Mientras yo estoy aquí, lista para que me despachen a fortalecer la influencia de España en occidente, ella se sienta a escribir cartas a Inglaterra para sellar el destino de mi hermana Catalina. Qué cruel es todo.

—No tanto, mi señora. La vida de la realeza es así. En realidad, ninguna persona de cierta posición aceptaría otra cosa que un matrimonio concertado.

—Sería maravilloso, de todos modos, si en lugar de escribir a Inglaterra estuviera escribiendo a Flandes para reconocer que se ha equivocado al pensar que yo sería una novia idónea.

—¿Y qué sería entonces de todas vuestras historias de amor? ¿Las arrojaríais al fuego? ¿Y qué me decís de la carta de Felipe, casi destrozada de tantas veces como la habéis abierto y leído, con las letras borradas de tanto acariciarlas con los labios húmedos?

—Querida Zaida, por supuesto que tienes razón —asintió Juana. Y empezó a cantar:

*Esta moza enamorada
ya no quiere dormir sola...*

—¡Qué pícara sois, señora!

CAPÍTULO 5

—Una doble tragedia, señora. —El almirante de Castilla, don Fadrique, rompió el silencio de incredulidad y horror del grupo congregado junto a la baranda. Contemplaban las tristes contorsiones del galeón genovés del conde de Melgar. El gigantesco navío había encallado en un banco de arena, y ahora se retorció y peleaba como un animal atrapado en un cepo, con las velas caídas como extremidades inservibles y rotas. Otros trataban de arriar los botes del navío siniestrado.

Sin apartar la vista de la triste escena que tenía delante, Juana contestó:

—¿Una doble tragedia? ¿Hay algo aún peor que la pérdida de vidas y de ese espléndido barco, tras un largo viaje por mares más peligrosos que estos?

Era cierto que habían tenido un viaje aterrador. El golfo de Vizcaya estaba de mal genio y la galerna, acompañada de olas montañosas, había azotado a la flota sin piedad. Los viajeros se habían visto atrapados por los aullidos de la tempestad gris, atormentados por los alarmantes chasquidos de la madera, que se partía, cautivos en un mundo de desorden y caos, de confusión y náuseas.

Nueve días más tarde, la mayor parte de la flota había logrado llegar a duras penas a las amables aguas de Inglaterra, pero algunos navíos perdieron la batalla y ahora descansaban en el fondo del mar.

Pasaron dos días en Portsmouth, donde disfrutaron de una agradable tregua. Allí recibieron a Juana como princesa de Castilla, como princesa por derecho propio, no como hija de los reyes de España ni como futura esposa del archiduque Felipe. Luego, con el feliz regreso de los vientos propicios, pudieron zarpar de nuevo y atravesar el canal de La Mancha rumbo a los Países Bajos.

Ahora, seis días después, la travesía estaba a punto de llegar a su esperado fin. Ya se avistaba la costa, y en cuestión de unas horas habrían echado el ancla y dejado en tierra a los exhaustos aunque agradecidos pasajeros. De todos modos, daba la sensación de que tampoco su llegada iba a estar libre de incidentes; otro navío perdido, y esta vez uno de los principales.

Juana se volvió al almirante, apoyándose con una mano en la baranda mientras con la otra se sujetaba el cuello de la capa, sacudido por el viento. Su rostro, enmarcado por un pañuelo que le cubría la cabeza y la garganta, había perdido buena parte de su lozanía.

—Don Fadrique, todavía no me has dicho por qué «una doble tragedia».

—Gran parte de tu ajuar estaba en ese barco, y también muchas de las joyas de tus cortesanos. Me temo que no será posible recuperar nada. El barco pronto se partirá en dos y se irá a pique, y todo su cargamento quedará esparcido en el fondo del mar.

—Es decir, que la orgullosa flota que traía a la princesa de España se ha convertido en un batiburrillo de barcos, y en ellos viene una muchacha pálida, con

aspecto enfermizo y despojada de sus bienes. ¿Qué pensará Felipe cuando tenga delante a esta niña digna de lástima?

El almirante sonrió.

—Señora, si me lo permitís, pensará que sois adorable. En cuanto a lo que se ha perdido... Bueno, seguro que pronto se habrá sustituido todo por cosas aún mejores. Es una lástima que haya ocurrido precisamente ahora, cuando ya estamos tan cerca del puerto. Sí —suspiró—, pero ya no tiene remedio. No nos conviene detenernos en sucesos tan tristes. Pensemos mejor en cómo vas a cautivar a todos los que vengan a recibirte. En cómo se deleitarán con esta dulce imagen de España.

—Don Fadrique, no hay nadie más amable y cariñoso que tú. Si no fuera por ti, no sé si habría podido resistir un viaje tan espantoso. Y ahora dices justo lo que necesito oír para animarme. Ojalá pudiera tenerte siempre a mi lado.

Había dicho lo mismo en otra ocasión, a su hermano, y ahora, como entonces, sabía que eso era imposible. Su tío casi había completado esta parte de su misión y pronto tendría que ocuparse de la siguiente: escoltar a España a la princesa Margarita. Entonces se marcharía, y ella lo perdería para siempre.

Iba a añorarlo muchísimo; iba a añorar su cara amable, sus ojos alegres y esa sonrisa dulce, entre las barbas, que decía: «Cuenta conmigo». ¿Quién podía sustituir a un contrincante de ajedrez tan experto, quién iba a entretenerla con historias tan amenas como las suyas y quién iba a cuidarla tan bien como él? Nadie. Juana se acercó para cogerlo del brazo, como si así pudiera retener aquel momento, y a su tío, para siempre.

Las palabras de don Fadrique desbarataron cualquier posible fantasía.

—Y ahora, mi princesa Juana de Castilla, archiduquesa de Austria, tus doncellas te esperan. Es hora de que te prepares para la espléndida recepción.

Cogió la mano de Juana, se la llevó a los labios y dejó que se retirase. Se quedó observándola, mientras ella se dirigía a su camarote, pensando en lo que podría haber ocurrido. Dio gracias a Dios por haber tenido la previsión, antes de zarpar de Inglaterra, de trasladar a Juana del navío siniestrado a este otro galeón, más pequeño y mucho más indicado para sortear los peligrosos bajíos y los legendarios bancos de arena. Su sobrina bien podía haber terminado con aquellos que ahora luchaban por sobrevivir, pese a la insistencia con que ella había señalado que la realeza jamás se ahogaba. Era una mujer valiente de verdad, y jamás se rendiría sin pelear. Ella no.

—Domínate, hombre —dijo para sus adentros. Se frotó los ojos y se sonó la nariz en un amplio pañuelo—. Debes de estar haciéndote viejo, viendo como te entregas a imaginaciones propias de mujeres. Todo ha salido bien. Eso es lo que cuenta.

* * *

Juana y tres de sus damas estaban rodeadas por un espléndido arcoíris de sedas, rasos y terciopelos, un magnífico montón de faldas, corpiños, mangas, camisas,

enaguas y mantos.

—¿El azul, alteza?

—Creo que no, Ana. Después de tantos días en el mar, tendré la sensación de ahogarme en esas olas de encaje. Descartaremos ese color hasta que nos hayamos olvidado de esa travesía aterradora, hasta que el azul nos recuerde únicamente al cielo, los ríos y los apacibles lagos.

Beatriz cogió una falda de terciopelo blanco, bordada con cientos de perlas.

—¿Quizá el blanco, señora? Blanco para un nuevo comienzo. Como el papel antes de escribir.

—Qué idea tan delicada y tan poética. Pero creo que hoy necesito un color más vivo.

—Entonces, ¿un vestido rojo? —propuso Ana—. Me encanta el rojo: es mi color favorito.

—No, demasiado atrevido —contestó Juana, antes de decidirse por el amarillo. Un vestido amarillo será perfecto. Sí, señoras, deslumbraremos al archiduque con la calidez y el brillo dorado del sol español. Y también nos levantará el ánimo. Empecemos, María.

María era su favorita. Juana se encontraba muy cómoda con ella. La había elegido personalmente y esperaba poder confiarle sus pensamientos más íntimos. Las demás habían sido elección de su madre.

María dirigió la complicada misión de vestir a su señora. Todas se aplicaron a la tarea parlotando, con mucho alboroto, concentradas. Hoy más que nunca tenían que vestir a Juana con sumo esmero. Mientras trabajaban, aplacaban los nervios entre exclamaciones y risas. María inspeccionó con detenimiento el vestido bordado: un pequeño tirón aquí y allá, lo justo para que la camisa asomara ligeramente por el corte de las mangas. Examinó las puntadas con que sus compañeras habían cosido las mangas al corpiño, en el instante en que terminaron de darlas. Comprobó que el corpiño se ajustaba bien a la falda. Luego volvió las amplias mangas para mostrar quince centímetros exactos, ni uno más, ni uno menos, del raso amarillo del forro y los puños de la camisa, de encaje rojo y dorado. A continuación cubrió el pecho de Juana con una exquisita camisola de hilo dorado, adornada con rubíes, y la sujetó con cuidado a la camisa. Para terminar, aseguró el cierre del collar con su enorme rubí, un regalo de despedida de la reina Isabel.

—Alteza, estáis radiante. Asombraréis y encantaréis a todo el mundo —dijo María, en nombre de todas—. Y ahora, el pelo. Beatriz, la capa de peinar, por favor.

Al desenvolver los metros de tela del pañuelo de viaje, los mechones dorados cayeron formando ondas perfumadas. Esto era obra de su esclava, Zaida, que conocía todos los secretos y los poderes del misterioso mundo de los aceites aromáticos. Le cepillaron el pelo y le hicieron a continuación una trenza, entreverada con una cinta. Después le pusieron una redecilla de oro y, encima, una capucha de terciopelo con una cenefa de flores doradas, adornadas con un diminuto rubí en su centro.

María examinó su obra por última vez, repasando con ojo experto todos los detalles antes de permitir que Beatriz y Ana cubriesen los hombros de la princesa con el manto de terciopelo dorado y ribete de armiño. María ajustó ligeramente la capucha para enmarcar bien las facciones de Juana y dejar que cayese con gracia sobre los hombros, y se alejó unos pasos para admirar su labor.

Juana miraba a sus damas con impaciencia por conocer su juicio.

—Bueno, ¿qué os parece? ¿Cómo estoy?

Respondieron, atropellándose unas a otras, que estaba exquisita; que el vestido era perfecto y le sentaba de maravilla; que el bordado de la capucha era una sabia réplica del bordado del corpiño y la falda; que el armiño del manto y la camisa blanca, que asomaba entre las mangas, completaban a la perfección la deslumbrante estampa.

Nadie vería sus medias blancas, sus chapines amarillos, confeccionados con el cuero más fino, pero María sabía que los llevaba y se sentía orgullosa del efecto en su conjunto. Esta iba a ser la primera ceremonia pública de Juana, y estaría sometida a un severo escrutinio. María decidió que todas debían felicitarse por su buen trabajo.

Antes de que hubieran agotado los elogios, las interrumpió un golpe en la puerta. El silencio sucedió a la conmoción de los instantes previos.

Por fin había llegado el momento, el momento en que Juana pisaría el suelo de su nuevo país, de su nuevo hogar.

Su risa se esfumó.

—Santa Virgen María —rogó—, ten a bien proteger a esta humilde muchacha en este día especial. Guíame en las próximas horas. Ayúdame a hablar y actuar como corresponde. Ayúdame, como hiciste en Inglaterra, a interpretar el papel de una princesa. Ayúdame a ocultar mi nerviosismo. Por favor, haz que les agrade. Acompáñame cuando vaya a conocer a Felipe. Haz que se alegre cuando me vea, que se sienta feliz de que yo sea la esposa elegida para él. *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el señor es contigo, bendita tú...*

Terminó la oración, hizo acopio de valor y contó hasta diez antes de dar sus órdenes.

Cuando llegó a diez levantó la cabeza.

—Abre la puerta, María. Estamos preparadas.

* * *

El capitán y su tripulación habían formado en cubierta, a la espera de arrodillarse para despedir a su ilustre pasajera. Sus exclamaciones de admiración levantaron el ánimo de Juana, que se volvió para darles las gracias. Todos vitorearon y lanzaron las gorras al aire.

El barco había atracado en el muelle de Bergen-op-Zoom. Se había dispuesto una amplia pasarela, y don Fadrique acompañó a Juana hasta los adoquines. Qué alegría

pisar aquellas piedras firmes y sólidas, aunque parecían mecerse como las olas. Las damas de compañía se arremolinaron alegremente alrededor de Juana. Su tío se quedó a un lado, admirándola.

—Por fin hemos llegado, sanos y salvos. Pisamos tierra firme y estás hermosísima. Lamentablemente, aún no están preparados para la recepción. Sabremos que ha llegado el momento cuando nuestros heraldos, seguidos de los suyos, anuncien formalmente nuestra llegada.

—En Inglaterra no tardaron nada.

—Esto es muy diferente. Hay que seguir una serie de formalidades, según las reglas del protocolo. —No añadió que no entendía el retraso y que estaba preocupado—. ¿Disfrutaste de la estancia en Inglaterra?

—Fue deliciosa, de principio a fin. Todo el mundo se mostró amable y generoso. Las multitudes me recibieron con alegría en todas partes, y el alcalde y los magistrados fueron muy hospitalarios.

—Por desgracia, la hospitalidad inglesa resultó excesiva para muchos de nuestros marineros.

—Las buenas gentes de Inglaterra tuvieron la benevolencia de culpar de la embriaguez a la cerveza inglesa, extraña para ellos.

—Las «buenas gentes» casi se pelearon para verte. Con la excepción de un admirador que no tuvo necesidad de emplear la fuerza —dijo el almirante, con una sonrisa.

—Sí, el representante del rey.

—Como dices, mi señora, el representante del rey. El protocolo prohibía a su majestad acudir a recibirte.

—¡Normas, normas, normas! Ese caballero sabía escuchar. Nunca he conocido a nadie tan interesado en mi conversación. Me sentí adulta. —Había disfrutado de sus amables atenciones. Los recuerdos de aquel día eran algo excepcional, algo que guardar para siempre.

—Te contaré un secreto. Cuando ya se marchaba a Londres, me dijo: «Si Catalina, la hermana menor de esta querida dama, es la mitad de guapa, la mitad de encantadora, la mitad de elegante, la mitad de inteligente, habremos elegido a la mejor de las novias para mi hijo Arturo».

Juana puso unos ojos enormes.

—¡No! ¿Quieres decir que no era el representante del rey, sino el propio rey Enrique? ¿Y nadie lo sabía?

—Nadie lo sabía —se rio el almirante, complacido del asombro de su sobrina. Y se llevó un dedo a los labios—. Veo que por fin empieza la acción. Ya iba siendo hora.

Los heraldos, con sus trompetas y estandartes, bordados con los castillos y los leones del escudo de armas de Castilla, se habían puesto en cabeza de la comitiva. Los soldados formaron en dos espléndidas filas de escarlata y plata. Los clérigos y los

cortesianos ocuparon sus puestos, de acuerdo con su rango y posición.

Una fanfarria, respondida por otra a lo lejos, señaló el comienzo del desfile.

Con paso lento y majestuoso, el séquito echó a andar hacia las puertas de la ciudad.

Juana apretó la mano de su tío y le susurró:

—¿Ves a Felipe entre los que esperan?

—No, señora. De momento no lo veo.

—¡Ay, don Fadrique!

—Espera, espera, ten un poco de paciencia —le pidió el almirante, esforzándose por dominar su creciente inquietud.

Poco después, el corazón de Juana se desbocaba sin clemencia. Había intentado ser valiente, reunir el coraje necesario para enfrentarse a la recepción, pero las cosas no iban según lo planeado. Algo pasaba. Lo sabía. ¿Por qué habían tenido que esperar tanto antes de empezar la procesión? ¿Por qué había tan poca gente reunida para recibirla? El poco valor que tenía la estaba abandonando muy deprisa.

Del centro del exiguo comité de bienvenida se adelantó un grupo, aún más reducido. Juana miró con horror a las cuatro figuras: dos obispos, otro clérigo y una joven dama.

Pero no había nadie más. Nadie más se sumó a ellos. Eran solamente cuatro. Felipe no estaba.

¡Felipe no estaba!

Juana clavó los dedos en el brazo de don Fadrique.

—*Ma chère Jeanne, notre soeur, sois bienvenue.* —La joven dama sonrió y tendió las manos para coger las de Juana y darle una bienvenida lo más cálida posible. Juana se soltó del brazo de su tío para responder al saludo y devolvió la sonrisa, pero su esfuerzo fue penoso y débil.

Las princesas se besaron las manos.

—Queridísima Juana, qué alegría veros por fin, sana y salva, después de un largo viaje. Bienvenida a vuestro nuevo hogar. —Y tras un torpe silencio, explicó—: Soy Margarita y he venido a recibirlos en nombre de mi hermano Felipe. Sigue en Innsbruck, con mi padre. Parece ser que aún no han terminado sus negociaciones. Pero ya hablaremos de eso en otro momento, ahora tenéis que descansar. Os llevaremos a una hermosa residencia que no está lejos de aquí. Era de mi abuelo. A mí me encanta, y estoy segura de que os gustará mucho. Todo será de vuestro agrado. Podréis descansar cómodamente mientras descargan el equipaje y tendréis tiempo de recuperaros. Estoy impaciente porque me habléis de vos y vuestra familia, en especial de Juan, mi prometido. Quiero saberlo todo...

Juana se dio cuenta de que Margarita hablaba atropelladamente, de que intentaba disimular lo incómoda que estaba. Ella, por su parte, necesitó todas sus fuerzas para

no perder la dignidad, para ocultar su dolor. Aquel recibimiento sin honores era un insulto y, por si no bastara con esta humillación, su futuro esposo la desairaba públicamente, no mostraba el más mínimo respeto por ella. No podía soportarlo.

¡Felipe estaba al corriente de su llegada! ¡Debería haber venido a recibirla! Se acordó de su carta: esas palabras de entusiasmo, ¿eran simples mentiras? ¿Por qué no estaba allí? ¿Por qué se había quedado con su padre? ¿Dónde estaban los nobles que deberían haber venido en su representación?

Combatió las lágrimas con valentía y la cabeza alta, asintiendo y sonriendo cuando le presentaron a varias personas, mientras en lo más hondo de su ser la embargaba una soledad inconsolable.

* * *

No recordaba cómo había llegado hasta ahí, pero estaba a solas, en su cámara. En cuanto oyó que cerraban la puerta, se abandonó a una desesperación absoluta. Se tiró al suelo y lloró, aulló, sollozó hasta quedarse sin lágrimas y sin fuerzas, exhausta.

María la escuchaba con tristeza desde la habitación contigua. Era consciente de que los crueles acontecimientos del día habían herido a su señora, y lo sentía muchísimo por ella.

El siempre leal don Fadrique daba vueltas por la estancia y también pensaba en lo ocurrido. Estaba furioso.

—¡Por todo lo más sagrado! —blasfemó—. ¿Qué está pasando aquí? Sabía, desde el principio, que algo no iba bien. Por eso hice que los soldados retrasaran el anuncio. Confiaba en ganar tiempo para que ese miserable grupo de subalternos tuviera la nobleza de aumentar. Pero no: unos pocos sacerdotes, un puñado de damas y caballeros, y la princesa Margarita —vociferó, lleno de ira—. ¡Cielos, he visto a gente de inferior condición recibir un recibimiento mejor que este!

—Desde luego que no ha sido la recepción que esperábamos —asintió María.

—Y, en nombre de Dios, ¿dónde está Felipe? ¿A qué juega? No tiene derecho a estar en otra parte que no sea aquí. ¡Aquí! ¡Ahora! ¿Cómo se atreve a demostrar un desprecio tan flagrante, después de haberle infundido tantas esperanzas? Sé muy bien lo que me gustaría hacerle a ese sinvergüenza.

—La reina Isabel y el rey Fernando tendrán algo que decir cuando se enteren de lo que ha ocurrido —señaló María.

—¿Algo que decir? Pondrán el grito en el cielo. Estoy orgulloso de Juana por lo bien que ha sabido conservar la dignidad. Ha debido de costarle mucho, pobrecilla. Tiene todo el derecho del mundo a dejarse llevar por sus emociones ahora que está sola, y creo que nadie puede culparla. De todos modos, estoy aquí y pienso protegerla. No me iré de su lado hasta que la vea casada con su príncipe; y me cuidaré de que sea pronto. ¡Vive Dios que nos ha puesto a todos en una situación difícilísima!

Zaida pasó al lado de María y el almirante para entrar con sigilo en la cámara de su señora. Se arrodilló a su lado, la abrazó y empezó a acunarla.

CAPÍTULO 6

*A la mañana siguiente,
llegaron cartas de lejos,
por dentro escritas con tinta,
por fuera con sangre roja.
Su Roldán, decían las cartas,
estando de cacería
había muerto en Roncesvalles.*

—**P**obrecilla, esto es horroroso. Es justamente lo mismo que le ocurrió al marido de vuestra pobre hermana Isabel. —María le quitó el libro y lo cerró bruscamente—. Yo creía que iba a tener un final feliz. ¿Por qué no leéis el de la dama que cautiva a su amado con su belleza, y él quiere que la belleza de su dama se conozca en todas partes?

María miró a su señora, que descansaba entre las almohadas en su lecho de enferma.

—¿Es por culpa del poema —preguntó, con mayor brusquedad de lo que pretendía—, o es que la habitación se ha enfriado esta tarde demasiado pronto? De todos modos, me llevaré este libro y ordenaré que se ocupen del fuego. Menos historias tristes y más calor en la habitación: eso es lo que necesitamos. La verdad, señora, no comprendo por qué queréis apenaros con historias tan lúgubres. Ya estáis suficientemente abatida. Si fuera vuestra madre, jamás habría consentido que esos libros llegaran a vuestras manos.

María ya no se dirigía a su señora, sino que protestaba al mundo entero. Empezó a dar vueltas por la estancia, con intención de apartar de la vista el ofensivo libro, se acercó a la puerta, ordenó que alguien viniese a encender el fuego y volvió rápidamente a la cama para atender a su paciente.

Anudó las cintas rojas del cuello y los puños de la camisa de dormir de Juana y le enderezó el gorrito de Holanda y el echarpe rojo. Hecho esto, colocó con cuidado las almohadas y alisó la colcha forrada de piel antes de volver a sentarse al lado de la cama.

Un criado vino a ocuparse de la chimenea, añadió varios leños, empujó aquí, atizó allá, tiró de unos y movió otros, produciendo estallidos y lluvias de chispas rojas y amarillas. Cuando se retiró, la cámara quedó en calma, sin más ruido que el agradable crepitar de las llamas, el tictac del reloj y las rachas de lluvia que un petulante viento de septiembre empujaba contra las ventanas.

La corte real de la princesa era tan magnífica como su título. Juana disfrutaba de unos aposentos espléndidos, y esta cámara, su dormitorio, no era una excepción. Era

cálida, era cómoda, pero era algo más. Era lujosa como Juana no había visto en la vida. Las paredes estaban adornadas con suntuosos tapices de caballeros legendarios que regresaban, victoriosos, de sus diversas hazañas de valor. Los muebles eran una muestra de la mejor talla en madera. Las mesas exhibían hermosos jarrones, cuencos o figurillas de delicada porcelana. Lo más llamativo de la decoración era el reloj de oro que descansaba en la repisa de la chimenea. Tenía la forma de un castillo. En las torres y el tejado ondeaban pendones de oro. Varios caballeros se apoyaban despreocupadamente en sus escudos; otros custodiaban las puertas. En las ventanas había hermosas damiselas asomadas. El detalle de las diminutas figuras era exquisito.

Días antes, cuando Juana entró por primera vez en esta cámara, se quedó asombrada del esplendor y recorrió hasta el último rincón entre exclamaciones de deleite. Pero el frío atroz lo había estropeado todo.

—Estoy muy triste. Quiero irme a casa, María. Nunca había visto tantos días de lluvia grises. No me extraña que esté tan enferma. Creo que sigo teniendo fiebre. ¡Ay, aquí es todo tan distinto y tan confuso! Me siento perdida y sola. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y dejó que le rodaran por las mejillas.

María mojó un paño en un cuenco de agua fresca y cubrió con dulzura la frente y las sienes de Juana.

—Sé, señora, que los resfriados siempre parecen mucho peores en un lugar desconocido.

Había observado que su señora no tenía fiebre desde hacía días, y, aunque no podía negarse que había estado indispuesta, la mayor parte de los síntomas de su resfriado eran ahora imaginarios. Era muy probable que Juana siguiera en la cama para refugiarse de nuevas decepciones. No había llegado a recuperarse de la deplorable ausencia de Felipe entre el grupo que acudió a darle la bienvenida. Esto había sido para ella un golpe atroz, había puesto su mundo del revés. Tampoco había ayudado que Margarita no estuviera en Amberes para recibirla. Por otro lado, quizá su señora confiase en que la noticia de su enfermedad llegara a Felipe y lo apremiara a venir a su lado.

—Pero lo peor ya ha pasado —continuó, mientras refrescaba la frente de Juana—. Estoy segura de que hoy no tenéis fiebre.

—¿De verdad? Me duele mucho la cabeza.

María no quería oír más lamentos.

—Creo que deberíamos hablar de nuestra llegada a esta casa, eso sería más razonable.

—¿Te refieres a que Margarita no se presentó en la recepción?

—No, y tampoco pretendo preocuparme por eso. Me refiero a vos, y a cómo asombrasteis a todos con vuestra belleza.

Juana recordaba el acontecimiento, ocurrido hacía una semana.

—Tienes razón. Fue maravilloso. Siéntate a mi lado, en la cama. Recuérdamelo.

—No sé si podré acordarme de todo —contestó María mientras se acomodaba sin

molestar a su señora—, pero seguro que vos me ayudaréis si algo se me olvida.

Juana se reclinó en las almohadas y esperó el comienzo del relato como una niña.

—Bueno, emprendimos el viaje hasta aquí. La escena del séquito era espléndida: una larga cinta de colores que serpeaba por la campiña.

—Y en el camino no hubo percances. Ninguna calamidad. ¡Para variar!

—Ninguna calamidad —repitió María—. Bueno, eran alrededor de las siete de la tarde y el día daba paso al crepúsculo. Nos detuvimos cuando los oficiales de la ciudad, los sacerdotes y el obispo salieron a nuestro encuentro. Se acercaron en perfecta procesión, con el burgomaestre en último lugar. —María se echó a reír—. Su discurso de bienvenida fue horroroso. Tuve que esforzarme para no miraros, porque me habría entrado la risa. Fue el discurso más largo y aburrido que he oído nunca.

—¡Fue interminable! Mi mula, y no hay animal más perezoso que ella, no podía estarse quieta; quería salir al galope. Había anochecido cuando por fin terminó.

—Luego, nuestra entrada en la ciudad no tuvo comparación, con las ventanas, los balcones y los tejados engalanados de terciopelos y encajes de todos los colores...

—Tienes razón, María —interrumpió Juana, que ya se había olvidado del terrible resfriado—. Las trompetas y los tambores iban en cabeza, seguidos por los jueces, los gremios de artesanos y los mercaderes, con sus formidables libreas, sus sombreros y sus túnicas rojas, azules o verdes.

—Y los caballeros del Toisón de Oro, señora, con sus grandes cadenas de oro y el colgante del cordero, todos ellos acompañados por un paje. Y esos nobles señores que flanqueaban el séquito, iluminando el camino con antorchas.

—Nuestra corte también estuvo espléndida.

—Desde luego que sí.

—Mi vestido de oro, con sus piedras preciosas y sus perlas, era perfecto, y mi tabardo de terciopelo blanco iba puesto de manera que pudiera admirarse la falda en todo su esplendor. Sí, ese día me sentí completamente como una princesa.

—Y con razón. Pero ¿por dónde íbamos? Ah, sí, yo os seguía con seis de nuestros nobles, que lucían los más suntuosos brocados y, por supuesto, nuestras monturas iban enjaezadas de terciopelo azul o rojo. ¡Qué imagen! Era perfecta. Eso era: perfecta.

—¡Y las multitudes, María!

—Sí, las calles abarrotadas, y también los balcones y las ventanas. Y todo el mundo vitoreando: «Larga vida a la princesa *Jeanne de Castille*».

—Lo recuerdo. ¿Cómo olvidarlo? Tardamos tanto que cuando por fin llegamos aquí era bastante tarde. Todas las estancias estaban iluminadas por cientos de velas, y casi en cada pared había un enorme espejo que multiplicaba su luz. Tienes razón en que fue un día fabuloso. En realidad no lo he olvidado, María, solo estaba demasiado triste para recordarlo.

María se alegró mucho de ver que su señora se animaba.

—Y hay más motivos de alegría: la archiduquesa Margarita y su abuela,

Margarita de York, están en camino y...

—¿Y?

—Y creo que traen buenas noticias de Felipe.

Juana empezó a acariciar la colcha de terciopelo.

—Entonces, ha tenido tiempo de escribirles a ellas y a mí no. Solo tengo esta carta en la que expresa su impaciencia. —Buscó el preciado papel, con los pliegues ya rotos, y lo arrojó bruscamente sobre la cama mientras se lamentaba—: Tendría que haberse puesto en camino de inmediato, en cuanto supo que estábamos en Flandes.

—Tendrá una buena razón.

—Y sé que ahora no está con su padre. Me han dicho que se ha ido de caza.

—Los hombres a veces necesitan un poco de diversión después de unas negociaciones difíciles.

—¿Cómo puede dejarme aquí sola tanto tiempo? Somos extranjeras, estamos desprotegidas.

María cambió de tema.

—Podéis esperar con ilusión la visita de su hermana.

—Pero no quiero conocer a su abuela. Me aterra la sola idea de pensarlo. Mira cómo me tiembla la mano.

Margarita de York, la abuela de Felipe, llevaba años conspirando para arrebatar a los Tudor la corona de Inglaterra y devolvérsela a la Casa de York. También se había mostrado infatigable en el empeño por que Felipe se casara con su sobrina, Ana de York. Sin duda, no vería a Juana como una sustituta de su agrado.

—¿Sabes cómo es? Creo que es alta y majestuosa, y me hará sentir así de pequeña —dijo Juana, acercando el pulgar y el índice hasta dejar apenas un resquicio.

—No la conozco, pero me han dicho que es esbelta, muy elegante, y que en su día se la tenía por una belleza extraordinaria.

—Debería habérmelo imaginado —se lamentó Juana—. Una mujer tan convincente, que se inmiscuye en todo, tenía que ser además hermosa: es lo habitual. Me fundiré en su presencia como la cera al calor de la llama.

—¿De vergüenza? ¿Con vuestra juventud, vuestra belleza, vuestra inteligencia y todo lo demás? Margarita de York no os hará nada malo. Además, es tan mayor que yo diría que su llama ya empieza a chisporrotear y está casi a punto de apagarse.

—¡Qué imagen tan divina, María!

CAPÍTULO 7

Caía la tarde, un día de mediados de octubre. Un par de cortesanos jugaban al ajedrez, otros a los naipes y otros preferían charlar. Los músicos estaban interpretando una de las baladas favoritas de Juana. Varias flautas dulces, una vihuela y una viola de gamba acompañaban al dúo de cantantes, y su exquisita melodía llenaba el ambiente. Mientras escuchaba la tierna historia de un amor no correspondido, Juana contemplaba lánguidamente la estancia, una de las más hermosas de la mansión de Bethout Mechelen. Llevaba allí seis días y en este lapso, su humor y también el de su corte se habían animado poco a poco. Un aire de expectación empezaba a reemplazar el abatimiento de los días anteriores. La espera y la incertidumbre pronto habrían concluido.

Juana alejó sus pensamientos de la música para recordar los sucesos de aquella mañana.

Margarita había traído estupendas noticias. Felipe llegaría esa noche. Iría a verla al día siguiente, y su matrimonio se bendeciría en la catedral dos días más tarde.

¡Felipe llegaba ese día! ¡Iba a verlo al día siguiente! Estaba tan ilusionada que abrazó y besó a Margarita.

Margarita y Juana ya eran casi como hermanas. Juana sonrió al recordar la emoción con que habían hablado de sus respectivas bodas y cómo habían competido al entonar las alabanzas de sus queridos hermanos. Juana estaba inquieta. Sabía que no había sido del todo sincera con su cuñada. No podía ni quería algunas cosas de Juan.

Tragó saliva al recordar tanto lo que había dicho como lo que había callado. Había mencionado que Juan tartamudeaba, pero sin decir que esto a veces resultaba incómodo para sus conocidos y sumamente embarazoso para quienes no lo conocían. Lo peor de todo es que había faltado a la verdad en lo relacionado con otros de sus defectos de dicción; no le contó que se le trababa la lengua, que tenía el labio superior malformado y el inferior tan separado que... No, evitó todo esto con mucho cuidado y se limitó a decir que tenía la voz densa y hablaba muy despacio.

Se disculpó, convencida de que, en cuanto Margarita lo conociera, se daría cuenta de que Juan era un ser maravilloso, y eso era lo único importante. Recibiría el amor y las atenciones de un hombre amable y compasivo. Su nueva vida junto a él compensaría con creces los años que había pasado en Francia, a la espera de contraer un matrimonio que finalmente no llegó a celebrarse, y también los años posteriores, retenida y tratada poco menos que como una prisionera antes de que le permitiesen volver a su hogar. Al ser la novia elegida para el «ángel», contaría además con todo el amor y el cariño de la reina Isabel.

Cuando logró desprenderse de estos remordimientos de conciencia y se acomodó en su butaca, otros vinieron al asalto. No había escrito a casa, y habían pasado ya tres

meses desde que salió de España. Tenía que ocuparse de eso pronto, sin falta, pero no mientras escuchaba una de sus canciones favoritas.

El tambor, la pandereta y las flautas contrabajo y tenor interpretaban ahora una alegre canción, de una moza que estaba cuidando de sus cabras, y los cabreros se mofaban de ella.

Di, zagala que cuidas de tus cabras
sin que las faldas cubran tus rodillas,
dulce moza de las bonitas calzas,
si son estos cabreros de tu agrado.

Cantó al compás de la música, llevando el ritmo alegremente con los dedos en los brazos de la butaca.

La música se entrecortó. Los cortesanos que estaban más cerca de la puerta habían sido los primeros en oír el ruido de unos pasos apresurados y urgentes, las voces cada vez más cerca y más fuertes. Don Fadrique se preparó al instante, espada en mano.

El miedo volvió a propagarse entre los presentes. Les recordaban groseramente que eran extranjeros en tierra extraña y su señora aún no se había casado con su gobernante.

Juana se quedó rígida, petrificada. Solo podía pensar en cómo encerraron a Margarita en Francia cuando se rompió su contrato matrimonial. ¿Iba a acabar su boda en nada? ¿Eran aquellos ruidos siniestros los golpes de las botas de los soldados?

Las puertas se abrieron de par en par. Don Fadrique, sumamente tranquilizado, envainó su espada y dobló una rodilla.

—Don Fadrique, almirante de Castilla, mi señor —dijo. Por los muchos retratos que había visto, a pesar de la lluvia y el barro que cubrían sus vestiduras, había reconocido al joven que en ese momento le ofrecía un guante sucio para que lo besara.

—Sed bienvenido, don Fadrique. Os doy en verdad la más calurosa bienvenida. Me complace acogeros en mis tierras. Espero que disfrutéis de una estancia agradable. —Indicó a don Fadrique y a los demás que se levantaran y entró en el salón a grandes zancadas, buscando con los ojos.

Los cortesanos miraron al almirante, a la espera de alguna explicación. Don Fadrique se encogió de hombros, negó con la cabeza y volvió la mirada al cielo antes de susurrarle al camarlengo:

—Esto es increíble. Ahora desafía todas las normas del protocolo. Confiemos en que se retire pronto, ya que ha decidido prescindir de una audiencia formal. ¿Cuántas veces, desde que llegamos, habré dado gracias de que la reina Isabel no esté aquí para

presenciar las impertinencias de este joven arrogante? Os aseguro que mis huesos me dicen que se empeñará en insultarnos en todo cuanto haga.

Juana había oído la bienvenida de Felipe. Su voz, una voz firme y segura; una voz vigorosa y cordial. ¿Cómo sería el dueño de una voz como aquella? ¿Qué pensaría de ella? Le entró el pánico: había llegado el momento y ella no estaba preparada.

Tiró de la manga de María:

—Teníamos que conocernos mañana. Mañana iba a ponerme mi vestido especial para la ocasión. Y aquí me tienes, con una falda y un corpiño de lo más sencillo. Me tomará por una criada. —Miró con preocupación su indumentaria, la falda de terciopelo verde, con un delantal de raso del mismo tono hasta los pies, y un sencillo corpiño de encaje negro bordeado solo con unas esmeraldas y unas perlas diminutas. No llevaba más joyas—. ¡Y el pelo recogido con una corriente diadema verde!

El almirante intervino, desesperado por dar un mínimo de formalidad a la desastrosa situación:

—Con vuestro permiso, sire, permitidme que os presente...

—¿Dónde está mi novia? ¿Dónde está mi princesa española? Seguro que es esta.

La voz, aquella voz maravillosa, estaba delante de ella.

Juana se levantó temblando. Entrelazó firmemente las manos, agachó la cabeza y clavó la vista en los nudillos blancos, con el corazón tan desbocado que todos los presentes debían de oír sus latidos. Juana vio aparecer una mano esbelta y cerró los ojos mientras unos dedos largos y delicados le levantaban la cabeza despacio.

—¿Juana? ¿Puede ser mi Juana esta muchacha tan bella?

La voz fascinó a Juana. Miró a Felipe y se quedó sin habla. Era increíblemente apuesto, muy alto, muy atlético. Sus facciones eran las más hermosas que Juana había visto jamás, que había soñado jamás: la piel clara, las mejillas sonrosadas y el pelo castaño, casi rubio. Tenía unos ojos enormes, dulcísimos y azules, y una boca orgullosa, de labios carnosos, sumamente tentadora y sensual.

—¡Juana, no me habíais dicho que erais tan hermosa! No esperaba semejante tesoro. Amables señores, ya pueden retirarse.

La paciencia de don Fadrique se vio puesta a prueba una vez más. El comportamiento del príncipe desafiaba todos los códigos del honor. El buen nombre de Juana estaba en juego. Se sentía impotente delante de aquel joven y no soportaba su contrariedad. Miró a Juana y carraspeó para mostrar su malestar.

Juana observó a los cortesanos mientras salían de la estancia y captó algunos cuchicheos: «inaceptable», «reputación», «comprometida», «tórtolos», «cautivados», «hechizados».

Se quedaron a solas.

—Perdonadme, mi querida Juana, por esta inexcusable y larga ausencia. ¡Qué necio he sido! Y os he dejado sola. Decid que me perdonaréis.

¿Cuántas semanas había pasado sintiéndose sola, llena de nostalgia, profundamente desgraciada, incluso asustada? ¿No se había aterrorizado apenas

momentos antes con el ruido de las espuelas? Y ahora le pedía perdón.

—¿Perdonaros, mi señor? No hay nada que perdonar.

—No me llames «mi señor», Juana. Déjame oír cómo dices «Felipe». Tu voz es deliciosa y tu acento es como música para mí. Déjame oír como dices mi nombre. Di: «Te perdono, Felipe».

—Te perdono, Felipe.

—¡Qué felicidad! Esto es la gloria. —Levantó la barbilla de Juana y la besó. La besó una vez, dos veces, muy levemente, y la tercera vez se entretuvo en sus labios temblorosos. Sin soltarle la mano, la apartó para admirarla de nuevo y quedó encantado con todo lo que veía, tanto que no daba crédito a su buena fortuna.

Nunca había querido casarse con una princesa de España; a decir verdad, la simple idea de establecer cualquier vínculo con ese país era anatema para él. Se había opuesto firmemente a este matrimonio impuesto por su padre como parte del tratado con Isabel y Fernando. ¿No bastaba con que su hermana se casara con el hijo de los reyes de España para sellar el acuerdo?

Sus simpatías estaban puestas en Francia y eso no iba a cambiar. Lo habían educado en la tradición francesa de la casa de Borgoña. Su lengua materna era el francés, de ahí que fuese natural para él no sentir más que desprecio por ese país que se encontraba al otro lado de los Pirineos, en guerra constante con sus amigos franceses.

Pero esto sí que no se lo esperaba. Una dama hermosa a la que llevarse a su lecho; eso sin duda endulzaba el mal trago. Facilitaría mucho sus obligaciones conyugales con los austrias y las dos casas reales españolas.

¿Y Juana? Su timidez se esfumó totalmente. Disfrutaba cada vez más de cómo la miraba, le acariciaba el pelo, le rozaba suavemente las mejillas, le pasaba los dedos por los labios y volvía a colmarla de besos en la cara y en la boca. Su confianza creció cuando Felipe le cogió seductoramente las manos para que acariciase las formas de aquellos labios tentadores y dibujara el perfil de la boca que había abarcado la suya y despertado en ella sensaciones desconocidas.

Era consciente de que no debían hacer esto antes de que su matrimonio se hubiera consagrado, pero le daba igual. Poco antes estaba desesperada por regresar a España. Ahora solo quería que él la besara sin parar. Estaba impaciente por que volviese a abrazarla y responder a sus besos con besos aún mejores.

—¿Qué estás pensando, Juana?

—Que debo de estar soñando.

—Mi buena Juana, esto no es un sueño. Lo único que nos falta es recibir la bendición. En cuanto la tengamos seremos marido y mujer. —Volvió a besarla, con besos cada vez más ávidos que prendieron en Juana un fuego abrasador.

Se separó de él, jadeando.

—Solo tenemos que esperar dos días, Felipe, y entonces... —No se atrevía a imaginarlo.

—¿Dos días, Juana? ¿Por qué dos días?

Desconcertada, respondió:

—Margarita me ha dicho hoy que la ceremonia se celebrará finalmente dentro de dos días. No creo haber entendido mal.

Felipe se echó a reír.

—Sí, estoy al corriente de los planes. Pero ¿por qué esperar? Eso es solo una ceremonia pública para complacer a otros. Podemos elegir cuándo queremos recibir la bendición. En realidad, vamos a hacerlo ahora mismo.

Felipe se arrodilló ante ella, como un niño que suplica un favor especial.

Las preguntas se agolparon en la cabeza de Juana. ¿Casarse ahora, convertirse en marido y mujer esa misma noche? Lo deseaba más que nada en el mundo. Pero ¿qué diría la gente? Eso daba lo mismo. Estaban en el país de Felipe: él decidía y los demás acataban. Ella, como todo el mundo, estaba a sus órdenes. Le sonrió y asintió con la cabeza.

Felipe se levantó de un salto, la cogió de la cintura y la levantó por los aires.

—Querida Juana. Preciosa Juana. Ahora solamente necesitamos un sacerdote.

Juana echó la cabeza atrás y se rio con aire travieso.

—Tengo al sacerdote ideal, mi capellán, el deán de Jaén. Es muy serio y muy estricto. Mi madre se empeñó en que tenía que ser mi confesor, a pesar de que yo prefería a alguien con quien congeniase mejor. ¡Ni se imaginaban cuál iba a ser su primera obligación!

Felipe se rio con ella, pensando en que esto sería un mensaje excelente para España: les haría saber que él era dueño y señor de su casa y no consentiría ninguna intromisión. Se alegró una vez más: aquella alianza política le había brindado una mujer cálida y vibrante, en lugar de una fría esposa. Volvió a besarla, como para sellar su acuerdo, y salió a grandes zancadas para ordenar que regresaran los cortesanos.

Cuando estuvieron todos reunidos, ordenó que viniera el deán de Jaén para consagrar su unión. ¡Ya! ¡De inmediato!

Era intolerable. Don Fadrique hizo constar su rotunda objeción con un sonoro carraspeo. Pero era una causa perdida. Juana no veía ni oía a nadie más que a Felipe. Seguía cada uno de los movimientos de su príncipe y se deleitaba en todos ellos. Felipe la miró con unos ojos que expresaban su deseo, y ella quiso que la estrechara en su pecho y la envolviera para siempre con aquellos brazos poderosos.

CAPÍTULO 8

Era un mundo de riquezas y festejos deslumbrantes. La vida era una continua celebración. Los banquetes, bailes y torneos que se celebraban en cada parada de sus viajes, a cual más espléndidos, confirmaban que los gastos no constituían un impedimento. En comparación con Castilla, donde los placeres tenían que ser sencillos y siempre estaban sometidos a la crítica de ascéticos sacerdotes, este nuevo modo de vida fue para Juana una revelación, y se entregó a él con gozoso abandono.

No había, en ninguno de los romances que Juana había leído, caballero más galante que Felipe. Eligió nuevos colores para las justas: verde y amarillo, para hacer público su amor por ella. Todos sabían que el verde representaba el amor cortés, el amor juvenil cargado de esperanzas. El amarillo simbolizaba la alegría, pero era también un juego de palabras: Juana = Jeanne = *Jaune* o amarillo. Era un color especial para ella y para nadie más. Juana sentía un orgullo inmenso. Parecía que iba a estallarle el corazón de amor por su caballero de armadura dorada, cuando lo veía acercarse a la tribuna montado en su caballo para presentarse a su dama. Y, para su abuela, Margarita de York, sentada al lado de Juana (siempre se sentaba a su lado), quedó demostrado sin lugar a dudas que Felipe no podía ser más feliz con su esposa española. Un delirio de felicidad colmaba sus días, sus semanas y sus meses. Lo demás no tenía ningún valor.

Sin embargo, al cabo de unos meses la euforia empezó a resquebrajarse. Los disgustos asomaron su fea cabeza.

Juana estaba dando vueltas por el pequeño salón. Iba a reunirse con el almirante. Tenía en la mano una carta de su madre. La primera parte era una reprimenda, porque aún no había escrito a casa. Había estado muy ocupada, demasiado ocupada con sus diversiones, hasta muy poco antes.

En la última parte de la carta, su madre repetía la orden que había dado al almirante: «... decir al duque Felipe que entregue a Juana los veinte mil escudos estipulados y necesarios para el mantenimiento de su corte y sus asuntos de Estado. Sabemos que esto no se ha hecho».

Era cierto. Juana no había podido pagar a sus cortesanos. Para los que se alojaban en los palacios reales esto no representó un perjuicio grave, aunque para otros, que habían tenido que buscar su propio alojamiento, la vida empezaba a ponerse difícil. Habían tenido que vender ropa y joyas para pagar el hospedaje. Juana había pedido dinero a Felipe en varias ocasiones, y él siempre contestaba que se ocuparía a su debido tiempo, pero hasta entonces no había hecho nada. Era cierto que ella no había insistido lo suficiente, sobre todo porque se olvidaba, pero también porque le parecía muy incómodo tener que pedir lo que era un derecho. El desprecio con que la miraban el secretario y el tesorero de Felipe le recordaba, por si fuera necesario, que no tenía ninguna autoridad en esta corte real. Por tanto, lo mejor era desentenderse de

la complicación.

Por desgracia, su tío esperaba para ser recibido. Juana tenía la obligación de discutir la situación financiera de su corte, tanto si quería como si no.

María abrió la puerta, y resultó que además del almirante allí estaba también el camarlengo. La reunión iba a ser finalmente muy seria. Dos hombres con tanta experiencia y tantos conocimientos, y ella, tan joven e ignorante de las cuestiones prácticas.

Después de saludarse formalmente, todos se miraron, esperando que fuera otro quien iniciara la conversación.

Juana tragó saliva. La carta que tenía en la mano parecía negarse a estarse quieta.

—Sé el motivo por el que habéis solicitado esta reunión, caballeros —dijo—. Mi madre lo menciona en esta carta.

—Así es, señora. Venimos a comunicaros que esta tarde nos reuniremos con el archiduque —respondió don Fadrique, mostrándole la carta que había recibido de la reina Isabel.

—Sí, señora —continuó su camarlengo—. No podemos permitir que la situación se prolongue por más tiempo. Es intolerable que gentes de bien, gentes de noble rango, se vean forzadas a sufrir privaciones y estrecheces, a vivir en condiciones muy inferiores a lo que corresponde a su posición. No es decoroso, señora. Estamos obligados a cumplir ciertas normas. Nuestro honor está en juego. Os ruego que disculpéis mi osadía, pero hay que hacer algo, sin más tardanza.

Tenía razón, y Juana confiaba en que, por su condición de camarlengo, lograra convencer a Felipe. Un camarlengo era, a fin de cuentas, el indicado para tratar los asuntos relacionados con las finanzas; no ella, que se echaría a llorar cuando Felipe se enfadara porque volvía a pedirselo.

—Tenéis razón. He expuesto el caso a mi señor en varias ocasiones. Tengo la certeza de que Chimay no está siguiendo sus órdenes. —¿Resultaba convincente o sabía todo el mundo que Felipe y su corte desoían sus peticiones sin ninguna consideración?—. Lo mejor es que vos, como camarlengo, le recordéis a mi esposo el acuerdo matrimonial y señaléis que la asignación debe pagarse de inmediato. Con eso se solucionará todo y podremos seguir con nuestra vida.

Don Fadrique no tenía la más mínima confianza.

—Confío en que estéis en lo cierto, pero tengo grandes dudas. Puede que sea mi tendencia a sospechar de los flamencos, pero me da la sensación de que, desde el principio, no hemos sido bien acogidos en este país. Nos desprecian, murmuran maledicencias y se ríen a nuestras espaldas.

O sea, que su tío también se había percatado.

—Estoy segura de que os equivocáis. Lo estamos pasando de maravilla: cazando, bailando y celebrando banquetes. Todo el mundo participa con alegría. Solo he visto carcajadas y caras felices.

—Hay un asunto importante del que debo hablaros. —Don Fadrique adoptó un

tono áspero. La alusión a los frívolos pasatiempos de la corte lo había sacado de sus casillas, y quería que Juana lo supiera—. Confiaba en no tener que deciros esto. Mi flota debería haber zarpado hace tiempo y encontrarse ya a salvo en España.

—Sí, sé que Margarita debería haberse ido hace semanas, pero Felipe no quiere separarse de ella y no consiente que se vaya. Siento que mi pobre hermano, que está suspirando por su prometida, tenga que soportar esta larga espera.

—Me trae sin cuidado lo que quieran Felipe o Juan. Es más importante que os exponga claramente lo que quiero yo —vociferó—. Por enésima vez tendré que pedirle a Felipe que aprovisione a la flota. Mientras vos disfrutabais cantando, bailando y jugando a esos juegos tan ridículos, buenos marinos españoles perdían la vida. Están muriendo de frío o de hambre, ¡o Dios sabe de qué enfermedades! Hace mucho tiempo que se terminaron las provisiones y también nuestra asignación se ha agotado.

—Tranquilízate, por favor —dijo Juana. Y sonrió para consolarlo—. ¡Te has puesto todo rojo! Me preocupa verte tan enfadado. Naturalmente que me entristece saber que hemos perdido a algunos hombres. Pero sabes tan bien como yo que los hombres mueren a todas horas, de hambre o enfermedad; no solo aquí, sino en todas partes. Quizá estás envejeciendo, querido tío, y por eso su muerte te afecta tanto.

Ya iba siendo hora de que Juana conociera la verdad.

—¡Nadie puede evitar que le afecte la muerte de nueve mil hombres! —exclamó, asintiendo con la cabeza para confirmar la estremecedora cifra.

Nueve mil hombres habían muerto porque la reina Isabel quiso impresionar al mundo con el poderío de España y envió para ello una flota desmesurada. Nueve mil hombres habían muerto porque Felipe primero había llegado con más de un mes de retraso y luego no soportaba la idea de separarse de su hermana. Nueve mil hombres habían muerto porque la dureza del invierno había impedido zarpar a los barcos. Y aún podían morir muchos más.

—¿Qué puedo decir? Lo lamento muchísimo. Ojalá hubiera...

—Soy un viejo estúpido y debería aprender a morderme la lengua. Tú no podías evitarlo. Pero el archiduque tiene que ayudarnos. —Cogió la mano de su sobrina—. Querida muchacha, no debería haber puesto esta carga sobre ti. Ve y ocúpate del vestido que lucirás esta noche en el baile.

¿Estaba enfadado con ella? ¿Se estaba burlando? ¿Intentaba decirle que ya iba siendo hora de comprometerse con alguna responsabilidad? No estaba segura, pero prefirió suponer que de verdad deseaba su felicidad y lamentaba haberle comunicado una noticia tan triste.

Escuchó a los caballeros, se mostró de acuerdo con cuanto iban a exponer a Felipe y les dijo que estaba convencida de su éxito. Les deseó lo mejor y los miró abandonar la estancia. Se quedó pensativa unos momentos. La situación era grave, pero Felipe haría honor a su compromiso y respondería con generosidad a todas sus peticiones.

Estaba muy abatida cuando le pidió a María que la acompañase al tocador para prepararse para el baile que tan inoportuno le parecía ahora. Sin embargo, todos los pensamientos desagradables se desvanecieron en cuanto empezaron a ponerle las enaguas y la camisa, la falda azul y un corpiño ajustado, y terminaron de atar lazos, abrochar botones o coser las mangas. Cuando concluyó el procedimiento, Juana estaba feliz e ilusionada con el banquete y el baile que se celebraría después. Margarita había llegado y se sumaría a la diversión. Eso garantizaba que la velada sería muy animada. Siempre era muy divertido estar con Margarita; siempre planteaba los mejores acertijos y contaba las historias más amenas.

* * *

Juana y Margarita se sentaron a descansar después de un baile, acompañadas de algunas damas y caballeros de la corte impacientes por oír el mejor acertijo.

—Me toca a mí —insistió Juana.

Blancos son los campos,
las semillas negras,
cinco son los bueyes
que el arado llevan.

Madame Halewyn, esa mujer de piedra a la que Felipe había puesto recientemente al servicio de Juana, deslizó una mirada despectiva a lo largo de su nariz bien cincelada.

—Ese lo conoce todo el mundo —dijo. Y sin dar a nadie la oportunidad de responder, le disparó a Juana su propia adivinanza.

Más pequeño es que un buey
y aún más pequeño que un huevo,
Más amargo que la hiel
Y más dulce que la miel.

Juana estaba perpleja. No sabía por dónde empezar. ¿Intentaba Halewyn hacerla pasar por idiota? Margarita cogió a Juana de la mano y se echó a reír.

—¿Por qué os empeñáis en buscar adivinanzas tan difíciles, cuando sabéis que ninguno tenemos la inteligencia suficiente para dar con la respuesta? ¿De dónde las sacará, esta mujer? Decidnos, Halewyn, ¿qué puede ser esa cosa tan diminuta?

—Me parece que fingís. Sin embargo, creía que la princesa, con sus muchos conocimientos librescos, reconocería al instante que se trata de una almendra —atacó

madame Halewyn.

—No, no. Eso no es cierto, ¿verdad que no? —dijo Margarita al resto del grupo para invitarlos a protestar—. Ha sido un acertijo demasiado oscuro y nada ingenioso. De todos modos, quiero contaros una interesante historia de ese caballero tan alto que está ahí, el delgado de cara seria.

Siguieron la mirada de Margarita hasta dar con el caballero en cuestión, y Juana susurró:

—Es don Francisco de Rojas, el embajador de mis padres.

—Exactamente, y mi historia se refiere a él.

Los caballeros se sentaron a los pies de las damas, algunos apoyados en los codos, entre las colas de las faldas. Estaban impacientes por enterarse de algún cotilleo.

—Cuando vino para celebrar la boda por poderes, solo traía ropa sencilla, impropia de tan gran ocasión. Cuentan que un amigo le ofreció un hermoso jubón y una túnica de brocado. Imaginaos a ese hombre tan alto, con el pelo y los ojos oscuros, vestido de verde oliva, el color perfecto para realzar esos rasgos tan atractivos. Pero sigamos con la historia. Ahora viene la mejor parte, cuando tuvimos que acostarnos en el lecho conyugal. —Empezó a reírse y todos se apiñaron aún más, para no perderse una sola palabra. Algunos miraron de nuevo al alto y delgado embajador que esa noche vestía completamente de negro. Margarita se disponía a contar una de sus mejores anécdotas, y el interesado estaba ahí mismo—. Pues bien, puede que su amigo se ocupara de ofrecerle la indumentaria a tono con la ocasión, pero ¡madre mía!, cuando se quitó la túnica y el jubón para acercarse al lecho nupcial, os prometo que me harté de reír. Todos sus movimientos eran tan calculados, para llamar mi atención, que me fue imposible no fijarme en los calzones, porque le quedaban flojos y además no estaban bien atados, de manera que la camisa le colgaba entre las puntillas. Medían no sé cuántos metros, como un barco a toda vela. Había tela hinchada por todas partes. Y él seguía acercándose despacio. Di gracias a Dios de que la camisa protegiera mis ojos inocentes de algo aún más ofensivo que la ropa interior. Tuve que morderme el labio para no reírme, y cerrar los ojos para borrar aquella visión.

Todos rieron de buena gana y miraron de reojo a don Francisco, con la imagen de los indiscretos calzones rampantes firmemente grabada en la memoria.

La voz airada del secretario privado del rey, responsable de la seguridad de los caballos en el viaje desde España, interrumpió sus carcajadas.

—Señores, este comportamiento es intolerable. En España, ningún caballero osaría sentarse tan cerca de una dama. Y vos, conde, deberíais dar ejemplo de modales en la corte, en lugar de comportaros como estos... estos flamencos. ¿Qué dirían el rey y la reina si os vieran sentado en las faldas de la princesa Juana, casi tocándolas con la cabeza?

—¿Cómo os atrevéis, mequetrefe?

—Me atrevo porque defiendo el honor de mi señora.

—En ese caso, me complacerá ofreceros la oportunidad de hacerlo.

Juana tragó saliva. Se había dejado llevar alegremente por la ola de despreocupación, descuido y conducta indecorosa, obnubilada por la normalidad con que en Flandes se aceptaban estas costumbres permisivas. Y ahora, uno de sus compatriotas la recriminaba públicamente y apelaba a su conciencia por conducirse de una manera impropia de su educación española. Estaba avergonzada.

Felipe se alejó de la dama que lo estaba cautivando con sus encantos, provocándolo con su figura menuda y esbelta y exigiéndole aún más besos con sus labios cálidos. No le agradó en absoluto la interrupción y cruzó la estancia con paso iracundo.

—Caballeros, ¿quién ha provocado esta situación y por qué?

El conde de Chimay refirió detalladamente lo ocurrido, acariciando con los dedos gordos el cuello de zorro de la túnica corta, antes de abrir las manos para restar importancia al absurdo incidente.

—Ya sabéis cómo son estos tristes españoles, que no saben relajarse y disfrutar de la vida.

Felipe no estaba dispuesto a dejarlo pasar con tanta ligereza.

—Veo, joven señor, que mostráis por las damas y su honor el mismo interés que mostrabais por los caballos que me trajisteis. Elogio vuestra sensibilidad. Tenéis razón en lo tocante a los hombres que se sientan en las faldas de nuestras bellas damas. Eso denota falta de respeto. Asegúrense, caballeros, de que no vuelvo a presenciarlo. —Se volvió a Juana—. ¿Me acompañarás en el siguiente baile?

¡No se había enfadado con ella! ¡No era culpable de nada! El rubor de la vergüenza se convirtió en rubor de deseo. Podía coger a su amado de la mano y mirarlo a los ojos. Regresó a su pequeña isla de dicha absoluta.

—Tus lacayos han venido a verme hoy —le anunció con frialdad cuando se cruzaron en el baile con una reverencia—. Me han contado sus tediosas quejas. Quiero que sepas que estoy harto. Tienes demasiados sirvientes y esa es la raíz de las dificultades. Cuestan demasiado. No quiero verme hostigado a todas horas por sus salarios. Ha llegado la hora de despedirlos a todos y reemplazarlos por buenas gentes de Borgoña. Hace algún tiempo que me preocupa que mi dinero caiga en manos extranjeras. No obstante, daré instrucciones a Chimay de que efectúe algunos pagos a cuenta hasta que puedan hacerse los preparativos para enviarlos a casa.

—¿Conservaré a mis sirvientes personales?

—Algunos, ya veremos cuántos. Chimay dice que la mayoría están aquí como espías de España, y eso hay que corregirlo de inmediato.

—Señor, eso una grave injusticia para ellos, pero si así estás más contento, accederé a los cambios.

—Debo recordarte que no te corresponde acceder ni lo contrario. En Flandes, una esposa hace lo que se le ordena.

¿Qué iba a ser de ella? ¿Habría más mujeres como *madame* Halewyn a su alrededor? Voces frías y despectivas, atentas a cada una de sus palabras y dispuestas para dejarla en ridículo. Su tío tenía razón: muchos en Flandes eran malos y mezquinos, tenían envidia de su presencia. Necesitaba protegerse de ellos; una corte española, por pequeña que fuese, era vital. Se ahogaba, de tan fuerte como le latía el pulso en el cuello, y tuvo que combatir las lágrimas que ya empezaban a amenazarla. Tenía que encontrar el modo de convencer a Felipe para que fuera generoso.

Terminó la danza.

—¿Vendrás esta noche a mi cama? —preguntó con voz persuasiva y los ojos entornados, jugando seductoramente con la manga de su jubón.

—Ya veremos, ya veremos. No puedo visitarte todas las noches. —Le besó la mano, le rozó la mejilla con los labios y la acompañó para dejarla sentada con Margarita y dirigirse al otro extremo del salón, en busca de aquella dama que empezaba a provocarlo con sus artes de seducción, para no tener que enfrentarse una vez más a aquellos españoles pendencieros. No le preocupaba demasiado no encontrar a la dama en cuestión, pues en el fondo tenía la intención de visitar a Juana.

Juana estaba impaciente por que terminase el baile, para poder acostarse con Felipe. Le pediría a Zaida que la bañase con agua perfumada, le cepillara el pelo con aceites aromáticos y la vistiera con una camisa de dormir, blanca y escotada, que se deslizaría fácilmente de sus hombros al suelo; o quizá se pusiera solo una túnica sobre el cuerpo desnudo. Felipe entraría en su cámara, se desnudaría mientras se acercaba a la cama, y empezarían a hacer el amor, despacio al principio, hasta que su pasión se fundiera en un solo cuerpo y... Se ruborizó, anticipándose al placer. Había aprendido mucho en muy poco tiempo.

CAPÍTULO 9

Juana estaba convencida de que el 12 de abril de 1498 siempre sería un día muy especial, y no permitió que nadie más anunciara la noticia. Cruzó precipitadamente el corredor que comunicaba sus habitaciones, en un ala del palacio, con las de Felipe, en el ala contraria.

La inmensa nube de tristeza que la envolvía desde que supo de la repentina muerte de su querido hermano se había disipado. El abismo gigantesco que la separaba de su familia en unos momentos de inconmensurable tristeza había dejado de existir. Había recibido noticias más importantes esa mañana.

Los centinelas bloquearon la puerta con sus alabardas.

Juana se echó a reír.

—Creo que el archiduque no corre ningún peligro. Tened la bondad de apartaros.

De un tiempo a esta parte se conocía su tendencia a descargar su ira contra su marido infiel, y cualquier mujer de virtud laxa que en ese momento se encontrara en la cámara privada del príncipe tendría que oír los golpes en la puerta y soportar una andana de insultos más típica de los callejones que apta para los oídos de gentes de noble cuna. Por este comportamiento se había ganado el apodo de «el Monstruo». Felipe había sido el primero en llamarla arpía, monstruo, y la corte de Flandes no tardó en adoptar el sobrenombre. Juana lo oía susurrar muy a menudo; la seguía a todas partes.

—Podéis abrir la puerta.

Esperó con impaciencia hasta que la puerta se abrió lo suficiente para entrar.

—¡Felipe, tengo excelentes noticias!

El príncipe salió del tocador, sorprendido de su visita.

Juana le dio un beso.

—¡Estoy encinta! ¡Los médicos están seguros!

Él le devolvió el beso, la abrazó y la levantó en alto.

—Voy a ser padre. Mi lista Juana. ¿Será un varón?

—De momento no pueden saberlo. Tienen que esperar un poco para ver cuál de mis dos pechos se vuelve más grande: si es el derecho será un varón.

—¡Voy a ser padre! ¡Esto merece celebraciones! Organizaremos un torneo para mi bella esposa, que va a alumbrar a nuestro hijo.

—Pero ¿y el luto? —La nube de tristeza había regresado.

—La vida es para los vivos, tesoro mío. Creo que incluso tu madre se alegrará de esta noticia. Nada de lágrimas, Juana, te lo advierto.

—Pero no estaría bien para mi difunto hermano. ¿Y la pobre Margarita?

—No voy a tolerar que te atormentes por eso, tienes que pensar solo en cosas felices. Daremos un paseo por los jardines y haremos planes para los festejos. El banquete será el mejor que hayas visto en la vida: cisnes, faisanes, perdices

presentadas con sus plumas...

—Empanadas de carne con forma de castillos...

—Pescado en fuentes enormes, enmudecido por un círculo de sirenas de gelatina.

Se rieron, en su competición por ofrecer las mejores ideas, mientras se dirigían a las habitaciones de Juana para que se vistiera con ropa de abrigo.

Juana no separaba de su pecho la carta que había leído docenas de veces, mientras María le cambiaba los zapatos por unos coturnos y le ataba los cordones laterales una vez bien asegurados.

—¿Por qué ha tenido Dios que llevárselo? —Volvió a llorar por el hermano al que tanto quería y en el que tanto confiaba, quien la había entretenido con su buen humor y siempre estaba a su lado para consolarla y tranquilizarla—. Juan era la mejor persona del mundo. Me rompió el corazón separarme de él, de mi mejor amigo. Y apenas ha podido estar con Margarita.

Abrió la carta de Margarita y leyó: «... ¡Estoy encinta! ¡Un nieto para la reina Isabel! ¡Está loca de alegría y, naturalmente, me da muchos consejos para mi bienestar! Estamos todos muy contentos». Y a las pocas semanas de esta carta, Juan había muerto.

Zaida le quitó la carta a su señora para guardarla en el joyero y la reprendió con cariño.

—Hoy no es un día para recrearse en la tristeza.

—Y —añadió María— no creo que el archiduque quiera llevar a su dama de paseo con la cara larga y los ojos enrojecidos. Tenemos que arreglar eso. Hoy debéis poneros el manto verde con su broche especial.

—María, creo que te estás volviendo muy romántica.

El broche de diamantes era un regalo de Felipe. Llevaba las iniciales de ambos unidas por un lazo de amor.

—Cuando hayáis vuelto del paseo hablaremos de vuestro atuendo para las celebraciones. ¡Va ser muy divertido! Hace tiempo que no tenemos ninguna distracción.

—¿Qué dirá Margarita de York de mis buenas noticias?

—Muchas cosas, seguro —se rio María.

CAPÍTULO 10

*¡*Los pilló! Los sorprendió abrazados, en lo alto de la antigua escalera de caracol que estaba cerca de las habitaciones de Felipe.

—Ramera, puta, ¿qué te ha ofrecido para que le permitas hurgar en tu corpiño, subirte las faldas y meterse dentro de ti, aquí de pie, apoyada contra una pared como una mujer de la noche?

Juana cogió a Felipe del brazo y trató de llevárselo.

—Te crees que puedes meterte debajo de cualquier falda. ¡Cómo te atreves a fornicar en casa de tu esposa!

Se volvió para enfrentarse con la avergonzada dama de compañía.

—Vete a un burdel. Es ahí donde tienes que estar. Podrás abrir las piernas cuanto quieras y lavarte la porquería antes de que llegue el siguiente a meterte la verga... — continuó con su invectiva, en un lenguaje cada vez más soez.

—Cierra esa boca inmunda —le ordenó Felipe.

—Si este es todo el respeto que tienes por tu esposa, que me lleven al patíbulo antes de verte coronado príncipe de Castilla. ¡Eres despreciable! —Con esto se alejó precipitadamente del escenario de su humillación.

—¡Soy yo quien decide aquí! —vociferó Felipe, cuando ella ya se alejaba—. Me marchó. Volveré cuando hayas aprendido a dominar esa lengua de bruja.

Se oyeron carcajadas y gritos de «el Monstruo, el Monstruo ha vuelto a las andadas».

María apareció entonces y cruzó el pasillo, ahuyentándolos a todos como a ovejas descarriadas en tierra ajena.

Juana entró corriendo en sus habitaciones y cerró dando un portazo al mundo y a la voz de Felipe, que aún seguía proclamando sus intenciones a gritos. Su llegada sobresaltó a Zaida, que estaba ordenando el tocador de su señora. Las lágrimas de vergüenza y de dolor le abrasaban las mejillas; se las secó con el dorso de la mano y buscó el cofre donde guardaba sus cartas.

Zaida la observaba con gesto alarmado.

—Ya estáis demasiado alterada para agravarlo más todavía.

—Es lo único que tengo de mi familia, lo único que me permite sentirme cerca de ellos, y los necesito.

Leyó todas las cartas, sollozando, hasta que llegó a la última.

—¡Por Dios! ¿Es que esto no va a terminar nunca? Margarita ha dado a luz a una niña, pero ha nacido muerta. Tengo el corazón destrozado y ya no puedo soportar más dolor. Mi pobre madre. Ha perdido a su querido hijo, y ahora esta niña, descendiente del linaje paterno, ha muerto. Además del dolor atroz por su pérdida, las esperanzas y las aspiraciones de mi madre se han desvanecido.

Aunque su señora necesitaba tiempo para asimilar su pena, este era el día menos

indicado. Juana tenía una visita importante y necesitaba toda su fortaleza. Por eso, Zaida recogió las cartas y las guardó, a la vez que consolaba a la princesa.

—No hay mal que por bien no venga. Esta tragedia significa que Margarita pronto estará aquí, y volveréis a contar con vuestra amiga y confidente.

Le dio la impresión de que Juana no la oía.

—Por favor, Felipe, ámame. —El grito había estallado, rescatándola de los abismos de su sufrimiento—. Cuando está conmigo sé que me ama. Si estuviéramos solos, acurrucados en nuestro mundo de pasión, si no existiera ese sapo horripilante, ese Chimay que susurra en el oído de Felipe, o ese Busleyden que le dice lo que puede o no puede hacer, seríamos la pareja más feliz del mundo. —No paraba de retorcer el pañuelo que Zaida le había ofrecido.

—Tendréis que esperar hasta que el arzobispo Busleyden muera, y también la abuela de Felipe. Desde que tenía cuatro años, no han dejado de rondarlo y de atacar a todo el que se le acercaba demasiado, si no era de su gusto.

—Me odian, Zaida.

—Procurad olvidaros de ellos —contestó Zaida. Y se echó a reír—. Serían la pareja ideal: los dos son esqueletos andantes, los dos adoran a Felipe, los dos aborrecen España. Os decía que no hay mal que por bien no venga, pero no os he hablado de lo mejor, del regalo de vuestro hermano: «esa otra Juana» capaz de luchar por aquello en lo que cree que es justo o que le pertenece legítimamente. Mostradme a esa Juana.

—Claro, «esa» Juana. Más le vale a ese sacerdote español enviado por mi madre haber venido como amigo y no como enemigo, porque entonces la otra Juana aparecerá por primera vez. Gracias a Dios que estás aquí para recordármelo. ¡Qué afortunada fui, ese día en Granada, cuando me dijeron que serías mía!

—Más afortunada soy yo. ¿Quién sino vos me habría permitido conservar mi nombre moro, en lugar del que me dieron cuando me obligaron a ser cristiana? Puedo preservar mi identidad y además —se rio— creo que Blanca no era una buena elección. Pero ¿no tenéis quizá algo más importante que agradecer a Dios?

—Tienes razón. —Juana se secó definitivamente las mejillas con el pañuelo y dejó que sus manos recorrieran después la creciente curva de su vientre—. Rezo para que seas un varón, por Felipe. Y, por favor, sé fuerte y sano. Solo tres meses de espera.

Llamaron a la puerta, y entró María, con un criado que llevaba una bandeja de frutas y zumos.

—El hermano Tomás ha llegado.

—No le pasará nada por esperar unos minutos. Tengo que asegurarme de que la otra Juana está preparada.

CAPÍTULO 11

La casaca corta de estilo francés, que le llegaba hasta debajo de las caderas, realizaba su preñez en vez de disimularla. Se colocó el manto carmesí sobre los hombros y comprobó que la capucha negra, con su ribete de rubíes y flores doradas, una prenda del año anterior, aunque eso no tenía importancia para un sacerdote, estaba bien colocada en la cabeza. Se tocó el rubí de su madre que llevaba al cuello y se pellizó las mejillas para darles un poco de color. Por fin estaba lista para recibir al hermano Tomás, el enviado de su madre que venía de España para hablar de «los rumores».

Esperó junto a la chimenea, decorada con flores de verano que desprendían una dulce fragancia, y vio acercarse al fraile como una nube negra y siniestra que presagiara una tormenta.

—Bienvenido a Bruselas, hermano Tomás. Espero que vuestra estancia siga siendo agradable.

—Alteza, buenos días. Os doy las gracias. Supongo que mi estancia está siendo razonablemente buena —fue la escueta y rencorosa respuesta del fraile—. Permitidme que os diga que me alegra encontraros con tan buen aspecto —se apresuró a añadir, cambiando de tono—. Vuestra familia estaba muy preocupada de que no estuvierais recibiendo las mejores atenciones en vuestro primer embarazo. También están impacientes por saber si estáis cuidando vuestra salud ahora que lleváis un hijo.

—Y ¿por qué no debería ser así? —fue la astuta respuesta de Juana, que había captado las críticas implícitas—. Os aseguro que los médicos de aquí son tan buenos como los españoles. Miradme, hermano Tomás. ¿No tengo mejor aspecto que la mayoría de las mujeres embarazadas?

—Sí, pero también hemos oído decir que pasáis mucho tiempo a solas, a veces días enteros, sin presentaros en la corte. Eso no puede ser bueno, ni para vos ni para vuestro hijo.

María y Zaida cruzaron una mirada. ¿Qué sabía o creía saber aquel sacerdote?

—Habladurías, habladurías que se exageran según van de boca en boca. Solo una persona insensible no podría comprender lo difícil que ha sido para mí llorar la muerte de mi hermano lejos de mi familia. Por eso me retiro. Mis cartas y mis cortinas cerradas me ayudan. —Le fastidiaba tener que explicar su dolor precisamente a un sacerdote.

—Y las disputas con vuestro esposo, ¿tienen algo que ver en vuestro retiro?

—¡No puedo creer que mi madre no esté de mi parte en esto, cuando la fidelidad de mi padre es tan endeble como la de Felipe! Mis hermanas y yo hemos oído muchas riñas, podéis creerme. —Estaba en verdad dispuesta a presentar batalla.

Esta osadía pilló desprevenido al hermano Tomás, que optó por cambiar de

táctica.

—Vuestro bienestar espiritual es igual de importante, incluso más.

Juana se enfureció. Era evidente que no se trataba de una visita solícita, sino, tal como había sospechado, de un interrogatorio propio de un tribunal eclesiástico.

—Hemos llegado muy pronto al quid de la cuestión, hermano Tomás —lo desafió—. ¿Os preocupa la salvación de mi alma? Sé que también se hacen comentarios maliciosos sobre mí en ese sentido. Habéis venido a confesarme porque se rumorea que he descuidado mi devoción y he puesto mi alma en peligro, y necesito de vuestra intercesión. Es posible que no me confiese con tanta frecuencia como debiera, pero mi confesor es muy comprensivo. —Estaba orgullosa de su valentía. Sí, podía resistir y estaba dispuesta a hacerlo. Vivía en Flandes y no tenía ningún miedo de la Iglesia española.

—Señora, os garantizo que no estoy aquí como inquisidor —dijo el sacerdote, tratando de esbozar una sonrisa paternal. Ojalá pudiera empezar la entrevista desde el principio, pues no estaba saliendo según lo planeado. Lejos de lo previsto, ella no era la niña contrita y él el sacerdote dispuesto a ser benévolo a su debido tiempo.

Juana estaba furiosa.

—¡Nada menos que un inquisidor! Muy mal deben de estar las cosas para que envíen a un inquisidor. Hermano Tomás, decidme qué dicen de mí mi querida familia y mis compatriotas. Habladme de mi mala reputación.

—El buen nombre que os acompañaba cuando salisteis de España jamás se verá empañado por las palabras vanas que allí puedan decirse.

—Entonces es cierto. Chismorrear. ¿Qué saben de lo que ocurre aquí? ¡Cómo se atreven a juzgarme! —Se dio cuenta de que estaba subiendo el tono cada vez más, puede que demasiado.

El sacerdote se había propuesto ser amable.

—Es su amor sincero y su preocupación por vos lo que lleva a la gente a preguntarse...

—¿Por ejemplo? —lo interrumpió Juana.

—Por ejemplo, ha llegado a nuestros oídos que el archiduque y vos vais más allá de lo que prescribe la Iglesia en lo que atañe a la procreación.

—¿Y eso significa?

—Un sacerdote no debería tener que recordaros que Dios únicamente aprueba el conocimiento carnal con el propósito de procrear. Todo lo demás es complacencia deliberada y pecado.

Juana rompió a reír.

—Entonces ese es mi delito, disfrutar de los placeres del lecho conyugal sin dejarme hostigar por el espectro de un sacerdote que me observa con fulminante reproche. No debéis preocuparos, me he confesado y me han absuelto de mis pecados. He cumplido mi penitencia.

Esta audacia acabó con la paciencia del sacerdote, que entrecerró los ojos y tensó

los labios.

—No os habéis confesado con vuestro capellán español. Habéis preferido confesar con disolutos sacerdotes franceses. Eso no es aceptable.

—¿Disolutos? ¿Porque no pasan la vida entera sepultados en sus misales?

—Peor, porque son glotones, borrachos y en exceso proclives a disfrutar de todos los placeres terrenales.

—¿Qué sabéis vos? —le espetó—. Los sacerdotes españoles no tienen tolerancia ni conocimiento del mundo más allá de sus biblias y sus misas. No hay compasión en vuestras formas gélidas. No es extraño que haya elegido desnudar mi alma a quienes saben escuchar con compasión.

—Pasaré por alto este desafuero. Sois joven y todavía inmadura, es evidente. Pero quiero que consideréis esto: es sin duda mejor confesarse con un sacerdote de la Iglesia, que puede dar a Dios buena cuenta de vuestra alma, antes que con uno que se pasea por las calles de París y frecuenta las tabernas. Sé de un joven clérigo español que no tiene dónde caerse muerto y vive en los alrededores de un monasterio. Es un hombre mucho más idóneo para oír las dolencias de vuestra alma. Y al menos así vuestro dinero iría a parar al monasterio y no a las cantinas. Os sugiero que lo consideréis con el mayor interés. Volveré otro día a confesaros, cuando os encontréis en mejor disposición; o, si lo preferís, podéis confesar con este sacerdote del que os hablo.

—¿Qué os hace pensar que Dios os escuchará de una manera distinta, a vos o a los de vuestra especie? No necesito a ningún sacerdote español. No tenéis corazón ni...

El hermano Tomás la miró con furia.

—Sois vos quien no tiene corazón. Sois fría y cruel con vuestros queridos padres. No han recibido ni una sola carta de vos, ni una sola. Sois vos quien no tiene respeto, quien no honra a la Iglesia, quien no venera a Dios. Temo por vos. Corréis grave peligro de condenaros eternamente. La carta que dirija a vuestra madre no servirá sino para agravar aún más su pesadumbre. ¡Deberíais avergonzaros profundamente!

—¿Cómo tenéis la osadía de hablarme de ese modo?

—La tengo, señora, por la autoridad que me otorgan mis soberanos, Isabel y Fernando.

—¡Marchaos! ¡Marchaos! ¡Y no volváis jamás! ¿Me oís? ¡Sois un viejo cruel! —Y echó a correr tras el inquisidor, lanzando improperios contra la puerta que él había cerrado de un portazo. Se apoyó en esta barricada que la protegía de la brutalidad del mundo—. Dios mío, mire donde mire no encuentro más que odio y mentiras. ¿Es que no voy a contar con nadie que me ame?

—Felipe os ama, vos misma lo habéis dicho —fue la inmediata respuesta de Zaida—. Siempre vuelve a vuestro lado, porque os ama y se siente atraído por vos. Si se muestra poco amable o hiriente es porque Chimay y Busleyden saben cómo envenenar sus pensamientos. Y yo siempre estoy con vos.

CAPÍTULO 12

—Señora, parecéis encogida de frío. —María apartó su labor y arrimó una silla al fuego para Juana—. La nieve y el hielo de enero se meten en los huesos.

—En la iglesia hacía incluso más frío. Por fortuna tengo esto —dijo sacudiendo los viejos guantes, forrados de piel, antes de lanzarlos sobre el manto que había dejado encima de la mesa de cualquier manera, en su precipitación por acercarse al grato calor del fuego.

Mientras se calentaba las manos, contempló con una sonrisa la cuna de madera, grande y recia, ostentosamente decorada con el escudo de armas de la familia, que parecía absurdo en su exceso de protección para un bebé tan diminuto.

La infanta Leonor, de dos meses, sana y preciosa, dormía profundamente.

Leonor había sido una niña buena desde el mismo instante en que llegó al mundo, sin alboroto. María, que volvía a ser miembro de la corte de Juana, había estado presente en el parto. La habían apartado poco después de que ahuyentara a las insidiosas cortesanas flamencas, por exigencia de Chimay. Ahora ocupaba el puesto de primera dama de compañía de la infanta. Por lo visto, a nadie interesaba quién formase parte de la corte de Leonor.

—¡Ay, Leonor, si hubieras nacido varón!

—Tendréis muchos más hijos. Y sois afortunada de alumbrar con tanta facilidad. Os bastó con rezar dos avemarías, y la niña ya había nacido. Los médicos no tuvieron que hacer nada.

—A diferencia de mi hermana, que murió una hora después del parto —dijo Juana, retirando con ternura la colcha de raso blanco—. Ya lo ves, Leonor: perdiste a tu tía, pero tienes un primito, Miguel. Por fin hay un sucesor para los tronos de España. Y puedes tener la certeza de que tu abuela, más tranquila ahora que cuenta con un heredero varón, se ocupará de que lo eduquen como a un auténtico español.

Zaida trajo una bandeja con apetecibles infusiones aromáticas en jarras de plata.

—El hermano Tomás está aquí, señora.

—Dile que pase. Él también necesitará entrar en calor.

Un hábito y una capa negra revolotearon en el umbral de la puerta y se detuvieron unos momentos cuando su dueño se puso rápidamente a los pies de Juana.

—Alteza —saludó el sacerdote, arrodillándose delante de ella y besándole las manos. Llevaba algún tiempo sin verla, y le alarmó su aspecto. Parecía enferma, muy enferma. Rezó para que no hubiera contraído la misma enfermedad que había privado a sus soberanos de su hija mayor, Isabel. Estaba sumamente delgada, pálida como un cadáver, con los ojos hundidos y la mirada febril, síntomas todos ellos de la temida tisis. El hecho de que llevara un vestido de terciopelo negro, sencillo, ajado y sin ningún adorno, no hacía nada por mitigar esta inquietante imagen.

—¿No vais a levantaros, hermano Tomás?

Se incorporó, con exagerado esfuerzo, apoyando una mano en la rodilla.

—Este frío —se lamentó— hace que mis huesos parezcan mucho más viejos. Mis habitaciones no cuentan con demasiadas comodidades, el combustible aquí es muy caro y no puedo permitirme el lujo de...

—Calentaos cerca del fuego. Tomaremos las infusiones, Zaida.

Se sirvió y ofreció la bebida, y el sacerdote recibió de buen grado la copa caliente en los dedos fríos. Sacaron de la cuna a Leonor, envuelta en sus mantillas, para presentársela. El hermano Tomás contempló la pacífica carita dormida, una imagen de inocencia absoluta en aquel pecaminoso país. La bendijo, y la niña se lo agradeció abriendo sus hermosos ojos azules, los ojos de su padre.

—Sois en verdad afortunada.

—No lo suficiente, hermano Tomás. Felipe está muy decepcionado. No es un varón.

—Tendréis más hijos. No os aflijáis. Ahora solo debéis pensar en recuperar las fuerzas. Dios es misericordioso y os guardará y protegerá. —Hizo la señal de la cruz y le ofreció su bendición con una sonrisa, complacido una vez más de haber logrado que Juana reconociera plenamente su culpa de desobediencia, tanto a la Iglesia como a sus padres—. Ha sido una inmensa alegría para todos acogeros de nuevo en la santa madre Iglesia. Mi señora, no pretendía haceros llorar.

—Últimamente lloro a todas horas. Vos me acogéis y yo creo que mi regreso complace a Dios, pero no complace a Felipe. Dice que lo traiciono cuando me confieso con sacerdotes españoles y les cuento cosas que podrían ser secretas. He tenido que sufrir acusaciones muy duras. Desconfía de vos y dice que empieza a ser difícil confiar en mí. ¡Y yo lo quiero tanto! —Sollozó, y se acercó al clérigo en busca de consuelo; el mismo al que apenas unos meses antes consideraba un enemigo—. Luego me invadió el recuerdo de los días pasados con mi madre, y ahora creo que nunca volveré a oír su voz, nunca volveré a verla, que no podré decir cuánto siento haberle causado tanta infelicidad con mis palabras y mis obras egoístas.

—Callad, dulce niña. No os atormentéis así. —El hermano Tomás se felicitó de nuevo al ver cómo aquella muchacha obstinada reconocía sus pecados y pedía perdón—. Si lo deseáis, podemos sentarnos un rato tranquilamente. Después, si queréis decir algo, aquí estoy para escucharos. —Dejó su copa para estrechar las manos de Juana mientras ella lloraba.

Conocía bien las complicaciones de la princesa, pues no había estado ocioso desde su llegada, sino todo lo contrario. Había estado muy atareado, recabando información, habladurías, cualquier cosa de cualquiera dispuesto a hablar. Era evidente que el abismo que la separaba de su familia y de quienes habían sido sus amigos se agrandaba para ella cada vez más. Esto, sumado a las crecientes ofensas y amenazas que tenía que soportar, la sumían con frecuencia en períodos de negra desesperación.

El hermano Tomás también había descubierto que su apuesto y deslumbrante

marido, tan diestro en la caza y los deportes, se dejaba conducir como un niño por hombres que únicamente perseguían intereses personales. Había cometido la estupidez de firmar un tratado de paz con el nuevo rey de Francia, en el que juraba rendirle homenaje de por vida. El rey Luis se burlaba de Felipe, lo consideraba más francés que cualquier vino de Borgoña, pero lo cierto es que este tratado representaba un insulto para España.

Se hablaba también de la insistencia de Felipe en que Busleyden, su antiguo tutor, un francófilo y enemigo acérrimo de España, fuese nombrado obispo español. Este individuo sediento de poder quería establecerse en España. Era una decepción para el hermano Tomás que jamás se permitiera a Juana intervenir en los asuntos de Estado, pues en estas circunstancias de nada le servía como fuente de información.

Juana interrumpió los pensamientos del sacerdote.

—Y no hay dinero, y otra vez voy a perder a algunas de mis damas españolas. La asignación que me da Chimay es una miseria.

El sacerdote asintió con la cabeza. Las privaciones que los flamencos habían impuesto sobre Juana y su corte eran bien conocidas en toda Europa. Consciente de la situación, el rey Enrique de Inglaterra le había entregado una bolsa de oro para su manutención, convencido de que Felipe no le daría nada. El sacerdote administraba las monedas para pasar los meses de invierno, sin permitirse nada más que lo esencial.

Juana apartó con la mano las lágrimas que habían caído en su sencilla falda.

—Me veo obligada a llevar vestidos viejos y nunca tengo dinero propio. Ni siquiera una moneda que dar a los pobres.

El hermano Tomás seguía acariciando la mano de la pobre muchacha, abandonada a merced de los poderosos en un mundo peligroso e indiferente; una mujer joven, víctima de su pasión, que buscaba desesperadamente el amor. Aunque su fama era de hombre dado al lamento y la queja ante la más mínima contrariedad, su actitud era casi humilde. No tardaría en darle su último adiós, antes de regresar a España, e iba a hacerlo con sentimientos ambivalentes.

Las puertas se abrieron de golpe para dar paso a Chimay, con su enorme barriga bajo la tensa túnica forrada de piel. Lo seguía *madame* Halewyn, tan fría y blanca como el tiempo. Por último, sin que el orden desmereciera su importancia, entró el servil Mújica, encorvado, con una mano sobre la otra. No hubo anuncio de esta visita y tampoco tiempo para la cortesía. Cruzaron la estancia directamente y dispusieron plumas, tinta y arena sobre una mesa.

Toqueteando con impaciencia el respaldo de una silla, Mújica instó a Juana.

—Traemos estos papeles para que los firméis.

Juana se acercó mecánicamente, con la cabeza agachada. Empezó a leer el papel que tenía delante, pero la mano de Mújica cubrió el escrito, mientras con los dedos ensortijados de la otra mano señalaba un espacio en blanco.

—Firmad aquí —le ordenó.

Fueron poniéndole delante diversos documentos, y ella los firmó. Acto seguido los secaron para entregárselos a Chimay.

Juana tragó saliva antes de formular su única petición.

—Mi madre sabe de mi desesperada situación y me ha enviado mil escudos. Me gustaría recibirlos ya.

—Los recibiréis, por supuesto, pero hay necesidades más importantes —replicó Chimay, sin levantar siquiera los ojos del último documento.

—Pero ya he firmado la entrega de cuatro mil escudos y, además, este dinero es para mí uso personal; no podéis retenerlo.

—Así son las cosas.

—Pensé que lo recibiría, a cambio de la asignación que le habéis negado cruelmente a mi hija —gimoteó, con un hilo de voz.

Hicieron oídos sordos de sus ruegos, si bien antes de retirarse le recordaron que aún no había escrito a sus padres sobre el asunto de ese obispado para Busleyden. Dicho esto, se fueron tan deprisa como habían venido.

—La próxima vez, hermano Tomás, me negaré a firmar la entrega de más dinero —dijo. Pero no había en su voz ni un ápice de convicción, pues no lograba encontrar a la otra Juana—. Les diré que quiero saber quién se está quedando con todo mi dinero y por qué. Se lo diré sin falta.

CAPÍTULO 13

—Continúen, continúen —dijo Felipe por encima del hombro, cuando la música se interrumpió con su inesperada llegada.

Juana apaciguó la intensa tormenta de deseo que la presencia de Felipe siempre despertaba en ella. Entregó su vihuela a uno de los músicos para que la guardase en su estuche de terciopelo rojo y corrió a los brazos de su amado entre un rumor de raso dorado y blanco, con una sonrisa radiante, más cálida que el sol de agosto que la obligaba a refugiarse en palacio con sus damas.

—¡Juana, cariño mío, traigo grandes noticias! —anunció Felipe, besando arrebatadamente las manos de su esposa—. ¿Dónde se ha metido ese hombre?

Un joven torpe cruzó despacio el umbral, avergonzado de su ropa maloliente y cubierta de polvo. Daba vueltas al sombrero con las manos sudorosas, incapaz de dejar los pies quietos, incómodo y con ganas de estar en cualquier parte menos allí.

—Este caballero nos trae excelentes noticias, mi amor. Vino para todos: esto hay que celebrarlo. Y dad a este pobre diablo asfixiado algo con lo que refrescarse la garganta.

Abrazó a Juana y la colmó de besos. Aquel era el Felipe que iba a su cama. No había vuelto a acariciarla en público desde los primeros días de su matrimonio. Era delicioso, aunque desconcertante.

Este año de 1500 fue espléndido y diferente para Juana. El dolor de la separación de su familia se había evaporado, lo mismo que el miedo y el estremecimiento por las ofensas de Felipe y sus despiadados cortesanos. Las semanas que pasó recluida en su cámara, a oscuras, sin lavarse, bañarse o cambiarse de ropa, negándose a comer, ya eran cosa del pasado. Vivía en un delirio de felicidad.

Sí, una nueva vida había amanecido con el nuevo siglo, porque Juana le había dado a Felipe su anhelado hijo. Se había ganado su favor al ofrecerle no solo un heredero, sino un heredero sano y fuerte. Tenían un hijo: Carlos, duque de Luxemburgo. Nació en febrero, con prisa por llegar al mundo, cuando su madre estaba en el baile de San Matías. Un único dolor de advertencia, y Juana apenas tuvo tiempo de abandonar el salón de baile, recogerse apresuradamente las faldas de encaje rojo y refugiarse en la intimidad de su gabinete antes de que su hijo se arrojara al mundo. ¡Cuánto había bromeado Felipe por la impaciencia del principito guerrero!

Su esposo la trataba ahora con ternura y cariño. Era ella a quien amaba, y no a esas furcias seductoras de tirabuzones rubios que ya eran juguetes del pasado.

Margarita volvía a estar a su lado, al menos de momento, antes de irse a Saboya, donde iba a casarse próximamente, y enseguida reanudaron sus placeres y diversiones.

La felicidad de Juana era completa. Sin embargo, Felipe había dicho que había algo más que añadir a esta abundancia de bendiciones. Se repitieron los besos; en los

ojos, en la nariz, en las mejillas de Juana. Empezaron a llegar cortesanos curiosos, en grupos de dos y tres, atraídos por los rápidos rumores.

—Propongo un brindis por la archiduquesa Juana, princesa de Castilla, princesa de Asturias y heredera de los tronos de España. —Felipe levantó la copa y bebió apenas un sorbo de vino, pues no le gustaba su sabor ácido. Todos los presentes repitieron el brindis.

—Mi señor —le susurró Juana—, te ruego que no... Por favor, no vuelvas a hacerlo.

Felipe llevaba meses contando a todo el mundo que Miguel, el nieto de la reina Isabel, había muerto, y Juana sería la heredera.

Él la hizo callar, posando un dedo en sus labios.

—Mi princesa de Asturias, sucesora de los tronos de Castilla y Aragón —insistió, volviéndose al desaliñado viajero que esperaba en la puerta—. Este caballero nos ha traído noticias de Granada. Veamos qué dice la carta... «Miguel falleció el veintiuno de julio». No hay duda, mi vida. Somos los príncipes de Asturias, herederos de todos los reinos que hoy son de tu madre y, gracias a nuestro querido hijo, herederos de todos aquellos que pertenecen a tu padre.

Juana apretó con fuerza el pie de la copa. Aún no había probado una sola gota de vino y ya estaba embriagada, mareada. Se encontraba en éxtasis. La tristeza por la muerte de su sobrino fue pasajera como una nube de verano. Miguel había muerto antes de cumplir los dos años, y eso significaba que Juana era libre. La muerte de aquel niño era su liberación. Podía abandonar este odioso país y marcharse con su amado Felipe a España, donde su apuesto príncipe sería bien recibido y querido por todos. ¡Habría grandes cambios en sus vidas!

Cogió la carta y buscó ávidamente esas palabras tan importantes. Quien escribía había sido su trinchador en otro tiempo, un sirviente leal que ahora espiaba para ellos en la corte real española. No cabía duda de que sus confidencias eran ciertas.

—¿Verdad que son buenas noticias, mi amor? —Felipe la cogió de la cintura y la estrechó con fuerza.

—Las mejores posibles. Son ciertamente maravillosas. No habría podido desear nada mejor. —Y le echó los brazos al cuello, llena de alegría, con tanto ímpetu que derramó el vino—. Pero recuerda que esto no es un documento oficial. Tenemos que esperar a recibirlo antes de hacer públicos nuestros planes de viaje. Habrá mucho que hacer. No sé por dónde empezar: qué ropa ponerme, qué cosas llevarme, ¿quién me acompañará? ¡España, allá vamos! ¡Qué cosas digo! —Se echó a reír.

No pudo resistirse a mirar a algunos de los presentes y saborear la idea de que tenían los días contados, sobre todo Mújica, Chimay y Halewyn. Pronto elegiría a los miembros de su corte y se rodearía de personas en las que pudiera confiar, que cumplirían sus órdenes.

Busleyden y otros ministros apartaron a Felipe de su lado. Juana vio la preocupación grabada en sus caras y se alegró en secreto de que tampoco para ellos

habría un puesto en España. Riendo, empezó a dar vueltas como una niña, sin freno, hasta que tropezó con Felipe.

—Perdón, debe de ser el vino. Es todo tan maravilloso que no sé si estoy despierta. —Se puso de puntillas para besarlo.

—Es más que maravilloso —contestó él, plantándole un beso en la punta de la nariz—, pero mis ministros dicen que hay mucho que discutir y han decidido separarme de ti en este preciso instante. Ya seguiremos celebrándolo después, en privado. Te lo prometo. Que Dios me dé paciencia hasta entonces.

La besó en la boca, como promesa de lo mucho que estaba por venir.

* * *

Juana seguía en un estado de intensa euforia cuando se anunció la llegada de Fuensalida, un enviado español.

—Saludos, majestad. Permitidme que os diga que tenéis un aspecto excelente.

Fuensalida estaba más que sorprendido. Esperaba encontrarla enferma, abatida, amargada y vestida muy modestamente. En lugar de eso, se encontró con una joven radiante, espléndida tanto en su porte como en su atuendo.

—Me siento admirablemente. Dios y el mundo están siendo benévolos conmigo en estos días. ¿Habéis visto a mis pequeños, el duque Carlos y la infanta Leonor?

—Dios os ha concedido dos hijos hermosos.

—Dios ha sido, sin duda, muy generoso. Pero ¿traéis buenas noticias, señor?

—Vuestra hermana María se casará este año con el rey Emanuel de Portugal. Ya se han hecho públicas las amonestaciones.

—Es un hombre muy afortunado. María será una buena esposa. —Recordó sus comentarios filosóficos aquella velada, hacía cuatro años, cuando se sentaron todos a los pies de su madre—. ¿Y Catalina?

—Eso ha sido mucho más complicado, pero también se ha resuelto finalmente. He perdido mucho tiempo en mis idas y venidas, persiguiendo al rey Enrique para cerrar los acuerdos. Siempre llegaba a la ciudad justo cuando él acababa de marcharse. Sí, Catalina se casará con el príncipe de Gales el próximo año.

Juana recordó que, en esa misma velada, Catalina había posado como princesa de Gales.

—Espero que en Inglaterra todo el mundo le parezca guapo y feliz.

—¿Señora?

—Esos eran los deseos de Catalina cuando tenía diez años. ¿Y cómo está mi madre, la reina?

—Bien, dentro de lo que cabe. No tiene buena salud desde que murió vuestra hermana. Y le angustia la posibilidad de que otras tragedias puedan estar al acecho; por eso no soporta la idea de separarse de Catalina. La fortuna, en verdad, ha dado a la reina Isabel más que suficiente amargura y tristeza.

—Ojalá que mis hermanas disfruten de un matrimonio largo, feliz y fértil —dijo Juana, que no quería verse envuelta en relatos de tragedias.

—Amén. He sabido por diversas fuentes que el bautizo del duque Carlos fue un acontecimiento magnífico.

—Sobrecogedor. No os imagináis su esplendor. Felipe y yo contemplamos la procesión desde el balcón. Carlos iba en brazos de su bisabuela. —Juana hizo una mueca—. La anciana Margarita de York, *madame* la Grande, aún vive. La noticia de la boda de Catalina con Arturo la pondrá furiosa. ¡Si supierais cuánto odia a los Tudor! Las perlas, por más que se parezcan a las lágrimas, no siempre significan tristeza; de lo contrario nadie querría lucirlas, ¿no es cierto? Pero estoy impaciente por hablar con vos —dijo, apartándolo a un lado—. He oído que Miguel ha muerto.

El anuncio sorprendió a Fuensalida.

—Señora, creía que iba a ser yo quien os diera cuenta del triste suceso, y esperaba encontrar un momento más oportuno, después de intercambiar noticias felices. ¿Quién os lo ha dicho?

—Las noticias se propagan de muchas maneras. No pretendo faltar al respeto a mi madre ni al pequeño Miguel, pero su muerte es para mí una bendición de Dios, y le doy las gracias humildemente.

Tal vez los rumores que llegaban a España sobre el insultante comportamiento de Juana fuesen ciertos. Tenía que averiguarlo con discreción.

—La reina enviará instrucciones —respondió—. Entretanto, es su deseo que toméis parte en la administración de vuestra casa y os intereséis por los asuntos del gobierno; debéis prepararos para el día en que recaigan sobre vuestros hombros cargas más pesadas que estas.

—En España creen que no me interesa ninguna de las dos cosas. ¡Ya está bien de habladorías! Lo cierto es que desprecian mis opiniones sin disimulo. No me permiten participar en los debates ni en la toma de decisiones. Pero cuando estemos en España todo será muy distinto; mi madre puede estar segura. Con la ayuda de Felipe, me dedicaré a continuar la labor de mis padres. De todos modos, hoy no estoy de humor para esos asuntos. Mañana, tal vez.

Juana lo despidió con una encantadora inclinación de la cabeza, zanjando así la posibilidad de tener una conversación más seria.

Felipe y sus consejeros casi tropezaron con el sacerdote cuando este se retiraba.

—¿Otro cura español entre nosotros? Da igual.

—Es el portador de las buenas nuevas —explicó Juana, aplaudiendo—. Pero ¡qué pronto has vuelto! Creía que esa gente te entretendría un rato más.

—¡Cómo que «esa gente»! Juana, no puedes hablar... No me ha costado poner los pies en el suelo. Preparar el viaje será más complicado de lo que imaginaba. No hay dinero suficiente en el tesoro, así que tendré que visitar mis Estados para recaudar fondos. También tendré que solicitar ayuda a España. Aun así, tenemos meses de organización por delante, y para entonces habrá llegado el invierno y será

demasiado peligroso intentar el viaje por mar.

El labio inferior de Juana empezó a temblar, como respuesta a una profunda decepción. Culpó a los consejeros de Felipe, que nunca habían mostrado la más mínima prudencia, de despilfarrar a manos llenas.

—¿Quieres decir que tendremos que esperar hasta el próximo verano, un año entero?

Felipe se echó a reír y cogió la cara de Juana entre sus manos.

—Te estaba tomando el pelo. Mis consejeros tienen la solución. Viajaremos por tierra, mi amor. Cruzaremos Francia. —Continuó con creciente entusiasmo—. No olvides que el rey Luis es mi amigo y yo su vasallo. Y, escucha esto: para sellar este vínculo de amistad, mis consejeros proponen que ofrezcamos a nuestro hijo Carlos en matrimonio con su hija Claudia. ¡Una idea excelente!

Juana no daba crédito a lo que estaba oyendo. Además de no haber logrado oponerse a Francia, según lo estipulado en sus capitulaciones matrimoniales, era una injuria que ahora intentase fortalecer los lazos con ese país. Su hijo Carlos heredaría todos los Estados que pertenecían a Felipe; de Maximiliano heredaría Austria y el Sacro Imperio Romano, además de los reinos de España que también algún día serían suyos. Era increíble que Felipe estuviera proponiendo en serio una alianza matrimonial entre Carlos y la hija del rey francés. Con un único movimiento, le servía en bandeja a Luis la mayor parte de Europa, cuando supuestamente su deber era aislar a Francia, negarle la oportunidad de ampliar su poder.

Sin embargo, Felipe siguió adelante.

—Mientras tanto, Busleyden y de Veyre irán a España, en calidad de embajadores nuestros...

La propuesta de aquel matrimonio había causado en Juana tal torbellino de preocupaciones que, al oír que se mencionaba a Busleyden como embajador, se volvió contra Felipe.

—No te das cuenta de lo que estás diciendo. ¿Es que has perdido el juicio? ¡Nadie en sus cabales entendería que te propongas entregar todo ese poder y esa riqueza a la corona de Francia! —Disparó estas palabras como una descarga de arcabuces enemigos y reforzó el ataque con una mirada furibunda. La otra Juana se había hecho dueña de la situación—. Y, mi señor, me asombra que te atrevas a enviar como embajador a alguien tan reconocidamente hostil a la corte española. ¿Es esta tu idea de la diplomacia? ¿No eres capaz de ver un insulto tan nítido? —Le advirtió, señalando con un dedo—. Para que lo sepas: no pienso participar en ningún tratado matrimonial con Francia. Jamás conseguirás mi firma. Tampoco estamparé mi sello en ningún documento para recomendar a dos hombres que siempre han abrigado malas intenciones contra España.

Felipe contestó dándole una bofetada.

—¡No te atrevas a decirme lo que harás o dejarás de hacer! —Apenas se inmutó cuando ella se arrojó a sus pies, acariciándose la mejilla escocida—. De todos modos,

piénsalo detenidamente antes de tomar cualquier decisión definitiva. Aunque prefiero, como es obvio, contar con tu colaboración, no necesito tu firma para ningún documento. En primer lugar, soy el archiduque de Austria; en segundo lugar, soy el príncipe de Asturias, evidente heredero de España. Te recuerdo que no eres nada más que mi esposa, y, si te permito estampar tu nombre en un papel, será más que generoso de mi parte.

Dicho esto, dio media vuelta y se retiró.

Juana tardó apenas unos instantes en respirar hondo, firme en su determinación, y levantarse. Tal vez en Flandes fuera únicamente un simple objeto de su propiedad, pero Felipe se equivocaba si creía que en España iba a conformarse con ser su esposa. Mal que les pesara, a él y a sus consejeros, pronto comprenderían que la heredera era ella: las cortes de Castilla y Aragón establecerían sin lugar para la duda que ella era la reina y Felipe su consorte.

Ahora mandaría llamar a Zaida, para que le calmase la mejilla dolorida con uno de sus bálsamos.

CAPÍTULO 14

— *Voilà un beau prince.*

El tono de condescendencia repugnó a Juana. Se imaginó la escena en la sala del trono del rey de Francia. Felipe haría sus tres reverencias preceptivas, con los consabidos cinco pasos entre medias, para acercarse despacio a la tribuna desde la que el rey Luis, su señor de Borgoña, lo observaba con gloriosa satisfacción.

Y no comprendería que al saludarlo con esta humildad reforzaba su posición como vasallo de Luis y lo animaba a utilizarlo en beneficio de su propia causa.

Condujeron directamente a Felipe y sus consejeros más cercanos a presencia del rey. Juana y Fonseca los vieron alejarse, orgullosos y fatuos como pavos reales, resplandecientes con sus joyas y sus vestiduras de terciopelo y raso.

—¿Veis con cuánta arrogancia caminan? —le susurró a Fonseca—. Están sin blanca y confían desesperadamente en recibir su parte de la futura riqueza de Felipe.

Juana esperaba su turno en una antecámara. Así había sido desde que pusieron pie en Francia. En ningún momento se reconoció su posición como princesa de Castilla y, sobre todo, como auténtica y legítima heredera de España. Era a Felipe a quien agasajaban. Ni una sola vez le habían mostrado a ella el respeto y los honores que le correspondían.

Se levantó del asiento, temblando de indignación, y murmuró al oído del obispo de Córdoba, su compañero en el largo viaje a España:

—No estoy dispuesta a tolerar esta situación mucho más tiempo. Felipe es estúpido. ¿Es que no ve que Luis está jugando con él? ¿Y se ha olvidado de que este es el país en el que su hermana Margarita pasó años prisionera, cuando los franceses renegaron de su contrato matrimonial? ¿Cómo es posible que siga teniendo trato con ellos después de lo ocurrido? ¡Dios mío, a veces parece que no tiene ni una pizca de cerebro! —Su voz se endureció—: Ya verán como yo, una princesa con orgullo español, me presento ante este rey francés.

Fonseca la invitó a continuar la conversación en el otro extremo de la estancia, para alejarse de sus damas y de cualquiera que pudiese oírla, pues estaba subiendo la voz por momentos. Eso le daría tiempo para tranquilizarla.

La reina Isabel había enviado a Fonseca a Flandes cuando supo que Felipe se proponía viajar a solas para prestar juramento de sucesión, a pesar del desprecio que sentía por España. Isabel insistió en que Juana tenía que acompañarlo, porque a fin de cuentas la futura reina era ella, y Felipe meramente su consorte. Sugirió, además, que la ceremonia solo requería la presencia de Juana, pero los consejeros de Felipe se negaron rotundamente. A los pocos días de llegar con el despacho de Isabel, Fonseca descubrió que Felipe tenía tantas ganas de ir a España como de ir al infierno, y no lo ocultaba. Vio que a Juana se le negaba cualquier muestra de respeto, que sufría continuas humillaciones. Lo alarmó el poder que Chimay y Busleyden ejercían sobre

el archiduque. En cuanto a los demás miembros de la corte, le parecieron despreciables; eso siendo lo más benévolo posible. Su misión de adelantar la partida de Juana y Felipe no fue sencilla, pero finalmente lo había logrado.

En los meses que mediaron había sido el capellán de Juana, además de su consejero y su amigo. También la había ayudado a reconstruir su orgullo y su dignidad. Le brindó comprensión y consejo para que aprendiese a dominar su ira y la sostuvo frente al dolor y la injusticia. Ahora acudía de nuevo en su ayuda, ofreciéndole el brazo para dar un paseo que le permitiera tranquilizarse.

Mientras paseaban, Juana se desahogó como hacía en el confesionario.

—¿En qué me he convertido? Felipe me abofetea como a una simple criada. Ahora comprendo que en realidad no me quiere. Me ha engañado una vez más, pero no volverá a engañarme. Recuerdo muy bien el momento. Yo llevaba unos días enferma, a raíz de nuestra disputa por este viaje. Vino a visitarme a mi oscuro remanso de paz. Me susurró al oído palabras de miel y promesas de enmienda, dijo que volvería más tarde, que cenaríamos juntos y después podríamos... Con eso me bastó. Retiré las cortinas, abrí los postigos, y el sol entró a raudales, despertando a la vajilla de plata y componiendo una espléndida danza de motas de luz. Zaida empezó a cantar canciones de amor, me preparó un baño, me lavó el pelo y me envolvió en una toalla perfumada. El aire estaba cargado de fragancias de almizcle y azahar. Esa noche, Felipe y yo volvimos a estar abrazados... Pero, ya sabéis, obispo, que en realidad no vino a mi lecho por amor, sino porque se lo aconsejaron. Fue una precaución, a la vista del empeño de mi madre en que bastaba con mi presencia. ¡Sus consejeros tenían miedo! Y tuvimos otra hija. Dios la guarde a salvo en manos de la archiduquesa Margarita, a ella y a sus hermanos.

Le había desgarrado el corazón despedirse de sus hijos, porque los adoraba. Leonor tenía solo tres años; Carlos, dieciocho meses, y la pequeña Isabel, tres. La reina Isabel estaba ansiosa por conocerlos, pero convencieron a Felipe de que encontraría el modo de retenerlos en España, sobre todo a Carlos, para asegurarse de educarlo como a un verdadero español que se toma a pecho los intereses de España.

Momentos después miró a Fonseca. Quizá nunca pudiera agradecerle lo suficiente cuánto la había ayudado en su recuperación. El desprecio con que la había utilizado Felipe, el odio sin disimulo de los flamencos, la partida de Margarita a Saboya, su embarazo, todo se había conjugado para hacerla enfermar. Sufría desmayos, pasaba días enteros en sus habitaciones sumida en la miseria, con las cortinas cerradas, para esconderse de la luz. El obispo había tenido una paciencia infinita.

—Vuestra compañía en el viaje ha sido una bendición. Lo único que siento es no contar con caballeros españoles que cabalguen a vuestro lado en la comitiva, pero Felipe se negó a permitirlo. Os han dejado a solas con las damas. Debe de resultaros muy tedioso a veces.

—En absoluto, señora. Ha sido un placer y un privilegio cabalgar a vuestro lado. Y mis viejos huesos vuelven a sentir orgullo cuando veo ondear los estandartes de

Castilla.

El cortejo de Juana y Felipe era enorme. Los acompañaban más de trescientas personas. Juana, flanqueada por los pendones de Castilla, con sus orgullosos castillos y leones, cabalgaba a la cabeza de su séquito de cuarenta damas. Seguía a los jinetes una interminable hilera de carretas que avanzaban despacio, entre gemidos y gruñidos, abarrotadas de muebles, enseres de cocina, tapices y vajillas de oro y plata: todo lo necesario para el viaje.

Una guardia compuesta por varios centenares de hombres salió a recibirlos en la frontera francesa por orden del rey Luis. Juana se temió definitivamente lo peor cuando la multitud de lanceros y arqueros se acercó al galope.

La imponente cabalgata se abrió camino despacio por tierras francesas y, en cuestión de unas horas, había llegado a Blois, lugar de nacimiento de Luis y sede de su corte en aquellas fechas. Centenares de soldados y pajes los escoltaron en procesión por las calles oscuras y frías de diciembre a última hora de la tarde.

—*Ecce quam bonum et quam jocundum est habitare reges et principes in unum* —
bramó una voz desde la sala del trono.

Juana y Fonseca cruzaron una sonrisa irónica.

—Sin duda: «Es bueno y propio que los reyes y los príncipes vivan en armonía», especialmente cuando uno es el rey y el príncipe está a sus pies.

—Así es. Pero en cuanto llegemos a España ya veréis como todo es muy distinto. Bastarán unas pocas lecciones de los reyes católicos para que el archiduque lo comprenda todo. Y, a su debido tiempo, España estará segura en vuestras manos. Vos y vuestros ministros españoles sabréis calmar a Felipe.

—Os agradezco la confianza. Me ocuparé de que, cuando llegue la hora de desempeñar esa ingrata función, seáis uno de mis principales consejeros.

Fonseca se lo agradeció con un beso en la mano y una reverencia.

Se acercaron los duques de Borbón para escoltar a Juana a presencia del rey.

Las damas de compañía pasaron revista por última vez al vestido escotado de Juana, al estilo de Flandes; a la caída de las faldas de terciopelo azul y las mangas forradas de raso; las mangas de la camisa abombadas y recogidas en los puños; el favorecedor corpiño, que dejaba al descubierto, los hombros, el cuello y el pecho blanco como la leche. Inspeccionaron una vez más las sartas de perlas, con diamantes y amatistas en forma de flores trenzadas en su pelo.

La duquesa encabezó la marcha, seguida por Fonseca, ligeramente detrás y a su derecha.

Juana se detuvo al entrar en la sala del trono, maravillada por su esplendor. Los gigantescos candelabros colgados del techo con cadenas de plata soportaban centenares de velas que iluminaban las paredes tapizadas de blanco y dorado, las cortinas granates, los enormes espejos, las butacas y los taburetes de terciopelo. Las armaduras y los yelmos de los lanceros resplandecían con audacia. Las túnicas y las joyas de los cortesanos completaban una escena de consumada riqueza, muy distinta de esa otra sala del trono, en Madrid, que en su día le pareciera formidable.

¡Pero eso era antes! Saludó con una profunda reverencia, levantó la cabeza y empezó a andar despacio hacia el rey, deleitándose en las exclamaciones de asombro. Zaida había vaticinado que los franceses se llevarían una gran sorpresa, después de haber oído los maliciosos rumores que se decían de ella.

El rey Luis salió a su encuentro con los brazos abiertos, en señal de bienvenida. Era una auténtica montaña de terciopelo granate. La abrazó, y Juana, recordando los consejos de Fonseca sobre el protocolo francés, se armó de valor para soportar el trance, a la vez que pensaba lo mucho que disgustaría a su madre presenciar una escena tan indecorosa. Unos labios carnosos y húmedos le plantaron un beso en cada mejilla. Hecho esto, el monarca retrocedió con una sonrisa radiante.

Con que aquel era el «amo y señor». Aquel era el hombre al que Felipe había jurado «servir hasta la muerte, procurar su bien y evitarle dolor». Era un hombre fofo, de cuarenta años, y, de no ser por su magnífico ropaje, podía pasar por un mercader, incluso un tendero. Tenía la nariz y la barbilla bulbosa y la boca grande: una boca enorme de labios carnosos que la habían besado. El pelo, escaso y ralo, se negaba a rizarse tal como dictaba la moda. Seguramente había que agradecer a muchos, incluso recompensarlos, por sus esfuerzos para que aquel montón de carne pareciera un rey.

—Bienvenida, bienvenida, noble princesa. Confiamos en que os sintáis como en casa entre nosotros por muchos días.

Juana pensó que ojalá que no, a pesar de la cálida acogida que le habían dispensado en casa de su compatriota, el conde de Cabra, donde se alojaba. Quería seguir su camino.

—Su majestad la reina, mi queridísima esposa, os procurará abundantes diversiones. Lamentablemente, el archiduque y yo debemos ocuparnos de las cargas del Estado, con algunos intervalos para el deporte y el recreo, claro está. —Y con esto derramó sobre Juana su sonrisa gorda y fea—. Pero tenéis que conocer a la reina y a nuestra pequeña princesa. Duquesa, escoltad a la princesa Juana.

La ira se apoderó de Juana. Una vez más iban a dejarla a un lado. Era absurdo que Felipe todavía se atreviera a discutir cualquier cosa sin ella. Lo desafió con la mirada, pero él volvió la cabeza. Una mano firme, la de la duquesa, la cogió del hombro y le indicó que debía retirarse. Juana apartó la mano y se tomó su tiempo para despedirse con una reverencia antes de seguir a la dama. ¡No iba a consentir que la apremiasen!

Las paredes de las habitaciones de la reina estaban forradas con seda de damasco blanca y dorada. Había gruesas cortinas y colgaduras rojas; sillas y taburetes tapizados con mullidos asientos de terciopelo verde. Ana de Bretaña, la reina de Francia, la esperaba sentada en su silla oficial, bajo un dosel de terciopelo rojo. Sus damas de compañía flanqueaban el trono.

La escena se había preparado meticulosamente con la intención de humillar a la visitante. Sin embargo, Juana tenía una misión. España confiaba en ella. Ya había empezado a acercarse al trono, para saludar conforme al protocolo, cuando la mano de la duquesa apareció de nuevo, esta vez para sujetarla del antebrazo y obligarla a arrodillarse, recordándole que únicamente era la esposa de un vasallo.

Juana respiró despacio. Decidió mostrarse paciente. Ya llegaría su momento. Algún día sería reina, reina de un país más poderoso que Francia. Esperó unos segundos para tranquilizarse antes de ponerse en pie.

La visita no iba a ser fácil. ¿Cómo sobreviviría a los días siguientes, o al tiempo que su esposo decidiera quedarse allí? A todas horas la atormentaría la sospecha de que Luis conspiraba contra España y Felipe estaba deseoso de servir a su señor como un perro fiel. Mientras, ella estaría rodeada de damas que, o bien serían profundamente aburridas o bien buscarían las atenciones de su marido. No iba a ser feliz. Se llevó una mano a la frente sin querer.

—Señoras —dijo la reina, dando unas palmadas—, antes de que sea tarde debemos traer a nuestra querida princesa Claudia, para que conozca a su suegra.

Juana se clavó las uñas en la palma de la mano y se forzó a sonreír.

Le presentaron a la niña, un montoncito de faldones de seda blanca, cubiertos de cintas y lazos, de puntillas y volantes festoneados de amuletos. La diminuta Claudia era la causa de tanta discordia entre España, Flandes y Austria. Aquella cosita que veía a sus pies, la elegida para casarse con su hijo Carlos, había provocado una feroz disputa entre ella y Felipe.

Mientras contemplaba a la inocente criatura, incapaz de sentir ningún afecto por ella, la niña lanzó un alarido y empezó a berrear, escondiendo la carita roja entre las faldas de su niñera.

—Esto es muy enojoso. La princesa Claudia nunca se había portado así. —La reina Ana, enfadada por la brevedad de su momento de gloria, instó a que se llevaran a su hija. La pequeña princesa a la que exhibía como una joya, destinada a recibir grandes riquezas y clave para el inmenso esplendor de Francia, se había convertido en una mezcla de boca babeante, nariz mucosa y mejillas húmedas.

Juana levantó las manos, pidiendo perdón para la infanta.

—No debéis preocuparos, señora. Tengo tres hijos y entiendo bien estas cosas. Pero veo que os habéis disgustado. Con vuestro permiso, me retiraré.

Sin esperar una respuesta, hizo una reverencia y abandonó la estancia, dando gracias a Claudia por su repentino berrinche y sintiendo por un momento una gran

simpatía por ella.

CAPÍTULO 15

María peinó y trenzó el pelo de su señora mientras esta acariciaba el mango de terciopelo rojo del cepillo para la ropa, entregada a los recuerdos de su querido Toledo, a donde estaba impaciente por llegar.

Era lunes y todos iban a la iglesia, otra vez.

—¿Cuántas veces hemos ido a la iglesia desde que llegamos? Te lo voy a decir. Fuimos dos veces el miércoles, una vez el jueves, viernes y sábado. Ayer asistimos a la boda de no sé qué marqués, y hoy, como plato especial, tengo que ir a una misa solemne. Y siempre en compañía de estas necias. Todos los días lo mismo: ir a la iglesia, escuchar chismorreos ociosos, comer con ellas y seguir escuchando sus chismorreos. Estoy harta de vivir encerrada entre gallinas que no paran de cacarear.

Soltó el cepillo y empezó a clavar uno de los alfileres de piedras preciosas en un alfiletero.

—¡Dios mío, qué retraso tan incomprensible, qué pérdida de tiempo! Cada día nos adentramos más en el invierno.

María había terminado y Juana se miró en el espejo. Vio a una joven orgullosa con un vestido de encaje verde oscuro, al estilo francés. El forro rojo que asomaba entre las mangas acuchilladas hacía juego con el manto, que le llegaba hasta los pies, y con los escaarpines de cuero suave. Asintió para dar su aprobación.

—El obispo está esperando, mi señora.

—Bien, que pase, por favor.

—Majestad. —El obispo cerró la puerta y saludó con una reverencia.

—Ah, Fonseca. Necesitaba veros lo antes posible. Anoche no dormí bien.

—Espero no ser la causa, que no estéis enojada conmigo por lo que ocurrió ayer.

—¿Enojada? Es probable que me salvarais de ahogarme con esas palmadas en la espalda. Nunca en la vida volveré a probar esos horribles caramelos franceses. No, me preocupa que Luis y Felipe puedan estar conspirando para aplastar Aragón, en el caso de que mi madre muera antes que mi padre.

—Tened la tranquilidad de que Felipe no puede firmar un pacto con Luis. Las Cortes de Castilla jamás lo refrendarían. Pero no me cabe duda de que Luis se está empleando a fondo para exigir a Felipe toda clase de promesas, y deberíamos irnos lo antes posible. Rezaré para que nuestra partida no se retrase.

—Amén. Yo también puedo ofrecer la misma plegaria. Si Dios no está demasiado distraído por la congregación, más interesada en la ropa de moda y en cómo compiten los coros de Francia y de Flandes, en su cantidad de encaje y en la potencia de sus himnos, tal vez escuche mis modestas súplicas.

Fonseca movió la cabeza con pesar. ¿Llegaría Juana a conducirse algún día como una obediente hija de la Iglesia?

La misa fue tal como Juana le había dicho a Fonseca. Nadie prestaba demasiada

atención al servicio. La congregación parecía más atenta a las apariencias que al culto, y la rivalidad entre los coros casi rasgaba el aire.

Ni siquiera Juana pudo concentrarse en nada hasta que terminó el servicio. Le intrigó la actividad que empezaba a desplegarse a los pies de los peldaños del altar. Un joven sirviente, que llevaba una caja de limosnas sobre un cojín de terciopelo, se acercó al rey, quien depositó su donativo en la caja. Uno de los cortesanos abrió entonces el monedero y le entregó unas monedas a Felipe. Este aceptó las monedas, se inclinó ante el rey y las echó en la caja.

Juana observó primero la expresión petulante de Luis y después a su ingenuo esposo, que parecía un simple súbdito fiel.

El sirviente se dirigió al otro lado de la iglesia y se detuvo delante de la reina, que se volvió a una de sus damas. La dama abrió el monedero y se volvió a su vez a Juana.

Sin embargo, Juana negó con la cabeza, mirando primero a la dama de compañía y luego a la reina. Con una sonrisa, aunque con la voz cargada de indignación, dijo:

—Si quiero dar limosna a los pobres lo haré personalmente. Ni soy pobre ni soy vuestra sierva. Cuando decido hacer una ofrenda, la hago con lo que es mío. —Dicho esto se quitó uno de los pendientes de diamantes y rubíes, regalo de boda de Felipe, y lo dejó caer en la caja.

La reina la miró con furia y le dijo entre dientes:

—Duquesa, es vuestro deber hacer lo que os diga. ¡Cómo os atrevéis a negaros!

—¿Cómo os atrevéis vos a darme órdenes, señora? —replicó Juana.

La reina Ana se levantó, envuelta en un tembloroso y susurrante resplandor de raso blanco, y salió rápidamente de la iglesia, con sus damas a la zaga.

Las damas de Juana se reunieron alrededor de su señora, impacientes por susurrarle felicitaciones y alabanzas, pero ella las hizo callar.

—La reina, con su ira, ha cometido un lamentable y grave error de protocolo. Los invitados siempre son los primeros en salir de la iglesia. Si la muchedumbre que se ha reunido a las puertas espera ver cómo vamos corriendo tras ellas, se va a llevar una desilusión. Saldremos sin prisa e iremos directamente a mis habitaciones.

Deambularon por la nave, deteniéndose a contemplar con sumo interés las tallas, los trípticos y las estatuas policromadas.

María fue a decirle al oído que la reina, en efecto, las estaba esperando en la calle, tras haber recordado presumiblemente sus buenos modales, y que la gente no se movería de allí hasta que hubiera satisfecho su curiosidad.

—En ese caso, salgamos, señoras, si estáis todas preparadas.

Y Juana salió al sol de diciembre, con su pequeño ejército de damas, como un destacamento de cruzados contra el infiel. Sin mirar una sola vez a su derecha o a su izquierda, con la cabeza alta, pasaron por delante de la reina Ana y se dirigieron al palacio del conde. En cuanto se vieron dentro, echaron a correr, con gran revuelo de risas y faldas, hasta las habitaciones de Juana.

—Creo que todas deberíamos lucir algo muy especial para la cena.

Al instante se produjo un gran revuelo. Faldas, mangas, camisas, medias y corpiños aparecieron por todas partes, a la espera de ser elegidas o descartadas. Cuando Juana emergió del caos, su transformación era completa: si antes era una belleza de Flandes, ahora era una radiante princesa de España.

Se miró en el espejo y examinó hasta el último detalle de su indumentaria: la capucha negra, la camisa de cuello alto, el corpiño ceñido a la cintura y la falda cortada en varias piezas, todo proclamaba su ascendencia española.

Juana y sus damas estaban preparadas para el banquete. Juana estaba dispuesta a hacer frente al enemigo. Disfrutando con la idea de que uno de los secretos del éxito en el combate reside en el factor sorpresa —¿no lo había comprobado ese mismo día al menos en dos ocasiones?—, se encaminó a lo que prometía ser una velada diferente.

Y resultó que tenía razón en todo. Su satisfacción no pudo ser mayor cuando la reina francesa se encontró cara a cara con esta personificación de España. Ana trató de no perder la compostura mientras exigía una explicación, sintiéndose cada vez más incómoda en su manto de armiño y terciopelo granate, demasiado pomposo. Lo habían escogido a propósito para infundir respeto y deferencia en aquella insignificante española que, al parecer, necesitaba que le recordasen su condición de mera princesa casada con un vulgar duque.

Juana habría respondido con mucho gusto, pero en ese momento llegaron Luis y Felipe. Las fofas facciones del rey de Francia temblaron de rabia; la sorpresa inicial de Felipe dio paso a la furia. Sin dejarse intimidar, levantando la barbilla, Juana anunció:

—Esta mañana se ha contravenido el protocolo en dos ocasiones, y no he recibido ninguna disculpa. Me ha parecido que iba siendo hora de recordar a todo el mundo que no soy solo la archiduquesa de Austria, no soy solo la princesa Juana de Castilla. Soy la princesa de Asturias, heredera de España y sus vastos dominios.

Terminó con una reverencia, consciente de lo delicado de la situación, aunque no todo era culpa suya. Correspondía al rey Luis hacer uso de todas sus dotes diplomáticas. ¿Contra quién descargaría su ira, contra España o contra Felipe? Preferiblemente contra ninguno de los dos, pensó Juana, porque ambas cosas eran vitales para sus planes.

Tranquila y satisfecha de haber cumplido victoriosamente su misión por España, esperó a que el rey Luis los llevara al salón del banquete.

CAPÍTULO 16

La guerra de orgullo que había librado contra la reina Ana, y su precipitada partida de Francia después, agravaron más que nunca la discordia. Tampoco los difíciles meses siguientes fueron de ninguna ayuda.

Las lluvias torrenciales y las tormentas de nieve y granizo convirtieron el viaje en un suplicio. No obstante, lo peor aún estaba por llegar.

Para cruzar los Pirineos tuvieron que trasladar los enseres, que hasta entonces iban en los carros, tirados por gigantescos bueyes, a lomos de mulas españolas. Hubo que organizar en paquetes pequeños los utensilios de cocina, la vajilla, los muebles y la ropa de hogar, para distribuir el peso. La tarea se llevó a cabo mientras el cielo descargaba sin tregua un gélido aguacero que complicaba hasta el más simple movimiento. La vajilla de oro y plata terminó cubierta de lodo en su envoltura de paja empapada y lienzo igual de chorreante. Las cajas y los arcones resbalaban de las manos enfangadas y caían en los charcos, y sus artículos se derramaban con frecuencia: unos se perdían para siempre y otros encontraban nuevos dueños. Los exquisitos tapices de seda protegidos con telas impermeables parecían cuerpos muertos, atravesados sobre los lomos de las mulas, que goteaban desamparadamente. Los ánimos estaban exaltados y los juramentos de impotencia se sumaban a los angustiosos aullidos de los animales, tan descontentos como los demás de verse en medio de aquel caos.

Una a una, prepararon a las bestias de carga y las sumaron a la larga reata que se abriría camino entre los charcos en dirección a los puertos de montaña. En cabeza iban Juana y Felipe con sus respectivos séquitos. Envueltos en pieles, bufandas y mantos impermeables, componían una interminable y lúgubre columna que avanzaba penosamente en una travesía de pesadilla por estrechos senderos de cabras, en combate con vientos cortantes y cegadoras tormentas de nieve.

Felizmente, por fin llegaron a España sanos y salvos, aunque completamente abatidos y exhaustos. Las demoras no habían concluido. Tuvieron que esperar mientras se reunían nuevos carros en los pueblos que jalonaban su ruta, se reparaban los puentes y se reforzaban las calzadas para resistir el peso de la carga. Los comités de recepción que los acogían en sus lugares de descanso los agasajaban con un lujo desconocido hasta entonces en España, un privilegio excepcional, concedido por la austera reina Isabel en el intento por impresionar a su yerno, que de poco sirvió para levantar los ánimos.

Todo seguía estando muy lejos de los idílicos planes que Juana había esbozado en Flandes meses antes. Su esposo no estaba impresionado con su país; de hecho, era muy poco lo que encontraba de su agrado y mucho lo que conseguía sacarlo de quicio, y se quejaba a todas horas.

Era abril, y se encontraban a solo dos leguas de Toledo, la ciudad en la que iba a

celebrarse la ceremonia de juramento.

Juana estaba sentada en el suelo, sobre un amplio cojín confeccionado a mano, en las habitaciones de Felipe. Aunque tenía abierto su Libro de Horas, estaba muy atenta a su paciente y no veía el momento de que despertara de su letargo. Se desvivía por ser su enfermera, se desvivía por demostrar su devoción a su amado esposo, afectado desde hacía unos días por un severo ataque de sarampión. El libro descansaba en las rodillas de la princesa, que leía solo a medias: «Deus in auditorium meum intende»; miraba solo a medias las apretadas figuras de los pastorcillos y los ángeles que iluminaban la letra «D», y los diminutos animales escondidos entre las hojas que adornaban los márgenes de la página.

—Sí, esa es la razón de esta enfermedad —le susurró al paje—. Dios quería que pasáramos juntos algún tiempo, libres de la dominación de Busleyden y su influencia perniciosa. Los dos solos, aprendiendo a amarnos de nuevo, como nos amábamos al principio.

Pero esto era ir demasiado lejos. Sabía que Felipe jamás la amaría, y aún menos como ella lo amaba a él, aunque se conformaba con que le permitiera amarlo.

Lo peor de la enfermedad había pasado. La fiebre había desaparecido, gracias a la insistencia de Juana en que el enfermo se tomara hasta la última gota de su medicina, una mezcla de ortiga, llantén, apio y pimienta. Felizmente para ella, Felipe seguía necesitando algunos cuidados: aliviar el picor del sarpullido, la tos persistente y el dolor de sus maravillosos ojos.

Un gemido, seguido por un ataque de tos, llegó desde detrás de las cortinas de brocado en oro. Juana indicó a los médicos, que se habían acercado a la ventana, que se quedaran donde estaban, que no interviniesen. Ella atendería a Felipe. Apartó el libro y corrió a entornar los postigos antes de abrir las cortinas de la cama.

Besó la frente de Felipe mientras retiraba el paño que le había puesto para refrescar los ojos.

—¿Cómo se encuentra mi paciente después de haber dormido?

—Juana, ¿sigues aquí? —Buscó la mano de ella, pero un ataque de tos lo obligó a coger el pañuelo.

—Pobrecito mío. Tengo justo lo que necesitas. Abre bien la boca —le dijo. Y sirvió una cucharada de jarabe de violetas de un frasco—. Está delicioso —añadió, limpiando la cuchara con la lengua.

—¿Eres una enfermera o una niña golosa?

—Las dos cosas. Y creo que ahora necesitas un cuenco de caldo de pollo.

—No más caldo de pollo —suplicó él.

Juana hizo una señal al mozo de cámara para que diese la orden en la cocina.

Luego se dispuso a mimar a su querido Felipe. Le lavó primero la cara con agua fresca, se la secó delicadamente con un paño bordado, lo peinó y le puso un gorro de dormir limpio. Ahuecó las almohadas y ajustó la colcha por debajo del colchón.

—Hoy me encuentro mucho mejor, Juana. Pronto estaré en condiciones de librar

un combate con las lanzas de caña. No llevo nada bien la enfermedad. Quiero levantarme y estar activo.

—El juego de las lanzas tendrá que esperar. De todos modos, eso de lanzarse cañas unos a otros no me parece un pasatiempo juicioso.

—Has perdido el gusto por la diversión.

—Pues sí. Pero aquí está tu almuerzo. Voy a dejarte un rato para tomar el aire en la galería. Tienes que comértelo todo. Los médicos dicen que es muy importante.

—Ya lo sé. No he probado otra cosa desde hace varios días. No me extrañaría que cuando vuelvas me encuentres cacareando.

Juana se echó a reír.

—Tu risa es la mejor medicina.

—No tanto como la sopa de pollo —contestó ella, cuando ya se marchaba.

Una vez fuera, aspiró el delicioso aire de abril y paseó despacio por los cuatro lados de la galería, satisfecha con su nueva vida.

Oyó un creciente revuelo, voces sorprendidas. El patio, a sus pies, se llenó de repente de jinetes. Se lanzaron órdenes: unos desmontaron de inmediato para precipitarse sobre un caballero que seguía en su silla, esperando a ser atendido. Los guardias que custodiaban las puertas enarbolaron los pendones con el escudo de Castilla y Aragón.

Seis años antes, Juana había visto desde el mismo lugar a un joven jinete cubierto de polvo; hoy veía a un viajero también polvoriento, aunque mayor.

—No, no puede ser... Eres...

Juana se quitó las pantuflas de un puntapié para transportarse velozmente con sus delicados escaupines de cuero, se deslizó por la galería como una nube de terciopelo rojo, bajó las escaleras y cruzó el patio de adoquines, hasta donde se encontraba un caballero completamente vestido de negro.

—Padre, padre... —Lo besó, lo abrazó y apretó la mejilla en su pecho.

Fernando la besó en la frente.

—Nuestra querida Juana por fin ha vuelto con nosotros.

—¡Ay, padre, padre...! —Volvió a besarlo, y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Juana, las princesas no se comportan de este modo.

—¡Esta sí!

—Deja que mire a mi hija; una mujer joven, madre de tres hijos sanos.

—Vas a conseguir que me ruborice si me examinas así —dijo Juana, riendo—. Ahora me toca a mí.

Su padre estaba mucho más gordo de lo que recordaba, y notó, cuando se quitó el sombrero y el pañuelo de viaje, el cuidado con que se sujetaba la peluca, para que no se moviera. ¡Llevaba peluca! Y había perdido un diente. A pesar de todo, seguía

siendo su fuerte y apuesto padre. En cuanto a la frialdad con que la había despedido años antes, Juana prefirió olvidarla. ¿No acababa de demostrar sus ganas de volver a verla? ¿No había podido esperar a que ella llegase a Toledo!

Fernando pasó a hacerle directamente las importantes preguntas que lo habían llevado hasta allí.

—Necesito saber, Juana, si esta enfermedad es grave.

—No hay nada que temer, créeme. Ya ha pasado lo peor y se está recuperando deprisa. Felipe es fuerte, y los médicos dicen que pronto estará en plena forma. Pero tienes que venir a verlo —dijo, cogiendo a su padre de la mano y llevándolo hacia las escaleras.

—Querida hija, tranquilicémonos. Por supuesto que iré a verlo, aunque eso sea contrario al protocolo. Tendría que haber esperado vuestra llegada en Toledo, pero tu madre y yo necesitábamos saber si la enfermedad era tan grave como temíamos. Por eso he venido. La alegría de tenerte en España pronto se convirtió en preocupación, cuando recibimos la noticia. Tienes que perdonar nuestro pesimismo.

Fueron a los aposentos de Felipe cogidos del brazo. Juana quería contarle a su padre todo al mismo tiempo y casi no paraba para respirar.

Fernando cruzó la habitación de su yerno con paso enérgico. Felipe hizo amago de quitarse el gorro, en señal de respeto.

—No, hijo mío, puedes dejártelo puesto. No es necesario. —Tendió la mano a Felipe, para que la besara, pero cambió de idea al acordarse del sarampión. Apartó la mano rápidamente y se alejó unos pasos. Ordenó que le pusieran una silla a una distancia que juzgó prudente.

Seguían intercambiando saludos formales cuando los interrumpió una carcajada de Juana.

—Perdona, padre, pero es que estoy viendo hablar a dos hombres a los que quiero muchísimo, ¡y ninguno de los dos se ha dado cuenta de que el otro no entiende una sola palabra de lo que dice! ¡Si pudierais veros!

—Tendrás que ser nuestra intérprete, Juana. Puedes empezar por decirle a Felipe lo afortunado que es de tener una esposa como tú: guapa, encantadora y tan inteligente. ¿Quién podría pedir más?

CAPÍTULO 17

Un cielo azul aciano y un sol templado cubrían el valle y las cumbres de los montes.

Juana y Felipe, bajo su respectivo palio adornado con su correspondiente escudo de armas y acompañados por su inmenso séquito, se encontraban a una legua de Toledo. Su padre, con su comitiva de nobles, clérigos y guardias, había venido a recibirlos. Ni en sus mejores sueños había imaginado Juana semejante bienvenida. Su única decepción fue la ausencia de su madre, que estaba indispuesta y se había quedado en casa.

Subieron juntos la ladera, a caballo, y entraron en la ciudad por el arco de herradura de la Puerta de Bisagra. Continuaron por las calles estrechas, sembradas de romero y tomillo, hasta la Puerta del Sol. La cabalgata ofrecía un formidable espectáculo de colores y destellos de oro y plata. Los vecinos esperaban en los balcones engalanados con colgaduras de todos los colores para vitorearlos a su paso, camino de la catedral.

—¡Vivan los Reyes Católicos! ¡Vivan la princesa Juana y el príncipe Felipe! Dios bendiga a sus hijos, que están tan lejos, y les conceda larga vida.

Juana saludaba con la mano y sonreía, con la sensación de que iba a estallarle el corazón de orgullo y de amor.

Los tambores, los clarines, los cuernos y las cornetas se sumaron al clamor. Una densa lluvia de pétalos de flores caía sobre los palios, las cabezas y los hombros de los jinetes.

Por fin entraron en la plaza cuadrada, delante de la catedral. También aquí se había congregado una gran multitud, apiñada en rincones insólitos, encaramada en las paredes y en las rejas de las ventanas, en su empeño por ver a la princesa.

La amplia fachada de «su iglesia», con sus tres gigantescos pórticos, era más magnífica de lo que Juana recordaba. Los santos de piedra, unos en lo alto de sus columnas, otros en los nichos abiertos en los arcos, la contemplaban como si se alegraran de su regreso. Algunos la recibían definitivamente con los brazos abiertos. Esta catedral, donde la habían bautizado, presenciaría en los próximos días su proclamación como legítima heredera de las coronas de España.

Juana, Felipe y Fernando descabalaron y se dirigieron a la escalinata. La muchedumbre guardó silencio. El arzobispo Cisneros dio un paso al frente, con su formidable báculo de oro y piedras preciosas.

¿Era el mismo hombre que en otro tiempo tanto la intimidaba? Aquellos no eran los ojos que atravesaban el alma; aquella no era la boca dura siempre dispuesta a la crítica. Juana llegó a la conclusión de que parecía más un pariente amable que un sacerdote reprobador. Tal vez lo hubiera juzgado mal.

Dentro de la catedral, los pilares, los arcos de las capillas, las celosías y las

estatuas se deleitaban con la luz del sol, que entraba a raudales por las numerosas ventanas. Desfilaron por delante de la columna que señalaba el emplazamiento del primer altar, muchos siglos antes, cuando la Virgen María bajó al mundo para bendecir al monje Ildefonso por haber defendido su virginidad frente a quienes la ponían en tela de juicio. Juana sabía que a Felipe no le interesaría, pero tenía que contárselo de todos modos. Finalmente cruzaron las rejas de plata del coro, para ocupar sus asientos.

La misa solemne duró demasiado. Los cánticos, del *introito* en adelante, aunque interpretados a la perfección por un excelente cantor, se hicieron interminables. Según pasaban los minutos, Felipe examinaba con creciente atención sus uñas bien cuidadas. Juana paseó la mirada, entre las volutas de incienso azul, hasta las capillas laterales, donde sus ojos se detuvieron en las estatuas a tamaño natural de los heraldos llorosos, con sus tabardos de espléndidos colores, que custodiaban la tumba de su bisabuela Catalina de Lancaster. Empezó a pensar en ella y en cómo había sido su vida en Inglaterra.

El coro cantó el *Kyrie Eleison, Christe Eleison*.

Por fin terminó el servicio. Ahora podía ver a su madre.

* * *

La catedral no estaba lejos de la casa de Beatriz, la marquesa de Moya, donde se alojarían durante su estancia en Toledo.

Fernando, Juana y Felipe dejaron atrás el intenso resplandor del sol y el bullicio de las multitudes para entrar en la penumbra de la sala del trono. Los tapices de las paredes describían el encarcelamiento de Cristo, a Jesús lavando los pies de sus discípulos y a Poncio Pilatos atormentado por la duda. No era precisamente un ambiente alegre para recibir a la eufórica y joven pareja.

Al fondo, sobre una tribuna, se veía a una mujer mayor, encorvada en su trono. Juana tragó saliva. Isabel parecía vieja y enferma, completamente vestida de negro, sin más adorno que un collar de diminutos haces de flechas de oro con incrustaciones de perlas y rubíes.

Solamente dos damas acompañaban a la reina: Beatriz, su amiga de toda la vida, y Juana, su tocaya, hija natural de Fernando.

Juana miró a la madre a la que no esperaba volver a ver. El tiempo y los acontecimientos se habían cebado con aquella reina antes indomable. Estaba gorda e hinchada. Tenía la cara mustia y llena de arrugas, el pelo completamente gris. Juana buscó la mano de su madre para besarla, como era la costumbre, pero Isabel le ordenó que esperase, se levantó con torpeza y bajó penosamente los escalones.

—Mi querida hija. —Abrazó a Juana y, entre lágrimas, la besó y la estrechó en su amplio pecho—. Y nuestro hijo Felipe. Os damos la más cordial bienvenida. —Le indicó que se acercara, para recibirlo con un abrazo—. Confío en que os hayáis

restablecido plenamente.

También Felipe hizo ademán de besar la mano de la reina, pero ella la retiró para cogerlo de los brazos como muestra de afecto.

Juana tradujo su breve conversación.

—Ahora, Felipe debe quedarse con el rey y dejarme a solas contigo, hija mía. Mi hija ya no es una niña, sino una madre. Vamos a mis habitaciones.

Echaron a andar despacio, cogidas del brazo; cada paso era un suplicio para Isabel.

Una vez cómodamente instalada en su gabinete, Juana a los pies de su madre, Isabel empezó a hacer preguntas. Estaba impaciente por saber de los tres niños, a los que habían dejado en Bruselas. ¿Eran sanos, a quién se parecían, cuándo tendría un retrato de ellos y, sobre todo, cuándo vendrían a España?

Y entonces empezó el interrogatorio. Isabel exigió la verdad sobre el comportamiento de Felipe con Juana; las obligaciones religiosas de Juana; su aislamiento, ya fuera voluntario o no. Detalló los múltiples rumores que había ido atesorando a lo largo de los años.

Juana se vio arrojada a un terreno incierto al ver que la información de su madre era de una exactitud desquiciante. No se atrevía a contestar y optó por restar importancia a sus preguntas.

—Te preocupas demasiado. Todas esas cosas, en muchos casos exageradas, son agua pasada y tenemos que olvidarlas. Háblame de ti: veo que has sufrido mucho más que yo.

Isabel decidió no insistir, pues al fin y al cabo su hija tenía buen aspecto y parecía feliz. Habló de las trágicas muertes en la familia, que habían sido para ella como si le clavaran una daga hasta lo más profundo del corazón.

—¿Y mis hermanas, María y Catalina?

—Las dos están casadas y tienen buena salud. Aunque me consuelo leyendo sus cartas, me siento muy sola. No hay soledad que pueda compararse a la de un corazón vacío. Siento un dolor inmenso, un dolor que no se alivia con nada, y nada puede apartar el enorme peso de mi pena.

—¿Ni siquiera yo, madre? —preguntó con aire juguetón, sabiendo que para su madre siempre había sido menos que sus hermanas, y eso no iba a cambiar.

—Pero tu estancia será muy breve, Juana. ¡Si pudiéramos convencerlos, a ti y a Felipe, para que os instalarais aquí! O si nos hubieras mandado a nuestro querido nieto, Carlos, para darle una auténtica educación española. España tiene que ser gobernada por uno de los suyos, alguien que se interese, que se asegure de preservar su identidad y su dignidad —la voz de Isabel empezaba a cobrar un tono tenso—, que no permita que se convierta en una simple parte de Austria. —Se estremeció solo de pensar en semejante posibilidad.

—Ahora no, madre, por favor. Tengo un regalo para ti. Paje, di a *madame Halewyn* que traiga el cofre rojo. Te he comprado una tela exquisita, madre.

—Juana, sabes perfectamente que los refinamientos no me interesan.

—Pero es un buen encaje de Bruselas, perfecto para tus velos.

—En ese caso, supongo que podré aceptarlo.

Juana se sintió dolida, pero intentó sobreponerse. Se levantó de un salto.

—En cuanto lo hayas visto, iremos a buscar a Felipe y a padre. Ya debe de ser casi la hora de cenar.

* * *

Se ofreció una cena suntuosa, para las costumbres de Isabel y Fernando. Un amplio despliegue de oro y plata, en su mayor parte propiedad de Beatriz, decoraba la mesa y los aparadores.

Juana se enterneció al verlo. Agradeció el esfuerzo por organizar una exhibición tan deslumbrante y sintió lástima de sus padres, pues aquello no podía ni empezar a compararse con los excesos de Francia y de Flandes. También sabía que iba en contra de su filosofía de austeridad, firmemente arraigada como parte del luto perpetuo.

Se deleitó con la comida, que, por desgracia, resultó ser pollo. Escuálidos pollos españoles, rebozados con harina de arroz, guisados luego con leche de cabra y agua de rosas, y servidos con una capa de queso fundido.

Felipe cloqueó y le susurró al oído:

—¡Dios mío, más pollo! Unos pájaros raquíuticos que en Bruselas apenas merecerían el título de gorriones. —Y empezó a pinchar y remover la comida que tenía en el plato.

Isabel y Fernando estaban atónitos por esta extraña falta de modales en la mesa.

—No le hagáis caso —dijo Juana, riéndose con nerviosismo—. Solo se queja del pollo porque lleva varios días a dieta de caldo de pollo, y también le repugna el ajo, aunque le he dicho que es muy beneficioso. La verdad es que siempre sospecha de la comida cuando no son sus cocineros quienes la preparan.

—Nuestras disculpas por el pollo —dijo Isabel en un tono glacial—. Asegúrale que no hay ajo en este plato, para que deje de examinarlo como si lo que tuviera delante no fuera apto para el consumo humano.

Terminado el primer plato, sustituyeron el mantel por otro limpio, de lino, delicadamente bordado con frutas del campo. Los criados llegaron con fuentes de pasteles, galletas, rosquillas, mazapanes, caramelos de dulce de leche y nata.

A Juana se le iban los ojos de placer.

—Felipe, tienes que probar estos dulces de piñones.

—Primero intentas convertirme en un pollo y ahora me tomas por una ardilla. ¿De qué son esos otros?

—Dulces de leche y almendras, mazapanes; esos otros se llaman obispos, los de ahí huesos de santo...

—No sigas. La Iglesia mete las narices en todas partes. Di a tus padres que

mañana les ofreceré una cena de Flandes.

—Eso no procede. Sería excesivo; demasiado animada y demasiado ruidosa.

—¡Exacto! No les vendría mal un poco de vida. Y, hablando de eso, ¿cuándo podemos excusarnos y retirarnos a nuestro dormitorio? Tengo en mente un postre mucho mejor que todos los que hay en esta mesa.

—¿Qué está diciendo Felipe?

—Que le gustaría obsequiaros con un banquete al estilo de Flandes, madre. Aunque os advierto que será muy distinto de todo lo que conocéis.

Isabel y Fernando aceptaron la invitación con una sonrisa.

Pero las últimas palabras de Felipe habían prendido muy dentro de Juana, y ya solo existía para ella una inmensa y ardiente ola de deseo que la invadía por completo. No podía pensar en nada más que en el cuerpo de Felipe, desnudo a su lado. Fingió cansancio por la actividad del día, se excusó diciendo que necesitaba descansar y abandonó la mesa, ordenando a sus pies que no salieran corriendo.

Felipe consideró que era su deber acompañarla a sus habitaciones.

CAPÍTULO 18

El frío de diciembre que entraba en el castillo de Alcalá de Henares no era nada en comparación con el que se había apoderado de Juana. Levantó la cabeza y se mareó.

El marqués de Villena corrió a asistir a la princesa, en su sexto mes de embarazo.

—Necesito tiempo. Me hace falta tiempo para pensar. Esto no puede ser cierto —dijo, sin apartar la vista del papel que tenía en la mano.

—Señora, la reina estaba al corriente de que Felipe había decidido dejar España, por eso le ha mandado venir de Zaragoza, para amonestarlo por su comportamiento y señalarle los motivos por los que debe quedarse, por los que debe hacer un esfuerzo para comprender este país que heredará llegado el momento. Como veis por esa carta, no lo ha conseguido. El príncipe ha manifestado su determinación de partir inmediatamente. La reina confía en que vos podáis persuadirlo de que aplace su partida. Es un asunto de la mayor importancia, en opinión de la reina.

—Es natural que Felipe esté impaciente por volver a Bruselas, y también yo añoro a mis pequeños, pero mi madre debe de equivocarse si cree que mi esposo se propone dejarnos en este momento. El tiempo no está para viajar.

Asaltaron a Juana pensamientos inquietantes: ¿estaba Felipe tan descontento como para precipitar su partida sin pensar en las consecuencias? ¿Lo animaría su madre a marcharse, para librarse de un yerno al que consideraba frívolo y desconsiderado, y retendría a Juana a su lado?

Villena continuó:

—A pesar de todo, la reina ha juzgado conveniente avisaros antes de la llegada del príncipe.

Felipe se encontraba a menos de dos horas a caballo, de manera que no tardaría en llegar. Llevaba semanas sin verlo y lo había añorado muchísimo. Le dio un vuelco el corazón al saber que sus días de soledad terminarían por fin. Felipe estaba en camino.

—Llevaos vuestra carta, marqués. Agradezco vuestra preocupación y os aseguro que todo saldrá bien —dijo, sonriendo, con la confianza de que, cuando Felipe estuviera a su lado, sabría utilizar sus encantos para acabar con su mal humor, como había hecho recientemente en tantas ocasiones.

La inoportuna muerte de Arturo, el príncipe de Gales, había puesto fin a su agradable estancia en Toledo. Isabel ordenó nueve días de luto, y Juana, sabiamente, concedió a Felipe nueve días de caza, a pesar de lo mucho que iba a sufrir sin él.

Por si esto fuera poco, humilló a Felipe que la ceremonia de juramento se aplazara por culpa del luto; y, más tarde, cuando lo nombraron simplemente consorte, lo que significaba que, si Juana fallecía, la corona de Castilla pasaría directamente a su hijo Carlos, lo tomó como un insulto, como una injuria intolerable.

Reaccionó con una ira desmesurada cuando un incendio destruyó gran parte de

los tesoros de su casa, piezas de incalculable valor. Sus admirados cocineros flamencos habían cometido una negligencia imperdonable, por más que negaran rotundamente su responsabilidad y acusaran a algunos criados españoles.

Pero estos contratiempos no eran nada en comparación con la pérdida de Busleyden. A lo largo del verano habían muerto varios flamencos víctimas del calor o la comida, entre ellos su más querido amigo y consejero. Para Juana no fue una tragedia: entendió la defunción del consejero como un acto de justicia divina, por tanto mal como había causado. Felipe, naturalmente, sospechaba que lo habían envenenado, y en realidad era posible, pues circulaba el rumor sobre unas cartas robadas que supuestamente confirmaban la participación de Busleyden en diversas intrigas contra España. Fuera o no cierto, se torturó a un joven ayudante de cámara hasta que confesó el robo y el asesinato.

Ante cualquier infortunio, Juana había interpretado a la perfección un papel compasivo, y siempre había logrado que Felipe recuperara su talante despreocupado; siempre, con la excepción de la desastrosa ceremonia de juramento en Aragón, cuando tuvieron que enfrentarse a la enmienda que incluía la posibilidad de un futuro heredero aragonés. Fernando, a quien repugnaba la idea de que un Habsburgo llevase su corona, llegó al extremo de manifestar su intención de casarse de nuevo en el caso de que Isabel falleciera. Juana todavía se asustaba al recordar la furia ciega de Felipe, y al instante relegó los recuerdos de aquel día a un rincón de su memoria.

—Marqués, ¿creéis que Felipe se ha limitado a anunciar nuestra partida por adelantado? Todos sabemos que los preparativos pueden requerir meses.

—En eso confía todo el mundo.

—Tengo que ponerme algo especial para darle la bienvenida. María, creo que escogeré el vestido de terciopelo púrpura.

María recogió su labor y ya se disponía a abandonar la estancia cuando Felipe irrumpió, vociferando y trayendo consigo una gélida ráfaga de aire de invierno. Tiró al suelo la capa salpicada de barro, el sombrero y los guantes.

Arrimó las manos al agradable calor del fuego con gesto iracundo.

—Nadie va a decirme lo que puedo o no puedo hacer, lo que debo o no debo decir. No consentiré más sermones.

—Felipe, mi amor, estás cansado del viaje y tienes frío. Entra en calor, descansa un poco y ya hablaremos más tarde —dijo Juana, acercándose a él con los brazos abiertos—. Pobre amor mío.

Él apartó los brazos de Juana.

—Habla ahora. Me marchó. Dije desde el principio que regresaría a Flandes este mismo año, y nadie va a disuadirme.

—Claro que sí, amor mío, y estoy de acuerdo. Pero es obvio que tenemos que ser pacientes, necesitamos esperar un poco...

Felipe sujetó la mano con la que Juana se había atrevido a acariciarle la mejilla.

—¿«Obvio», señora? ¿«Necesitamos esperar», señora? ¿Tú también pretendes

sermonearme?

—Felipe, permíteme. Tenemos que esperar hasta que nazca nuestro hijo; es cuestión de unas semanas. Para entonces estaremos a principios de la primavera...

—No he venido a pedir tu opinión, como tampoco fui a Madrid en busca del consejo de Isabel. Ni ella ni nadie va a obligarme a elegir entre Luis y España, y tampoco nadie va a decirme dónde tengo que vivir. Ya he tomado una decisión: me marcho a Flandes esta misma semana.

—Cariño, eso lo dices solo porque estás enfadado, porque mis padres te han disgustado. Cuando hayas tenido tiempo de pensarlo, mi amor, reconocerás que...

—¡Calla, por Dios! Ahora escúchame y escúchame con atención. Odio este país, odio a su gente, odio su clima, y nadie sabe cuánto odio su comida. Pero sobre todo, y eso es lo peor, creo que tus padres son las personas más hipócritas que he conocido en la vida, y me niego a que me sigan tratando como a un necio.

Juana estaba perpleja, consternada y angustiada. ¿Qué podía decir?

—Mi señor, os aseguro...

—He dicho que te calles. Calla y aprende cuál es tu lugar —le espetó con ira—. Tengo que volver a Flandes. Viajaré por Francia. No hay nada más que hablar.

—El viaje por Francia sería...

—O no me has oído o eres corta de entendimiento. Mírame y presta atención. Me voy de España. Empezaré el viaje esta misma semana.

—Pero, Felipe, yo tengo que quedarme, no puedo hacer el viaje en mi estado.

—Eso, señora, es asunto tuyo, no mío. —Estaba tan cegado por la ira que en ningún momento consideró la posibilidad de que Juana tuviera un hijo y que Isabel, que sentía un desprecio absoluto por el archiduque, nombrara a este niño heredero, negando así a Felipe cualquier derecho sobre el trono de Castilla.

—Nos iremos en cuanto nazca el niño. Dejaremos al niño aquí y haremos el viaje por mar.

—Pienso viajar por Francia. Quiero ver al rey Luis y limpiar mi nombre.

—España está en guerra con Francia.

—Iré como embajador de tu padre. Yo también sé jugar al mismo juego. Negociaré la paz con España, en mis condiciones, para que sirva como recordatorio de que jamás lo perdonaré por haberme obligado a presidir una reunión convocada para financiar su guerra contra los franceses.

O sea que era cierto. Había decidido irse y viajar solo, sin ella. Juana no podía tolerarlo, no lo toleraría.

—¿Tú? ¿Tú vas a negociar con Luis? ¿Cómo negocia un vasallo con su señor? Por lo que he observado, te limitarás a lamerle las botas, a gimotear y a decirle que aceptas todas sus exigencias. ¡Qué sórdida estampa de humillación!

—¡Depravada...! —La agarró de una muñeca mientras con la otra mano le cruzaba la cara con dos bofetadas, antes de empujarla contra el suelo.

Juana se arrastró a sus pies, aullando.

—¡Que el diablo me corte la lengua, Felipe! No quería decir eso. Perdóname. ¡Ay, Dios! ¿Qué he hecho?

Felipe se volvió a María y a Villena, que presenciaban la escena profundamente avergonzados.

—Mirad. Esta es la mujer a la que harán reina, y yo un simple consorte. ¡Y aún se atreve a hablar de humillación!

Juana sabía que, si Felipe se marchaba sin ella, perdería las pocas esperanzas que aún conservaba de que él fuera suyo y solo suyo. Se arrojaría en los brazos de la primera damisela flamenca que se cruzara en su camino. En España había estado protegida de sus escarceos amorosos. Las jóvenes aquí eran «frías», se había lamentado él, inmunes a sus insinuaciones románticas. Si Felipe volvía a casa sin ella, estaba perdida.

—Te lo suplico. Te lo suplico de rodillas. Por favor, Felipe, no me abandones.

Felipe la miró desde arriba y vio una cara fea, hinchada y tiznada de lágrimas, con las marcas de los dedos en las mejillas enrojecidas.

Juana, vilmente derrotada, empezó a gemir y se agarró a sus botas.

—¿No te quedarás hasta Navidad?

—¡Me das asco! —dijo él, y la apartó de un puntapié.

CAPÍTULO 19

El castillo de la Mota presidía la animada ciudad de mercado de Medina del Campo desde la adusta cima de un monte. Gentes llegadas de toda Europa con sus letras de cambio abarrotaban el mercado, donde los días de feria se compraban y vendían lanas, sedas, rasos y terciopelos. La plaza mayor, desproporcionada para una ciudad tan pequeña, ofrecía un derroche de colores y sonidos.

Pero el castillo era un lugar apartado, solemne y frío, con sus estancias enmohecidas por la humedad e inundadas a menudo por las aguas de la primavera que alimentaban el foso.

Aquel día de noviembre, lúgubre y gris, la enorme mole del castillo parecía más inhóspita que nunca.

Una figura menuda y vestida de negro, que se sujetaba las faldas y el manto contra el viento pertinaz, recorría las almenas y se detenía de vez en cuando a contemplar la ciudad.

—Ya deberían haber llegado. ¿Cuál puede ser la causa del retraso? ¡Ay, Felipe mío, voy a tu encuentro! Voy a tu encuentro. —Gritó Juana a las fuertes ráfagas de viento. Tenía las facciones contraídas; los ojos, enmarcados por profundas ojeras, miraban fijamente.

Volver junto a Felipe había sido el centro de sus pensamientos en cada instante de vigilia desde que él se marchó, hacía casi un año. Juana había guardado luto desde el día de su partida; había pasado horas llorando, hablando únicamente de su amado Felipe, de cuánto lo añoraba, cuánto lo amaba, cuánto lo deseaba, cuánto necesitaba estar a su lado. Así pasó semanas, sin que nadie atendiera sus súplicas, y después cayó en un estado de profunda melancolía.

Entretanto habían transcurrido ocho meses desde el nacimiento de su hijo Fernando, y Juana no había logrado salir de España.

Pero ya no habría más demoras ni más engaños. Las disculpas por las promesas rotas serían innecesarias, porque ella se había encargado personalmente de los preparativos en esta ocasión. Margarita, su querida Margarita, incluso la reina Ana de Francia, le habían prometido que las carretas la estarían esperando en la frontera. Estaba decidida a marcharse, a pesar de que sus padres le negaban el permiso para hacer el viaje. Habían firmado un tratado de paz con Francia, y eso, pensaba Juana, era suficiente para garantizar su libre paso hasta Flandes, donde se reuniría con su esposo.

A partir de hoy, no volvería a estar prisionera. Se marchaba.

Sin embargo, seguía sin ver rastro de los caballos. Bajó deprisa las escaleras, reunió a media docena de sus guardias y, con adusta determinación, cruzó el puente levadizo y echó a andar monte abajo, con la intención de atravesar la escasa distancia hasta la ciudad para tratar personalmente con los responsables del retraso.

No había llegado muy lejos cuando se encontró con Fonseca. Ninguno de los dos se alegró de verse.

—Alteza, ¿puedo preguntaros por qué habéis salido del castillo?

—Voy a la ciudad para averiguar por qué no han enviado los caballos de carga. Todo está a punto para el viaje, y ahora esta espera. No entiendo cuál puede ser el impedimento. Alguien tendrá que rendir cuentas si no hay una buena explicación. Pero estamos perdiendo un tiempo muy valioso. Buenos días, señor.

—Señora, no podéis ir sola a la ciudad.

—En ese caso tendréis que acompañarme.

—No es necesario. Ya se están ocupando de ese asunto. Pero no podemos quedarnos aquí, con este frío. Volvamos al castillo y os lo explicaré. —La llevó de nuevo a las puertas del castillo.

Juana se detuvo, recelosa.

—Habladme de los caballos.

—¿No queréis entrar?

—No daré un solo paso más. ¡Los caballos!

—Están en Medina.

—Pues claro que están en Medina —contestó—. Por eso iba hacia allí. No me tratéis como si fuera estúpida.

—No vendrán. Los he detenido.

—¿Cómo os atrevéis? ¿Con qué autoridad? —gritó, ahogándose de rabia.

—La reina Isabel me ha encomendado vuestra seguridad, y os pido que os quedéis aquí.

—No —gritó—. ¿Cómo puede mi madre volver a hacerme esto? No quiero oír nada más. Me habéis pedido que me quede. Me he negado. —Y con esto hizo ademán de marcharse.

Fonseca se adelantó.

—Sus majestades solo quieren que esperéis un poco, hasta que puedan venir a despediros.

—¡Ja! Por favor, no insultéis mi inteligencia. Apartaos y dejadme pasar.

—¡Cierren las puertas! ¡Bajen las rejas! —ordenó Fonseca.

El estruendo de la madera remachada y el chasquido de las cadenas desgarraron el alma de Juana, que vio como sus sueños, sus esperanzas se hacían añicos.

—Tengo órdenes de que no os mováis del castillo hasta que sus majestades lo autoricen. No se os permite visitar la ciudad ni considerar la posibilidad de hacer ese viaje. Os recuerdan que sería sumamente peligroso viajar sin permiso. Debo tomar todas las precauciones necesarias para impedir que deis ningún paso en contra de la voluntad de sus majestades.

—¡Villano! ¡Villano inmundo y despreciable! Os tenía por un amigo. Habéis revelado a mis espaldas todos mis planes y habéis conspirado contra mí. Y ahora me encarceláis. Confié en vos y me habéis traicionado. Ya no tengo esperanzas. —

Escupió en el suelo, a los pies de Fonseca—. Sois indigno de los hábitos que lleváis. Cuando sea reina me ocuparé de que vuestros actos reciban su justa recompensa. Lo primero que haré será ahorcaros. A diferencia de la mayoría, yo cumplo mis promesas, Fonseca. ¡Os odio! ¡Haré que os corten esa lengua vil!

El obispo saludó y salió rápidamente por la puerta de las caballerizas, dictando órdenes urgentes a su paso. Había desaparecido antes de que Juana comprendiera cómo había insultado a la persona a cuyo lado tantas veces había dicho que estaría cuando fuese reina.

Se recogió las faldas y subió corriendo las escaleras de las almenas para llamarlo.

—Mi señor obispo, volved, por favor. No quería decir lo que he dicho. Lo siento muchísimo.

—No, creo que lo mejor será que informe a la reina Isabel de la situación. Ella me aconsejará cómo actuar.

Juana bajó tambaleándose, enferma de temor.

—Solo quiero ir con mi Felipe.

Pasó el resto del día y toda la noche deambulando por el estrecho corredor que rodeaba la muralla, ahogándose de desesperación. Las doncellas se acercaron y se retiraron sin que ella las viera, los turnos de guardia se sucedieron sin que se diera cuenta y tampoco fue consciente de que en algún momento le ofrecieron un manto de abrigo.

A la mañana siguiente oyó una voz que se dirigía a ella.

—Dos visitantes, majestad.

Juana levantó la mirada y se animó enseguida, pensando que quizá aún quedaba alguna esperanza.

—Mi señor arzobispo Cisneros y mi querido tío. Disculpad, por favor, este recibimiento tan poco hospitalario, pero como veis espero marcharme en cualquier momento.

—Eso nos han dicho, señora, pero ¿no estaríamos más cómodos dentro?

—Tenéis razón. —Los invitó a que la siguieran y ellos presintieron una victoria fácil.

—Juana, esto son las cocinas. Esperábamos ir a tus habitaciones —susurró don Fadrique.

—Tío, aquí estoy bien. Esperaré fuera y vendré aquí a comer y beber hasta que llegue la hora de partir.

—Juana, vengo en nombre de la reina a rogarte, por el bien de tu salud, que regreses a tus habitaciones. Tienes que cuidarte más, para que cuando llegue la primavera estés en condiciones de hacer el viaje.

—¿Por qué habré imaginado que traías buenas noticias? Mi madre habla de la primavera, ¿no es así? Quiere que me quede aquí para siempre, lo sé. Te han enviado

con un montón de mentiras. Tío, yo solo quiero estar con mi Felipe. ¿Por qué mi madre no me permite ir con él? ¿Por qué me tortura de esta manera?

—Juana, querida, es natural que quieras a Felipe, y podrás ir con él a su debido tiempo. Pero recuerda que no eres una mujer corriente que quiere volver con su esposo y sus hijos. Todo cuanto hagas y hagamos exige cautela. Analicemos la situación con detenimiento.

Don Fadrique pasó la hora siguiente tratando de animarla a aceptar que era el amor que sentía por ella lo que inspiraba sus consejos. Le dolía verla tan desesperada, tan infeliz. Cisneros se limitó a observar sin hacer ningún comentario.

Juana dio por concluida la entrevista. Estaba decidida y su determinación era firme como el hierro.

—Vuelve con mi madre y dile que no toleraré más lecciones de ninguno de sus emisarios. Comunícale mi decisión de regresar a Flandes. Has reiterado que necesito su permiso para partir, así que puedes decirle que no le daré un solo instante de paz mientras no me lo conceda. Dile que esperaré a las puertas del castillo tanto tiempo como sea necesario. Ve con Dios, y que nada se interponga en tu viaje.

Los acompañó a las puertas y, mientras se alejaban, se instaló en una de las garitas de los centinelas, para que vieran que sus intenciones eran firmes.

Se agarró a los barrotes y miró a lo lejos, en la dirección en que suponía que se encontraba Flandes.

Se negó a moverse de allí. Los guardias le llevaron un brasero para que pudiera calentarse un poco y alguien le echó un manto de piel sobre los hombros.

* * *

Pasó cinco gélidos días, con sus noches, en su puesto de vigilancia, descansando muy rara vez en la sala de la guardia.

Al sexto día llegó la comitiva de su madre. Juana los envió a la ciudad, alegando que nadie podía alojarse en el castillo porque todo estaba embalado para el viaje.

Más tarde, cuando la litera en la que viajaba la reina entró en el patio interior, Juana no se movió. Hizo como si no la hubiera visto y no apartó la mirada de los campos. Isabel se acercó a ella, renqueando dolorosamente, pero Juana no se volvió a saludar a su madre.

La reina estaba enferma. El inoportuno viaje había debilitado su frágil salud. Tuvo que arrastrarse para salir de la cama y ponerse en camino para intentar una vez más que su hija entrase en razón.

—Juana, ven conmigo para que podamos hablar —le pidió en voz baja.

—No. No pienso alejarme ni un paso de Flandes.

—Esto es absurdo. He venido a exponerte los motivos de tantos aplazamientos, comprendo que decepcionantes para ti, y a explicarte cómo nos proponemos organizar el viaje. —Hablabla con fatiga y esfuerzo.

—No voy a dejarme engañar de nuevo. Dime aquí lo que tengas que decir —contestó Juana, sin apartar la vista del horizonte.

—No consiento que me hables de ese modo y tampoco acepto órdenes tuyas. Te esperaré en la sala de los guardias. Te daré unos minutos; si pasado ese tiempo no has venido, entenderé que no quieres oír lo que he venido a decirte y me marcharé.

Juana la acompañó de mala gana, pero se quedó en la puerta con recelo y obstinación.

Isabel observó a aquella criatura desgredada, con la cara sucia y tiznada de lágrimas. Era su hija, la heredera de España.

—Estoy preparada para oír las razones por las que no nos permites estar juntos a Felipe y a mí —fueron las palabras que Juana lanzó a su madre.

—Nunca hemos pretendido...

—Mentiras, todo son mentiras —dijo bruscamente—. Y bien, ¿por qué no se me permite marcharme? ¿Por qué ordenaste a Fonseca que me retuviera aquí?

—Para protegerte de la vergüenza que habría caído sobre ti al mostrar al mundo esta insólita falta de respeto por nosotros y nuestro país.

—A mí nadie me respeta. Me hacen pasar por estúpida, me cierran las puertas, con el equipaje ya hecho, y no me permiten ir a ninguna parte.

—No me interrumpas. Tenemos que asegurarnos de que los tratados de paz son buenos para todas las partes.

—Me sorprende que puedas llevar la cuenta de los acuerdos después de haberlos cambiado tantas veces. ¿Y quién me dice que no los romperás? Ya lo has hecho en otras ocasiones. Traicionaste a mi Felipe antes de que se hubiera secado la tinta con la que se redactó ese tratado con Francia que había negociado para ti. Pasó semanas gravemente enfermo. Ahora me has tomado como rehén para impedirle que establezca nuevas alianzas con Francia. Lo sé.

—Juana, escúchame. —A Isabel le costaba respirar—. Confiaba en que este período de espera te hiciese ver tu posición con otra perspectiva.

—Estamos llegando al quid de la cuestión. Tu intención es que me quede aquí. Quieres que gobierne España mientras Felipe gobierna sus territorios. No quieres que volvamos a estar juntos. Permite que te diga que no me interesa gobernar ningún país. Mi único deseo es regresar con mi esposo. —Sacó un papel doblado del corpiño—. Léelo, lee la parte en la que dice cuánto me desea y cuánto me necesita.

—Juana, no necesito leer esa carta. Estoy segura de que te quiere a su lado. Sin duda no quiere verte aquí, sola, sabiendo que mi muerte no está lejos. Esa carta es fruto de las recomendaciones de sus consejeros, que le han señalado el peligro de que seas coronada en su ausencia, con tu hijo Fernando como heredero.

—¿Cómo te atreves a mancillar la carta de Felipe? ¿Es que no ves nada más que coronas? ¿Nunca ves personas con sentimientos, o es demasiado pedir?

—Tu padre y yo hemos luchado mucho para construir esta nación. Dios quiso llevarse a Juan, nuestro hermoso hijo, que habría sido su rey. También decidió

llevarse a la querida Isabel y el pequeño Miguel. Ha recaído sobre ti, Juana, el deber de guardar estos territorios, y me rompe el corazón ver que podrían convertirse en un mero apéndice de Austria, porque no te interesan lo suficiente para protegerlos. ¡Ay, Juana! Mentiría si te dijera que no he rezado a todas horas para que comprendas cuáles son tus obligaciones.

—Calla. Calla. No te preocupas por mí ni por mis sentimientos; estás obsesionada con España. Te daré una última oportunidad de demostrar que tienes un corazón en ese cuerpo que solo entiende de cálculos. Aquí tienes una carta de mi pequeño Carlos. Quiero que mi madre vuelva, porque mi padre está muy solo sin ella. Las princesas Isabel y Leonor, mis hermanas, le envían mil besos a su querida mamá.

—Estoy al corriente de esa carta, Juana. Hija, te creía más inteligente, pero veo que te dejas engañar con facilidad. ¿No ves en esto la mano del conspirador? Termina diciendo: «... por favor, disculpa la descortesía de no escribir de mi puño y letra». ¿Son esas las tiernas quejas de un niño de cuatro años? No te hagas ilusiones: son perversas maquinaciones de tu amado Felipe y sus consejeros.

Juana se acercó a su madre como si fuese a abofetearla.

—¡Te odio! —gritó.

Isabel, sin moverse del sitio, miró a su hija a los ojos.

—Si no fuera por tu estado de ánimo no toleraría el modo en que me has hablado hoy. Tu padre se reunirá pronto conmigo, y entonces haremos los preparativos necesarios para tu viaje a Flandes. El infante Fernando se quedará con nosotros.

—¿Otro de tus ardides? ¿Para nombrarlo heredero?

—Basta, Juana. Estoy cansada. He traído a Zaida conmigo. Te preparará un baño de sales perfumadas y te quitará esa ropa hedionda. A lo mejor consigue que parezcas una princesa y que huelas como tal, aunque no seas capaz de comportarte como una.

CAPÍTULO 20

Juana salió de los jardines, inundados de sol, cruzó el naranjal y entró en un corredor desconocido.

—¿Por aquí, mi señora?

—¿Por qué no, María? —replicó Juana, indiferente sobre adónde la llevaran sus pasos. Vivía en un mundo de dicha, de dicha interminable, desde su llegada a Bruselas, en el mes de mayo.

Parecía que, en un año de separación, Felipe hubiera olvidado la belleza y la vivacidad de su esposa, y ahora estaba completamente embriagado por sus encantos, como si acabara de descubrirlos. La llamaba su «joven novia» y «mi Juana». Su divino esposo la amaba. Sus días eran una euforia de amor caballeresco. Se celebraban torneos, en los que Felipe lucía las prendas amarillas y verdes que Juana le daba, y siempre derribaba del caballo a su rival. Los banquetes y los bailes eran mejores que todos los que ella recordaba, y no había nada comparable a la pasión y el éxtasis de sus noches.

Juana se quedó paralizada.

—¡Vete! —ordenó con un susurro. Había oído voces. Una escalofriante sospecha la hizo estremecerse. La sospecha desgarradora y gélida de algo a lo que no quería poner nombre.

En cuanto se quedó a solas, echó a andar de puntillas y se detuvo a escuchar a unos pasos de una puerta. Era la voz de Felipe. Se acercó y apoyó el oído en el panel.

—Tengo que estar con ella por razones de Estado, como ya te habrá explicado tu tío. Pero, Beatriz, mi querida Beatriz, he sido un necio por abandonarte de una manera tan cruel. Por favor, di que me perdonas.

—Os perdono, mi señor.

—Nada de «mi señor». Di: «Te perdono, Felipe».

—Te perdono, Felipe.

Juana se tapó los oídos y dio media vuelta para huir de esas lacerantes palabras de traición que le pertenecían a ella, las mismas que Felipe había pronunciado cuando se vieron por primera vez. Quería irse, pero era imposible. Tampoco era capaz de abrir la puerta y poner fin a aquella infamia. Algo la impulsaba, la impelía a seguir escuchando.

—... Mañana por la noche, definitivamente. Para entonces ya conoceré los pormenores de nuestra semana de caza y sabré dónde nos alojaremos.

—¿Lo prometes?

—Palabra de honor. ¡Dios! ¡Si nos hubiéramos conocido hace años, qué distintas habrían sido nuestras vidas!

—De nada sirve mirar al pasado, Felipe. Ya no tiene remedio. En lugar de eso, demos gracias a mi tío Carlos, príncipe de Chimay, por haberme traído aquí.

Hubo un silencio. No cabía duda de que estaban el uno en los brazos del otro. Juana se desmoronó contra la pared. ¡Era la sobrina de Chimay! ¿Por qué razón la habían hecho venir a Bruselas? ¿Quién? ¿Cuándo? ¿Cuántos lo sabían y desde cuándo? ¿Por qué nadie se lo había dicho? ¿Qué iba a hacer? Sintió que enfermaba. Su mundo, aquel mundo de gloriosa felicidad, se había roto irreparablemente, se había hecho añicos.

Por fin consiguió despegarse de la pared. Recorrió el pasillo como en un trance, acompañada por el eco de la voz melosa de Felipe, su voz suntuosa y risueña, que hablaba de la carta de amor que dejaría escondida en algún rincón del jardín para su «amada Beatriz».

Una férrea voluntad permitió a Juana pasar por delante de los cortesanos y soportar sus hirientes cuchicheos mientras se dirigía a sus habitaciones, donde cayó de rodillas, sollozando.

Zaida corrió a su lado.

—Mi señora, ¿qué ha pasado?

—Pregúntaselo a María —gimió Juana.

María no dijo nada.

—Díselo, María. Seguro que lo sabes; puede que lo sepas desde hace tiempo. — Juana seguía acunándose en su dolor.

—No estaba segura. Era mejor no decir nada, porque no estaba segura. Me advirtieron que no lo hiciera.

—¿Quién?

—*Madame Halewyn*.

O sea que era Halewyn, además de Chimay. ¿Quién más formaba parte de la conspiración?

—¿Y seguiste sus indicaciones para traicionarme?

—Mi señora, os pido perdón humildemente. Me aseguró que no era nada, que el romance terminaría pronto, que saberlo os haría más daño que bien.

—¡Esa mentirosa! ¡Esto no es un romance! Felipe está enamorado. ¡La ama, la prefiere a mí! ¡Se lo he oído decir! —aulló Juana.

—No, no, no, mi señora. Eso no puede ser. Lo siento muchísimo.

—¿Quién es ella?

—Una baronesa viuda. Chimay la trajo hace unos meses, para que se recuperase tras la muerte de su esposo.

—Y Felipe me escribió y me suplicó que regresara. Decía que me añoraba, que me deseaba. ¡Mentiras, todo mentiras! Mi madre tenía razón. Era la heredera de España quien él quería que regresara a Flandes, no su esposa. Mientras yo me peleaba con mi madre, él estaba en brazos de la sobrina de Chimay. ¿Qué voy a hacer, Zaida? Estoy perdida.

—¡Eso nunca! —Zaida se arrodilló a su lado y la cogió de las manos—. No estáis perdida. Vos y yo encontraremos el modo de ganar esta batalla. Recordad las palabras

de vuestro hermano sobre Juana la luchadora.

—Esta vez no servirán de nada.

—Nunca os han fallado hasta hoy. Y yo tengo muchas maneras de ayudaros.

—Tengo que estar mañana en el jardín. Tengo que estar allí: habrá una carta.

—Ya hablaremos de eso más tarde, mi señora. Ahora debéis dormir y recobrar las fuerzas para afrontar el desafío que os espera. Yo tengo las pócimas y los filtros necesarios. Iré a buscarlos inmediatamente. —Dirigió una mirada fulminante a María antes de salir—. Es una barbaridad que alguien, quien sea, se atreva a insultar a la princesa Juana de este modo.

* * *

El sol calentaba lo suficiente para sentarse agradablemente al aire libre, a la vez que los árboles y los arbustos protegían con su sombra a Juana y a María.

Juana rompió el silencio.

—Se acabó la labor por hoy. Me tiemblan los dedos. —Miró una vez más su bordado. Era el lema de Felipe, y la romántica respuesta de su esposa: *QUI VOUDRA. MOI TOUT SEUL*. Se le escapó una amarga carcajada—. «¿Quién me quiere? Solo yo». Qué hermoso si fuera cierto.

Se levantó del banco y se sacudió las mangas. María dejó la labor en el cesto y empezó a buscar hebras perdidas entre las faldas de brocado de Juana.

—¿Damos una paseo, señora?

Echaron a andar por el sendero bordeado de boj, con una hilera de rosales blancos detrás del seto. Juana acercó los pétalos de terciopelo para aspirar su perfume.

—La rosa blanca de York. Esa vieja bruja por fin ha muerto. *Madame la Grande* ya no está aquí para burlarse de mí o susurrar a mis espaldas: una menos.

—Estas son mis favoritas, señora. De un rojo profundo, tan suaves al tacto y con una fragancia muy superior.

—La rosa roja del amor, con sus pétalos del color de la sangre, fieros y a la vez suaves como el terciopelo. —Envolvió una flor entre las manos—. La preciosa Beatriz encontrará la nota. —Cortó la cabeza de la rosa—. Yo la encontraré a ella —cortó una segunda cabeza—, y entonces veremos. —Desprendió los pétalos y se deshizo de ellos.

Volvieron por el mismo sendero para esperar en el cenador.

Minutos más tarde, Juana oyó unos pasos rápidos. Lo veía todo perfectamente sin necesidad de moverse de su escondite. Una dama se acercó corriendo a una de las urnas decorativas situadas al lado de un arco de mirto y metió la mano dentro. Sacó un trozo de papel doblado y esbozó una sonrisa radiante de alegría mientras se

acercaba la nota a los labios.

—Dios de los Cielos. Se lo has concedido todo: belleza, una figura esbelta, unas manos bonitas, de dedos delicados, trenzas de oro y un origen noble. Y, ahora, también a mi esposo.

Ahogándose de angustia, observó como la dama desdoblaba la nota, la leía con avidez y se la guardaba en el corpiño.

—Sí, guárdala cerca de esos pechos blancos como la leche que Felipe conoce tan bien —gritó, abalanzándose sobre su presa y arrebatándole la nota violentamente—. Quiero esa nota. ¿Qué te dice? —Le temblaban las manos y se ahogaba con los latidos en la garganta—: «Mi amada Beatriz...».

Beatriz le arrebató el papel, lo rompió de prisa y se metió los trozos en la boca.

Juana forcejeó con ella, vociferando:

—Adelante. Ojalá te atragantes. Ramera, ¿cómo te atreves a robarme a mi esposo? No te acerques a él, ¿me has oído? —Empezó a empujarla y a tirarle de la ropa hasta que encontró su pelo.

Al final consiguió tirarla al suelo y sentarse a horcajadas sobre ella. De repente tenía en la mano sus tijeras de costura. Empezó a cortarle a tajos los rizos dorados, sin prestar atención a los ojos que la miraban aterrorizados y a la boca abierta, incapaz de articular ningún sonido. En su frenesí, las tijeras arañaban y cortaban la carne además del pelo, y de cada corte brotaba un hilo de sangre.

Terminada su obra, Juana se incorporó para contemplarla.

—Podéis iros, baronesa. Esta lección os recordará que no debéis acercaros a Felipe.

María no se había movido. Parecía que se hubiera vuelto de piedra y no pudiera acudir en ayuda de su señora. Siguió paralizada mientras Beatriz se levantaba con dificultad y se alejaba, tambaleándose entre las losas del sendero. Se quedó muy quieta, viendo como Juana abandonaba el jardín, tan serena como si abandonara un baile.

—María, creo que será maravilloso darme uno de esos baños especiales de Zaida. Los aceites perfumados tendrán sobre Felipe el efecto mágico de costumbre.

CAPÍTULO 21

El agua estaba a punto, y Zaida ya había empezado a añadir el primero de los aceites cuando llegó Felipe, acompañado de algunos amigos. Miró con desdén a la esclava antes de acercarse a su colección de frascos y estamparlos contra el suelo.

—¡Fuera! Estoy harto de hechizos. ¡Fuera del palacio y fuera de Flandes, ahora mismo!

Zaida se escabulló a toda prisa entre el grupo de damas y caballeros reunidos en la puerta.

Felipe se dirigió a Juana.

—Maldita loca. ¿Qué es lo que te ha poseído? Has podido dejarla ciega. Los médicos la están atendiendo. Espero, por tu bien, que no le queden cicatrices permanentes —bramó—. ¡Quién sabe cuándo se recuperará del susto, por no hablar de las heridas! Estás loca. ¿Te das cuenta siquiera de lo que has hecho?

Esto no era lo que Juana había planeado. Esperaba que la dama huyese de la corte, avergonzada, y se escondiera muy lejos de allí para no volver jamás. Sabía por experiencia que eso era lo que siempre ocurría en España. Cada vez que su madre descubría a una de las amantes de Fernando, se expulsaba en el acto a la mujer, se le ofrecía un palacio, lejos de la corte, se le buscaba un marido y asunto olvidado. Juana no había considerado la posibilidad de que esta dama hiciera público el incidente y aún menos que le pidieran cuentas por sus actos. La reina Isabel nunca había tenido que enfrentarse a semejante obligación. De todos modos, Juana estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario.

Tomó aire y empezó a explicarse, forzando la voz para que el ruido ensordecedor de su corazón no ahogara sus palabras.

—Mi señor, me gustaría decir dos cosas. En primer lugar, has cambiado las reglas del juego; se suponía que no podías enamorarte. Me has engañado con esa meretriz. En segundo lugar, ella se ha atrevido a desafiarme, negándose a darme a mí, la princesa Juana, esa carta. Naturalmente, tenía que castigarla.

—¿Ni una pizca de lástima, señora? ¿Ningún arrepentimiento por lo que has hecho?

—No, y me asombra que me lo preguntes. No ha recibido más de lo que merecía —replicó, con la cabeza alta.

Felipe la cogió de los hombros y empezó a zarandearla violentamente, a la vez que proclamaba su odio por Juana y su amor por aquella amante.

La fuerza de Juana, su convicción de haber obrado bien, la rotundidad con que se negaba a aceptar su culpa empezaron a desmoronarse.

—Compartiré tu cuerpo si no tengo más remedio, pero no me pidas, por favor, que vuelva a compartir tu corazón —suplicó.

—Debes saber que, si no vas a verla inmediatamente y le pides disculpas, puedes

olvidarte de mí para siempre.

—¡Ni hablar! Esa puta no ha recibido más de lo que merecía, y la realeza jamás pide disculpas a las rameras —contestó Juana, recuperando su valor.

Felipe le estampó un puñetazo en la cara. Juana cayó al suelo. Con voz todavía firme y determinada, siguió diciendo:

—No pediré disculpas, hagas lo que hagas o digas lo que digas. No consentiré que ninguna mujer me quite lo que es mío. Y tengan todas bien presente que volveré a hacer lo mismo, o algo peor, a quien se atreva.

—¡Bonito comportamiento para una reina! ¿Te das cuenta de lo que tengo que soportar? Una bestia salvaje en mi propia casa. Pues bien, la bestia no tendrá libertad si no se deja domesticar. Llévala a su habitación y encerradla con llave. Yo decidiré quién puede entrar o salir.

La miró sin ocultar su desprecio, mientras ella se incorporaba, se limpiaba la sangre de la boca, se erguía y levantaba el mentón con orgullo.

Felipe hizo una seña a Mújica.

—Ven aquí, amigo mío. He decidido que tengo para ti un cometido más importante que el de llevar las cuentas de la corte. Sí, creo que, de ahora en adelante, tu obligación será redactar un informe detallado de la conducta de esta mujer trastornada. En España lo leerán con interés. Los ayudará a formarse un buen juicio del estado mental de su querida princesa, de la persona a la que han nombrado heredera del trono.

Juana volvió a limpiarse la sangre de la boca antes de mirar fijamente a Mújica con ojos de hielo.

—El traidor. Seguro que llevabais mucho tiempo esperando esta oportunidad. Sé que desempeñaréis la tarea a la perfección. Has elegido bien, Felipe. Un enemigo jurado, como él, nunca estará falto de inspiración o empeño para redactar sus informes.

Saludó a Felipe con una reverencia y se retiró a su cámara con orgullo.

—Cierren con llave, y que nadie abra esa puerta mientras yo no ordene lo contrario. Damas y caballeros, debéis comunicar a Mújica cualquier incidente, por trivial que sea. Es una orden. Ahora, tengo que volver con Beatriz.

CAPÍTULO 22

Una fresca mañana de primavera de 1505, Juana recibió formalmente a una importante delegación española.

—Alteza real. Han llegado Fonseca, Conchillos y Ferreira.

Los tres caballeros, enviados por el rey Fernando, venían a discutir asuntos graves y urgentes con Juana, y solo con ella. El rey había escogido con cuidado a sus emisarios, pues ella los conocía y confiaría en ellos: Conchillos, su secretario personal; el obispo Fonseca; y Ferreira, quien acompañó a Juana en su viaje de regreso a Flandes.

Entraron, se inclinaron y se arrodillaron, uno detrás de otro, para besar las manos de su nueva reina.

Fonseca, bajo su serena apariencia clerical, guardaba inquietos recuerdos de su último encuentro en Medina, cuando Juana lo amenazó con la tortura y la muerte en el momento en que fuese reina.

—Majestad, reina Juana de Castilla, venimos a juraros lealtad y a presentar nuestras condolencias por la muerte de su majestad, la reina Isabel.

—Ha muerto en su querida ciudad de Medina —dijo Juana. Y levantó las cejas para añadir—: Una ciudad que no figura precisamente entre nuestras favoritas, quizá. —Había en su voz una suavidad con la que quería indicar que el incidente estaba olvidado y su amistad restablecida—. Le dije cosas tremendas, cosas que una hija jamás debería decir a su madre. Sus últimos recuerdos de mí debieron de ser...

Fonseca la interrumpió.

—Ella comprendía plenamente vuestras preocupaciones, señora. Y las noticias recibidas en España desde vuestro regreso a este país aumentaron su simpatía por vos. Sin embargo, su más ferviente ruego seguía siendo poder confiar en que vos continuaríais su misión por España, en que sabríais fortalecerla, protegerla y preservarla...

—¿Cómo está mi hijo, el príncipe Fernando? —Juana no quería oír nada más. En lo concerniente a ella, todo se había dispuesto según la voluntad de su madre.

—Está bien, y su abuelo lo adora.

—Y aquí llegan mis otros hijos.

Los pequeños se acercaron despacio a su madre y los importantes caballeros, con una mezcla en sus andares de estudiada dignidad, respeto y timidez, en el caso de la más pequeña.

Carlos, que andaba con paso mesurado, orgulloso de sus cinco años, vestía una túnica de terciopelo rojo, medias negras y un bonete de terciopelo negro, con el ala vuelta hacia arriba. Era un príncipe de la cabeza a los pies.

Sus hermanas lo seguían. Leonor, de siete años, e Isabel de casi cuatro, lucían el mismo vestido azul oscuro, pero si la mayor se movía con recato y actitud de persona

adulta, con las manos apoyadas en el panel frontal de su vestido, su hermana menor andaba con paso inseguro y traía una muñeca que debería haber dejado en su habitación, en vez de servirse de ella para esconderse parcialmente. Los ojos de Fonseca se velaron de lágrimas al ver a los niños, el fruto de un tempestuoso matrimonio, la descendencia de una mujer joven y atormentada que era la comidilla de todas las cortes de Europa. Leonor, tan dulce, puede que demasiado seria para su edad; Isabel, una niña deliciosa, de mejillas regordetas y vivarachos ojos azules, con la cara enmarcada por una cofia blanca, cogió del cuello a su muñeca y la guardó entre los pliegues de su falda.

El obispo se volvió a Carlos, el líder del encantador grupo, una versión infantil de su padre, arrogancia incluida. Aquel hombrecito algún día sería el gobernante de España, el Sacro Imperio Romano, Austria, los Países Bajos y aún más territorios. Incluso podría casarse con la princesa de Francia. Por su manera de andar, parecía plenamente consciente de la riqueza y el poder que lo aguardaban.

Pasado un tiempo suficiente para que los emisarios dijeran los esperados cumplidos, y casi demasiado tiempo, mientras fingían entender las palabras del joven Carlos, prácticamente incoherentes, se llevaron a los niños.

—Señora, ¿por qué os negáis con frecuencia a ver a vuestros hijos? —preguntó Fonseca.

—Porque me avergüenza. Saben que estoy prisionera.

—¿Prisionera? Con el debido respeto, mi señora, a menudo habéis buscado consuelo en la reclusión y encontrado la paz en la quietud de vuestra cámara.

—¿Mi única estrategia útil, queréis decir? —Juana negó con la cabeza—. No, me refiero a que Felipe me tiene encerrada con llave. Me refiero a que hay un centinela en la puerta por si intento escapar.

Fonseca, como la mayoría de Europa, sabía de la infidelidad de Felipe, de la violencia con que la trataba y de que la tenía confinada en sus habitaciones desde que atacó a una dama de la corte. Conocía los infames dietarios que Mújica despachaba diligentemente a España, en los que detallaba que Juana se negaba a comer, cambiarse de ropa o dormir en su cama, y desataba su ira contra sus opresores.

—Pero no os encontramos como una prisionera. No hay centinelas a las puertas.

—Eso tiene una explicación muy sencilla: mi madre ha muerto y Felipe ha juzgado oportuno dejarme en libertad, para fingir que todo está bien entre nosotros. Sin mí él no puede heredar, y eso lo ha llevado a la conclusión de que mi salud es de suma importancia. También pretende convencer al mundo de que vivimos en armonía; de ahí mi embarazo.

—Me apena oír tanta amargura.

Juana estrechó las manos del obispo, para tranquilizarlo.

—No os apenéis, amigo mío. Soy una superviviente. Caballeros, ¿traéis otros asuntos?

Había recaído sobre Conchillos la misión de instar a Juana para que ofreciese su

apoyo incondicional a su padre, por escrito. Sacó un papel de su bolsa de cuero.

—El rey Fernando me envía para solicitar vuestro apoyo escrito.

Juana leyó la carta.

—No veo ningún inconveniente. Las Cortes ya han jurado lealtad a mi padre, como gobernador, incluso han afirmado que puede ostentar la regencia, en caso de necesidad, hasta que nuestro hijo Carlos cumpla los veinte años.

—Por desgracia, hay quienes han comenzado a manifestar su discrepancia. Algunos grandes de España siguen enfadados por la confiscación de sus tierras.

—¡Tierras que pertenecen a la corona!

Conchillos se apresuró a añadir:

—Sea como fuere, el enviado de Felipe les ha ofrecido la devolución de sus tierras si lo respaldan a él en contra de Fernando. Y cada vez son más. Vos podéis dar fe de ello, Ferreira.

—Es cierto.

—¿Cómo pueden ser tan mercenarios? ¿Qué tengo que hacer? No debe quedar la menor duda de mis intenciones, de que quiero a mi padre como regente de España.

Conchillos suspiró con alivio. Juana acataba la petición de Fernando, que sería inequívocamente reconocido como regente.

—Necesitamos vuestra aprobación firmada, además de un mandato que conceda a vuestro padre los poderes adicionales que él estime necesarios.

—Así se hará, de inmediato. Mi padre debe tener autoridad para proteger la corona y el país, para mí y para mi hijo. No espero menos que el pleno respaldo de las Cortes.

Escribió de prisa y con determinación, rasgando el papel enérgicamente con el cálamo. Conchillos resplandecía de satisfacción. Roció la tinta con arena antes de doblar el papel con cuidado y guardarlo en su bolsa.

—Mi señor obispo, ¿no tenéis nada que decir? —preguntó Juana, con curiosidad.

—Nada, señora. Estoy apenado por tantos acontecimientos recientes, hastiado de tantos rumores, enfermo de este politiquero interminable. Mi corazón solo anhela descanso.

—¿Y seré yo esta vez quien os ofrezca el consuelo y vos quien lo recibáis? —dijo Juana, tendiéndole las manos.

Fonseca se arrodilló para besarlas.

—Dios quiera que España pronto esté en paz.

—Amén.

—Tenemos que ponernos en camino —dijo Conchillos, con la voz agitada—. Debemos marcharnos de aquí cuanto antes...

Ferreira protestó.

—Espero que no tengáis intención de partir antes de haber celebrado una audiencia con el rey Felipe.

—Desde luego que no —contestó el interpelado, sonrojándose.

—El rey Felipe ya está de regreso de su excursión de caza. Debería llegar hoy mismo.

—En ese caso, mucho mejor. —Juana sabía que, aunque el tiempo apremiaba, el protocolo los obligaba a celebrar una audiencia con Felipe, de ahí que su regreso fuera una circunstancia afortunada. Era extraño, de todos modos, que hubiese interrumpido su adorada cacería.

CAPÍTULO 23

Caía la tarde cuando les anunciaron la llegada de Felipe y les hicieron esperar en el pequeño salón de recepciones. Fue Juana quien animó la torpe conversación, describiendo y explicando los detalles que se observaban al fondo de varios retratos de Felipe, Juana y los tres niños. A continuación les habló de su creciente biblioteca, de la que estaba muy orgullosa y ya ocupaba toda una pared, y los invitó a examinar los libros de interés en materias como la música, la poesía y la historia natural.

Por fin apareció Felipe y se acercó muy despacio, dejando a los guardias apostados en la puerta.

La confianza de Juana, que para entonces ya empezaba a debilitarse, se esfumó por completo.

—Señor, has regresado demasiado pronto, no tenía idea de...

—Mi señora, hay muchas cosas de las que no tienes idea. Por ejemplo, quizá no comprendas que conozco el motivo por el que están aquí estos caballeros —se volvió a Conchillos—, y sé que vos sois Conchillos, secretario de Fernando. También sé, de fuentes fidedignas, que sois el portador de una carta muy importante.

—¿Una carta, mi señor?

—Ferreira. Recuérdale esa carta.

Juana miró a Ferreira con perplejidad.

—Mi señor solicita la carta que lleváis —dijo Ferreira, tendiendo la mano.

Juana dio un paso hacia él.

—Os recuerdo, Ferreira, que la carta de la que aquí se habla es mía. Felipe, he escrito a mi padre para ratificar el mandato que mi madre ha estipulado en su testamento. También lo autorizo a que tome cualquier medida adicional siempre que sea necesario. Mi padre cuenta plenamente con mi confianza y mi respaldo. No hay nada más que decir.

Una fuerte carcajada de Felipe resonó en la estancia.

—Dios mío, el famoso testamento. Fernando lo ha repetido muy a menudo en las Cortes, en especial esa parte que dice: «... Si Juana es incapaz de comprender los asuntos del gobierno». Debes saber que esa frase, sumada a los informes de Mújica sobre tu extraño comportamiento, ha resultado excelente para convencer a las Cortes de que estás ciertamente incapacitada para gobernar. ¡Has cometido la estupidez de escribir una carta de abdicación, engañada por tu propio padre en el que tanto confías, y le has entregado Castilla!

—Te equivocas. Soy su hija y sé que se propone algo más que preservar el orden en el país. Hay quienes lo llevarían a la ruina, y también un puñado de disidentes a los que es preciso derrotar. Para eso mi padre requiere poder absoluto, y voy a dárselo.

—¿Un puñado de disidentes? —resopló Felipe—. Es más bien al contrario. Solo

puede confiar en un par de amigos. Fernando está perdido sin tu respaldo. Pero lo más importante es que estará perdido si se lo otorgas. La carta, Conchillos.

Conchillos desabrochó la hebilla de la bolsa y entregó la carta.

—Quémala, Ferreira. Guardias, llevaos a Conchillos a los calabozos y aseguraos de que recibe el castigo que corresponde a los traidores.

Juana contempló como las llamas devoraban su decreto real, palabra por palabra.

—No perderemos Castilla —Felipe la sujetó de la muñeca—. Tengo otra carta que tú has escrito a las Cortes.

Juana buscó a Fonseca con la mirada. Necesitaba su ayuda. No sabía qué hacer. Pero Fonseca se había ido. Ojalá hubiese logrado escapar y regresara a España sin tardanza para informar a su padre de lo ocurrido.

Juana se sentó en una butaca y escuchó lo que decía «su» carta.

Felipe leyó en voz alta—: «Señores, escribo para defenderme de quienes me acusan de no estar en mi sano juicio. Los dietarios de Mújica se han enviado a mi padre para justificar los actos de mi esposo contra mí, cuando lo que en ellos se revela debería haberse guardado en privado, puesto que se trata de un asunto familiar. Quienes aún persisten en la creencia de que no soy apta para gobernar pueden tener la certeza de que, si así fuere, transferiría el gobierno de todos mis reinos, no a mi padre sino a mi esposo, y únicamente a él, por el amor que le profeso. Tampoco es mi intención legar tierras o poderes a mi hijo Carlos en tanto mi esposo viva. Dictado en Bruselas, el tercero de mayo de 1505. Yo, la reina». Fírmalo —le ordenó Felipe.

Juana le arrebató la carta de las manos y la rompió en pedazos.

—Me niego. Me has traicionado ante el mundo con esos infames dietarios y ahora te preocupa perder Castilla por culpa de eso. ¿Y quieres que mienta para ayudarte? ¡Nunca!

—Da igual. Tengo otra. La firmarás. Acabas de empezar a disfrutar de tu libertad. Sería una lástima perderla de nuevo. Tienes la oportunidad de unirme a mí y compartir mi riqueza, o desaparecer, encerrada para siempre.

Juana volvió a negarse, y Felipe cogió la pluma y falsificó su firma.

—Has ganado, mi señor, pero la partida no ha terminado aún. Cuídate de no celebrarlo demasiado pronto.

—Lo hemos hecho bien, Ferreira. Esta carta, y mis instrucciones a las Cortes de que no tomen ninguna decisión hasta nuestra llegada nos permiten concentrarnos en la organización del viaje. Juana —añadió, moviendo la cabeza con gesto de reproche— has demostrado que no eres digna de mi confianza. De ahora en adelante, no se permitirá acercarse a ti a nadie que hable español, aparte de tu capellán, y vivirás confinada en tus habitaciones. Creo que será conveniente buscar un alojamiento más apartado para ti.

Dejó a Juana desesperada, intentando asimilar el significado de aquellas palabras: «desaparecer, encerrada para siempre» y «un alojamiento más apartado».

CAPÍTULO 24

Juana estaba sentada en la profunda quietud del salón, con su capellán y *madame* Halewyn, como todas las tardes desde hacía dos semanas.

Mientras empezaba a caer la noche al otro lado de las tres ventanas en arco, las velas y el parpadeo del fuego en la chimenea se esforzaban por dar un tenue resplandor a la estancia demasiado oscura y cubierta de sombríos tapices. Esta sala, que tantas veces había sido su refugio en el pasado, ya no le ofrecía ningún consuelo. Las paredes habían dejado de protegerla: ahora eran su prisión, y en ella aguardaba su sentencia definitiva.

El capellán pasaba de vez en cuando las páginas del misal; la aguja de *madame* Halewyn atravesaba la tela de lino. Juana los miró alternativamente y bajó la vista al libro, que seguía sin abrir. Se ahogaba en el silencio.

—Padre, ¿creéis que esas palabras de Felipe eran amenazas vanas? —La voz de Juana tembló al hacer la misma pregunta que hacía todos los días.

—Confiad en Dios, mi señora, como hago yo. —El sacerdote se quitó las lentes y sus ojos sonrieron a la reina con bondad.

Madame Halewyn dejó su labor sobre el regazo, furiosa porque no entendía el español.

—¿Qué noticias hay del secretario de mi padre?

—Conchillos se está recuperando y pronto estará en condiciones de regresar a España.

—Lo que le han hecho es imperdonable. Lo han dejado tullido de por vida. Si a él lo han tratado así, ¿qué harán conmigo? —Se acercó corriendo a la ventana y la abrió, dejando que una ráfaga de aire frío se derramara sobre ella.

Abajo, en la calle, iluminados por una hilera de antorchas en sus soportes de hierro, un grupo de hombres, algunos con teas en la mano, se acercaba a las puertas del palacio.

—Venid deprisa, padre. ¿Quiénes son esos hombres?

El capellán se acercó, seguido de *madame* Halewyn.

—Veo soldados y...

—¡Ah, Chimay! ¡Por fin! —exclamó con alivio *madame* Halewyn.

Juana se llevó las manos a la cabeza.

—Entonces ¿han venido para llevarme?

Madame Halewyn asintió, deslizando la mirada por la nariz larga y fina, y anunció con satisfacción:

—Es posible que hayan encontrado un lugar de reclusión idóneo. Entonces se os declarará loca, y Felipe quedará libre para casarse. —Cruzó la estancia con paso ligero para abrir la puerta.

El sacerdote se puso de rodillas. Juana, pasados unos momentos, se desprendió

tanto del miedo como de las pérfidas palabras de Halewyn y se dirigió con determinación a la chimenea para adoptar una postura desafiante.

Chimay y el capitán de la guardia aparecieron en el umbral y se detuvieron un instante antes de entrar en la cámara. Chimay saludó con una reverencia.

Era el momento de Juana. Empuñó un atizador.

—¡Fuera de aquí! —gritó, rasgando el aire con el arma antes de hundirla con fuerza en el hombro de Chimay. El agredido lanzó un grito y desapareció, seguido del capitán.

—¡Los mataré si es necesario! Ayudadme, padre.

El pasillo se llenó de soldados, pero ella les plantó cara con la valentía de un guerrero.

—¿Soy una mujer tan mala para que vengan a por mí tantos guardias? —preguntó, blandiendo su espada con aire desafiante.

—¿Mala? —se oyó decir a Chimay, desde algún lugar seguro, detrás de los soldados, donde se recuperaba del daño—. Eso será el mundo quien lo juzgue. Pero podéis tener la certeza de que esto se sabrá en toda España.

—No lo creo. Se os acusará de traición, por haber tenido la osadía de presentaros ante la reina con soldados armados.

—¡Bien hecho, mi señora! ¡Habéis recuperado vuestro espíritu de lucha! —El capellán, que seguía arrodillado, dio muestras de un júbilo absurdo.

Chimay, sujetándose el hombro dolorido, se abrió camino entre sus hombres y vociferó al capellán:

—¡Fuera de aquí! En el futuro, solo vendréis para decir misa y os iréis cuando hayáis terminado. ¡Fuera!

—¡Ayyy! —Juana se dobló por la cintura y se sujetó el vientre—. Mi hijo, estoy perdiendo a mi hijo. Halewyn, que venga María inmediatamente. Necesito que regrese a la corte. Tiene que estar a mi lado. —Se retorció, con el rostro contraído de dolor—. Que alguien avise a Felipe. ¡Y necesito a los médicos, deprisa! ¡Ay, no! No puedo perder a mi hijo.

Se oyeron en los pasillos pisadas recias y órdenes que iban pasando de boca en boca. El capellán se puso en pie para ayudar a Juana, que iba hacia él, tambaleándose, y cayeron los dos juntos, de rodillas.

—Rezad por mí, padre.

—Dios ten misericordia de nosotros, escucha nuestras...

Juana lo interrumpió.

—Primero debéis saber por qué rezamos. Pedidle a Dios que perdone mis mentiras. No le ocurre nada al hijo que llevo en mi vientre. Simplemente, no se me ha ocurrido nada mejor.

CAPÍTULO 25

—¡Sacad a esas furcias del barco! ¡No zarparemos hasta que todas ellas estén en tierra! —gritó Juana, y lo decía muy en serio.

Estaba en el muelle, echando chispas. Felipe había tenido la osadía de designar a sus «damas de compañía».

—Son tus damas —insistió él.

—Me bastará con María hasta que llegue a Castilla. Allí elegiré a mis damas entre mujeres decentes y honradas. Me niego a someterme a la indignidad de tener cerca a tus amantes flamencas.

Felipe se tragó la ira y accedió, ciñéndose a las recomendaciones de sus consejeros: que le permitiera todos los caprichos hasta que se encontraran en camino. Ya había despedido a Mújica por esta misma razón. No obstante, juró que era inocente y señaló una y otra vez que lo juzgaba mal.

Sin disimular su disgusto, Juana las vio desembarcar y subió finalmente a bordo del Juliana. Iba a España para ser coronada reina de Castilla. A pesar de que nunca había deseado la corona, y seguía sin desearla, en ella estaba la promesa de su liberación.

Contemplando el perfil de la costa, que se empequeñecía poco a poco hasta desaparecer, dio su último adiós al país que le había brindado felicidad, aunque en mayor medida tristeza, sufrimiento y, en los últimos tiempos, miedo. Había llegado a Flandes diez años antes, cuando era una joven novia que iba a conocer a su esposo, y se había dejado engañar por sus absurdas ideas románticas, enamorándose de un hombre indigno. Este hombre se había convertido en su enemigo: la existencia de Juana era tan intolerable para él que incluso había pensado en recluirla, declararla loca, divorciarse de ella y casarse de nuevo.

La única pena de Juana en este momento era que sus hijos, ni siquiera la recién nacida infanta María, pudiesen viajar con ellos. Confiaba en que se los enviaran pronto; mientras, su cuñada viuda, Margarita, cuidaría bien de ellos.

Se acordó de Maximiliano y pensó que le estaría eternamente agradecida por haber pasado estos últimos meses con ella. Si Felipe tuviera solamente la mitad de la comprensión y compasión de su padre, se dijo... Pero se reprochó al instante haber contemplado siquiera esta idea. No había forma de reparar una relación que estaba rota, por más que ella siguiera amándolo. Maximiliano. Volvió sus pensamientos a su suegro y se sintió como si cabalgara en la cresta de una ola de felicidad, al revivir los muchos momentos deliciosos que había compartido con él.

El primero fue el bautizo de María, en el mes de noviembre. Sonrió al recordar cómo Maximiliano, que finalmente había consentido en ser el padrino, se arrepintió cuando le pusieron a la niña en los brazos. Con su estatura de guerrero griego, se estremeció y se echó a temblar, temeroso de aplastar a la diminuta niña, envuelta en

una nube de encajes y seda, o a que se le escurriera y se estrellara contra el suelo.

Se acordó luego de que había estado magnífica en la velada de celebración de su vigésimo sexto cumpleaños. Arrancó una sonora salva de aplausos al terminar su recital, compuesto por diversas piezas para vihuela. Maximiliano pidió entonces al embajador de Venecia que se acercara, para presentárselo, y el caballero, al final de la recepción, se mostró asombrado de que una mujer tan joven y hermosa tuviera tantos talentos, tanta inteligencia, ingenio, prudencia, gracia y encanto. Todos sabían que los venecianos eran muy dados al halago, y el embajador superó a sus compatriotas en superlativos. De todos modos, la había elogiado en presencia de una gran reunión de personas. Hacía mucho tiempo que nadie le dirigía estas atenciones.

—¡Se acabó el cuento de mi locura, Chimay! —anunció a la leve franja de tierra azulada en que se habían convertido los Países Bajos.

Enero no era el mejor mes para hacer el viaje por mar, pero se había descartado el camino por Francia, ahora que Felipe y Luis al parecer habían roto su alianza. Como era de esperar, a las pocas horas de dejar el puerto tuvieron que enfrentarse a la furia del viento y el mar del invierno en el canal de la Mancha.

Juana estaba en su camarote, seleccionando las sortijas y los broches que combinaban mejor con su vestido de terciopelo verde.

Se observó en el espejo de mano. A pesar del temporal, María había logrado vestirla como si se tratara de una ocasión formidable y no una simple y breve reunión con su esposo. En eso consistía el plan de Juana: en hacer saber a Felipe que ni él ni la tempestad podían intimidarla.

Se acercó a la puerta con paso inseguro. El viento no daba tregua y las olas que azotaban los costados del barco derramaron una cascada de agua mientras Juana recorría el corto trecho hasta el camarote de Felipe.

Un calor y un olor pestilente la recibieron al abrir la puerta, y tuvo que buscar un pañuelo para cubrirse rápidamente la nariz y la boca. Los caballeros allí reunidos, el orgullo de la virilidad de Flandes, estaban vomitando y meándose de miedo. Jubones, medias, botas y el suelo, todo estaba salpicado y sucio. Se oían gemidos, lloros, arcadas.

En un rincón, dos hombres se abofeteaban el uno al otro, intercambiando golpe por golpe con creciente violencia. Juana se apartó un instante el pañuelo de la cara para preguntar el motivo de su extraño comportamiento.

—Alteza, he pensado que, si intentaba ser como Cristo, que ofreció la otra mejilla, Dios se apiadaría de mí en esta hora atroz, por eso he invitado a mi amigo a que me abofetee y después pongo la otra mejilla, invitándolo a darme un segundo bofetón. Luego pensé que él también querría buscar la misericordia de Dios por el mismo procedimiento, y por eso le he pegado. Él, que no quería recibir mis bofetadas, se ha vengado, por así decir.

—¡Qué espectáculo! —se rio Juana—. Sois la pareja de idiotas más perfecta que quizá me encuentre en la vida.

El barco se zarandeó y se inclinó violentamente de un costado, derribando personas y cosas, y desatando el caos. Juana se sujetó a un montante para no perder el equilibrio, mientras veía como los galantes caballeros caían de rodillas al resbalar en su propia inmundicia, entre alaridos («Dulces Vírgenes de Guadalupe y Montserrat, rogad por nosotros...») y promesas de desorbitadas limosnas, de milagrosas reformas de carácter si Dios les salvaba la vida.

Un marinero entreabrió la puerta para anunciar a voces que el penol y el palo mayor se habían partido y el barco se hundía, pero un valiente grumete estaba luchando para cortar la vela, y aún era posible evitar la tragedia.

Felipe despertó de la parálisis en que lo había sumido el terror, con los nudillos blancos de apretar la bolsa en la que guardaba las cartas de despedida a sus hijos, y guardó la bolsa en lugar seguro, debajo del jubón.

—Le ofrezco a la Virgen de Guadalupe el doble de mi peso en oro a cambio de mi salvación —dijo. Se quitó el sombrero, echó en él varias monedas de oro y ordenó a su paje que lo pasara entre los presentes para que pudieran depositar sus ofrendas.

Cuando le pusieron el sombrero delante, Juana se quedó mirando el montón de oro y plata y abrió las cintas del monedero. Hacía mucho tiempo que no llevaba monedero ni tenía dinero que justificara la necesidad de llevarlo. Buscó entre las monedas con sumo cuidado hasta dar con la que buscaba, una moneda de plata muy pequeña, que dejó delicadamente en el sombrero. La reacción general fue de incredulidad.

—Con eso bastará. La realeza no se ahoga. Ya lo veréis. —Le había dicho lo mismo a su tío, muchos años antes, y resultó ser cierto—. Necesitaré el dinero cuando lleguemos a tierra.

Felipe, su cruel carcelero, se había convertido para entonces en un niño sollozante y asustado, y Juana tuvo ganas de acunarlo entre sus brazos. En vez de eso, observó como dos criados se afanaban en ponerle un chaleco salvavidas. Era una piel de cabra entera, sellada con pez y cubierta de telas de color rojo, amarillo, verde y blanco. Tenía campanillas, tenía lazos; Felipe parecía un loro fabuloso y fatuo. En la espalda, con letras muy negras, llevaba escrito: Rey Felipe. Una vez inflado por los sirvientes, sofocados de tanto soplar, el artilugio tenía un aspecto rarísimo.

—Ay, Felipe, qué poca fe tienes. —Juana se envolvió en el manto, abandonó el camarote y echó a andar a trompicones entre la lluvia torrencial y las olas que entraban por la borda, combatiendo la inclinación de la cubierta anegada de agua y enfrentándose luego a las bofetadas del viento para subir al castillo de proa. Allí se afianzó en su puesto y plantó cara a la tempestad, desafiándola.

Al cabo de un rato, entre el estruendo del vendaval y los atronadores crujidos de la madera, oyó gritos: «Lo ha conseguido». Los vítores se sumaron al rugido y el barullo de la tormenta. Entre el azote de la lluvia, perfilado contra el mar

embravecido, alcanzó a ver el penol roto, separado de su vela y amontonado en la cubierta.

Después pareció que el viento ya no rugía o soplaba con tanta fuerza, que las olas quizá no eran tan altas, y los hombres se aplicaron a su tarea con renovado empeño. Juana volvió a su camarote, contenta de que el orden se hubiera restablecido.

Al amanecer, vientos más benignos dirigían a la flotilla dispersa no hacia el golfo de Vizcaya, sino a un refugio necesario aunque no deseado: a Inglaterra.

Todo el mundo estaba en cubierta: nunca la tierra había parecido tan hermosa, tan firme, tan seductora. Alrededor del Juliana surgieron otros barcos, levantados por el suave oleaje. La sensación predominante era de alegría y triunfo.

Sobrepuesto, aunque todavía demacrado y pálido, Felipe condecoró públicamente al grumete que había salvado la vida de todos arriesgando valerosamente la suya. Le prendió en el orgulloso pecho la insignia de su selecto cuerpo de guardia personal. El joven escocés no daba crédito a su buena fortuna: tendría el futuro asegurado y un salario excelente.

Un consejero nuevo se separó de la multitud que abarrotaba la cubierta para hablar con Felipe de un asunto urgente. Juana lo reconoció: era Juan Manuel, un antiguo enviado de su madre. Otro que se desvivía por aliarse con Felipe y sin duda esperaba recibir tierras a cambio, cuando hubieran llegado a España. Juana se dirigió a ellos, movida por la curiosidad. Le pareció que el español insistía en que Felipe debía negarse a entregar a alguien al rey Enrique y lo instaba a considerar las consecuencias. La inquietud de Felipe crecía por momentos. Juana se acercó, con su mejor sonrisa.

—Sé que tengo que llegar a España lo antes posible, pero esto es para mí un regalo del cielo. Podré visitar a mi querida hermana Catalina. Y también reanudar mi amistad con Enrique.

Sus palabras cortaron en seco la conversación de los dos hombres, hecho lo cual Juana siguió paseando, no poco complacida.

Tenían que negociar su desembarco en Weymouth. La costa estaba sembrada de ingleses aterrados, hombres y mujeres armados por igual. Soldados a caballo provistos de picas, arcabuceros con las armas en alto, campesinos con horcas y guadañas, mujeres con escobas, todos dispuestos a hacer frente a la temida invasión.

Por fortuna, la presencia de los extranjeros pudo explicarse satisfactoriamente, y les dieron permiso para desembarcar. Se abandonaron las armas de fuego, se arrinconaron las escobas y las buenas gentes de Weymouth contemplaron boquiabiertas al elegante caballero, con su hermosa esposa y su séquito igualmente espléndido.

Hubo que buscar caballos y seleccionar a un grupo de ciudadanos de confianza para acompañar hasta Windsor a una delegación de estos visitantes extranjeros, informar al rey de su presencia, buscar su protección y recibir permiso para quedarse en Inglaterra mientras se reparaban los daños sufridos por los barcos.

CAPÍTULO 26

Convocaron a Juana para que se presentara ante el rey a mediados de febrero. Felipe llevaba varios días en Windsor y había mentido sobre la salud de su esposa; aseguró a todo el mundo que se encontraba demasiado enferma para viajar, mientras él, cómo no, disfrutaba de su papel de rey de Castilla.

El pequeño séquito de Juana entró en el patio del castillo de Windsor. Lord Mountjoy, su anfitrión desde hacía una semana, la ayudó a descabalgarse, le besó la mano y se hizo a un lado. María pasó revista rápidamente a su señora: estaba preparada.

El rey, su familia y Felipe empezaron a reunirse en los peldaños. Enrique les había permitido que salieran a recibir a Juana. Los ojos de Juana se iluminaron, pues había reconocido en el acto al caballero que, años atrás, interpretó el papel de «representante del rey» en la ciudad de Portsmouth. Seguía siendo el mismo, ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado, de ojos oscuros; sin embargo, parecía cansado y mayor. Tenía las sienes hundidas, los labios parecían más finos y los ojos habían perdido su brillo y tendían a entrecerrarse, por culpa de la miopía. Enrique le tendió una mano huesuda a la vez que le ofrecía una sonrisa de cordial bienvenida; una sonrisa de placer por volver a verla.

—Os agradezco, mi señor rey, el honor de ser llamada a vuestra presencia —dijo Juana, saludando con una profunda reverencia y besando la mano tendida.

Enrique besó a continuación las manos de Juana, un gesto de respeto acostumbrado entre monarcas.

—El honor es enteramente mío. Reina Juana, vuestra gracia y vuestra belleza adornan nuestra casa.

—Han pasado diez años desde la última vez que me elogiasteis. Entonces y ahora, vuestras palabras son música para mis oídos —contestó Juana, asombrada de su atrevimiento. Y se disculpó enseguida, atribuyéndolo a la emoción del momento.

—¿Y os encontráis plenamente restablecida? Estaba preocupado por vos. — Enrique, sin duda, sabía que Felipe había dado orden de que la retuvieran en alguna parte, lejos de Windsor; por eso la había convocado.

—Si la mala salud era el motivo de mi ausencia, entonces debo admitir que estoy plenamente recuperada.

Cruzaron una sonrisa.

—Ahora tenéis que conocer a mi familia.

Le presentaron al príncipe Enrique, un joven apuesto y elegante, vestido de escarlata. Era alto, mucho más que su padre, a pesar de que solo tenía catorce años. Aquel era el príncipe de Gales, el futuro esposo de su hermana Catalina.

A su lado se encontraba su hermana, la princesa María, de diez años, y a continuación... Juana sintió que le daba un vuelco el corazón cuando Enrique le

presentó a Catalina, princesa de Gales. Catalina, la hermana a la que había dejado con doce años, era ahora una mujer de veintiuno y tenía un nombre inglés: Catherine.

Se abrazaron y se miraron entre lágrimas de felicidad: vestidas de negro y cogidas de la mano, evocaron por un momento tiempos más felices, anteriores a las tragedias, el rigor de la justicia y los malos tratos.

El último de todos era Felipe. Juana lo saludó con una escueta reverencia. Él se inclinó, disimulando el malestar que le provocaba su presencia.

La tarde siguiente, a última hora, Felipe la empujó por una puerta lateral y la llevó a una sala, con las paredes de piedra y roble oscuro, cubiertas de escudos y estandartes.

Enrique reaccionó con sorpresa cuando le anunciaron su llegada.

—¿Debe quedar en secreto esta reunión? —preguntó.

—Probablemente. Al menos en lo que concierne a ciertos consejeros flamencos, yo lo sugeriría —contestó Juana—. Pero es una historia demasiado larga de contar.

Enrique la acompañó hasta una mesa grande, repleta de documentos. El nombre de Juana se había incorporado a diversos acuerdos, redactados y firmados por Felipe y el rey de Inglaterra cuando ella se encontraba «indispuesta» en la residencia de lord Mountjoy. Mientras escribía: «Yo, la reina», Juana fue consciente de la crispación de Felipe por la insistencia de Enrique para que ella añadiera su firma.

Estos papeles no tenían demasiada importancia para Juana. Los dos primeros eran tratados matrimoniales: se ofrecía a su hijo Carlos como esposo de María, hija de Enrique (el contrato con la princesa Claudia de Francia se había rescindido); y a Margarita, hermana de Felipe y viuda recientemente, como esposa del rey Enrique. Era sabido por todos que este tipo de tratados normalmente acababan por romperse, tarde o temprano —el de Carlos era un buen ejemplo—, y estos sin duda correrían la misma suerte. Los demás eran principalmente acuerdos comerciales, sin ningún interés para Juana aparte del agravio que constituían para Felipe. Había, sin embargo, un documento que, por no requerir su firma, le causó un placer especial. Felipe entregaba al rey de Inglaterra a un pretendiente al trono inglés, un miembro de la casa de York a quien *madame la Grande* por lo visto había protegido y patrocinado durante años, y que no había abandonado Flandes tras la muerte de su protectora. Esto iba a ser un duro golpe para Juan Manuel, después de aquella conversación tan seria que había tenido con Felipe a bordo del Juliana.

Esa noche se celebró un magnífico banquete en el gran salón. El verde y el blanco de la casa Tudor rivalizaban en esplendor con los tapices y las telas de las paredes. La vajilla de oro y plata refulgía en los blanquísimos manteles de damasco con que se cubrieron las largas mesas, dispuestas en tres lados de la estancia. El centenar de invitados, con sus túnicas de distintos colores, contribuían a la suntuosidad del festejo. La fanfarria de los juglares, instalados en la galería, resonaba en todos los rincones.

El rey Enrique llevó a Juana del brazo y saboreó el momento. Era la primera vez, desde la muerte de su esposa, que tenía la oportunidad de escoltar a una dama, y tan encantadora además. Juana estaba emocionada, en parte de orgullo al ver reconocida su posición, en parte por el puro placer de estar en compañía de Enrique.

A lo largo del banquete se le concedió el honor de dar su aprobación a cada uno de los platos según los presentaban ceremoniosamente, antes de dejarlos en las tablas de servir: empanadillas de pollo, venado en salsa de naranja, cerdo asado con vino especiado y gigantescos pasteles de carne cubiertos de hojaldre, con forma de animales o pájaros. Las delicias iban llegando, algunas a hombros, mientras cambiaban los manteles entre plato y plato. Finalmente sirvieron los postres: pastelitos, fruta, dulces de almendra, caramelos de piñón y mazapán, modelados como castillos, leones o águilas. El mejor de todos resultó ser uno que se parecía a Juliana, su galeón.

Juana aplaudió de contento y, ya había empezado a dar las gracias a Enrique, cuando la voz de su esposo se alzó sobre la música y las demás conversaciones. Estaba ofreciendo un formidable relato de su heroísmo frente al terrible temporal marítimo. Su oyente, el joven príncipe, lo miraba boquiabierto, con los ojos agrandados, lleno de sobrecogimiento y admiración.

Enrique posó una mano en la de Juana y le susurró:

—Reconozco que es un relato sumamente interesante, ese del Juliana. Me gusta cómo mejora cada vez que lo cuenta.

A continuación hubo un baile, pero Juana rechazó todas las peticiones y prefirió mirar. Esto llevó a Enrique a preguntarle si tal vez seguía indispuesta. Ella dijo que, a veces, la abrumaban el ruido y el bullicio de las grandes reuniones, pero que estaba encantada observando a los demás.

Señaló lo bien que bailaban juntas Catalina y María.

—Cierto —respondió Enrique—, y aún no habéis visto a María bailar con su hermano. Hacen una pareja exquisita.

María le pidió a su hermano que la acompañara en el siguiente baile, y Catalina se acercó a Felipe para invitarlo a ser su pareja.

Él la miró con una expresión glacial.

—Lo que tenéis delante, señora, es un simple marinero —contestó—. ¿Qué os hace pensar que un humilde marino sabría algo de danza? —Y con esto se alejó, dejando a Catalina sola y avergonzada.

Enrique, que también había presenciado el desaire, le dijo a Juana:

—Id con Catalina.

Juana y Catalina por fin estaban juntas.

—Fíjate, parecemos dos cuervos tristes entre alegres pájaros cantores.

—Tú al menos has elegido el negro; yo lo llevo porque es el color más práctico. Es mi único vestido bueno, y me ha costado varios brazaletes. El rey Enrique ha dejado de darme mi asignación, ¿sabes? Antes me daba cien coronas a la semana,

pero ahora no tengo nada. He tenido que vender la vajilla de plata para pagar a mi pequeño séquito.

Juana suspiró y movió la cabeza con pesar.

—Y eso que Enrique es muy generoso. Conozco muchos ejemplos de su generosidad. Incluso le dio dinero al hermano Tomás cuando hizo el viaje a Flandes.

—Desde que murió Arturo no soy nadie. Enrique y nuestro padre discuten continuamente, porque no se ha pagado mi dote. Y ahora, nuestro padre nunca responde a mis cartas.

—Lo primero que haré cuando llegue a España será hablar con él, para te envíen de inmediato el dinero pendiente; te lo prometo. Y, si se retrasara por alguna razón, me ocuparé personalmente de ayudarte. ¡Ay, Catalina, cuánto han cambiado las cosas desde aquella tarde, en las habitaciones de nuestra madre, cuando tu idea del mundo adulto era todo «belleza»!

—Te estaré eternamente agradecida. Pero háblame de tu vida. Supongo que sabes que se han dicho cosas muy desagradables de ti.

—Nada de lo que me cuentes podría sorprenderme. Esas historias no solo son desagradables sino que son falsas. La dificultad para mis enemigos es que soy una superviviente. Reconozco que a veces necesito recurrir a estrategias mal vistas. Generalmente empleo la resistencia pasiva, pero digamos que en alguna ocasión he tenido que enfrentarme activamente.

—Lo que más sorprendió fueron los rumores sobre el baño.

—Es cierto que me negué a bañarme, como parte de mi campaña, pero...

—No, por Dios, lo que disgustaba a los ingleses es la frecuencia con la que te bañabas. Es posible que no lo sepas, pero en este país el baño está muy desaconsejado. Dicen que debilita el organismo.

Se rieron a carcajadas de esta absurda creencia. Enrique las miró. Su atención se detuvo en la expresión radiante de Juana, y con ello aumentó su enfado: Felipe y sus partidarios mentían; sobre todo Juan Manuel. Juana no estaba medio loca, como se empeñaban en repetir.

Juana seguía riéndose, recordando momentos pasados.

—Puede que no te acuerdes, porque eras muy pequeña, de una vez que mamá se negó a cambiarse la camisa antes de que hubieran derrotado a los moros en Granada. ¡A lo mejor fue el olor lo que les hizo rendirse!

Catalina se echó a reír, hasta que Felipe vino a interrumpirlas.

—Parece que tenéis mucho de lo que hablar y reír.

—Pues sí —contestó Juana—. Te invitaría a acompañarnos, pero antes deberías educar tus modales. En realidad deberías quitarte esa cinta de terciopelo azul que llevas en la pierna, hasta que aprendas a tratar a una dama. Si el rey Enrique hubiera caído en la cuenta de que un «humilde marinero» es capaz de demostrar mucho más respeto que tú, es posible que se lo hubiera pensado dos veces antes de nombrarte Caballero de la Orden de la Jarretera. Mi hermana está esperando una disculpa.

CAPÍTULO 27

Catalina y Juana se quedaron unos días más en Windsor, hasta una luminosa mañana de sábado en la que se marcharon, cada una por su lado. Catalina a Richmount; Juana a la residencia de lord Arundel, para estar cerca de la flota, reunida en el cercano puerto de Falmouth.

Era abril, y Juana seguía esperando la llegada de Felipe para continuar el viaje. Estaba impaciente por reunirse con su padre y con su gente. Pero antes se proponía decirle a Felipe que no estaba dispuesta a seguir tolerando ciertas cosas. Se prometió no levantar la voz, para no perder la razón. Se mostraría digna y razonable. Llevaba un mes esperando el enfrentamiento y no quería estropearlo por culpa de los nervios.

A media tarde oyó los caballos.

Juana y María parecían enfrascadas en la lectura. Juana dejó el libro abierto encima de las rodillas. Quería al menos dar una imagen de compostura, aunque estaba inquieta. Cuando Felipe entrase por la puerta, quejándose y despotricando, tal como ella esperaba, lo recibiría con aire sereno y sabría sortear la ira hasta que le tocase el turno de hablar.

Tal como había previsto, Felipe llegó echando chispas, seguido de sus amigos, que parecían tan enfadados como él.

—Bueno, esta vez tu padre ha conseguido desbaratar de verdad todos los planes. Al final se ha casado con la sobrina del rey de Francia. Su posición en Castilla es muy penosa. Ya no le quedan muchos amigos, de eso no cabe duda. Y está muy equivocado si cree que Luis y él tienen algo que hacer. Si intentaran algún movimiento, cuento con dos mil soldados bien entrenados, además de expertos consejeros...

—Felipe, no vamos a hablar de cosas que sabemos únicamente por terceros o que podrían ser meras especulaciones. Prefiero esperar hasta que hayamos podido evaluar la situación personalmente.

—¡Dios mío! —se burló él. Y le dijo a Juan Manuel—: ¿Has oído la voz de la sabiduría?

—Un prodigio de inteligencia y diplomacia como nunca se ha visto, mi señor...

Juana no hizo caso de los insultos y, sin alterarse, los interrumpió:

—Me niego a seguir escuchando. Pero quería hablar de otros asuntos de importancia más inmediata que debemos tomar muy en serio. Estos amigos tuyos, y eso os incluye a vos, don Juan Manuel, tenían razón al presionarte para que cumplieras tus promesas de títulos y cofres de oro. Su inquietud estaba justificada. No voy a permitir que la riqueza de Castilla continúe pasando a sus manos. También te advierto que esos planes de encerrarme... —seguía hablando con tranquilidad— ... Sí, los conozco bien. Mi gente no lo tolerará. No hay nadie, fuera de tu círculo más íntimo, que crea una sola de tus palabras, y quien se atreva a repetir semejante

traición recibirá el castigo que merece.

Cerró el libro, lo dejó en la mesita que tenía al lado, apoyó las palmas de las manos en los brazos de la butaca, y prosiguió en tono mesurado:

—También quiero que sepas que no me acercaré a la flota hasta que esas furcias flamencas hayan regresado a Flandes. Ha sido un gesto muy feo de tu parte, mi señor, conspirar para tenderme una trampa. Di por sentado, y es obvio que me equivocaba, que las expulsaron antes de zarpar de Flandes, pero resulta que te limitaste a buscar acomodo para ellas en otros barcos. ¿Cómo va a confiar mi pueblo en un soberano extranjero que ha demostrado su indignidad con repetidas falsedades? Os verán, señor, como un estafador y un embustero. —Tenía la barbilla echada hacia delante, la cabeza alta, los ojos encendidos de indignación, cuando se levantó y se acercó a su ofensivo esposo.

Felipe no estaba preparado para el enfrentamiento. Se suponía que él era el acusador, no el acusado. Estuvo a punto de gritar y golpearla, pero se contuvo. Ordenó a todo el mundo que saliera.

—Esto exige nuestra atención inmediata —insistió Juan Manuel, blandiendo un papel grande.

—Y es mi intención atenderlo. Paciencia, Manuel. Vete.

El documento quedó sobre una mesa. Era un pagaré de doscientas mil coronas de oro, prestadas por Enrique para cubrir los gastos de su estancia en Inglaterra, las reparaciones de los barcos y la paga de los soldados de Felipe. Requería la firma de Juana, como reina de Castilla. No se les permitiría salir del país hasta que estuviera firmado.

Se acercó a Juana, con una voz que sabía cautivadora.

—Lee esta nota que me ha enviado el príncipe Enrique. Mientras tú hechizabas al viejo, yo impresionaba al joven. Mira aquí, donde dice: «No dejéis de informarme cuando hayáis recobrado la salud, cosa que deseo de todo corazón...». Y aquí: «... Ruego a Dios que os conceda, altísimo, excelentísimo y poderosísimo príncipe, una vida larga y feliz... Vuestro humilde primo...». Ojalá mi Juana fuera igual de cariñosa conmigo. No he recibido ni una palabra tuya mientras estaba enfermo. —Apretó la mejilla contra la de Juana—. Sé que te he desatendido, queridísima mía. Puede que incluso haya sido algo desagradable contigo, cariño. Pero estos últimos tiempos han sido difíciles para mí, Juana. He tenido muchas preocupaciones. Enrique es un negociador muy astuto. Me ha hecho esperar hasta que le hemos entregado a Suffolk, ese aspirante al trono, después de que desembarcara sano y salvo, como si no confiara en mi palabra. Creo que esa ha sido la causa de mi enfermedad. También me dieron el mal consejo de que actuara como un hombre duro, como un hombre de hierro. Enrique estaba en lo cierto: debería haberte tratado con más consideración. He sido un idiota, pero voy a resarcirte, mi vida.

Juana se apartó de él y volvió a su butaca, para no dejarse engañar por aquella voz que aún seguía amando.

—Me has ofendido, me has tratado con suma descortesía en Windsor. Me has tenido un mes aquí, esperando. Me mentiste sobre esas mujeres.

Felipe la acercó a él.

—Tienes razón, y sé que no soy digno de ti, amor mío. Pero he tenido tiempo de pensar y he comprendido que estoy completamente equivocado. ¿Eres capaz de perdonarme? Te lo ruego. He pasado demasiado tiempo sin ti. ¿Permitirás a tu príncipe...? —murmuró, derramando las palabras en los oídos de Juana acompañadas de besos alrededor de su boca, al tiempo que le desabrochaba el corpiño y desataba el lazo del cuello de la camisa.

Le acarició un pecho, deslizando la mano despacio, por debajo de la seda suave. Le abarcó la boca con sus sensuales labios.

El cuerpo de Juana se estremeció y despertó, rebosante de deseo.

CAPÍTULO 28

El sol del junio castellano inundaba el patio interior del castillo, tiñendo con un resplandor dorado los muros y el pozo de piedra situado en el centro. El calor indicaba que la mañana iba a ser indolente y lánguida. Juana estaba paseando bajo el pórtico, disfrutando de su sombra y de la embriagadora fragancia del jazmín.

Unas voces masculinas pusieron fin a la paz y el silencio. Unas palabras oídas solo a medias la hicieron esconderse entre las sombras, detrás de una maraña de hojas verdes, cubiertas de diminutas flores blancas, que caía desde un balcón como una cascada.

Podría haberse quedado a saludarlos, porque los conocía de sobra, eran sus «guardianes»; o podría haber entrado, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Se apretó cuanto pudo contra la pared y se ocultó entre las ramas enredadas y rebosantes de hojas.

Benavente, el dueño del castillo, dio una palmada en la espalda de su amigo y se echó a reír.

—Un despliegue impresionante, ¿eh, Villena? —Se apoyó contra la piedra del pórtico.

—¿Eso te ha parecido?

—¿Qué si no? ¿Todos esos lanceros alemanes? ¿Decenas de nuestros hombres con armadura de cuerpo entero? Más de doscientos en total. Eso acabará con los planes de Fernando para rescatar a su hija.

Villena tenía sus dudas.

—Puede que solo sea otra historia de Juan Manuel.

—Da lo mismo —continuó Benavente—, éramos un par de cientos, una espléndida exhibición de poder para recibir a Fernando, vestido de negro, acompañado por un puñado de partidarios ¡y a lomos de una mula! —Dio otra palmada en la espalda de su amigo, con más fuerza que la primera vez, antes de secarse las lágrimas de risa.

—Fernando está empezando a presentarse como un pacificador —gruñó Villena—, y Felipe a parecer un joven extranjero, con un ejército extranjero que ha venido a invadirnos. Los apoyos son cada vez más escasos. Y, por cierto, todavía no he visto un solo ducado de los miles que Felipe me prometió por sumarme a él. ¿Tú?

—Nada. Confiamos en que sea coronado. Aunque me mortifica la prisa que se ha dado para recompensar a sus amigos flamencos.

—Dios santo, me asquea tener que aliarme con ellos.

—No tuvimos más remedio que aceptarlo cuando le ofrecimos nuestra lealtad —contestó Benavente, encogiéndose de hombros.

—¿Y qué pasará con ella? —Villena echó a andar para subir a la galería.

—A nadie le importará. ¿Qué ha hecho desde su llegada? No ha hecho nada para

demostrar que sería nuestra reina. Se borraré poco a poco hasta desaparecer, y todo el mundo se olvidará de ella.

Juana se mordió los nudillos con fuerza. Su resistencia pasiva, su encierro, habían favorecido a sus enemigos.

—Esa escena que organizó por las mujeres flamencas, ¡qué vergüenza para todos!

—¡Se puso a despotricar como una loca por las putas de Felipe! ¡Así las llamó ella!

—Y el berrinche que se cogió después porque nadie quería guardar luto por su madre. ¡Por Dios! ¡Ya lo habíamos hecho!

—La verdad es que fue lamentable. Cuesta creer que una mujer adulta pueda hacer pucheros como una niña —añadió Villena—, que se niegue a ver a nadie, a escuchar a nadie, aunque sea a través de una puerta, y se ponga a gritar y a tirar todo.

—Y ahora no la dejan salir a jugar —se rio Benavente.

Juana tuvo ganas de gritar que había muchas más cosas detrás de esas historias; muchísimas más. Pero eso era insignificante en comparación con lo que había ocurrido mientras ella se encerraba y se regodeaba en su sufrimiento. Había permitido que Felipe la rodease de guardias, que Benavente y Villena se convirtieran en sus guardianes para impedir que ningún amigo pudiera acercarse a ella. Estos mismos guardianes, estos Judas que buscaban sus veinte cochinas monedas de plata, aliados con otros traidores, habían acompañado a Felipe para reunirse con su padre y discutir con él a saber qué. ¿Cómo podían discutir nada sin que ella estuviera presente? Confió en haber despertado a tiempo, en que no fuera demasiado tarde. Y decidió actuar de inmediato, con una determinación casi olvidada. Les demostraría a todos que era la reina y no podían ignorarla. Con la cabeza alta y la barbilla echada hacia adelante, salió de su escondite dispuesta a enfrentarse con su esposo.

—Buenos días —dijo a sus guardianes cuando pasó a su lado.

—¿Nos habrá oído? —susurró Villena.

—Ni una palabra, y si nos ha oído tampoco le interesa.

Las puertas de las habitaciones de Felipe se abrieron para ella. Felipe estaba desayunando.

—¡Te has reunido con mi padre! —vociferó Juana, dirigiéndose a la mesa.

—Ciertamente.

—¿Con qué fin?

—Teníamos que llegar a algunos acuerdos.

—Los otros eran suficientes.

—No me convenían.

—No puedes dar ningún paso sin mi consentimiento.

—Te recuerdo que hace poco decidiste que no querías saber nada de estos asuntos

y te encerraste. Ahora es demasiado tarde. Fernando y yo nos hemos arreglado muy bien sin ti. Además, mírate: tu aspecto, tu conducta. No estás capacitada para intervenir en el gobierno de este país, y créeme que nos aseguraremos de que no lo hagas.

Juana se miró. Era la primera vez en días, incluso en semanas, que se había parado siquiera a pensar en la ropa que llevaba. Puede que su vestido estuviera un poco sucio; no se había cepillado el pelo para hacerse la trenza de nuevo, pero seguía recogido con una redecilla de oro y escondido debajo de una capucha negra. Era cierto, también, que no se había lavado, pero todas estas cosas formaban parte de su estrategia. En cuanto a su conducta, no había hecho nada grave, aparte de expresar su rabia con quienes la merecían, en particular su esposo. No había oído una sola crítica sobre el trato que le daba Felipe: sus mentiras, sus pérfidas calumnias, su violencia física y verbal.

Mientras Felipe se levantaba, un sirviente le sacudió las migas de las mangas y otro retiró la silla para dejarla mirando a la pared.

—Ya que tanto te interesa, lee esto. Me ahorrarás el esfuerzo de explicártelo. — Le lanzó un documento por encima de la mesa.

«Se hace saber que la reina Juana queda completamente eximida de participar en las tareas de administración, gobierno o cualquier otra ocupación. Habida cuenta de su enfermedad, su intervención abocaría a estos reinos a su destrucción y pérdida definitiva. En el caso de que, bien por su propia voluntad, bien a instancias de otros, deseara o fuera requerida para participar en el gobierno, nosotros, Felipe y Fernando, no lo consentiremos. Así lo acordamos. Y prometemos defendernos mutuamente de todo aquel que se alíe en contra nuestra... 27 de junio de 1506».

Esto era obra de Juan Manuel. Era él quien tenía la astucia y la maldad necesarias para urdir un vil documento que dejaba a su padre maniatado. ¡Qué osadía!

—Lo has coaccionado y lo has intimidado. Mi padre jamás habría firmado esto por voluntad propia —lo desafió Juana.

—¡Qué inteligente eres, Juana! Sí, Fernando hace lo que yo digo y recibe su dinero: sus rentas, su parte de las riquezas del Nuevo Mundo y todo lo demás. Si se niega, si decide no abandonar Castilla o si da la más mínima señal de enemistad hacia mí, lo perderá todo. Ya he tenido que prevenirlo. Juan Manuel descubrió ciertos planes para «rescatarte». Fernando no volverá a intentarlo y, si tiene un poco de juicio, dejará inmediatamente de difundir el rumor de que te tengo prisionera. Su descargo de responsabilidad de este tratado, en el que manifiesta que firmó bajo coacción, también es nulo. En general estoy muy satisfecho. Ahora voy a celebrarlo con mis amigos. Habrá corridas de toros y banquetes. Me despido de ti.

Felipe se había ido. Juana dudó apenas un instante. Era su única oportunidad: tenía que alcanzar a su padre antes de que hubiera salido de Castilla. Juntos buscarían a quienes simpatizaban con la causa de Juana, y estaba segura de contar con más partidarios de lo que había oído decir en el patio momentos antes. Pero ¿cómo

lograrlo?

—Caballos, Benavente —ordenó—. Llevadme a ver vuestro parque de animales. Si Felipe va a disfrutar de sus diversiones, yo haré lo propio.

CAPÍTULO 29

Juana cabalgaba entre sus dos guardianes y otros doce o más soldados austríacos. Los caballos iban despacio, perezosos por el calor y el polvo, y poco a poco aflojaron el paso, hasta que se detuvieron a la sombra de una arboleda.

—¡Qué día tan bonito! Un hermoso día castellano —dijo Juana, sujetando las riendas de su montura y mirando alrededor, para no perder un solo detalle de las vistas—. Caballeros, he pasado demasiados días privada de estos placeres y encantos. ¡Mirad, ahí, en esa rama! No, tenéis que mirar mucho más arriba, Benavente, y cubríos los ojos del sol si queréis verlo...

Clavó los talones en los flancos del caballo y salió a galope tendido. Una amplia zanja de defensa acechaba por delante, pero Juana arreó al caballo, al grito de: «¡Libertad o muerte!».

Acortó las riendas y, con un imperioso tirón, obligó al animal a saltar el intimidatorio espacio.

—Vamos, podemos conseguirlo.

El caballo lanzó las patas delanteras y voló como un Pegaso alado, con su desesperado jinete, hasta cruzar la zanja. El viento desprendió y sacudió la capucha de Juana, y el pelo escapó libremente de su redecilla de oro. El caballo plantó los cuatro cascos con estruendo en tierra firme, resopló y piafó con orgullo, a la vez que expresaba su satisfacción soltando espuma por la boca.

—¡Qué magnífico animal! Soy libre —gritó Juana, inclinándose sobre el cuello sudoroso del caballo para acariciarlo con gratitud.

Juana volvió la cabeza y vio a sus burlados guardianes confundidos y dispersos. Benavente y Villena le ordenaron que regresara de inmediato.

—Creo que no, caballeros. Vamos, precioso, tenemos que ir lejos.

Salió al galope y pronto llegó a un pueblo, pero tuvo que rodearlo hábilmente cuando vio soldados a caballo. No podía arriesgarse a que la reconocieran. Se encaminó hacia unas granjas, y una vez más se vio obligada a retroceder con la aparición de más soldados a caballo.

—¿Es que solo hay caballería en este país? —le preguntó a su caballo, cambiando nuevamente de rumbo.

Otra vez salieron al galope.

—Dios mío: por favor que haya alguien, alguien.

* * *

—Dios tenga misericordia de nosotros.

Juana se asomó y esperó hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del

cuarto, invadido por el aroma de un guiso de bacalao con guisantes que estaba hirviendo en el fuego y el olor acre de las mantas y el jergón en el que alguien había pasado la noche. Un sencillo arcón de madera, una mesa y un banco de tosca talla componían, con el catre, el mobiliario de la humilde vivienda.

Encorvada junto al fuego se encontraba la dueña de la voz: un bulto de prendas marrones y grises, inmóvil, con un cucharón en la mano, la boca abierta y desdentada, y los ojos sorprendidos, clavados en la intrusa.

—No os alarméis, buena mujer. Solamente necesito descansar un rato.

La figura se enderezó entonces. Era una mujer de mediana edad, tirando a regordeta, con la cara redonda y mofletuda y la boca muy dada a sonreír.

Juana se fijó en los dedos, enrojecidos y callosos, con los que intentó liberar el dobladillo de la falda, enganchado en la cinturilla, para dejarlo caer sobre las enaguas mugrientas.

—Por favor, ¿queréis sentaros, señora? —ofreció la mujer, sin saber qué hacer ni qué decir a la dama que, para empezar, no debería estar allí, y mucho menos sola.

Limpió el banco con las faldas, para que su inesperada visitante pudiera sentarse, y se apartó a continuación para colocarse torpemente la cofia casi blanca, antes de empezar a subirse y bajarse las mangas con inquietud mientras esperaba.

Juana aceptó el asiento con gratitud y se quedó callada, contemplando el hogar, con sus atizadores de hierro y el enorme caldero negro que humeaba alegremente lamido por las llamas.

—¿Os habéis perdido, señora? ¿Tal vez queráis enviar un mensaje? Lo haré con mucho gusto. —Con mucho gusto haría algo, lo que fuese, para dar algún sentido a la aparición de aquella dama en su casa.

—Solo necesito descansar un rato y pensar, gracias.

La campesina miró de reojo a la desconocida y posó la vista en la falda de brocado negro, con su estampado floral, sin atreverse de momento a levantar los ojos.

—¿Puedo ofreceros algo de beber?

—Eso sería muy de agradecer, si no es demasiada molestia. ¿Tenéis agua?

—En el cobertizo. La dejo allí porque hace mucho más fresco. Claro que no está tan fresca como cuando la saco del pozo. Pero solo voy al pozo por las mañanas...

—La del cobertizo será perfecta.

—¿Os traigo un poco entonces?

La mujer se puso un mandil blanco, considerando que era lo que procedía, y saludó con una leve reverencia a la persona sentada en el banco, lamentando su aparición. Seguro que aquella visita no traía nada bueno.

Abrió la puerta apenas unos dedos, pero volvió a cerrarla de golpe y se cayó contra el montón de leña.

—¡Ay, Dios mío! Hay soldados ahí fuera. No hemos hecho daño a nada ni a nadie, de verdad que no. No nos metemos en lo que no nos incumbe; mi marido es un hombre trabajador, un buen cristiano. Va a la panadería a diario mientras yo cuido de

la casa y del patio para él. No faltamos a la iglesia. Somos gente honrada y buena, ayudamos a los amigos y a los vecinos en la época de la siembra y la cosecha. Todos os lo dirán... —Se cubrió los ojos con el delantal para protegerse de la terrible calamidad que había caído sobre ella.

—Por favor, no os asustéis, buena mujer. Los soldados no vienen por vos ni vuestro buen marido. Vienen por mí. Pero podéis tener la seguridad de que no se atreverán a prenderme, porque soy la reina: la reina Juana.

—¡Ay, Dios mío! —El mandil pasó a cubrir la boca—. ¡Soldados en mi puerta y una chiflada delirando en mi mesa! —Se arrodilló y rezó con fervor para que se llevaran de allí a aquella mujer trastornada, sin saber a quién temer más, si a los soldados o a ella, y esperando contra toda esperanza que su marido regresara enseguida. Sin moverse, miró fijamente las vigas del tejado, de las que colgaban manojos de hierbas, y, con las manos todavía unidas en actitud suplicante, murmuró retazos de oraciones que recordaba a medias.

Juana miró a la desgredada mujer. El vestido y las botas, que ya de antemano no estaban demasiado limpios, estaban ahora cubiertos de polvo, restos de ramitas, hierbas secas y manchas de espuma del caballo. Era difícil ver la calidad de la tela o la habilidad con que se había confeccionado. Juana se tocó la cabeza, comprobó que no llevaba la capucha y se palpó los mechones de pelo desprendidos por el viento y enredados con la redcilla que antes le servía de cofia. Se echó a reír.

—No parezco una reina muy convincente, lo admito. Pero os aseguro que lo soy, y os prometo que no os pasará nada.

—Habláis como una señora, eso está claro, y veo que vuestro vestido es de buen paño —contestó la mujer, sin apartar la vista del tejado y atenta ahora al vacilante recorrido de un ratón—. Pero sé que la gente importante de verdad tiene joyas; sortijas y cosas así. Hasta nuestro magistrado lleva cosas de esas.

Juana sonrió.

—Sí, tenéis razón, por supuesto. Es que a mí no me interesa...

Se oyeron pisadas enérgicas, y las dos miraron a la puerta con expectación.

Felipe entró en la cabaña, pero no se atrevió a dar un paso más. Se llevó primero una poma a la nariz y después un pañuelo.

La mujer del panadero empezó a gimotear y se metió en la boca los nudillos hinchados.

—¡Ay, Dios mío! —¿Quién? ¿Qué iba a pasar? Brocados púrpura, una cadena de oro con el cordero colgado en el pecho, cadenas de oro en el sombrero y el manto, y anillos en las manos enguantadas. No era real.

—Es Felipe, el rey consorte —anunció Juana a la mujer, como si fuera un embajador extranjero.

Felipe no hizo caso.

—Esperad fuera —ordenó a la temblorosa mujer, que seguía arrodillada y boquiabierta a sus pies.

—Ay, Dios, me envían a morir —sollozó la mujer, y se acercó a la puerta tambaleándose, convencida de lo peor.

Felipe desató su cólera.

—Lo has hecho muy bien, Juana. Ha cundido la noticia de tu «huida». Has avivado las emociones de los muchos que ya empezaban a sumarse a tu causa, aunque nadie sepa cuál es. Y me has dejado en muy mal lugar. Esto me pone en un dilema sobre mi siguiente paso. Tendré que ser más cauto.

—El paso siguiente es mío, mi señor, no tuyo —replicó ella, razonablemente segura de que estaba a salvo, siempre que se alejara de los muros de cualquier castillo—. Volverás al castillo de Benavente y dispondrás todo lo necesario para nuestro viaje a Valladolid. Esperaré tu regreso, y entonces podremos hacer el viaje juntos. —Su voz sonó como si perteneciera a la otra Juana, con una fuerza impresionante.

—¿Valladolid? ¿Valladolid? —Un cálido barniz cubrió el semblante y la voz de Felipe—. ¿Me engañan mis oídos o por fin has comprendido que ha llegado la hora de que juremos como rey y reina ante las Cortes de Valladolid? —Se cuidó de no mostrar demasiado júbilo. Si era eso lo que Juana se proponía, en cuanto hubieran prestado juramento haría valer el documento redactado por Fernando que declaraba su incapacidad mental. Y con eso diría adiós a Juana.

—Puede que prestemos juramento, pero aún tenemos que esperar. —No quiso recordarle que, de celebrarse esta ceremonia, tenía que ser en Toledo—. Allí estaré cerca de mis amigos, a los que tanto he echado de menos.

CAPÍTULO 30

—Ay, señora, no sé si hay tiempo suficiente para prepararos —resopló la anciana doncella, haciendo una breve reverencia y dándose en el amplio pecho mientras se acercaba a Juana precipitadamente. Alisó las faldas y las mangas del vestido negro, le colocó la capucha negra y por último el velo, negro y tupido, que le ocultaba el rostro.

—¿Prepararme para qué, Marta?

—Para tantas visitas importantes como están llegando a todas horas de todas partes.

Visitas: esta palabra levantó una oleada de alarma. ¿Quiénes podían ser esas visitas? ¿Qué estaba tramando Felipe? ¿Guardaba alguna relación con su retiro a estas habitaciones? Juana no había visto otra alternativa. El viaje a Valladolid se había interrumpido: Felipe se negó a seguir adelante sin dar explicaciones, sordo a su insistencia en que continuaran. Seguían tratándola poco menos que como a una prisionera, y no había tenido más remedio que retirarse a este refugio. Y ahora esto.

—¿Qué visitas son, Marta? —preguntó, sin querer.

—Ninguna por la que debáis preocuparos. Pero debéis saber algunas cosas antes de que lleguen.

Desde que enviaron a María a Flandes (como parte de los planes de Felipe de aislar a su esposa de cualquiera que pudiera brindarle algún apoyo), Juana dependía por completo de esta criada anciana y bondadosa. Marta había sido una excelente lavandera y aprendía muy deprisa el arte de vestir a su señora; también se había convertido en su única fuente de información.

—Entonces, date prisa.

—Veréis, el rey Fernando escribió al rey Felipe para decirle que, si quería tomar alguna medida contra vos, tendría que hacerlo solo.

—Felipe ha decidido encerrarme para siempre. Sabía que podía confiar en mi padre, que no me abandonaría. ¡Ojalá pudiera enviarle un mensaje! ¿Cuánto tiempo me queda? Pero ¿hay algo más?

—Ay, señora, si me dejerais terminar. No quiero que os alteréis. Si me dejáis que acabe de explicaros lo que os quiero decir, veréis que no hay motivo para preocuparse. Lo que viene ahora es una falta de respeto.

—Dilo.

—El rey Felipe pretende que se os declare loca...

—Eso no es nada nuevo: lo está intentando desde que murió mi madre.

—Pero quiere hacerlo ahora; hoy, si puede. Ay, señora, quiere que las Cortes firmen un edicto, que declaren que estáis loca y lo proclamen rey. Pero no temáis —se apresuró a añadir—, porque los procuradores no quieren intervenir, y sin ellos no hay nada que hacer. Cisneros y Juan Manuel han intentado todo tipo de sobornos y

amenazas para convencerlos, sin ninguna fortuna. Aunque debéis saber que los grandes de España son harina de otro costal. Algunos se amontonan para firmar en cuanto huelen el dinero.

—¿Pero no son muchos?

—No, ni mucho menos, gracias a Dios. De todos modos, Juan Manuel ha convocado al portavoz de los procuradores para que os interrogue hoy, según sus propias palabras, y dé cuenta a los demás, que estarán esperando abajo. Cree que cuando este caballero os vea aquí, sola, se convencerá de que... De que estáis...

—Comprendo, Marta. Veo que Felipe no puede esperar a que hayamos llegado a Valladolid. Su impaciencia lo llevará a cometer un error. Me encuentro mejor que estos últimos días. ¿Es Padilla quien va a interrogarme?

—Eso es, señora. Y ¿qué os parece esta excelente noticia? Vuestro tío, el almirante, también vendrá.

—Excelente. Él me ayudará, estoy segura. Me siento todavía mejor.

—La verdad es que el rey Felipe está muy disgustado, porque el almirante ha insistido en veros antes de que los nobles se reúnan para discutir este asunto tan desgraciado.

Llamaron a la puerta imperiosamente.

—Tenías razón, Marta. Apenas nos quedaba tiempo.

—Confío en que todo salga bien para vos, mi señora —susurró Marta mientras se santiguaba. Y acto seguido, para mayor precaución, invocó a la suerte cruzando los dedos.

Tres caballeros entraron y saludaron con una reverencia: Cisneros, Juan Manuel y Padilla. Padilla se estremeció unos momentos al ver a Juana, que parecía un espectro negro y encogido en una silla.

—Bienvenido, Padilla. —La voz llegó desde detrás del velo que ocultaba por completo el rostro de Juana—. Es una alegría ver a alguien de la ciudad en que nací. He oído decir que protegéis su orgullo con fervor, que os negáis a permitir que Burgos usurpe su posición y rango como primera ciudad de nuestro país.

Padilla se quedó atónito. Lo había reconocido y estaba al corriente de estas últimas luchas intestinas. El procurador miró con recelo a los otros dos. Le habían dicho que era incapaz de demostrar ninguna comprensión de nada, mucho menos de asuntos políticos, y prefería aislarse del mundo. Aquella joven dama, su reina, sentada en la penumbra y vestida de negro, escondida por un denso velo y sin más compañía que una criada marchita y fea, no era la mujer trastornada que le habían descrito. Sin embargo, algo le había ocurrido. ¿Por qué vivía de aquel modo?

—Alteza, vengo a traeros los buenos deseos y todo el respeto de Toledo, que, como decís, continúa conservando su rango. Y también los buenos deseos y el respeto de todas las ciudades de Castilla.

—Mi más profundo agradecimiento por estas noticias tan alentadoras. Ya empezaba a creer que nunca volvería a ver a amigos fieles ni a tener noticias de ellos.

—Alteza, somos vuestros leales súbditos, eso que nadie lo ponga en duda. Sin embargo, nos preocupa que nos neguéis vuestra presencia.

¿Cómo contestar a eso, sin que se malinterpretaran sus palabras? Apretó el pañuelo con fuerza.

—La razón, amigo mío es la siguiente. Quería guardar luto por mi madre; quería reunirme con mi padre. Tenía que hacer eso primero, pero no se me ha permitido. Después me prohibieron el contacto con cualquiera de mis amigos. —Se inclinó hacia él y susurró—: Y ha habido demasiadas conspiraciones contra mí. Me han tenido prisionera y me han amenazado con cosas peores. Comprended que me cueste confiar en alguien. Solo me siento segura en mi propia compañía y la de mi sirvienta, Marta. —Su voz se animó entonces—: Es una inmensa alegría estar cerca de un amigo y que se me permita hablar con vos.

—En ese caso, os ruego humildemente que recibáis a los súbditos fieles que han venido a saludaros. —Padilla se arrodilló delante de ella, incapaz de dar crédito a lo que Juana acababa de decir; era inconcebible.

Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa para Juana, era un desafío de enorme magnitud. Empezó a impacientarse, a observar a Padilla con recelo, sin confiar ya en él, sin entender la causa de tanta premura. ¿Corría peligro? ¿De verdad podía tener la certeza de que Padilla no estaba a sueldo de Felipe y esto no era una trampa?

Negó con la cabeza.

—No. Mis enemigos están ahí fuera y quieren destruirme. No, me quedaré aquí, donde estoy a salvo, con el recuerdo de mi familia por compañía. Ojalá mi padre estuviera conmigo. ¿Qué voy hacer ahora que lo han alejado de mí, sola y desprotegida, en las garras de Felipe y sus pérfidos partidarios? Felipe, ay, Felipe, no me merezco esto. —Se miró las manos, posadas en el regazo, y empezó a cantar:

Sufro tu desfavor
mas no me quejo
y aun así te amaré
por más que me desdeñes.
Sufro tu desfavor
mas no me quejo
y aun así...

—Señora. Alteza. —Padilla estaba desesperado por liberarla de aquella canción, después de que Juana la cantase por cuarta o quinta vez, mientras acariciaba un objeto imaginario que tenía en su regazo.

Juan Manuel cogió a Padilla del brazo.

—¿Habéis visto suficiente? ¿Estáis satisfecho? Ya veis que está loca de remate. Padilla se volvió con furia y se soltó del brazo de Juan Manuel.

—Concedo que mi reina no está bien. Pero algo está pasando aquí. Alguien o algo es la causa de todo. Algunos deberían avergonzarse, don Juan Manuel, y algún día tendrán que rendir cuentas. Esta no es manera de tratar a la reina de Castilla. ¡Dios! Ojalá estuviera ciego, ojalá mis ojos no hubieran presenciado esto; ojalá sordo, para no haber oído... Tened la certeza de que, sea cual sea la enfermedad que padezca mi señora, Castilla le guardará lealtad. No nos convenceréis de lo contrario. Es nuestra reina. Señores, buenos días. Tengo que hablar con mis compañeros. Hay que hacer algo.

Se inclinó ante Juana y abandonó la estancia, acompañado por aquellas inquietantes palabras de lamento y la imagen imborrable de una trágica prisionera.

Cisneros esperó a que se hubiera retirado antes de hablar.

—Entonces, don Juan Manuel, las ciudades están en contra nuestra. Una contrariedad por ahora, aunque no insuperable. El siguiente obstáculo es don Fadrique. Creo que puedo ganarlo para nuestra causa. Se ha aliado con Fernando por puro sentimentalismo, nada más.

—Soy muy reacio a permitir esa entrevista con el almirante, como ya sabéis —replicó Juan Manuel—. Se niega a firmar hasta haber comprobado con sus propios ojos que está loca. Rezo para que ella ofrezca esta perfecta exhibición de locura también en presencia de don Fadrique.

—Vuestra actitud es ofensiva, don Juan Manuel. Mostrad mayor respeto por la reina Juana. Mi única preocupación, y esa debería ser también la vuestra, es Castilla. Necesitamos designar a la persona más idónea para gobernar nuestro país. Ambos coincidimos en que esa persona no es Fernando, ya que su prioridad es Aragón, por eso tiene que ser Felipe. Sin embargo, debemos abordar el delicado asunto de Juana con suma cautela, de lo contrario podemos empujar a Castilla a una guerra civil.

—Una guerra civil no me asusta, arzobispo. Será mejor que terminemos con esto cuanto antes y pongamos el poder en manos de... —se paró en seco.

Llegaron el almirante de Castilla, el condestable y el obispo de Málaga.

—Alteza.

Juana levantó la mirada, llena de alegría. ¡Tres de sus viejos amigos, por fin habían venido! Apenas podía creerlo. Se levantó el velo y se acercó a don Fadrique casi corriendo.

—Tío, tío, empezaba a pensar que este día no llegaría nunca.

Él le besó las manos. Juana cogió las suyas y no quería soltarlas.

—Queridísima Juana, mi Juanita. ¡Qué pálida estás! —Le apenó ver las profundas ojeras que oscurecían sus ojos, en otro tiempo llenos de vida; el gesto triste que componía su encantadora boca.

—No pasa nada, tío. Nunca tengo buen aspecto cuando estoy encinta. ¿Cuántas veces se ha rumoreado que estaba tísica cuando solamente estaba embarazada? Puedes estar seguro de que me encuentro bien.

El almirante dirigió una lenta mirada alrededor.

—Juana, esta habitación no es digna de ti; aún menos cuando tu estado es tan delicado. ¿Por qué las paredes tapizadas de negro? ¿Por qué no hay tapices? ¿Ni oro ni plata? ¿Por qué no hay damas que te atiendan? Y tú, mi querida Juana, ¿por qué vistes de negro y ocultas tu preciosa cara con ese velo y esa capucha?

—Estoy de luto.

—El luto por nuestra difunta reina ya ha terminado. Es el momento de mirar al futuro.

—Querido tío, hay mucho por lo que llorar. Lloro por mis seres queridos, pero también por mí, por el sufrimiento y el dolor que se me ha causado. —Apretó las manos de don Fadrique mientras ordenaba a Juan Manuel y a Cisneros que se apartaran, para tener un poco de intimidad en la conversación con sus visitas—. Condestable Bernardino, no hemos vuelto a vernos desde vuestra boda, en Toledo, hace dos años. ¿Cómo está mi hermanastra?

—Sois muy gentil al recordarlo. Mi esposa se encuentra bien, gracias.

—Y, mi señor, obispo de Málaga, también vos sois bienvenido. Creo que voy a tener que darme un pellizco para convencerme de que esto no es un sueño. ¿Estoy despierta? ¿Sois reales?

—Somos todos reales.

—Entonces dime, tío, pues he oído que has estado con mi padre. ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien? Felipe lo echó de aquí sin permitirme siquiera verlo.

—Se encuentra bien y pronto zarpará a Nápoles. —Don Fadrique quería impedir a toda costa las lágrimas que empezaban a asomar en los ojos de Juana.

—En ese caso, tengo que escribirle de inmediato. Ven conmigo. Mientras escribo, tú me lo contarás todo: de qué hablasteis, cómo os habéis reconciliado.

Don Fadrique se echó a reír.

—Parece que no hay mucho que contar, porque ya lo sabes todo. Alguien te tiene bien informada.

—Así es, tío. Ella es quien me informa —susurró, señalando con la cabeza a Marta, que estaba en un rincón.

Juana terminó la carta, la espolvoreó con arena y se la entregó al obispo.

—Será mejor que la escondáis hasta que hayáis salido de palacio. Aseguraos luego de que mi padre la recibe antes de su partida.

Se acercó rápidamente al condestable y, en voz demasiado alta, le preguntó:

—¿Cómo habéis encontrado vuestro nuevo hogar en Burgos, vuestra esposa y vos? ¿Es de vuestro agrado? —Los pasos de Felipe anunciaron su llegada, y Juana se había alarmado de que pudiera descubrir la carta.

Juan Manuel y Cisneros, que se habían retirado a la puerta, cruzaron unas palabras con Felipe. El rey fue derecho a la mesa.

—Una pluma y arena derramada. ¿Otra vez escribiendo cartas, Juana? ¿Quién es el portador de tus noticias en esta ocasión? Tiene que ser el obispo. Dadme esa carta, buen hombre. ¿No? En ese caso tendré que buscarla.

Juana aguantó con la cabeza alta, horrorizada, mientras Felipe humillaba al obispo, registrándolo por debajo de los hábitos. Por fin anunció:

—Aquí la tenemos, escondida en su nidito caliente. Creyendo que ahí estaría a salvo, que ahí nunca llegarían otras manos más que las del obispo. ¿Te lo puedes creer, Juan Manuel? El obispo lleva una carta en los calzones. ¡Cuánta imaginación para un obispo español! Me sorprendéis. —Y abandonó el sarcasmo para ordenar—: ¡Fuera de aquí! Desde este momento se os prohíbe la entrada a esta corte.

Leyó la carta.

—Otra nota de una amante hija a su querido padre. ¡Qué enternecedor! —La rompió y tiró los pedazos al aire.

Juana empezó a sollozar. El almirante estaba echando humo.

—Y bien, almirante, a la vista de la estupidez de nuestra reina, tal como ha quedado patente al escribir al enemigo, Fernando, ¿no estáis de acuerdo en que es demasiado peligroso que intervenga en el gobierno de este país? ¿No sería más conveniente para todo el mundo dejarla al margen?

—No, sire —contestó el almirante, dominando su ira—. La reina Juana se encuentra bien de salud y está al corriente de todo. Acabamos de tener una conversación sumamente interesante, de la que solo puedo concluir que habéis tratado a mi señora con grave injusticia al permitir la propagación de falsedades. Y, ¡válgame Dios!, una carta de devoción filial difícilmente merece semejante censura. Sí, soy de la opinión de que debe prestar juramento como reina de Castilla, con vos como consorte. Incluso iría aún más lejos y os sugeriría que aconsejéis a vuestros partidarios que se olviden de cualquier intento de negarle a Juana sus derechos; correrían el grave riesgo de sublevar a muchos de mis compatriotas. —Se arrodilló delante de Juana—. Reina Juana de Castilla, los miembros de las Cortes están aquí y os esperan. Señora, ¿habéis oído?

La voz de don Fadrique era la única que podía persuadir a Juana, a pesar de sus muchos recelos. Era la voz de un hombre que nunca la había traicionado y jamás la traicionaría.

—Felipe, la decisión está tomada. Debemos prestar juramento. Tío, puedes comunicar a las Cortes que es mi intención prestar juramento como reina, con Felipe como mi rey consorte. Ahora, si tenéis la bondad de retiraros, voy a prepararme.

CAPÍTULO 31

Juana entró en la antecámara armada de determinación. No estaba dispuesta a dejarse intimidar por nadie: la otra Juana la acompañaba y le infundía valor para luchar por lo que era justo y legítimamente suyo, como había dicho su hermano en aquella ocasión.

Aunque decidió vestir de negro, escogió un vestido de terciopelo y raso, con broches de alhajas y prendedores en el corpiño y en las mangas, recogidas en los codos y los puños. Y, como se trataba de una ocasión sumamente especial, quiso lucir el collar que había heredado de su madre, con su cadena de flechas de oro exquisitamente labradas. Se puso el manto de brocado negro con ribete de armiño y se cubrió con la capucha, adornada con una delicada orla de flores bordadas con hilo de oro. Mientras se acercaba a Felipe, se sentía cómoda y satisfecha de su aspecto, además de confiada.

Felipe, que había llegado antes que ella, estaba espléndido. Juana se deleitó en los detalles que adornaban a su apuesto esposo: jubón y medias escarlata, y túnica del mismo color, con amplio cuello de armiño, forrada de tela de oro. Siguió con la mirada la cadena del Toisón de Oro, que reposaba en los hombros de Felipe, entre el pelaje blanco de la túnica, y cruzaba el pecho fuerte y tan familiar para Juana. La corona ducal tocaba el pelo largo y dorado de Felipe, el mismo que ella había acariciado tantas veces y había sentido deslizarse como la seda entre sus dedos.

Y aun así te amaré,
por más que me desdeñes.

La canción volvió a perseguirla por un instante.

Cuatro trompetas rescataron a Juana al anunciar su llegada. Las puertas de la cámara de la audiencia se abrieron. Los primeros en entrar fueron los heraldos de armas, con sus tabardos blasonados: el de Toledo, con corona de oro sobre campo azul; el de Sevilla, con san Fernando entronizado sobre campo negro; el de Córdoba, con cuatro barras rojas sobre campo de oro; el de Murcia, con seis coronas de oro sobre campo rojo; el de Granada, con granada verde y semillas rojas sobre campo blanco. Juana y Felipe siguieron a sus respectivos estandartes cuartelados de Castilla y León: el castillo dorado, con sus tres torres almenadas sobre campo rojo; y el león rampante rojo, con su corona de oro sobre campo blanco. El de Juana iba adornado con una faja de flechas de oro, el de Felipe con la faja del Toisón de Oro, y los dos rematados por una corona y el águila de san Juan.

Los miembros de las Cortes se inclinaban a su paso. Juana miró a los nobles, algunos, muchos de ellos, posiblemente aliados de Felipe. Otros estaban de su parte,

aunque en su mayoría como un acto de desafío a Felipe y los odiados flamencos; de momento bastaba con eso, mientras ganaba tiempo para persuadir a otros. Contaba, sin embargo, con el respaldo de todos los representantes de la ciudad.

Recordaba una escena muy similar del pasado lejano: una asamblea de nobles y sacerdotes, además de su madre y su padre, y ella aterrorizada. Pero había pasado mucho tiempo desde aquel día, y esta vez no tenía miedo; al menos esperaba fervientemente no tenerlo.

Subió los escalones de la tribuna y se dirigió a los presentes sin preámbulos.

—Honorables señores, ¿me conocéis y reconocéis como doña Juana?

—Sí, alteza —contestaron, desconcertados.

—¿Aceptáis que soy la hija legítima de su serenísima majestad Isabel la Católica?

—Lo aceptamos, alteza —afirmaron todos, sin comprender aún.

Juana se estremeció; ya casi había llegado al final.

—Entonces, ¿por qué estáis aquí, en lugar de esperarme en Toledo? —Y prosiguió con voz firme—: Todos sabéis que Toledo es la única ciudad donde puedo prestar juramento como soberana. Es en Toledo donde se juran formalmente todas nuestras leyes y la propia constitución del reino. Debiera daros vergüenza, señores, haber venido aquí.

Había concluido. Felicitándose, bajó de la tribuna, cruzó la cámara y se despidió de la asamblea.

Felipe le susurró a Cisneros:

—Esto es el colmo. Estoy harto de esta mujer. Pero os garantizo que encontraré el modo de prestar juramento y encerrarla.

—Sire, deseo tanto como vos veros coronado lo antes posible —respondió Cisneros, preocupado, porque los aplazamientos ya empezaban a favorecer a Fernando, pero también molesto por la flagrante crueldad de Felipe—. Deprisa, pedid a Juan Manuel que formule esas preguntas.

El duque instó a su cómplice, que se adelantó y pidió silencio a la asamblea.

—Caballeros, un momento, por favor.

Todas las miradas se volvieron primero a Juan Manuel y luego a Juana.

—Con vuestro permiso, señora. ¿Tendríais la gentileza de responder tres preguntas?

Juana miró a este despreciable enemigo sin dejarse intimidar.

—Una: ¿tenéis el propósito de gobernar este país y estáis dispuesta a compartir el gobierno con vuestro esposo, el rey Felipe? Dos: ¿tenéis el propósito de vestir como es debido y dejaros acompañar por vuestras damas? Tres: ¿tenéis el propósito de comportaros como corresponde a vuestra posición y poner fin a vuestro aislamiento?

Con la cabeza alta, Juana regresó al trono. Contaba con haber dispuesto de más tiempo; con no revelar sus verdaderas intenciones hasta verse en Toledo, pero había llegado el momento y tenía que hablar.

—Señores, al parecer debo recordar a algunas de sus señorías que es

completamente inaceptable que Castilla esté gobernada por extranjeros. Leed el testamento de la reina Isabel, su cláusula vigésimo quinta. ¡Qué vergüenza que lo hayáis olvidado!

Los nobles, boquiabiertos, intercambiaron murmullos de sorpresa e incredulidad.

—Sin embargo —continuó Juana, haciéndolos callar—, quizá sus señorías desconozcan que en Flandes se considera impropio de una esposa preceder a su esposo, y yo jamás deshonraría a mi esposo de esa manera. Aun cuando era la voluntad de mi madre que yo reinara, con Felipe como rey consorte, eso sería inaceptable para las costumbres de Flandes. Tal vez ahora se hagan cargo sus señorías de mi dilema. Comprenderán por tanto que, en estas circunstancias, es con mucho preferible que mi padre continúe reinando hasta que mi hijo Carlos tenga edad suficiente para asumir las responsabilidades del trono. Es la única manera de salir de este deplorable *impasse*.

Una mezcla de murmullos de conformidad y discrepancia llenaron la cámara.

De nuevo, Juana los acalló.

—Caballeros, en respuesta a la segunda pregunta de Juan Manuel, que considero sumamente ofensiva por tratarse de un asunto personal, sepan que es mi propósito abandonar el luto cuando llegue el momento oportuno. No obstante, me niego a contar con damas en mi corte. Todos conocemos a mi esposo y sus costumbres, y es mi intención irrenunciable ahorrarme la humillación de tener cerca a alguna de sus amantes. Creo, asimismo, que me conviene distanciarme de quienes me niegan el respeto y el honor. Con esto verán sus señorías que he respondido a la tercera pregunta, sobre mi conducta y mi deseo de soledad. Deben respetar mis deseos hasta que se celebre la ceremonia en Toledo.

Don Fadrique tuvo que refrenarse para no aplaudir, y en vez de eso susurró al oído de don Bernardino:

—Sí, todavía sabe estar a la altura de la ocasión. ¡Dios la bendiga! Es una infamia cómo la ha destrozado ese canalla. ¿Qué habrá que hacer para ayudarla a recuperarse plenamente?

Padilla murmuró a los que tenía más cerca:

—Si alguien tenía alguna duda, ahora se habrá convencido de que nuestra reina está en su sano juicio.

Felipe estaba furibundo y se llevó a Cisneros aparte.

—¿Puede empeorar la situación todavía más? Ha sido una estupidez convocar aquí a las Cortes. ¿Qué hago ahora?

—Tranquilizaos, sire. —Cisneros empezaba a perder la paciencia con el petulante Felipe—. Hay que reconocer que su alteza ha ofrecido una excelente actuación, pero los dos sabemos por experiencia que eso no durará. Se impone un cambio de táctica. Os sugiero que sigáis mi consejo y no el de don Juan Manuel. Demostrad que os reconciliáis con vuestra esposa. Empezad desde este mismo instante, cambiando esa cara agria; escoltad a la reina desde esta cámara y mostradle afecto y devoción. —

Con esto aplacó la decepción de Felipe—. Confiad en mí: será un método mucho más rápido y sencillo para conseguir la corona.

CAPÍTULO 32

*H*abían transcurrido varias semanas desde que la engañaron en aquella ceremonia de juramento. Estaba furiosa consigo misma por haber tenido la inconcebible ingenuidad de creer las muestras de afecto de su «amante» esposo. Las semanas que siguieron las pasó recluida y vigilada por la guardia. Dos días antes la habían llevado a Burgos. Felipe y Juana se alojaban en la Casa del Cordón, residencia de la hermanastra de Juana. Otra vez había dado muestras de su ingenuidad suponiendo que su hermana estaría allí y trabaría amistad con ella, pero Felipe la había «invitado a marcharse» a su casa de campo.

Las mañanas de septiembre pueden llegar a ser muy frías en Burgos, y Juana y Marta se habían envuelto en capas forradas de piel para dar un paseo por la galería superior. Abajo, en el patio, empezaban a congregarse hombres y caballos. El trasiego de los cascos de los caballos y la cordialidad de las voces, las bromas y las risas hicieron que Juana se asomara al balcón.

Alguien se fijó en ella y le gritó:

—¿Por qué no volvéis con la otra bruja? Es la compañía perfecta para vos.

—Una cosa es segura —dijo otro, con una risotada—. ¡No se cansarán de hablar la una con la otra!

—¡A lo mejor la muy idiota quiere volver a montar en mula!

Y a esto todos rompieron a reír. Se burlaban de ella, sin el menor respeto.

—¡Ay, Dios, a los extremos que es capaz de llegar la muy estúpida! Nadie en sus cabales habría hecho lo que hizo ella. Pasó la noche en el campo montada en una mula —gritó otro. Lo estaban pasando en grande.

—Deberías decir dos mulas: la bestia de cuatro patas y la loca empecinada. Sin olvidar a esa arpía que nunca se separa de ella.

—Y venga a dar vueltas y más vueltas, con esa bruja gruñona renqueando detrás. ¡Qué estampa!

—Todo un espectáculo para los aldeanos —dijo otro, dirigiendo la voz a la arcada donde habían visto a Juana por última vez. Allí seguía, semiescondida detrás de un pilar, incapaz de retirarse.

—Os tomaron por un bufón itinerante que había venido a entretenerlos, señora. Encendieron hogueras y antorchas para no perderse ni un instante. Os vitorearon y abuchearon a los soldados para que no se acercaran: una comedia en toda regla.

Marta cogió a Juana del brazo.

—Vamos, señora. No os preocupéis por esa chusma. Son un hatajo de ignorantes. Me dan ganas de asomarme al balcón y decirles que todo fue idea mía, y muy inteligente, por cierto.

—¡Qué razón tienes, Marta! —dijo Juana, sin apartar la vista de la escena del patio—. De no haber sido por ti los soldados me habrían encerrado en esa fortaleza, y

allí simplemente habría desaparecido para el mundo entero. Doy gracias a Dios de que seas mis ojos y mis oídos.

—Y cortamos en seco su juegucito, ¿verdad, señora? Nosotras y los aldeanos. Todo el mundo interpretó muy bien su papel. Le aseguro que ninguno de esos podrá con nosotras. ¡Tenedlo siempre en cuenta, señora!

Los vítores y las chanzas se debilitaron a medida que los hombres fueron perdiendo el interés, y su conversación pasó entonces a lo impacientes que estaban por comenzar la cacería, en la que podrían someter a su voluntad a otros seres indefensos.

Una última ofensa llegó a los oídos de Juana.

—De todos modos, es cuestión de tiempo que Felipe se deshaga de ella. Dice que solo espera el nacimiento de este último hijo, y después podrá decir: «Adiós, lunática».

Juana tembló y se agarró a María, que la sujetó con fuerza.

—No hagáis ni caso de lo que dicen. Ya sabía yo que no debíamos quedarnos aquí, escuchando sandeces. Venid.

—Todavía no, quiero ver a Felipe. Tengo que verlo.

Marta volvió los ojos al cielo y movió la cabeza con desesperación.

—¡Santo Dios! —exclamó. Castilla se desmoronaba, diezmada por la hambruna y la peste; centenares de personas famélicas se arrastraban de ciudad en ciudad; las arcas reales estaban vacías, el país en bancarrota. Y Juana no solo era incapaz de hacer nada por su patria arrasada, sino que, a pesar de que vivía amenazada por aquel hombre cruel, que ya le había causado tanto dolor y sufrimiento, no pensaba en nada más que en verlo, aunque fuese un momento.

El eco de las voces que saludaban a su señor hizo que Juana regresara a la balaustrada. Sí, allí estaba Felipe, un magnífico y joven rey, un Dios, montado en su caballo blanco. Los colores que había elegido aquel día declaraban que era sin duda el hombre más apuesto de la tierra. El casquete púrpura llevaba una corona de oro bordada en el ala levantada. El manto de terciopelo verde, con sus dos borlas de seda posadas en el pecho, lucía un amplio ribete bordado en oro. El jubón dorado asomaba por encima del cuello y entre las mangas acuchilladas de la chaqueta púrpura, forrada de piel. Se ciñó el manto alrededor de los hombros. ¡Cómo anhelaba Juana estrechar esas hermosas manos, de dedos largos y esbeltos! Alguien le ofreció una poma de oro para ahuyentar los malos olores y la peste, que, al parecer, no estaba demasiado lejos de Burgos.

—¿Adónde vamos, Manuel? —preguntó, mientras tranquilizaba a su impaciente caballo, que no paraba de moverse.

—Primero, de caza; luego, a almorzar, a mi castillo y... —Manuel levantó la vista y vio a Juana—: ¿Cómo podéis soportar que ande merodeando por el palacio? Parece la Muerte, que viene a invitaros a sumaros a la danza.

—Muy sencillo. No le presto atención.

Felipe miró entonces hacia la galería, apenas un instante, y Juana sintió un dolor tan profundo, de amor y deseo, que estuvo a punto de gritar, de suplicar. Sus miradas se cruzaron, pero él no dijo nada, no sonrió y tampoco dio muestras de reconocimiento.

CAPÍTULO 33

—**F**uera de mi vista. —Juana tuvo que agarrarse a los brazos de la butaca para aguantar las ganas de abofetear al insolente edecán de Felipe—. Si mi esposo necesita dinero desesperadamente, le sugiero que se lo pida a su amigo y consejero, Juan Manuel. Seguro que él tiene más que suficiente.

—Como esposa obediente no podéis negaros.

—¡Fuera!

—Habrá consecuencias cuando regrese mi señor.

—Sin duda. Ahora, por favor, marchaos.

Marta estaba ardiendo de indignación.

—¡Qué desvergüenza, pediros dinero prestado! ¡A qué estado han llegado las cosas para no pagar a los criados!

—Eso no es de mi incumbencia. Sigamos hablando de mi tío.

—A pesar de las amenazas, no cederá ni un ápice, y tampoco Alba y sus partidarios. Más de cien de los nobles ya están de su parte. Ha dicho que Felipe no necesitaba confiscar sus tierras, porque estaba dispuesto a entregáros las, únicamente a vos; y le ha advertido a Juan Manuel que cuenta con un ejército suficiente para defenderse, de él o de cualquiera que se atreva a intentarlo.

—Mi tío es digno de confianza, siempre podré contar con él. Pero todo esto es muy preocupante. La hambruna y la peste bien podrían ser la menor de las complicaciones de Castilla.

Se anunció la llegada del doctor Marliano, el médico personal de Felipe.

Juana no pudo resistirse a exclamar.

—¡Otro que viene con la bolsa vacía!

—Nada de eso. Vengo por cortesía, para deciros que mi señor se ha resfriado, y me ha parecido lo mejor traerlo de casa de Juan Manuel y acostarlo en su propia cama.

—¿Cuándo enfermó?

—La mañana del jueves. El miércoles, como quizá recordéis, salió de caza con sus amigos. Después disfrutaron de un buen almuerzo y luego mi señor desafió a un guardia español a una larga y difícil partida de pelota. Al día siguiente, Felipe no se encontraba bien. Le dije que no debería haber bebido tanta agua después del juego, porque el agua aquí está muy fría, y tampoco hizo bien en quedarse sentado con la ropa sudada.

—No, habría sido mejor que se fuera a retozar con alguna de esas estupendas muchachas que, según me han contado, le ofrecieron para su entretenimiento nocturno.

—Continuaré. Siguió dos días empeñado en actuar como de costumbre, antes de reconocer definitivamente que no se encontraba bien.

Juana casi había llegado a la puerta, sin dar tiempo a que el médico terminase.

—Tengo que ir a verlo.

—No es necesario. Mi señor pronto estará recuperado. Le he administrado buglosa para purgar los humores de los pulmones, emplastos de raíz de malva para el dolor en el costado y esencia de perla azucarada para la fiebre. Enseguida se encontrará mejor.

—Iré a verlo de todos modos. Ven conmigo, Marta. —Se desprendió del velo y de su letargo mientras cruzaba la galería con paso rápido, camino de las habitaciones de Felipe, apartando a los cortesanos que merodeaban alrededor de su puerta.

Miró al enfermo, pálido e indefenso, debajo de una colcha escarlata que lucía su escudo de armas.

—Siempre igual, amor mío. Caes enfermo cuando estás abrumado por las preocupaciones.

Felipe intentó decir algo, pero solo acertó a emitir un susurro ronco, a la vez que se llevaba una mano a la garganta.

El doctor Marliano se inclinó sobre el paciente.

—Yanguas, el médico de Cisneros, ha venido a espiar, y me he negado a permitirle que os viera.

Juana estaba furiosa.

—¡Qué disparate! ¡Dos cabezas piensan mejor que una! Que pase.

Felipe asintió débilmente, para dar su consentimiento.

Entrecerrando los ojos con reproche, el joven médico italiano se asomó por encima del hombro de Yanguas, mientras este procedía a examinar a su señor.

Por fin, después de mucho tirarse de la barba y fruncir las cejas, Yanguas ofreció sus recomendaciones:

—Lo que hace falta es lo siguiente. Tomen nota: un emplasto de salvado mezclado con leche y manteca de cerdo para el costado; membrillo y azúcar para la garganta inflamada, o, a ser posible, portulaca con miel, y que empiecen a darle vinagre para detener la diarrea, cuanto antes mejor.

El doctor Marliano no ocultó su desprecio.

—¿Qué prácticas de curandero estoy oyendo? No lo consentiré. O sois un ignorante o actuáis con mala intención. Mi señor Felipe, quiero que este hombre se vaya de aquí.

Yanguas no esperó un momento más.

—Me marcho —dijo—. De ningún modo voy a quedarme aquí, para oír como se me insulta. El arzobispo Cisneros, a quien he atendido desde hace años, ha tenido la magnanimidad de ofrecer la sabiduría de mis muchos años de experiencia, y no le agrada esta afrenta. Curanderismo, desde luego. ¡Debéis saber, joven inexperto, quienquiera que seáis, que yo ya era un médico famoso cuando vos aún llevabais pañales!

—Se acabó la discusión —dijo Juana, interponiéndose entre ellos y separándolos

con las manos—. Marta, papel y pluma, inmediatamente. Haré que venga el médico de mi hijo Fernando.

* * *

—Llevo demasiado tiempo sentada —dijo Juana, entumecida, alejándose de la butaca y pasándose los dedos por la espalda mientras paseaba por la estancia. Era la primera vez que se movía un poco desde la noche anterior. Una figura con túnica y gorro negros, que estaba sentada a una mesa, en un rincón de la cámara, levantó un instante los ojos del libro que estaba leyendo y reanudó su estudio casi en el acto.

Juana volvió junto al lecho de Felipe.

—Por fin estás mejorando —dijo, pasando un dedo delicadamente por los labios, los pómulos, los párpados que tantas veces había besado y acariciado, con unas ganas inmensas de hacerlo en ese momento, como una madre que consuela a su hijo—. Sí, desde ayer, cuando vino el doctor Parra, y tengo que decir que solo entonces he notado un gran cambio.

Inmediatamente antes de la llegada del doctor Parra todos estaban muy alarmados. Felipe había escupido sangre al toser y tenía el cuerpo cubierto por una violenta erupción de manchas rojas y oscuras. Después empezó a delirar.

—Pero eso ya ha pasado. Sí, mi amor, estás en las diestras manos del médico de nuestro hijo Fernando, un hombre que, además de toda la sabiduría de Hipócrates y Galeno, trae consigo sus años de experiencia en la Universidad de Salamanca.

Juana miró al anciano, de túnica negra, encorvado sobre un montón de libros, y dio gracias a Dios por el cambio que aquel hombre había obrado. Después de aplicarle unos emplastes de linaza y alholva, mezclados con grasa de pato y ganso, los humores de los pulmones de Felipe se habían diluido finalmente. Las sanguijuelas, que deberían haber empleado desde el principio, habían eliminado el exceso de sangre. Los nuevos remedios, a base de llantén y miel con orégano, también estaban ayudando y tenían mejor sabor que los otros. Juana lo sabía, porque había probado todos los medicamentos antes de dárselos a Felipe. Tenía que asegurarse de que no le desagradaban.

—Y hoy por fin has podido dormir. Ya no tienes fiebre. Te pondrás bien.

Cogió un paño limpio y lo humedeció con agua de lavanda fresca, para sustituirlo por el que Felipe tenía en la frente. Felipe parpadeó como si fuese a abrir los ojos, movió los labios como si fuese a hablar.

—¡Chsss! No te conviene fatigarte. Estoy aquí. Me quedaré contigo hasta que estés bien. Toma un poco de esto, te aliviará la garganta —dijo, mientras le administraba una cucharada de cierto elixir.

—¿Otra vez duermes? Muy bien. Seguiré aquí cuando te despiertes.

Una voz malhumorada reprendió a Juana desde el otro lado de la estancia.

—Señora, os ruego que no sigáis tomando esos preparados. Son para un enfermo,

no para una mujer encinta. Temo por vuestra seguridad y la de vuestro hijo. —Los ojos del médico la amonestaron por encima de sus lentes mientras se acercaba al enfermo.

Comenzó a examinarlo minuciosamente, empezando por el pulso en las sienes y la muñeca. A continuación le abrió la camisa para observar con detalle el pecho, el abdomen y las axilas. Hecho esto se volvió a Juana.

—¿Podéis acompañarme, señora?

Juana lo siguió, curiosa e impaciente por saber qué nueva información iba a ofrecerle, qué nueva recomendación podía estar a punto de hacer. Daría su consentimiento a todo, vistos los milagros que había logrado en solo dos días.

—Es hora de llamar al confesor del rey —dijo.

No podía ser. Debía tratarse de un tremendo error. Seguramente no había entendido bien. Se había quedado dormida, en algún momento de su larga vigilia, y esto era un sueño desagradable.

—No, no, debéis de equivocaros, doctor Parra. Ha dejado de temblar... Sudó mucho... Esas son buenas señales... La fiebre ha desaparecido... El peligro ha pasado... Mire, está durmiendo tranquilamente. Todo indica una recuperación completa. —Consiguió articular estas palabras, a pesar de que se ahogaba de pánico—. ¿No lo dijo usted mismo?

—Lo dije, y normalmente es así, pero lamento decirle que el rey está cayendo en un sueño profundo. Me temo que es un sueño en el que uno se adentra cada vez más y que conduce inevitablemente a...

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Me niego a oír nada más! —Se tapó los oídos con las manos, lloró, negándose a aceptar la situación, y volvió corriendo a su puesto, junto a la cama del enfermo. Pidió a Felipe que se recuperara, le pidió que demostrase que el médico estaba equivocado. Tenía que estarlo. Ella curaría a Felipe, si nadie más lo conseguía.

El doctor Parra hizo un gesto al caballero que se encontraba a su derecha y le dijo al oído que avisara al confesor y, de regreso, informase a los miembros de la casa de Felipe de que la salud de su señor se estaba deteriorando.

* * *

Ungieron a Felipe con aceite mientras el sacerdote decía sus oraciones.

—Con esta unción sagrada, y con su más tierna misericordia, que el Señor te perdone...

Juana no abandonaba su vigilia. En silencio, seguía instando a Felipe a que se despertara y la mirase, a que se dejara fortalecer por ella y, a pesar del médico, a pesar del cura, se recuperase.

A las siete de la mañana siguiente, el doctor Parra se despidió. No podía hacer nada más.

Poco antes de las dos de la tarde de aquel viernes, 24 de septiembre de 1506, el rey Felipe I de Castilla, archiduque de Austria, moría sin haber despertado.

Pasó algún tiempo hasta que el sacerdote se arrodilló delante de Juana y susurró.

—Mi señora, el rey Felipe está...

Juana lo miró, sobresaltada, y se llevó un dedo a los labios, en señal de advertencia.

—Callad, callad —murmuró—. No hagáis ruido. No podemos hacer ningún ruido. El rey está durmiendo.

Se inclinó sobre la cama para rozar con los labios la frente de Felipe.

—Descansa, cariño, descansa y ponte bien.

Juana siguió tres horas más sin apartarse del lecho. Llevaba días y noches allí, sin descansar, al lado de Felipe, siendo su infatigable compañera, su amante esposa, su enfermera y, a veces, su madre. Ahora, todo esto había terminado, había llegado a su fin.

Marta la cogió, la abrazó y la sacó despacio de la cámara. Juana estaba completamente paralizada. Su Felipe había muerto.

Esa noche, más tarde, el almirante don Fadrique y el condestable don Bernardino, a quienes se había convocado precipitadamente, acompañaron a Juana en el momento de sumarse a los demás para rendir un último homenaje a Felipe.

Unas pocas velas iluminaban el salón de audiencias. A un lado, un grupo de monjes cantaba los salmos y entonaba las oraciones del servicio fúnebre.

Habían engalanado las paredes con los mejores tapices de Felipe e instalado una tribuna al fondo del salón.

Juana se abrió camino hasta el trono apoyada en los dos caballeros, que la sostuvieron cuando hizo su reverencia.

Felipe estaba celebrando su última audiencia, según la antigua costumbre de Francia y Borgoña. En los escalones de la tribuna se encontraban los escudos de Borgoña, Flandes, los Países Bajos y Austria: leones rampantes, águilas y flores de lis, sobre campo negro, plata o azul. Otros escudos, con campos de diversos colores, mostraban el emblema de la cruz de san Andrés y un sílex centelleante: la llama de la fe. El palio que cubría el trono llevaba bordado el escudo de armas de Castilla. El rey de armas de Felipe portaba el estandarte de su señor, en el que se veían un yelmo coronado, la cadena del Toisón de Oro alrededor de un escudo dividido en múltiples cuarteles y una cinta verde que proclamaba en su base su desafiante: *QUI VOUDRA*.

Felipe presidía desde el trono su última audiencia pública. Lo habían vestido para

la ocasión con una chaqueta de terciopelo negro hasta las rodillas, una túnica negra hasta los pies, forrada de armiño y bordada con los escudos de armas de Austria, Borgoña, Castilla y León. Las medias, de color escarlata, apenas asomaban por encima de los zapatos de terciopelo de estilo flamenco. Una cruz de diamantes y rubíes reposaba en su pecho. En el bonete de terciopelo negro lucía un único rubí de gran tamaño.

Juana se acercó a él por última vez. Le besó las manos y luego los labios, susurrando:

—Amor de mi vida.

Bajó de la tribuna, volvió con su tío y abandonó el salón.

Las mejillas de don Fadrique se llenaron de lágrimas de compasión que anidaron en su barba. Era demasiado pronto para que llegase el final, rezó.

Tenía que ser la hora de un nuevo comienzo.

VIUDEZ

CAPÍTULO 34

—¡Quitaos de en medio! ¡Apartaos!

La columna de jinetes que escoltaba a Juana hasta Burgos se había cruzado con tristes y desordenados grupos de campesinos hambrientos que recorrían los caminos en busca de esperanza, en cualquier parte, en ninguna. Caras atónitas y cabezas que pesaban casi demasiado para los cuerpos débiles que se detenían a mirar.

Más adelante se encontraron con grupos de gente que venía de la ciudad, con sus pertenencias cargadas en carretas, que se apartaban antes de continuar su huida de la peste y la posible guerra civil.

La Castilla de Juana estaba sumida en el caos. Había pasado tres meses aislada en la casa de campo de su hermana, donde podía llorar en privado, hasta que encontró fuerzas para desprenderse de la angustia y el dolor y afrontar la difícil situación que atravesaba su querido país. Por fin, tras varios días de intensas deliberaciones con distintos consejeros, Juana regresaba a Burgos para reunirse con las Cortes, convocadas a petición suya.

Pocos minutos después de cruzar las puertas de la ciudad había llegado a la Casa del Cordón, donde dos pares de brazos fuertes la ayudaron a incorporarse de la litera.

Las escaleras que conducían a la galería eran un desafío casi imposible, y tuvo que apoyarse en Marta y en la balaustrada.

—Este hijo va a acabar conmigo —dijo, jadeando.

Esta vez no había en el patio un apuesto Felipe, magníficamente vestido de verde y púrpura para salir de caza con sus fatuos amigos; no había nadie más que unos pocos palafreneros y su pequeña guardia personal. Pero ahora no podía detenerse ni en esto ni en la muerte de Felipe; tendría tiempo suficiente para llorar sus penas. Hoy necesitaba el mejor de los ánimos para no dejarse disuadir por nada ni nadie. No podía permitirse ninguna distracción.

Fue derecha a su habitación de retiro, donde la esperaban unas damas con una jarra de agua caliente, cuencos y toallas.

—Marta, tomaré un pequeño refrigerio antes de reunirme con las Cortes.

Hacía frío en el salón escogido para la audiencia, a pesar de los esfuerzos del fuego y varios braseros. El secretario se levantó al entrar Juana, y ella se lo agradeció con una sonrisa y una señal de que continuara con su trabajo.

—No dejes que te interrumpa, amigo mío, a menos que necesites arrimar las manos al fuego.

—Casi he terminado, mi señora.

La butaca instalada en la tribuna, debajo de un dosel, tenía un aspecto imponente, pensó, y la ayudaría definitivamente en su misión. Se acomodó con torpeza en el

asiento de terciopelo.

Su hermana y doña Ulloa, una dama de compañía recién llegada de la corte del rey Fernando, le arreglaron la capucha y la falda de terciopelo negro.

Marta, que nunca estaba lejos de su señora, dirigió una mirada de horror por la estancia y murmuró:

—Es un pecado, eso es. ¡Un pecado!

Apenas habían pasado unas semanas desde que Felipe se reunió con su corte en el mismo salón, decorado ese día con tapices flamencos y aparadores que gemían por el peso de la vajilla de oro y plata. Hoy no había nada que alegrase la vista o animara el corazón. El aire frío llegaba de todos los rincones de la piedra desnuda y sin adornos, y circulaba libremente entre el trono y el sencillo banco dispuesto para los obispos de las Cortes. Todas las demás piezas del mobiliario habían desaparecido: las habían robado, empeñado o devuelto a Bruselas.

Castilla entera había soportado un saqueo similar. Nada se había hecho para poner freno a estos agravios, pero tampoco se podía culpar a Juana, pues había estado profundamente enferma. Sin embargo, la situación no podía tolerarse ni un momento más. Desde su recuperación, Juana se había mostrado incansable en el empeño de iniciar un proceso para remediar los daños. Su tarea casi había concluido. Tras la reunión de hoy, dejaría los pormenores restantes en manos de otros, y eso incluía a Cisneros.

Se rio para sus adentros, complacida con la idea de que Cisneros tuviese que acatar sus órdenes. Era evidente que él seguía considerándola incapaz y estaba removiendo cielo y tierra para que su padre gobernase Castilla. No obstante, tanto Cisneros como las Cortes estaban a punto de recibir una sorpresa.

Entraron los procuradores, y Juana observó incertidumbre en ciertos rostros, curiosidad en otros, sospecha en algunos, y en todos ellos la sorpresa de que fuese ella quien los había convocado. Y disfrutó el momento, pues estaba al corriente de los rumores sobre su lamentable estado psíquico.

—Bienvenidos, señores procuradores. Procedamos. No tengo intención de malgastar vuestro tiempo y tampoco el mío. Arzobispo Cisneros, ¿seguís rindiendo cuentas a mi padre de cuál es la situación? —Juana sabía que no pasaba un día sin que se enviaran emisarios el uno al otro.

La pregunta indignó al arzobispo, que estaba furioso con Juana por su negativa pertinaz a firmar un edicto para nombrarlo regente en ausencia del rey Fernando. Cisneros lo consideraba un agravio intolerable.

Miró a Juana y se dirigió luego a la asamblea.

—Rindo cuentas al rey Fernando y le ruego continuamente que regrese. Pero una petición de su hija tendría más peso que la mía. ¿No es cierto, caballeros?

Estaba dispuesto a emplear también ese ardid, pensó Juana, y contestó:

—No, no lo creo. Esas cartas las dejo para otros. —A raíz de algunas experiencias muy amargas, había tomado la decisión de no dejarse convencer nunca más para

coger papel y pluma en cuestiones relacionadas con la regencia y, además, tenía unos planes muy distintos—. Pero, por favor, señaladle que estoy impaciente por tenerlo aquí.

Cisneros cambió de tema. Conocía otra manera de arrebatarse a Juana el control de Castilla, y ella lo ayudaría.

—Volvamos sobre el caso de las vacantes eclesiásticas —dijo—. Hay muchas sedes sin obispo. No es prudente dejar tantas ovejas sin su pastor.

—Arzobispo, no sabría cómo considerarlo, porque he pasado mucho tiempo fuera de este país.

—En esto puedo seros útil.

—¿Y si yo quisiera elegir a pastores pobres? Pensad lo grave que eso sería para el rebaño.

El almirante murmuró «¡Válgame Dios!», y se acarició la barba para ocultar lo mucho que se estaba divirtiendo. Padilla dio un codazo a los procuradores que tenía a los lados.

Juana indicó al arzobispo que volviera a sentarse en el banco.

—Estamos divagando —dijo. No iba a consentir nuevos desvíos del orden del día—. El documento, por favor.

Su secretario cogió un enorme pergamino estampado con los sellos reales.

—Este edicto que he redactado hará mucho por Castilla, para que vuelva a ser como era en el pasado: la Castilla de la reina Isabel. —Levantó una mano para acallar los murmullos—. Me corresponde pedir a estos doctores de la ley, a los consejeros en los que la reina Isabel más confiaba, que refrenden lo que aquí se dice. Es un documento largo, pero necesario. En él se establece que ningún cargo, título o nombramiento eclesiástico puede recaer en personas que no hayan nacido y crecido en Castilla. También revoca las concesiones de tierras ordenadas por el rey Felipe. Verán sus señorías que todas ellas se nombran detalladamente. —No pudo resistirse a lanzar una mirada a los peores delincuentes: Benavente, Villena y Juan Manuel—. Todos los fondos deben restituirse de inmediato al Tesoro Real.

Hubo algunos murmullos de protesta y una gran ola de aprobación. Cisneros no se sumó ni a lo uno ni a lo otro: era evidente que Juana tenía la intención de gobernar Castilla; esto le preocupaba y tenía que impedirlo a toda costa. Era vital que el rey Fernando regresara; el país no estaría a salvo en manos de aquella mujer.

—Arzobispo, os encomiendo que mis órdenes se ejecuten con la mayor urgencia.

—En ese caso, ¿puedo sugeriros que os retiréis a algún lugar que no esté afectado por la peste? ¿Arévalo, tal vez?

—Agradezco vuestra preocupación, pero tengo otros planes. —Aunque le contestó con cortesía, por dentro Juana estaba echando chispas. ¿Cómo se atrevía a proponer la ciudad donde su abuela había pasado varios años encerrada en una inhóspita fortaleza?—. Me propongo llevar los restos mortales de Felipe a Granada. Ese era su deseo. Ahora quiero hablar con el nuncio papal, con Ferrer, el embajador

de mi padre, con el arzobispo de Burgos y los obispos de Málaga y Jaén. Los demás pueden retirarse. Estoy segura de que sus señorías respaldarán al arzobispo en todo lo posible.

Don Fadrique tiró de la manga del condestable cuando se retiraron.

—Está mejor que nunca —dijo—. No se dejará engañar por nadie, te lo aseguro. ¡Diantre! ¡Sabe perfectamente lo que muchos sentimos por Cisneros!

Los cirujanos habían preparado el cuerpo de Felipe para el sepelio según la costumbre flamenca. Le quitaron el cerebro, guardaron el corazón en un cofre de oro y lo enviaron a Flandes, donde lo depositarían sobre la tumba de su madre. Quemaron las entrañas y extrajeron la sangre de otras partes del cuerpo, para impedir la descomposición. Hecho esto perfumaron el cadáver, lo cosieron y acostaron en un doble ataúd, el interior de plomo, el otro de madera, y lo llevaron a la catedral, donde iba a oficiarse la misa de *Requiem*. Después lo trasladaron al monasterio cartujo de Miraflores, a solo una legua de allí.

Desde entonces habían corrido numerosos rumores de tramas urdidas para llevarse el cuerpo a Flandes, y Juana había empezado a temer que eso acabara ocurriendo inevitablemente si no actuaba sin tardanza.

—Señores —anunció a los caballeros que se habían quedado con ella—, me propongo salir de inmediato para Granada y llevar a mi querido y difunto esposo a su lugar de descanso definitivo.

—Alteza, permitidme que os aconseje que no es un buen momento para viajar. Estamos en invierno y, en vuestro estado...

—Arzobispo, os agradezco el interés, pero no voy a posponer la partida. Es esencial que cumpla los deseos de Felipe. Además, tengo la intención de establecerme en Granada, entre amigos. Sabéis tan bien como yo que Granada siempre me ha sido fiel. Me quedaré allí hasta que la contienda en Castilla haya terminado.

—En ese caso, tendréis que ir sola —fue la severa respuesta del arzobispo—. No daré mi consentimiento para el traslado del cadáver. El derecho canónico lo prohíbe hasta pasados al menos seis meses.

Juana se dejó llevar por el pánico y pensó en lo peor. Alguien se había llevado ya el cuerpo de Felipe. Y ahora intentaban aplazar el momento en que se descubriera la verdad. Su voz fue una explosión de temor.

—¡Eso no es cierto! Los restos de mi madre se trasladaron de Medina a Granada a los pocos días de su fallecimiento. Tenemos que ir a Miraflores inmediatamente. Y vos me acompañaréis. Hay que abrir el féretro. Necesito asegurarme de que el cuerpo de mi esposo sigue allí. Vos seréis mi testigo.

Hizo ademán de dirigirse a la puerta. Era esencial actuar urgentemente. El obispo de Málaga trató de detenerla con palabras amables.

—No os aflijáis sin necesidad. Nada ha cambiado. Veréis que todo está exactamente igual que el día de Todos los Santos, cuando abrimos el ataúd para vos. Nuestro difunto rey está embalsamado. Tiene el rostro cubierto con el mismo vendaje, empapado en barros y ungüentos. Lo único que se aprecia es una forma.

—¿Queréis decir que no sabré si es Felipe? —gritó Juana—. No nos retrasaremos más. Mi escolta está preparada. He pensado en todo lo esencial para el viaje. Cuento con clérigos, médicos y enfermeras. Un carro con cuatro caballos fuertes está dispuesto para recibir su preciado cargamento. Y, oíd bien lo que os digo: rezo, por vuestro bien, para que no me hayáis engañado; espero que sean los restos del rey Felipe los que siguen en el monasterio, a la espera de hacer su último viaje.

Con un esfuerzo para guardar la calma, se dirigió a las damas.

—Hermana, no sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí. Has sido más que generosa. No te pediré nada más. Doña Ulloa y Marta, vendréis conmigo.

Doña Ulloa estaba exultante, impaciente por contar al rey Fernando que había logrado convertirse en la primera dama de Juana. Todo iba según lo planeado.

CAPÍTULO 35

En una pequeña casa solariega, a pocos días de viaje desde Burgos, Juana y sus tres damas, sentadas en el suelo sobre grandes almohadones, reían y charlaban, volviendo de vez en cuando la atención a su labor de bordado. Los suaves acordes de un laúd competían con los trinos de los pájaros que entraban en la estancia con los rayos del sol del verano.

—*Ze vezzer here*: ella es muy buena.

—«Ella» no —se rio Juana—. El tiempo no es una dama.

—Él es muy bueno —apuntó otra.

—Tampoco es un caballero. En Inglaterra se dice «it». El tiempo es neutro.

—¿Cómo puede ser neutro? ¿Es un animal?

Soltaron en el regazo las agujas y los hilos y estallaron en carcajadas.

Había pasado más de un año, y Juana iba por fin a reunirse con su padre. El encanto del pueblo, con sus viviendas arracimadas en un lugar tan tranquilo, la había tentado a detenerse para descansar unos días.

Sus damas, recién nombradas, aprovechaban la oportunidad para mejorar sus conocimientos de Inglaterra: su idioma y sus gentes. Una reina viuda de solo veintisiete años era una mujer más que casadera, casi tenía la obligación de casarse, por razones de Estado, y Enrique VII no era un esposo inaceptable. Este matrimonio inglés ofrecía a las damas castellanas excelentes perspectivas de casarse con nobles ingleses, y eran muchas las jóvenes bellezas que habían buscado el privilegio de formar parte de la corte de Juana. Allí estaban las afortunadas.

—¿Qué es lo que mejor recordáis?

—Era primavera y hacía más frío que aquí. Había inmensas praderas verdes, de un verde esmeralda maravilloso, con ovejas tan grandes y redondas que podrían bajar rodando por las colinas. Y cisnes: nunca había visto tantos. Y leguas y leguas de bosques profundos y oscuros.

—¡Habládnos de la gente!

—¡Lo que os interesa son los caballeros! En ese caso, os contaré que suelen ser más altos que en Castilla y más robustos; los campesinos desde luego que lo eran. Todo lo contrario de nuestra gente famélica. Le pido a Dios que nos envíe mejores cosechas este año. Los lores ingleses son muy ricos. —Las damas la interrumpieron con suspiros de placer, anhelo y expectación—. Pero eso es porque no tienen que gastar el dinero en guerras y sobornos.

—Y el caballero más apuesto y más rico de todos es el rey Enrique —dijo una de ellas, ávida por saberlo todo sobre este rey legendario.

—Es apuesto, mucho, pero lo mejor de él son sus palabras y sus obras —contestó Juana. Y una vez más contó sus recuerdos de aquellos tiempos pasados junto a Enrique. Su pequeño auditorio no se perdía una sola palabra.

—Volved a leerme una de sus cartas. ¡Son tan románticas!

Juana aceptó del mejor grado, pues también ella las encontraba románticas. Llevaba alrededor de dieciocho meses viuda, y este «cortejo» era un antídoto muy necesario contra la negra y pesada tristeza que a veces la aniquilaba. Escogió una carta, tal vez su favorita, entre otros muchos tesoros similares que guardaba en su joyero.

—Esta dice: «... *De cuando nos conocimos, recuerdo la gracia y la elocuencia con que hablabais, el interés que mostrabais por todo cuanto veáis y vuestro espíritu exquisito y curioso. La elegancia y dignidad de vuestros movimientos. Sois todo lo que un esposo puede desear*». Sí, quizá Enrique es algo mayor. Tiene casi cincuenta años.

—No me parecen tantos para un caballero. Puede que pierda los dientes antes de quedarse sin semilla —se atrevió a decir una de las damas.

—Callad, callad —dijo Juana, tapándose los oídos, pero rio el pícaro comentario con tantas ganas como las demás.

Marta, sentada cerca de la puerta, al otro lado de la habitación, observaba la escena sonriendo, contenta como una gallina rodeada de sus polluelos. Le alegraba el corazón ver a su señora feliz por fin. Juana había pasado tiempos muy duros, meses encerrada en contra de su voluntad, y luego el golpe de la muerte de Felipe. El nacimiento de su hija Catalina también había sido una gran preocupación: el parto fue muy difícil y dejó a Juana gravemente enferma. Todos sus hijos habían llegado al mundo con una facilidad asombrosa, y, precisamente entonces, cuando Juana necesitaba contar con todas sus fuerzas, la situación se complicó en el momento del parto. Los médicos tuvieron que emplear instrumentos aterradores. Y, a todas horas, la peste les iba pisando los talones: atacaba a la gente sin discriminar, sin mostrar respeto alguno. Marta vigiló para que ni desconocidos ni personas enfermas se acercaran jamás a su querida señora. Y no había sido hazaña menor. Había demasiada gente hacinada en aquel pueblo. ¡Qué absurdo era todo! ¿Qué se había apoderado de todo el mundo? Su señora apenas podía respirar, con tantos señores, obispos y soldados. La propia Marta estaba un poco intimidada, pero no quiso decirle nada a Juana. Pensó que su reacción era probablemente desmedida, porque la mayoría de las personas que intervinieron no le gustaba.

Sin embargo, todo esto terminaría pronto. El rey Fernando había vuelto de Nápoles y no tardaría en reunirse con su hija. Discutirían qué hacer con Castilla y con los restos mortales de Felipe, y después Juana podría empezar su nueva vida en Inglaterra.

La puerta se abrió bruscamente y doña Ulloa se acercó a Juana a grandes zancadas. Marta pensó que algunos no sabían entrar como es debido en una habitación y se convenció de que tenía algo que ver con su carácter.

—¡Hay un incendio en la iglesia!

—¡Dios santo! Deprisa, María. —Juana se acercó corriendo a la puerta y buscó la

mano de su fiel servidora.

La iglesia del pueblo se encontraba muy cerca. Esa era una de las ventajas de aquel sitio; la otra era que la mayoría de los señores y sus séquitos, como los soldados, habían tenido que buscar alojamiento en otros lugares, aunque algunos quisieron alojarse en las casas del pueblo, por humildes que fueran, y expulsaron a sus dueños a graneros y setos.

Las llamas rodeaban las ventanas ennegrecidas y bostezantes, y el olor a madera quemada lo inundaba todo. Los lugareños, que habían formado una cadena para pasar los cubos de agua hasta la puerta, impedían el cometido de los soldados que intentaban despejar la entrada para dar paso a los ocho hombres fuertes encargados de sacar el féretro.

El clérigo Ferrer, embajador de Fernando, voceaba instrucciones y trataba de poner orden en el caos. Al ver a Juana, gritó:

—¡Mirad lo que habéis hecho! Os lo advertí, pero nunca escucháis mis consejos.

Juana reaccionó con indignación. Los modales de Ferrer eran intolerables.

—Soy yo quien da las órdenes. Quería cincuenta velas alrededor del catafalco.

—Y yo os recordé que treinta es el número establecido.

—¿Y creéis que ha sido una de las velas restantes la causa del incendio? —No sabía siquiera por qué se molestaba en discutir con él. Los restos de Felipe estaban a salvo, el incendio pronto se habría sofocado y ella pagaría los daños—. Los soldados llevarán el ataúd a mis habitaciones. Prepararemos una sala como capilla.

—La casa en la que os alojáis no es lugar para los restos mortales del rey.

—¿Proponéis que se expulse de su casa a otro lugareño para alojar a un forastero, y esta vez muerto?

—Muchos se escandalizarán por esto —dijo Ferrer, hablando por encima del hombro.

Juana cogió las manos de María y se tragó la rabia rechinando los dientes.

—Es la segunda vez que se atreve a criticarme. ¿Te acuerdas de cuando se empeñó en que ordenara oraciones en todo el país por el pronto regreso de mi padre? Quería hacer público lo inútil que soy sin mi padre a mi lado. ¿Quién se ha creído que es, este subordinado con tantas ínfulas, para darme órdenes?

—No os preocupéis. Pronto os habréis librado de él —la tranquilizó Marta. «Y ojalá que también de Ulloa», pensó.

—Cierto, mi padre no tardará en recuperar a su embajador. En realidad, es el primer punto del plan. El segundo es librarnos de Ulloa. Se la ofreceré a la esposa de mi padre, con mi bendición.

Marta sintió un torrente de alivio en las venas. Estaba harta de las malvadas murmuraciones de Ulloa y sospechaba que, en muchas de sus cartas, contaba vergonzosas mentiras sobre Juana. Mentiras que se alimentaban a sí mismas y

engordaban con distorsiones y rotundas falsedades, como que Juana abría continuamente el féretro de Felipe para besarle los pies. Aunque eran paparruchas, resultaba muy difícil enfrentarse a gente tan taimada. Dio gracias a Dios, porque pronto estarían lejos de todo.

CAPÍTULO 36

La boda con Enrique quedó finalmente en nada: el rey inglés había muerto. Juana estaba cavilando, dando vueltas por el largo salón. En realidad siempre supo que no sería posible. ¿Cómo iba a reinar en Castilla si vivía en Inglaterra? Tendría que haber dejado a su padre como regente, y eso no podía consentirlo, pues no encajaba en sus planes.

Habían transcurrido dos años, los más felices de su vida, y los había pasado con sus hijos. Fernando tenía ya seis años y, la encantadora Catalina, dos. Juana estaba dispuesta a continuar con su vida familiar y dejar la mayor parte de las tareas del gobierno en manos de su padre. Se habían redactado todos los contratos necesarios y únicamente faltaban dos firmas: la suya y la de su padre.

Se habían visto por fin el día anterior, al cabo de seis años, y tras el intercambio formal de genuflexiones y besos en las manos pasaron a abrazarse con cariño, arrodillados, con Juana agarrada a los hombros de su padre, fuertes aún como los de un guerrero valiente. Fernando se quitó el bonete y Juana se retiró el velo de viuda. Completamente abrumada por el encuentro, Juana lloró sin vergüenza. Entre la bruma de las lágrimas, con los dedos temblorosos, reconoció los rasgos duros y atractivos de su querido padre.

La reunión de hoy iba a ser más formal, al menos hasta que hubiesen firmado los documentos; luego se ocuparían de elegir un hogar más idóneo para Juana y su familia. Era una lástima que Maximiliano no le permitiera tener a sus hijos con ella. Una vez más, la odiosa política se interponía en su camino. El emperador estaba determinado a que Carlos siguiera en Flandes.

De repente, Juana rompió a reír.

—Bien, Ulloa, los pocos flamencos que siguen aquí pronto estarán en la corte de Maximiliano, y bien se ve que han sacado buen provecho en su huida de Castilla. ¡Qué estampa tan ridícula la suya, vestidos de pobres frailes franciscanos, con una reata de cuarenta mulas cargadas con las riquezas de su expolio!

—El rey Fernando ha hecho muy bien en librar a Castilla de sus últimos enemigos. Siempre ha puesto su corazón en el bien del reino, y me apena que Dios únicamente lo recompense, a él y a su nueva esposa, con un niño enfermizo que pronto se habrá ido al cielo.

Juana se mordió la lengua para no decirle a Ulloa que su osadía era indignante: no le interesaba su opinión y no le había pedido una conferencia sobre los atributos de su padre.

¡Pero Fernando había llegado! Era poco menos que un milagro tenerlo a su lado. Ferrer y Cisneros, que ya era cardenal gracias a las fructíferas negociaciones de Fernando con el papa, casi tropezaron con su señor, de tan cerca como lo seguían. Era un consuelo inmenso saber que en el futuro nunca tendría que volver a enfrentarse a

ninguno de ellos.

Después de saludar a su padre, lo acompañó a una mesa en la que se habían dispuesto péñolas, tinta, vela y sellos, junto al valioso documento. El secretario de Juana y cuatro doctores de la ley se colocaron detrás de los tronos. Juana tuvo que hacer un esfuerzo para preservar la dignidad, cuando lo único que quería era brincar y bailar de alegría. Estaba a punto de dar el paso más importante de su vida. Ese pergamino iba a determinar su futuro, un futuro libre de incertidumbre, miedo y angustia.

* * *

Todo iba a ser exactamente como antes, en vida de su madre, con un reino y dos monarcas. Su padre, que acumulaba tantos años de experiencia en las tareas diarias del gobierno, discutiría con ella todas las decisiones y buscaría su firma en todos los documentos. Juana sería reina de pleno derecho y su autoridad prevalecería en última instancia. Por otro lado, muchos de sus compatriotas sentían muy poco respeto por Fernando y no se conformarían con menos.

Su padre la cogió de la mano.

—Ahora tenemos que pensar en el lugar más idóneo para que establezcas tu residencia. Tengo en mente la pequeña ciudad de Tordesillas.

—¿Qué te ha hecho pensar en Tordesillas, con su pasado de reinas encarceladas?

Fernando se acarició la punta de la nariz, riendo.

—¡Eso fue hace más de cien años, tontuela!

—Pero está muy lejos.

—En absoluto. Es justo lo que tú prefieres; un castillo pequeño y tranquilo. Y está bien situado, relativamente cerca de Valladolid, donde convocaré a las Cortes y podré visitarte con facilidad. Te concedo que está algo apartado, pero eso por ahora tiene sus ventajas. Sigue habiendo disturbios en algunas ciudades, y estaré tranquilo sabiéndote a salvo mientras me ocupo de los rebeldes en Granada.

Juana cubrió la mano de su padre con la suya, complacida de prestarle servicio. En Granada se aceptaría mucho mejor a su padre como rey reinante si ella estaba a su lado.

—Te acompañaré —dijo—. Allí siempre me han manifestado una lealtad incondicional, y me aceptarán —apenas podía dominar su entusiasmo—. Además, podría llevar a Felipe a su lugar de descanso definitivo.

—Tenemos que organizar una operación militar. Cisneros y yo llegaremos a Granada con un ejército. Es el único lenguaje que entienden los rebeldes.

—Pero eso sería innecesario si yo estuviera presente —le aseguró Juana.

Cisneros la amonestó.

—¿Es que no conocéis el deber filial? ¿Cómo os atrevéis a contradecir a vuestro padre? Una hija debe escuchar, no hablar.

—Puede que hayáis hablado a mi madre de ese modo, pero yo no lo consentiré. Soy la reina de Castilla y estoy discutiendo con el rey asuntos importantes para la seguridad y la prosperidad del reino. Os pido que os abstengáis de interferir.

—¡Refrena esa lengua, hija! ¡Ofendes al cardenal! —le advirtió Fernando.

—Perdona, padre, pero su presencia me ha perseguido durante años como un pájaro de mal agüero, siempre amenazando con castigarme si me atrevía a desoír sus consejos.

—¡Basta, Juana! —Fernando suavizó el tono para añadir—: Tu presencia en Granada es imposible. Por el amor que te tengo, no puedo permitir que sigas poniéndote en evidencia con ese cortejo fúnebre.

—¿Qué quieres decir?

—Me rompe el corazón pensar que has estado abriendo el ataúd para contemplar el cuerpo de Felipe, para besarle los pies...

—¡Mentiras, todo mentiras! —Miró a Cisneros y a Ferrer, y luego a Ulloa. ¿Quién de los tres era la fuente de semejantes injurias y cuál su motivación?

—Y también está ese incidente del convento.

La rabia y el dolor le cortaron la respiración.

—¡Calla! ¡Esto es una infamia! Es obra de una mente perversa. En Burgos insistí en abrir el féretro para comprobar, en presencia de testigos, que no habían robado el cuerpo de Felipe; pero es intolerable que alguien haya insinuado que he vuelto a hacerlo, que haya inventado esas mentiras tan repugnantes y macabras. —Subió la voz en exceso—. El incidente del convento fue muy sencillo. Era un convento de monjas, y quise proteger su inocencia, y posiblemente su virginidad, de la lujuria de los guardias que acompañaban al cortejo. Por eso ordené que todo el mundo se quedara a las puertas, en lugar de alojarse allí, hasta que reanudáramos el viaje. ¡Esa es la verdad del caso!

La otra Juana acudió en su ayuda, y fue consciente de que al explicar sus actos renunciaba a su autoridad y se convertía en una víctima. Una reina no tenía que exponer sus razones sobre nada. Se irguió, adelantó la barbilla y, con voz serena, anunció:

—No se hablará más de esto. También he decidido que es el mejor momento para ofrecer los servicios de doña Ulloa a tu buena esposa, Germaine, y devolverte a tu embajador, el padre Ferrer. Tú lo necesitas más que yo. Ahora, voy a prepararme para el viaje a Granada.

CAPÍTULO 37

Juana irrumpió en sus habitaciones como un vendaval, lanzando una sarta de insultos a doña Ulloa. De haber tenido las manos libres, seguramente le habría arrojado algo a la cara a esa embustera o la habría arañado, pero las tenía ocupadas, tirando frenéticamente de los corchetes del costado del corpiño y los lazos que sujetaban las mangas en los hombros.

—¡Canalla vil, tú lo sabías!

—Yo...

—No te atrevas a abrir la boca —le espetó, apretando los dientes, con las mejillas escaldadas de lágrimas—. Marta, ayúdame. Busca una camisa y un vestido, un manto, una capucha, algo, lo que sea, pero deprisa. Y trae mi joyero.

Marta entró en acción, perpleja y llena de curiosidad, aunque también preocupada, pues no sabía por qué su señora quería vestirse como una reina cuando llevaba meses sin preocuparse lo más mínimo por su aspecto. Si al menos Ulloa no le hubiese prohibido salir de aquella zona, en la parte de atrás del palacio, Marta habría podido enterarse de algo. Mientras buscaba en el arcón solitario, oyó que Juana le pedía a Ulloa un espejo, y tragó saliva.

—¿Pido un poco de agua caliente? Creo que os sentaría bien.

—No hay tiempo para eso, Marta.

Los dedos de Marta consiguieron lo que no habían conseguido los de Juana, y las mugrientas mangas de lana se desprendieron de los hombros, seguidas del corpiño cubierto de manchas. A continuación cayó la camisa, que desprendía un olor repugnante, a sudor rancio. Las faldas de lana sucia y la enagua manchada apestaban todavía más a orina.

Juana se puso un vestido holgado y se quedó mirando el montón de ropa que acababa de quitarse. Momentos antes se había percatado de que aquellas prendas eran vergonzosas, vulgares, completamente impropias de una reina, y eso era muy grave.

—Marta, ¿cuánto tiempo llevo así?

La inquietud de Marta se acrecentó: no tenía ganas de abrir viejas heridas. Había hecho todo lo posible para cuidar y consolar a su señora desde hacía meses, y juntas habían aprendido a plantar cara a la adversidad, pero había fracasado rotundamente en que Juana conservara algo de orgullo y cuidase de su aspecto y su persona. Marta seguía manoseando el vestido de Juana, jugueteando con él.

Juana le arrebató el espejo de las manos a doña Ulloa.

—¡Sal de aquí, espera fuera! ¡Dios mío, no! —La imagen que le devolvió el espejo era la de una capa de mugre y chorretones que cubrían parcialmente la piel estropeada; los ojos parecían enormes, hundidos en la cara demacrada, y el pelo castaño, tan bonito en otro tiempo, el que Zaida lavaba y acondicionaba con aceites perfumados, era un montón de esparto sucio y sin brillo.

—¿Qué me ha pasado, Marta?

—Mi señora, no estáis bien desde hace algún tiempo. Y yo diría que es por culpa de algunos, que han alcanzado demasiada autoridad y no tienen decencia —dirigió las palabras a la puerta, sabiendo que Ulloa estaría escuchando.

—¿Por qué? ¿Cuándo?

Marta empezó a lavar y vestir a Juana.

—Fue cuando el rey Fernando se llevó a vuestro hijo. Pero no hablemos de eso otra vez, porque solo servirá para disgustaros.

—¿Y me lo han devuelto?

—Solo cuando aceptasteis venir a Tordesillas. Entonces lo trajeron. Pero cuando llegamos aquí volvieron a llevárselo; dijeron que no era un sitio apropiado para un príncipe. Fue entonces cuando os pusisteis muy mal.

—¿Sí? ¿Caí enferma? ¿Cuándo fue eso? —Necesitaba poner orden y dar sentido a aquellos días olvidados.

—Hace un año, puede que más, aunque peleasteis de maravilla. Les disteis una buena lección, ya lo creo que sí: os negasteis a salir de vuestra habitación para ir a misa y todo lo demás.

—Pero fracasé.

—Bueno, sí, pero no pudieron evitar que proclamarais a gritos el mal trato que os daba Ferrer. No os permitía hacer nada, ni siquiera visitar la tumba de vuestro esposo en el convento. Se asustaron mucho. Por eso os trajeron aquí, al último rincón del palacio, donde nadie pudiera oíros. —Y Marta había tenido que presenciar con impotencia cómo arrastraban a su señora por los corredores.

—Entonces perdí la batalla.

Marta se echó a llorar mientras completaba su tarea.

—No del todo. Hemos pasado muchos malos momentos. Después perdisteis el interés por todo. Parecía que os habíais dado por vencida. Lo siento mucho.

¿Había pasado más de un año? ¿Qué había hecho en todo ese tiempo? Leer, quizá; tocar su querida vihuela o a veces su clavicordio; bordar; o sentarse, sin hacer nada, absolutamente nada, durante horas y horas. Solo cuando su padre venía a verla, muy de tarde en tarde, Juana tenía alguna noticia de lo que ocurría fuera de aquella habitación, de aquel palacio, de Tordesillas o de Castilla.

—Marta, no podemos permitir que esto vuelva a pasar nunca más. Necesito conservar el ánimo. Tendré que dar algunas explicaciones incómodas para empezar, pero después todo irá bien. —Juana se miró en el espejo—. Marta, has hecho un milagro.

Estaba majestuosa, con su vestido de terciopelo negro y el collar de su madre, con sus haces de flechas. Los broches de perlas y rubíes centelleaban en el corpiño y la falda. El pelo, sin vida, estaba recogido y oculto debajo de una capucha negra y limpia.

Marta cruzó los brazos con aire de satisfacción.

—No sé quién ha venido a visitaros, pero nunca podrán adivinar que habéis estado enferma.

Juana cerró los ojos, sin decir nada, y se entregó a la esperanza.

Cruzó el corredor deprisa, pasando por delante de los guardias encargados de su «seguridad».

—Rápido, Ulloa.

Dobló la esquina y se dirigió al gran salón, al que una hora antes había entrado con su padre. Ahora era consciente de la enormidad de aquel encuentro desastroso.

Sí, poco antes había entrado en el mismo salón con su padre. Él vestía su jubón de brocado negro y dorado, un manto de terciopelo escarlata forrado de armiño y un bonete de terciopelo negro ribeteado en oro. Y ella... No solo llevaba un sencillo vestido de lana, tal como suponía, sino que estaba repugnante, indescriptiblemente sucia, con aquella ropa abandonada ahora en el suelo de su habitación.

En el salón la esperaban los embajadores de Francia y Austria, arzobispos y obispos, el almirante, el condestable, los duques de Alba y Medina Sidonia, y tantos condes que era imposible recordarlos. Una brillante demostración de poder: del poder español, del poder de Europa.

Nadie le advirtió sobre la audiencia, en cuyo caso se habría cambiado de ropa. Se quedó petrificada de vergüenza, y la vergüenza dio luego paso a la incredulidad de que su padre pudiera hacerle una cosa así. Con sumo esfuerzo, dijo:

—Señores, debéis disculparme. No os esperaba. No estaba preparada. Solicito vuestra indulgencia unos momentos; luego, con mucho gusto, os concederé audiencia.

Y había salido corriendo, perseguida por toda suerte de comentarios: «Santo Dios, debe de estar enferma... Desastrada... Lamentable... Su estado psíquico... No es apta para... Fernando tiene que...».

El almirante la había seguido, instándola a que le prestara atención, pero ella no quiso parar. «Ahora no, tío». No podía perder un solo instante.

Las puertas se abrieron, y una vez más entró en el gran salón.

El salón estaba desierto. No había nadie más que Fernando, que disfrutaba de las vistas del río y los prados.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Se han ido, querida, se han ido.

Había perdido la batalla. No regresarían.

Sin desviar la mirada, Fernando siguió diciendo:

—Estaban sobrecogidos de vergüenza o compasión. Antes de marcharse, me han brindado todo su apoyo; reconocen que, lamentablemente, no eres apta para ser reina.

—No puedo creer que me hagas esto. —Juana estaba perpleja, confundida, asustada—. Estuviste aquí ayer mismo y hablamos de muchas cosas. Me pusiste al corriente de tus reuniones con enviados de Francia y Austria para formar una liga contra Venecia. Ni una sola vez te referiste a mi aspecto y tampoco me dijiste que hoy habría una audiencia real. Ahora entiendo por qué, ahora lo veo todo. ¡No te bastaba con todo el poder que voluntariamente delegué en ti! —Levantó la voz y empezó a gritar, sin poder detenerse—. Tenías que asegurarte de que, quienes solo te toleran porque eres mi padre, me viesan en un estado que les hiciera concederte plena autoridad. ¡Me has humillado! Me has utilizado. No has vuelto a Castilla para consolarme y apoyarme: hoy lo has demostrado fuera de toda duda. Me has traído a la fiesta como si fuera un bufón y te has frotado las manos de alegría. ¡Un padre cariñoso jamás trataría así a su hija!

—Procura dominarte. Ser rey es mi primera responsabilidad. Ya te lo dije hace años.

—¿Para ser rey tienes que ser un padre cruel?

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se acercó a él, con el corazón desgarrado y los brazos tendidos, suplicándole compasión.

—Amaba a Felipe y confiaba en él. Te amaba a ti y confiaba en ti. Un esposo y un padre; los dos me habéis traicionado.

—Las mujeres tenéis un extraño concepto del amor. Lo convertís en el centro de la existencia. Los hombres tenemos otras fuerzas que impulsan nuestro corazón. El amor, cuando existe, ocupa un modesto segundo plano.

—¿Dónde está mi tío? Él me quiere.

—Se ha ido.

—Me has dejado sin nadie a quien acudir, sin ninguna posibilidad de compensación.

—Ninguna en absoluto. Castilla está en la palma de mi mano. Ni un solo señor se aliará contigo o con tu hijo Carlos. Mañana salgo para Granada con el propósito de acabar con esos rebeldes de una vez por todas. El mundo muy pronto dejará de interesarse por ti. Ferrer gobernará esta casa y tiene autoridad para emplear toda la fuerza que sea necesaria si intentas impedir que él o sus sirvientes cumplan mis órdenes.

Juana luchó por dar sentido a estas palabras. ¿La estaba amenazando? ¿Por qué? ¿Qué iba a pedirle a Ferrer y por qué podía requerir el uso de la fuerza?

—¿Vas a tratarme como a un animal salvaje al que se intenta domesticar para que se pliegue a la voluntad de su amo? ¿Eso es lo que soy para ti, un animal inútil?

—Yo no diría tanto como inútil. En realidad eres muy valiosa, en tanto que te necesito viva para seguir siendo regente de Castilla. Necesito riqueza y poder para fomentar la causa de Aragón.

¿Cómo iba a combatir semejante situación y con qué apoyo contaba? Al menos tenía a Marta, en quien podía confiar, y tal vez alguien más.

—Quiero que me acompañen algunas de las damas que sirvieron a mi madre — dijo. Siempre cabía la posibilidad de que pudiesen ayudarla en algo.

—Ya veremos —contestó Fernando con indiferencia. Le traía sin cuidado quién pudiera servir a Juana, pues siempre serían personas designadas por él, que acatarían sus órdenes exclusivamente y solo a él rendirían cuentas.

Necesitaba que Juana siguiera con vida, aunque lejos de la mirada pública.

A pesar de que la gente no tardaría en olvidarla, mientras Juana viviese, Castilla sería de Fernando.

Aunque había perdido una batalla crucial, Juana decidió que la guerra aún no estaba perdida. Pensó que, en realidad, aún le quedaba un arma en su armería, y se proponía emplearla de inmediato.

Se negó a comer.

CAPÍTULO 38

El año de 1516 fue decisivo para España, y el fraile franciscano se preguntó si también lo había sido para Juana. El hermano Juan de Ávila echó un vistazo a la mísera habitación, ni mejor ni peor que las demás de esta parte del palacio. El sol de abril llegaba solo a través de un patio húmedo, acompañado del mal olor de la basura que se amontonaba a las puertas de las cocinas y no tardaba en pudrirse.

Había visitado las habitaciones de Juana a diario desde su llegada a Tordesillas como consejero espiritual de la reina, hacía alrededor de una semana, y su ira y su vergüenza crecían en cada ocasión. Se palpaba en el ambiente el abandono, como si todos se hubieran olvidado de aquella habitación hacía mucho tiempo. Tenía entendido que Juana llevaba al menos cinco años encerrada ahí. Apartó la atención de una mesa pequeña, con un candelabro solitario, y miró a la humilde sirvienta antes de fijarse de nuevo en Juana, sentada a su lado, con un vestido de lana gris, en una de las dos sillas que con la mesa componían el mobiliario. Tuvo que recordarse una vez más que era la reina de España y no una especie de monja.

Habían terminado sus rezos, pero en vez de retirarse, el fraile se había quedado con ella.

—Alteza real, debo informaros... —Se estiró el tosco hábito gris antes de continuar—: Quiero que os preparéis para... —No se atrevía a decirlo, todavía no. Optó por dirigirse a Marta—: Busque la indumentaria para su señora. Habrá una audiencia en el gran salón.

—¿Una audiencia? —preguntó Juana, levantando la cabeza.

—Sí, mi señora, con un emisario del cardenal Cisneros.

Era un anuncio extraño. Nunca recibía visitas en sus habitaciones, y mucho menos en el gran salón. Necesitaba pensarlo con detenimiento.

—Aquí no viene nadie, aparte de quienes... —Se sujetó primero una muñeca, luego la otra.

—Este emisario, el obispo de Mallorca, trae importantes noticias del cardenal Cisneros.

—Cisneros. Lo recuerdo. ¿Por qué Cisneros? ¿Por qué no es mi padre quien envía a este obispo? De todos modos, no pueden ser buenas noticias. —Buscó a Marta con la mirada.

—El cardenal es el regente de toda España —dijo entonces el fraile—. Mi señora, el rey Fernando, vuestro padre, ha muerto. —Ya estaba dicho, como le había pedido el obispo.

—El rey muerto y Cisneros regente. Me parece que ya en otra ocasión fue regente de Castilla, pero hace mucho tiempo de eso. No era mi amigo, y estoy segura de que sigue teniendo la misma opinión de mí. —Asintió con la cabeza, dándose la razón. Su padre había fallecido y Cisneros era regente, es decir, nada había cambiado.

El hermano Juan esperó unos momentos. Decían que Juana no había derramado una lágrima por su esposo, y quizá tampoco llorase por su padre. Era muy extraño.

—El obispo, mi señora, el enviado de Cisneros. La audiencia...

Juana se levantó de un salto.

—Claro. Tengo que cambiarme —anunció, como si lo hiciera a diario—. Qué agradable será quitarme estos harapos sucios. —Volvió a sentarse, con la misma prisa con que se había levantado—. Pero ¿quién sabe si el emisario seguirá en el salón cuando llegue?

—Todo está acordado, mi señora.

—Aun así, temo que pueda irse antes de mi llegada.

—El obispo de Mallorca es un hombre bondadoso, os traerá buenas nuevas, y no debéis temer nada, porque yo estaré con vos. Ahora voy a retirarme y os esperaré en el corredor. —Abandonó la estancia y se quedó a unos pasos de los guardias que custodiaban la puerta.

Marta encontró brocados y terciopelos negros, y los sacudió a conciencia. Las faldas empezaban a acusar el paso del tiempo, pero aún cumplían su función.

—¡Qué extraño que Cisneros envíe un emisario! ¿Crees que quiere que sea yo quien gobierne España? Lo dudo. Además, todo el mundo sabe que Ferrer jamás me permitiría gobernar esta casa, con que menos aún me daría su permiso para gobernar España. ¿Tú qué crees?

—Es demasiado complicado —fue la respuesta de Marta, que no quería entrar en discusiones que pudieran derivar en polémicas. Era así como había conseguido conservar su puesto como sirvienta de la reina. Veía lo que veía, pensaba mucho y hablaba muy poco, y las cosas no siempre habían sido fáciles.

—Será mejor que os pongáis esta camisa que se abrocha en las muñecas y cubrirá esas marcas tan feas. —¿Cuántas veces había aplicado con mimo el unguento tibio de olivas, grasa y clara de huevo, en las crueles heridas de aquella piel delicada? La enfurecía que alguien se atreviera siquiera a creerse con derecho a tratar a su señora de ese modo y aún menos a hacerlo. Las pobres muñecas estaban llenas de cicatrices y verdugones, unos rojos y frescos, otros marrones, más antiguos, causados por las correas de cuero con que la habían atado a la silla.

* * *

En el gran salón, el obispo de Mallorca estaba organizando sus papeles y sus cartas. La muerte del rey había propiciado una sublevación en Tordesillas y una rebelión en el palacio. Muchos llevaban años indignados con los rumores de los malos tratos que infligían a Juana, y juzgaron que había llegado su oportunidad para rescatarla de Ferrer. El capitán de la guardia de la ciudad y el magistrado principal fueron los primeros en actuar; intentaron entrar en el palacio y fueron expulsados por Ferrer y la guardia real de Fernando. Poco después llegó el obispo, con autoridad

incuestionable para detener a Ferrer y ponerlo bajo arresto domiciliario.

Un secretario le entregó una carta, sonriendo por lo que en ella se decía.

—Habéis complacido a mucha gente con la detención de Ferrer.

—Mientras que a él le parece una enorme injusticia. ¿Cómo se atreve a hablar de justicia? Lo atribuye a dolosas mentiras y asegura que jamás ha tenido a la reina prisionera. Dice que, si la alimentó a la fuerza, fue exclusivamente para salvarle la vida y, sobre todo, que en todo momento siguió órdenes de Fernando. —Tiró la carta encima de la mesa—. Escribe para atraerse la benevolencia de Cisneros; espera una pensión sustancial por dirigir esta casa como si fuera un convento.

El secretario suspiró y movió la cabeza a uno y otro lado.

—La falta de compromiso de la reina con sus deberes religiosos es motivo de preocupación, pero de ninguna manera justifica el empleo del látigo; y es posible que ese empeño de Ferrer en que asistiera a varios servicios al día haya suscitado su rebeldía.

—Estoy de acuerdo. Ferrer debería considerarse afortunado de haberse librado de la flagelación pública junto a los demás culpables del trato brutal que se ha dado a la reina Juana. ¿Está aquí la confirmación del nombramiento del nuevo gobernador del palacio?

El secretario buscó entre los papeles.

—Aquí, mi señor. Una sabia decisión. Cuando llegue el rey Carlos, esta casa estará en perfecto orden y no será necesario que contemple la posibilidad de buscar a un gobernador de su propia elección.

Las puertas del gran salón se abrieron; el obispo se levantó en el acto para saludar a Juana. Hizo una profunda reverencia, se arrodilló a continuación y esperó para besar su mano. Le impresionó el aspecto de la reina: una mujer de poco más de treinta años, prematuramente envejecida y con la ropa igualmente ajada.

Juana lo miró con desconcierto.

—Su alteza real, reina Juana de Castilla, Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia —empezó a decir el obispo.

Juana miró a su alrededor.

—¡Madre mía, qué salón tan enorme! Me había olvidado de lo grande que era; las ventanas, el sol, tantas cosas bonitas. —Contempló, maravillada, los tapices, la reluciente platería, las sillas y las mesas una a una.

La llevaron al trono, cubierto con un dosel que lucía su escudo de armas.

No se atrevía a respirar, por miedo a que aquel sueño maravilloso pudiera hacerse añicos. Se sentía como si fuera otra persona y estuviera contemplando su entrada en aquella exquisita estancia, donde un obispo la saludaba formalmente, antes de dirigirse a un trono rodeada de tesoros.

Juana acarició tímidamente la madera tallada y se acomodó luego en un lujoso almohadón de terciopelo, apoyando con cuidado la espalda dolorida por las heridas, aún tiernas, de la última paliza con el látigo. Posó la vista en su regazo unos

momentos y por fin se atrevió a mirar a las demás personas presentes.

¡Seguían todos allí!

—Alteza, he venido a petición del cardenal. Confía en poder presentaros sus respetos personalmente muy pronto. Entretanto, han ocurrido muchas cosas, y quisiera ponerlos al corriente de los detalles. Vuestro gobernador, Ferrer, ha sido destituido, lo mismo que todos sus servidores.

Juana no podía creerlo y preguntó al franciscano:

—Hermano Juan, ¿de verdad se ha marchado ese hombre? ¿Para siempre? — Buscó con los dedos las cicatrices de las muñecas—. ¿Quién va a ocupar su lugar?

Temía nuevos azotes con el látigo, que se repitieran los insultos y las amenazas proferidos a gritos; temía tener que protegerse la cara de las hirientes bofetadas y enfrentarse de nuevo a las cortantes y abrasadoras correas de cuero con que la ataban a una silla para meterle la comida en la boca por la fuerza.

—¿Quién va a ocupar su lugar?

—Es Hernán Duque. En su día estuvo al servicio de la reina Isabel y el rey Fernando.

Juana aplaudió de alegría. Era un personaje de un pasado lejano y feliz.

—Lo conozco, mi señor obispo. Lo conozco. Era un hombre amable y sensible.

—Está aquí. ¿Puedo hacerle pasar?

—¿Por qué no ha entrado ya?

—Es contrario al protocolo que entre antes de recibir vuestro permiso.

¡El protocolo! Le encantaba hasta el simple sonido de la palabra. ¡Qué emocionante! Con un poco de práctica, pronto recordaría todas las fórmulas.

Hernán Duque, alto y apuesto, con una túnica de color pardo rojizo y el bonete de terciopelo marrón en la mano, se acercó al trono. Juana se inclinó hacia delante para estudiar el rostro de aquel hombre, que ya había cumplido los cuarenta años y conservaba los mismos ojos oscuros y francos.

—Sois sumamente bienvenido, señor.

El caballero levantó la cabeza para mirar a la dama que le había hablado. Estaba tan delgada y débil que parecía de papel. Había sobrevivido a años de indescriptible terror, encerrada como una vulgar convicta en una celda. Y, en ese mismo instante, Hernán Duque juró dedicar hasta su última hora de vigilia para rescatar a aquella mujer de los horrores del pasado y guiarla con cuidado en un mundo seguramente desconcertante para ella.

Hubo un torpe silencio. Juana no encontraba nada que decir. Sonrió, y su sonrisa causó una tristeza inmensa en Hernán Duque. Era una sonrisa vacía, una sonrisa lerda.

—Mi señora, he dado órdenes de que preparen vuestras habitaciones en esta parte del palacio.

—En esta parte que mira al río —dijo Juana, saboreando la idea unos momentos—. Maravilloso. ¿Y puedo salir a la galería?

—El palacio es vuestro. Vos tomáis las decisiones y nosotros, vuestros servidores, cumplimos órdenes.

Juana aborrecía esa palabra: decisiones.

—No me interesa tomar decisiones. Así se lo dije a mi padre. Necesito contar con alguien que conozca bien las tareas del gobierno diario y me ponga al corriente, que me traiga los documentos para firmarlos. Así podré vivir feliz con mi hija. Es lo único que pido.

Hernán Duque dudó de que Juana fuese capaz de volver a tomar alguna decisión importante.

El obispo cambió de tema, preguntándose cómo iban a cooperar en la práctica Juana y Cisneros.

—El cardenal discutirá estos asuntos con vos. Mientras, nos ocuparemos de vuestros aposentos, vuestra ropa...

—Eso me interesa poco.

—Con el debido respeto —la apatía de Juana impresionó al obispo, incluso lo enfureció—, debéis vivir como corresponde a una reina. Se os ha desatendido, de una manera intolerable, a vos y vuestros aposentos.

Juana se miró la falda vieja. Las palabras del obispo habían despertado un recuerdo.

—Empiezo a creer que esto es una broma maliciosa —dijo. Un miedo helador comenzaba a apoderarse de ella. Tenía que prepararse para la cruda verdad. Ya había ocurrido lo mismo en esa otra ocasión: aquellas personas solamente pretendían humillarla, burlarse de ella y ponerla en ridículo.

—Mi señora —dijo Hernán Duque, con voz amable—, tal vez necesitéis algún tiempo para convenceros, pero tratad de confiar en que estamos aquí como fieles servidores. No queda en vuestra casa nadie que os desee ningún mal. Esos tiempos atroces se han ido para siempre.

—En ese caso, os pondré a prueba. Quiero dar un paseo al aire libre —lo retó Juana.

—Cuando gustéis, pero no necesitáis pedir permiso. Basta con que digáis lo que queréis hacer o en qué momento. Estoy a vuestras órdenes.

—Ya, pero ¿y si quisiera ir al convento y ver el ataúd de mi esposo? ¿Qué diríais entonces? —Esperaba recibir un no rotundo. Y no llegó.

—Será un honor escoltaros, señora.

Juana rompió a reír.

—Debo de estar en el cielo. —Se empapó de todo lo que había en la estancia y sintió que se embriagaba. Eran demasiadas emociones, y empezó a temblar.

—Tengo que retirarme. Necesito pasar un rato a solas.

Catalina, su hija de nueve años, irrumpió corriendo, saltando y gritando:

—Mamá, mamá. Vamos a tener habitaciones nuevas. Me he escapado para espiar. Son tan bonitas como estas. Tienes que venir a verlas. Los tapices, los muebles y el

dosel de la cama... Nunca había visto nada tan...

—Sí, cariño, pero lo primero son los buenos modales. Estos caballeros son nuestros nuevos amigos: el obispo de Mallorca y Hernán Duque, el nuevo gobernador de nuestra casa. Tenemos que estarles muy agradecidas.

—Gracias, señores. Muchas gracias, de verdad. Las habitaciones son muy grandes, son perfectas, y este salón... Me dan ganas de bailar de alegría.

Conmovió a todos el aspecto de la niña, con su corpiño y su falda negra, el pelo severamente recogido en una trenza. ¿Cómo había soportado tantos años de aislamiento? ¿Qué daños podían haberle causado? ¿Y a quién se le había ocurrido encarcelar a un ser inocente?

—¿De verdad son perfectas las habitaciones, mi señora princesa? —preguntó Hernán.

—Bueno, me encantaría tener otra ventana, una que mirase a la calle. Siempre oía pasar a los niños por debajo de mi ventana, y espero que pasen también por debajo de esta. Me gustaría mucho verlos y hablar con ellos. Solamente veo gente mayor.

—Me ocuparé de complacerlos inmediatamente. Y hay algo más. Doña Beatriz de Mendoza, que tiene vuestra edad, pasará a vuestro servicio y será vuestra compañera.

—¿Has oído, mamá? ¡Voy a tener una amiga!

Catalina empezó a saltar y bailar, y salió por la puerta cantando:

—Voy a tener una amiga. Voy a tener una amiga. Verás cuando se lo cuente a la niñera.

—Catalina y yo tenemos mucho que aprender y recordar sobre los usos de la corte. Creo que saldré a tomar el aire un rato, en la galería, antes de retirarme.

Hernán le ofreció el brazo para acompañarla.

Al sentir el aire, tan puro, tan cargado de libertad, Juana se quedó sin respiración y tuvo que apoyarse en su acompañante. No esperaba volver a ver aquellas vistas: el movimiento de las aguas del río, los árboles acunados por la brisa, y la gente, gente sencilla que trabajaba en los campos.

—Esta última batalla ha sido muy larga. ¡Demasiado larga! ¿Os acordáis de mi hermano? Tenía razón. Me dijo que luchara por lo que creía justo. Pero hay algo más.

—Se apartó, para mirar al gobernador—. Hay bondad en el mundo, y personas buenas que me ayudarán en mi batalla. Se han reparado los daños y por fin he recibido justicia. Soy libre. Vuelvo a ser la reina Juana. Y esta vez soy reina de toda España.

—Mi señora, reináis sobre el país más grande y más rico de Europa.

CAPÍTULO 39

El hermano Juan fue el primero en tomar la palabra mientras daba vueltas con el médico por la antecámara.

—Vivimos momentos muy similares a los de hace años.

El médico se cubrió los oídos con la capucha negra, como si quisiera protegerse del mal de aquellos días en los que Felipe era rey.

—Esos malditos flamencos. ¡No cambiarán nunca!

—Cierto, doctor. Todo el que quiere conservar su posición tiene que comprarla a Chimay.

Se detuvieron unos instantes en el centro de la antecámara, al calor de un brasero de latón cubierto con una cúpula. El día de septiembre no podía considerarse frío, pero no vieron ninguna razón para negarse aquel lujo.

Entró el obispo, murmurando:

—Más contratiempos. Chimay ha propuesto a un flamenco para el cargo de regente, a sabiendas de que los españoles preferimos a Cisneros.

—La verdad —dijo el hermano Juan— es que preferimos casi a cualquier español antes que a un extranjero. Y el segundo hijo de Juana sería mejor aceptado por la mayoría de nuestros compatriotas que el archiduque Carlos, o tal vez debería decir el rey Carlos.

Profundamente preocupados por los peligros que esto entrañaba, dieron varias vueltas alrededor de la estancia.

Fue el médico quien reanudó la conversación.

—Creo que el rey Carlos no está contento con que la firma de la reina aparezca en los documentos antes que la suya.

—Está muy enfadado —replicó el obispo—. Está enfadado por eso y blasfema cuando piensa que, si Dios quiere que nuestra reina recupere la salud, él volverá a ser un simple príncipe.

El franciscano carraspeó, advirtiendo a sus amigos de que se acercaban pisadas.

Juana los saludó al pasar a su lado, del brazo de Hernán Duque, camino del gran salón. La seguía su pequeña corte de damas y caballeros. Los tres hombres se unieron al séquito.

—Hernán, habéis hecho milagros.

—No es difícil cuando hay tantas cosas magníficas para escoger. Estos muebles de Flandes son de los más hermosos que he visto en la vida.

—Mi señor obispo, doctor, hermano Juan, acercaos y escuchad lo que tengo que deciros.

Juana se había transformado en el último año y medio más de lo que nunca habría podido imaginar. Ya no estaba demacrada y tampoco parecía enferma. Aunque tenía treinta y ocho años, y había pasado muchos de ellos en condiciones atroces, había

cochado de nuevo un aire juvenil que daba frescura a su rostro y ligereza a sus andares. La noticia de que sus hijos, Carlos y Leonor, estaban camino de España le había levantado el ánimo todavía más. Irradiaba alegría.

Aunque aún prefería vestir de negro, un destello de satén rojo asomaba de vez en cuando las mangas acuchilladas y entre los pliegues de la falda, y también había empezado a lucir más joyas.

—Caballeros, todas las habitaciones son fabulosas. Esta os da una idea del esplendor general. —Miró a su alrededor: la larga mesa, las sillas y los aparadores de roble oscuro; la vajilla y los candelabros de oro y plata en todas las superficies disponibles—. Como veis, hemos cambiado estos tapices de Flandes por los anteriores, porque parece ser que mi hijo prefiere las escenas bíblicas. En su comedor tiene un aparador literalmente vencido por el peso del oro y de la plata, y todo reposa sobre el mejor paño de terciopelo carmesí. El suelo está cubierto con una alfombra de hilo de oro y seda de vivos colores. —Hizo apenas una pausa para tomar aliento—. Las paredes de sus apartamentos están forradas con tela de oro y decoradas con tapices; uno es dorado, con figuras rojas, y el otro dorado y blanco. El esplendor es sobrecogedor. Le brillaron los ojos de placer mientras añadía precipitadamente—: En las habitaciones de Leonor hay tapices con escenas de bosques. Me gustan mucho, me recuerdan a Almazán. El palio de su butaca es de terciopelo carmesí y paño de oro. Su dormitorio es todo dorado, perfecto para una joven dama. —Ahora sí hizo una pausa—. Y esto es muy interesante. Preparaos. —Se llevó los dedos a los labios, como para ocultar su sonrisa—. Y en las habitaciones de Chimay hay unos tapices de lo más entretenidos. —Se inclinó hacia los conspiradores y les indicó que se acercaran—. Todos representan escenas de los milagros de nuestro Señor. ¿Quién sabe si Dios aún está a tiempo de hacer un milagro con ese hombre aterrador? —No pudo aguantar la risa, por la remota posibilidad de que Chimay terminara reformado, comiendo y durmiendo a los pies de quien todo lo ve.

—Mi señora, estoy seguro de que no era vuestra intención burlaros de las Sagradas Escrituras, y espero sinceramente que Dios guíe a Chimay, incluso lo lleve a reconocer los errores que cometió en Flandes —dijo el obispo.

Juana ya empezaba a pensar en hacer algún comentario desenfadado del mismo estilo sobre el tapiz de esta estancia, que le parecía encantador. Juan Bautista predicaba a un atento grupo de personas reunidas en torno a él, pero un niño, en la esquina inferior izquierda, había encontrado un silbato de madera con el que jugar, mucho más interesante que el interminable y monótono sermón. Sin embargo, era evidente que el obispo estaba muy serio y no le haría ninguna gracia.

—Nuestros aposentos parecen de lo más corrientes, en comparación con estos decorados tan suntuosos.

Hernán sintió que la había defraudado y se ofreció a hacer algunos cambios.

—Era broma, son más que suficiente. Los tapices son de nuestro agrado y no necesitamos paños de oro. La vajilla también es un buen trabajo de artesanía, aunque

no tan abundante, ni falta que hace. No busco ostentación.

Juana había disfrutado cada momento desde que Hernán Duque se convirtió en gobernador de la casa real.

La trataban en todas las ocasiones con el honor que le correspondía como reina. Duque siempre se ocupaba de que Juana estuviera rodeada de personas que atendiesen todas sus necesidades. Le servían las comidas en reluciente vajilla de plata. Perfumaban sus habitaciones con romero y lavanda. Cambiaban a diario la ropa de la cama por sábanas de lino terso y fresco, y su atuendo era siempre pulcro y elegante. Además, tenía el placer de celebrar frecuentes audiencias. Nunca faltaban músicos que tocasen para ella o que la acompañaran cuando quería tocar. La llegada de un clavicordio taraceado con oro había sido una magnífica sorpresa. Sus dedos, ociosos desde hacía tanto tiempo, no tardaron en recuperar la capacidad de transportarla a un mundo de deliciosas fantasías, y lo mismo les sucedía a quienes la escuchaban. Siempre que lo deseaba, Duque la acompañaba al convento de Santa Clara, donde Juana ofrecía oraciones por el alma de su esposo. Organizó para ella meriendas campestres, banquetes y torneos, modestos en comparación con los de Flandes, pero igual de emocionantes. Y estaban también esas veladas en las que Catalina y Beatriz bailaban para la corte.

Para completar esta vida idílica, pronto tendría a su lado a dos de los cuatro hijos a los que tuvo que dejar en Flandes doce años antes.

—Alteza —anunció el capitán de la guardia—, he sabido que el rey Carlos, vuestro hijo, está camino de Tordesillas.

Juana reprendió al capitán, arrodillado a sus pies.

—Que todo el mundo sepa que soy la única reina. Mi hijo Carlos es solamente el príncipe.

Es posible que su réplica pareciese altiva, pero bajo estas apariencias se ocultaba el temor, la descorazonadora sospecha de que se avecinaba una batalla.

CAPÍTULO 40

Caía el crepúsculo de aquel día de diciembre cuando Carlos entró en el gran salón, seguido por su hermana Leonor.

—Alteza. —El obispo de Mallorca, el hermano Juan, Hernán Duque y un pequeño grupo de cortesanos saludaron con una reverencia. Levantaron la vista después para descubrir a un joven larguirucho y pálido como un cadáver, de ojos saltones y mandíbula prominente, lo mismo que el labio inferior. A pesar de todo, su indumentaria compensaba con creces la falta de esplendor físico. Estaba radiante, con un traje rojo, amarillo, blanco y oro que eclipsaba las docenas de velas encendidas para la ocasión. La gorguera de la camisa estaba cubierta de piedras preciosas. El forro de la túnica de terciopelo carmesí era de paño de oro, y el jubón de raso blanco también lanzaba destellos de oro y gemas.

Leonor, dos pasos por detrás de Carlos, brillaba como el sol del verano, con un centelleante vestido de brocado amarillo y pedrería. Era una joven atractiva, con la piel muy clara y los ojos profundamente azules, que por fortuna se había librado de la mandíbula de los Habsburgo, a diferencia de su hermano.

—Hernán Duque, para serviros. Como gobernador de palacio, permitidme decir que nos sentimos muy honrados de recibir a nuestro rey y a su hermana, la princesa Leonor.

Un caballero del séquito de Carlos dio un paso al frente.

—Soy el príncipe Chimay, consejero mayor de su majestad el rey Carlos. Mi señor no entiende vuestro idioma todavía, de manera que seré su intérprete. —Chimay dirigió una mirada breve y gélida a Duque, el responsable del buen estado de salud de Juana, que constituía una amenaza para sus planes.

Duque sintió un escalofrío. La actitud de aquel hombre y las historias de la crueldad con que había tratado a Juana le causaron una antipatía inmediata.

El obispo y el hermano Juan pidieron a Dios que los ayudara a aplacar su ira contra Chimay, quien, antes de que Cisneros se hubiera enfriado en su sepultura, ya había empezado a conspirar para que nombraran a su sobrino arzobispo de Toledo.

—*Je veux visiter la reine. Tout de suite.* —Carlos no tenía tiempo para tediosas presentaciones. Estaba impaciente por celebrar y concluir la entrevista con la reina para demostrar a todo el mundo que había obedecido a conciencia el mandamiento de Dios y honrado a su madre, satisfaciendo con ello los deseos de la gente corriente.

—Su majestad desea ver a su madre.

Duque saludó con una reverencia.

—Sí, lo he entendido. Hablo varios idiomas, gracias a que pasé algún tiempo en diversas cortes extranjeras. El francés no me es desconocido. —Lo que no dijo fue lo mucho que le había costado entender una sola palabra de Carlos. Su dicción era desastrosa: tenía la lengua demasiado grande y no terminaba de pronunciar las

palabras, porque la barbilla inferior sobresalía tanto que le impedía cerrar la boca.

Irguiéndose en toda su estatura, Hernán Duque se dirigió al rey, decidido a prescindir de la mediación de Chimay.

—Cuando su alteza desee visitar a la reina, será para mí un honor acompañaros.

—Un momento, Hernán Duque —intervino Chimay, levantando un dedo en señal de protesta—. El rey Carlos ostenta el título de majestad, y nos agradecería que lo recordarais. —Volviéndose a Carlos, añadió—: Majestad, una palabra en privado. —Se lo llevó a un aparte—. Creo que es mejor que vea yo a vuestra madre primero. Preparé vuestra entrada como una sorpresa. Hablaremos de Bruselas, de cuando vos y vuestras hermanas erais pequeños, de vuestro abuelo y vuestra tía que cuidaron de vos. Y entonces anunciaré vuestra llegada: *voilà!*

—*C'est necessaire?*

—*Je crois avoir raison.* Cuando haya terminado, será desconcertante para ella encontrarse con dos adultos en lugar de dos niños. Y también espero abrumarla con vuestro esplendor. Eso estropeará en parte la espléndida labor de su gobernador, de la que tanto hemos oído hablar.

—*Eh bien, excellent, Chimay.*

Hernán Duque quería enterarse de lo que tramaba Chimay, pero no consiguió oír nada.

—Tengan la bondad de seguirme —dijo.

Los condujo por un corredor que terminaba en una puerta cubierta con una cortina. Los centinelas se pusieron en guardia y los sirvientes retiraron la pesada tela.

Chimay indicó a Carlos y a Leonor que esperasen en la pequeña antecámara.

—Desde aquí, con la puerta abierta, podréis oírlo todo.

Duque no lo entendía. ¿Por qué no entraban directamente Carlos y Leonor a ver a su madre? Algún ardid de Chimay, pero ¿por qué y con qué propósito?

Juana estaba sentada, como de costumbre, con dos o tres damas de compañía, en la suave penumbra iluminada por unas pocas velas.

Duque se inclinó.

—Con vuestro permiso, alteza, tenéis visita.

—¿Tan tarde?

—El príncipe Chimay. ¿Os acordáis de él? Desea presentarse.

Con una mirada de reproche, Juana le dio a entender que jamás podría olvidarse de Chimay.

—Lo recibiré con mucho gusto.

Se sentía confiada. Los tiempos habían cambiado. Era reina. No solo era reina sino que contaba con numerosos y leales seguidores. Se encontraba en su propio país y no en Flandes.

—Alteza real.

Ahí estaba, arrodillado delante de ella. Y ya era hora, pensó.

—Ah, príncipe Chimay.

—Espero encontraros con buena salud.

—Vuestro deseo queda concedido. Mi salud es excelente.

—Os traigo saludos de vuestra hermana Margarita de Saboya.

—Pobre Margarita. La vida no ha sido precisamente amable con ella. Sin embargo, ha podido criar a mis queridos hijos como si fueran suyos: Leonor, Carlos, Isabel y María. No me permitieron traerlos conmigo.

—El emperador también os envía saludos.

—Bien. Podréis devolverles los míos. Y también ponerles al corriente de todo lo que a mí respecta. Estoy segura de que esa tarea os complacerá enormemente. Escribir cartas y difundir rumores es casi un pasatiempo nacional en Flandes, si mal no recuerdo.

Chimay estaba muy sorprendido; sorprendido y decepcionado, pues no era esto lo que esperaba. Esta Juana era muy distinta de lo que había imaginado. Tenía buena memoria y su francés era perfecto. Conservaba su antiguo deje de sarcasmo en la voz, se daba aires de superioridad y no parecía en absoluto inquieta por su presencia. ¡Ese maldito Hernán Duque!

—Mi otra grata obligación es hablaros de vuestros hijos, Carlos y Leonor. Los españoles no podían haberles dispensado mejor acogida. En todas partes los han recibido multitudes jubilosas.

Juana sonrió y asintió con la cabeza.

—Estoy segura de que así ha sido.

—El emperador Maximiliano, como es natural, ha supervisado que recibieran una crianza y una educación excelentes. Ningún elogio que pudiera hacer de vuestros hijos sería excesivo. Son intachables. Sus tutores dicen que son alumnos modélicos. Nunca encontraréis a nadie que los supere. Son virtuosos y prudentes, de exquisitos modales... —No sabía qué decir. La actitud de Juana, que se limitaba a sonreír, lo sacaba de quicio—. Su mayor deseo es veros y honraros. Y, si tenéis la gentileza de ordenarme que vaya a buscarlos, lo haré con sumo placer. Estoy seguro de que os alegrará verlos.

—Chimay, me encantaría ver a mis hijos.

Mientras el príncipe abandonaba la estancia, Juana le indicó a Duque que se acercara.

—¿Qué es todo esto? ¿Adónde tiene que ir a por mis hijos? ¿Están en Valladolid o aquí, en palacio? ¿Por qué no han venido directamente? ¿Son demasiado jóvenes para presentarse por su cuenta? No lo entiendo.

—Han llegado por sorpresa, hace un rato. Y tienen edad suficiente para presentarse por su cuenta.

—¿A qué vienen entonces tantas tonterías de este odioso personaje? No necesito que me hablen de ellos cuando estoy a punto de verlos. Ya juzgaré por mí misma, cuando los vea, si son prudentes, virtuosos y todo lo demás.

Chimay regresó con otras seis personas y comenzó a hacer las presentaciones,

pero Juana, con un movimiento de la mano, le indicó que se apartara.

Un joven caballero y una joven dama se separaron del grupo y se acercaron a ella, haciendo tres profundas reverencias cada dos o tres pasos. El caballero se inclinó para besarle la mano, pero Juana se levantó y lo abrazó con cariño. Recibió luego a la joven con los brazos abiertos, acercándola a su pecho y besándola. Hecho esto, retrocedió para observarlos de pies a cabeza y se fijó en su elegante indumentaria, en el oro y las joyas. Estudió sus facciones con desesperación, tratando de relacionarlas con las caras de una niña y un niño de siete y cinco años.

—¿De verdad sois mis hijos? —¿Era posible?

—Yo soy Carlos y esta es Leonor —respondió Carlos, con mucha dificultad. Un recuerdo de su querido hermano asaltó por un momento a Juana, al ver que su hijo tenía las mismas trabas para articular las palabras.

—Carlos y Leonor. ¡Qué maravilla oír vuestros nombres! Pero erais tan pequeños cuando os vi por última vez... Erais niños que jugaban con sus juguetes, y aquí estáis, convertidos en un hombre y una mujer. Es asombroso. ¿Cuántos años tenéis ahora?

—Yo diecisiete y Leonor diecinueve. Tengo que decir que hablas un francés magnífico. No esperaba que lo recordases.

—Hijo mío, nunca olvido nada, y he tenido muchas cosas que recordar, aparte de la lengua francesa. Pero estáis aquí. Es increíble. Espero que vuestro viaje haya sido mejor que los míos, que siempre terminaban con tempestades y naufragios. Dos veces tuve que refugiarme en Inglaterra. ¡Tantas personas ahogadas y tanto cargamento valioso barrido por las olas! ¡Una tragedia!

Leonor contestó, y su respuesta le valió un airado reproche de Carlos, porque no había pedido permiso para hablar.

—No ha habido incidentes graves —dijo—, aunque tuvimos algún sobresalto. El viento nos desvió del rumbo y llegamos a un pueblecito pesquero, en vez de a Laredo. La milicia en pleno vino a amenazarnos. ¡Imagínate! ¡Nos tomaron por invasores! Y luego tuvimos que esperar una eternidad, porque se habían llevado nuestro equipaje a otro puerto.

—Eso es una buena aventura. Pero ¿no habéis perdido nada? Me alegro. Ah, eso me recuerda... —La charla infantil y el relato de las aventuras hizo que el pasado en Flandes regresara de golpe, cargado de vivencias desagradables—. Dejemos eso por ahora. Seguro que queréis retiraros después de un viaje tan largo. He supervisado personalmente la preparación de vuestras habitaciones. Veréis que todo es perfecto. Pero dejadme que vuelva a miraros. Hernán, aquí están mis hijos, ya adultos.

—Esperamos quedarnos aquí unos días, mamá —dijo Carlos, cansado de tanta efusividad.

—Claro. Y ahora querréis descansar. Supongo que tengo que dejaros. Perdonad las tonterías de vuestra madre.

—Todavía no, mamá. —Leonor había vuelto a hablar sin autorización, suplicando a su hermano, con la mirada, que le permitiera quedarse unos momentos—. ¿No

podemos ver a nuestra hermana Catalina?

—Claro que sí —contestó Juana, sin esperar la opinión de Carlos—. Y pronto veréis también a vuestro hermano Fernando.

—Ya hemos visto a Fernando —replicó Carlos con frialdad—. Nos despedimos de él antes de que se marchara a Bruselas.

—¿Fernando se ha ido a Bruselas?

—Sí, y es lo mejor para él. Ahora estoy yo aquí para ayudarte. Él encontrará mejores ocupaciones en Bruselas.

—¿Se ha ido, sin decirme adiós? —Habían vuelto a arrebatarse a Fernando, esta vez para enviarlo a un país hostil, donde viviría rodeado de los enemigos de su madre. Juana temió por su seguridad. Necesitaba saber más—. Dime quién...

—Era importante que partiera de inmediato —contestó Carlos bruscamente.

Catalina se presentó ante el fastuoso grupo.

Leonor estaba muy sorprendida de que su madre y su hermana vistieran de una manera tan sencilla, tan corriente. Parecían un par de simples campesinas.

Catalina se quedó muda al ver tanto esplendor. Nunca había visto tantas joyas, y aún menos repartidas entre solo dos personas. Los colores de su ropa eran fabulosos.

Leonor pensó que Catalina era la niña más guapa, y puede que la más triste, que había conocido.

—Catalina, soy tu hermana Leonor, y este es nuestro querido hermano, el rey Carlos.

—Príncipe —corrigió Juana.

El atuendo de Catalina, gris y de lo más sencillo, despertó las sospechas de Leonor. En ese mismo instante decidió averiguar si su hermana llevaba la vida que correspondía a una princesa.

—Dime, cielo, ¿qué has hecho hoy?

—Mi señora —contestó Catalina, saludando con una reverencia a la hermosa desconocida—. He recibido mis lecciones. He jugado un rato con Beatriz, mi compañera. Luego he mirado cómo jugaban los niños en la calle, desde mi ventana. Juegan a cosas muy bonitas, puestos en corro, y me gustan mucho las canciones que cantan.

—Y ¿vienen a menudo, esos niños de la calle? —preguntó Leonor, haciendo un esfuerzo para sonreír, pues estaba estremecida.

—Sí, porque les lanzo monedas. Eso los hace volver.

Catalina no era en realidad una princesa, era un pajarillo enjaulado, y Leonor no estaba dispuesta a consentirlo. Había que hacer algo. Empezaría a pensarlo sin tardanza.

—Es tarde y estoy cansada. Seguiremos hablando mañana, querida hermana.

—Tenéis que retiraros —dijo Juana, a pesar de que prefería seguir con ellos—. Ya habrá tiempo suficiente para hablar cuando hayáis descansado. Buenas noches, queridos hijos.

Los observó mientras se marchaban: dos adultos elegantes y su dulce e inocente Catalina. Casi le parecía absurdo creer que fueran suyos.

Chimay se abrió camino para acercarse a ella.

—¿No os había dicho qué hijos tan perfectos os ha dado Dios? Y Carlos es un rey inteligente y sabio.

—Príncipe, no rey.

—Estoy seguro de que os sentís afortunada por la llegada de vuestro hijo.

Juana no entendía a qué se refería Chimay con «afortunada». Que Carlos estuviera allí era sencillamente lo normal, puesto que como heredero del trono necesitaba algún tiempo para conocer su país, a sus gentes y, lo principal, su idioma. Se indignó al pensar en que algunos hubieran tardado tanto en comprender dónde tenía que vivir Carlos y lamentó que no hubiese llegado mucho antes para protegerla de tantos males. Sin embargo, esos males se habían reparado sin él. Había disfrutado de casi dos años de gozosa libertad sin la ayuda de su hijo.

—Afortunada no sería la palabra que yo escogería para calificar la llegada de mi hijo. —Miró a Chimay—. Sí me siento afortunada, señor, de haber tenido hijos sanos y verlos, al cabo de tantos años, convertidos en adultos sanos. También somos afortunados de que su azarosa travesía por mar haya concluido sin percances, aunque tengo el convencimiento de que la realeza nunca se ahoga.

—¿Debería decir, quizá, que os sentís tranquilizada por la llegada de vuestro hijo? —¿Qué irritante era aquella mujer!

—Tranquilizada en la medida en que, como acabo de deciros, ha llegado sano y salvo, aunque haya tardado tantos años en venir a mi lado. ¿Por qué no habláis directamente, en lugar de emplear esas adivinanzas tan absurdas?

—Quiero decir que debe de ser reconfortante para vos que vuestro hijo por fin esté en España. Que Dios os haya concedido tantos reinos debe de ser una carga sumamente ardua para una soberana. Ahora que vuestro hijo está aquí, ya no tendréis necesidad de fatigaros con las tareas del gobierno. Ha venido para ofreceros su ayuda. Os conviene descansar, después de haber pasado momentos tan difíciles. Debéis saber, por cierto, que las noticias de vuestras penalidades han causado un hondo pesar a vuestro hijo. Permitid que él se haga cargo de toda la responsabilidad; cuenta con la sabiduría suficiente y, lo principal, como ya sabéis, con los doctos y excelentes consejeros de Castilla. De ese modo podréis disfrutar de los placeres de la vida privada.

Sonaron las campanas de alarma. Su padre le había ofrecido lo mismo, y después todo había cambiado muy deprisa. No tardaron en considerarla una reina retirada. Lo cierto es que se convirtió en prisionera, o algo peor todavía; la sometieron y obligaron a obedecer las órdenes de personas de rango muy inferior. Había sufrido crueles torturas. ¿No podía volver a ocurrirle lo mismo?

Eso sería absurdo, razonó. ¿Por qué querría su hijo tratarla de ese modo? Los tiempos habían cambiado. Esos tiempos no podían repetirse jamás. Carlos la

honraría, como un buen hijo. Ese era su deber ante Dios.

Chimay esperó la reacción de Juana, sorprendido de que ella pudiese dudar después de un discurso tan elocuente. Tenía otros cometidos de los que ocuparse y quería acabar con este cuanto antes. El asunto con las Cortes sería más complicado. Habían aceptado en dar a Carlos el título de rey, aunque con ciertas limitaciones, entre otras, y no precisamente la menor, que Juana siguiera siendo la única reina soberana y el nombre de su hijo apareciese siempre en segundo lugar. Como consejero mayor, Chimay se veía en el deber de que el nombre de su señor figurase el primero en todos los documentos. A fin de cuentas, era el rey.

—Ya discutiré esa cuestión con mi hijo. Lo que decís me parece razonable. Carlos será mi fortaleza. Creo que debería depositar toda mi confianza en él, con la plena certeza de que sabrá servir honradamente a mi país —dijo Juana, y miró a Hernán, para ver si estaba de acuerdo.

Pero su gobernador no estaba en disposición de decir nada.

Chimay supo que había ganado.

—Es una decisión muy sabia. Que Dios os conceda muchos años de paz y satisfacción.

Chimay se felicitó de haber cumplido dos de sus misiones: el príncipe Fernando estaba lejos, y Juana se dejaría gobernar con facilidad. Aunque aún quedaba mucho por hacer, el funeral de Felipe y la situación de Catalina eran asuntos triviales y de sencilla solución. Más importantes eran las Cortes de Castilla y Aragón; sin embargo, Chimay confiaba en sus dotes.

CAPÍTULO 41

Marta no podía moverse. La mañana del 13 de marzo iba a quedar grabada para siempre en su corazón, y la acompañaría hasta la tumba. Se apretó con un puño la zona del pecho donde sentía el dolor y pensó que no faltaba mucho para que la enterrasen.

—Marta. Marta, ¿qué pasa? ¿Por qué me haces esperar? —La voz se oyó primero en la habitación contigua, y tras la voz apareció Juana.

—Ay, mi señora, mi señora... —Marta agachó la cabeza, angustiada, mientras se deshacía en llanto y se frotaba toscamente los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas con el dorso de la mano—. No lo entiendo —dijo entre sollozos.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Juana, presa del pánico.

—No lo sé, señora.

—¿Cómo que no lo sabes? Debería estar aquí. El único camino hasta el corredor pasa por mis habitaciones. Tiene que estar aquí.

Juana arrancó la ropa de la cama.

—¡Tiene que estar aquí! —gritó—. Las personas no desaparecen así como así. ¡Busca, maldita, busca!

—Por favor, mi señora. He buscado en todas partes. Sus dos doncellas de cámara también se han ido.

—Ve a avisar a Hernán Duque.

Marta se recogió las faldas y echó a andar como un pato, lo más deprisa que le permitían sus viejas piernas.

Juana dio una vuelta por la estancia, fuera de sí. Su hija, la más querida, no estaba allí, no podía estar allí, porque no había dónde esconderse. El arcón estaba abierto, pero dentro solamente había ropa que María había desordenado cuando cundió la alarma.

—La ventana, quizá. —Pero vio que estaba cerrada con cerrojo. La abrió para mirar la calle. No había nada—. Esto tiene que ser cosa de brujería. Catalina se ha evaporado. ¿Qué te han hecho, Catalina? —El pánico le desgarraba el corazón y el pensamiento.

Empezó a dar palmadas al dosel de la cama, como si confiara en encontrar a su hija entre los pliegues. Levantó almohadas y almohadones, como si esperara descubrirla escondida debajo. De nuevo la buscó en el arcón, de nuevo en la cama y de nuevo entre los cojines, mientras lloraba:

—Catalina, mi Catalina.

El tapiz era su última esperanza, y lo arrancó de la pared. Catalina podía estar detrás, para gastarle una broma, aunque sabía que Catalina no le gastaría una broma así.

Se le escapó un alarido.

—¿Qué es esto? ¿Quién ha hecho esto? ¡Dios mío, alguien ha venido y se la ha llevado! ¡Dios, te suplico que venga alguien y me explique qué está pasando! Hernán, ¿dónde estás? ¡Alguien tiene que saber algo! ¡Quiero a mi hija! ¡Que venga ahora mismo! ¿Me oís? ¡Alguien tiene que devolvérmela!

Ahogó los alaridos, apretándose contra la cara uno de los vestidos de Catalina.

El nuevo chambelán se presentó de mala gana.

—¿Cuál es el motivo de esta angustia, mi señora?

—¡Dios mío, Bertrand, alguien me ha robado a mi hija! —sollozó Juana.

—¿Robado, mi señora? No puedo creer que haya desaparecido. —Su tono insinuaba que Juana estaba equivocada—. Pero pronto lo averiguaremos.

—Sé que ha desaparecido —gritó Juana, tirándole de una manga—. Venid, mirad esto. Alguien ha entrado por este agujero que hay detrás del tapiz.

—Pero, mi señora, esto es... Esto es...

Era el agujero que él mismo había hecho a escondidas, a lo largo de varios días. Era el agujero que formaba parte del plan ideado por Carlos en su última visita a Tordesillas. Era el agujero por el que el chambelán había trepado con sigilo a media noche. Era el agujero por el que se había llevado a Catalina y a sus dos doncellas, para enviarlas a Valladolid, con su hermano, el rey Carlos.

Le había costado mucho convencer a Catalina. Lo intentó en primer lugar con descripciones de riqueza, vestidos bonitos, sirvientes, banquetes y fiestas, pero esto no sirvió de nada. Solo cuando habló de desobediencia al rey y de cómo caería sobre ella la ira de Carlos, Catalina accedió por fin. Había llorado sin parar por su pobre madre y había estado a punto de agotar la paciencia del chambelán, hasta que este le hizo la promesa fiel de informar a Juana en cuando se despertara. La tarea con las doncellas había sido más sencilla: o acataban o iban a prisión. No necesitaban que nadie les recordara que desobedecer a un rey era traición, y el delito de traición se castigaba con una pena especial. Una litera las esperaba en el puente, con las damas de compañía de Leonor y un cuerpo de jinetes de la guardia real. Todo había salido según lo planeado.

Lo único que ahora tenía que hacer Bertrand era interpretar su papel de incrédulo e indignado.

—Mi señora, esto es terrible, inconcebible. Avisaré a Hernán Duque. Él tendrá alguna explicación. —Soltaba una mentira detrás de otra, sin ningún empacho—. Ya he mandado que lo busquen. Vendrá enseguida.

Marta volvió con noticias alarmantes.

—No encuentran a Hernán —anunció desde la puerta, jadeando.

Bertrand sabía que no lo encontrarían, porque el día anterior, presintiendo una trampa, Hernán se había negado a dejar abiertas las puertas de palacio, y por este acto de insubordinación lo habían destituido y enviado a un monasterio.

—¿No hay señales de él? O sea, que la trama se complica —dijo Bertrand, acariciándose la barbilla.

—Aquí está pasando algo malo —sollozó Juana—. Convocad a todo el mundo. Dulce Jesús, ayúdame a encontrar a mi hija.

—Si me permitís la sugerencia, señora, son demasiados para reunirlos aquí.

—Nada de sugerencias, Bertrand. Yo decidiré lo que se hace. Los interrogaré uno por uno hasta que averigüe la verdad. Tengo que recuperar a mi hija sana y salva.

Juana preguntó a todas y cada una de las personas que trabajaban en el palacio, de la más importante a la más humilde. Exigió información, suplicó información. Nadie había visto ni oído nada. La sacó de quicio lo poco alarmados que parecían. Le dijeron que tuviera paciencia, que seguramente todo tenía una explicación, y Juana montó en cólera.

—¿Es que no os dais cuenta de que un ladrón ha entrado en la habitación de mi hija y se la ha llevado? ¡Cómo os atrevéis a quedaros tan tranquilos, sin preocuparos lo más mínimo por mi Catalina! ¿Por qué no emprendéis una investigación de inmediato, por qué no la buscáis personalmente?

Entonces cayó en la cuenta. Ya había ocurrido lo mismo en otra ocasión, cuando le arrebataron a su pequeño Fernando. Todos estaban al corriente, todos sabían por qué no se encontraba a Hernán. Nadie tenía la menor duda sobre el paradero de Catalina, y tampoco la menor intención de revelarlo. Era la única explicación a aquel comportamiento tan extraño. ¿Quién había ideado esta vez el plan para atormentarla?

—Os lo advierto: no comeré ni dormiré hasta que vea a Catalina delante de mí. ¿Me oís? —vociferó, y para recalcar su determinación repitió la amenaza varias veces, lanzando fuentes, cuencos y todo lo que encontró a mano.

—Alteza —dijo Bertrand, esquivando los proyectiles—, me presentaré personalmente ante el rey en vuestro nombre. Él enviará emisarios a todas las ciudades y puertos del país. No temáis: encontrará a Catalina y hará que vuelva con vos. —Confiaba en calmarla por el momento con estas nuevas mentiras.

Ni una sola gota de agua pasó por los labios de Juana en varios días y tampoco probó un solo bocado de la comida que le llevaban. Se negó a lavarse y a cambiarse de ropa. Se negó a acostarse y a dormir. Estrelló contra las paredes y el suelo cuencos, fuentes, aguamaniles y jarras. Marta no se separó de su lado, esperando, rezando y tratando de procurarle un poco de consuelo.

Bertrand, que hasta entonces no había hecho el más mínimo intento de dar parte al rey, no se atrevió a aplazarlo por más tiempo; estaba preocupado y escribió a su señor. En cuestión de unas horas, Carlos llegaba al palacio, con Catalina.

* * *

Carlos esperó a su madre en el gran salón, para ahorrarse la incomodidad de celebrar la entrevista en las habitaciones de la reina, donde ella tendría ventaja. Se

sentía mucho más seguro en esta cámara, sentado en su imponente trono.

Juana no había perdido ni un segundo. En cuanto le anunciaron la llegada de Carlos, fue corriendo a su encuentro.

Y lo desafió:

—¿Dónde está?

—Mi señora, traigo buenas noticias de tu hija.

—He preguntado dónde está —bramó Juana.

Carlos se acobardó.

—La he traído conmigo. Créeme que ha sido una tremenda equivocación. Es obra de algunos miembros de mi corte que me han acompañado desde Bruselas. Fueron ellos, me temo, quienes ordenaron su secuestro. Lo hicieron por compasión. No les gustaba cómo se ha criado, sin nadie de su edad, pasando tanto tiempo a solas, en esa habitación tan pequeña, sin poder salir a pasear o montar a caballo. Pensaron que merecía una corte en consonancia con su posición.

—¡Mentiras, mentiras, mentiras! ¡Burdas mentiras, y lo sabes! Aunque así fuera, ¿la respuesta de tus cortesanos a esa situación que describes es secuestrarla? Dime por qué no me la devolviste inmediatamente, en el mismo instante en que te la entregaron. Tenías que figurarte mi preocupación, y sin embargo, la has retenido. Es una tela de burdas mentiras, y ¿esperas que yo...?

—No tiene importancia, porque no volverá a ocurrir. Estaba enfadado, porque la situación de mi hermana se había convertido en la comidilla de la corte, y... — Comprendió que otra endeble mentira no serviría para convencerla—. Sin embargo, he decidido que cuente con una corte idónea aquí.

—¡Qué amable de tu parte! Eso es lo que deberías haber hecho desde el principio. No había ninguna necesidad de robarme a mi hija. ¿Cómo has podido ser tan cruel? ¿Es que nadie se ha parado a pensar en mis sentimientos? ¿No te has parado a pensar en el tormento que esto suponía para mí, en la angustia que me has hecho sufrir durante días? ¿O sí? Hasta un idiota habría reparado en la falsedad de tus palabras, y, créeme, Carlos, que yo no soy idiota.

Carlos hizo como si no la oyese.

—He traído una corte de doscientas personas; será suficiente para ti y Catalina.

—Sabes perfectamente que no me gustan las cortes numerosas.

—Lo hago por Catalina, y te aconsejo que lo aceptes, si quieres que se quede aquí contigo.

—No tengo alternativa frente a esa amenaza —contestó Juana. Sabía que no podría soportar la vida si perdía a su hija, pues era su único consuelo.

—Y también aceptarás que Catalina disponga de sus propias habitaciones, a cierta distancia de las tuyas, y de libertad para entrar y salir cuando le plazca, sin ti. También estará rodeada de niños, de damas y pajes.

—Nunca le he impedido... He tenido que ser muy cauta, para que nadie intentara llevársela... tal como ha sucedido. ¿Cómo sé que puedo confiar en ti y en tus

perversos compatriotas? Tienes que jurarme que Catalina siempre estará a salvo, incluso cuando yo no esté con ella.

—Mamá, me ofende que no confíes en mí, tu hijo. Por supuesto que estará a salvo. De todos modos, insisto en que debe salir a respirar el aire puro del campo.

—Eso ya lo hacemos juntas. Salimos muy a menudo, con Hernán Duque. Pero si Catalina quiere salir sin mí, aunque no estoy segura de que tenga edad suficiente, y tú nos garantizas su seguridad, entonces podremos organizarlo. Hablaré con Hernán.

—Él ya no gobierna esta casa. He comprendido que no es de fiar.

—¿Cómo puedes decir eso, cuando ha sido él quien, desde hace dos años...?

—Basta —dijo Carlos. No tenía intención de dar más explicaciones—. He designado al marqués de Denia. Es el nuevo gobernador y administrador del palacio. También le he otorgado plenos poderes sobre la ciudad de Tordesillas.

—Eso es completamente superfluo. La ciudad ya tiene un capitán y un magistrado.

—Denia recibirá instrucciones directas de mí, para el palacio y para la ciudad. Es lo mejor. Vivirás cómodamente con tu corte, como corresponde a mi honorable madre, sin preocuparte de nada más que de los placeres que desees.

Chimay le había asegurado que de este modo cumplía al pie de la letra las órdenes de las Cortes de Castilla y ofrecía a su madre una residencia más que digna de una reina. Por otro lado, aislando la ciudad del resto de Castilla y convirtiéndola en su dominio privado, se aseguraba de que cualquier noticia sobre la reina que pudiese llegar de Tordesillas procedería de una única fuente: Denia.

Carlos dio unas palmadas.

—Bueno, aquí está la nueva princesa Catalina.

Catalina entró despacio, avergonzada con su vestido de raso lila con ribetes dorados.

—Mamá, he vuelto contigo. No quería hacerte daño. Siento mucho que hayas sufrido tanto. Me mintieron y me obligaron a obedecer. No tuve elección. Pero estoy aquí y te prometo quedarme para siempre.

—No ha sido culpa tuya, tesoro mío. La culpa es únicamente de quienes te engañaron y te alejaron de mí.

Carlos no prestó atención al reproche de su madre.

—Mi trabajo ha concluido —dijo—. Tengo asuntos importantes que atender. Te dejo en las manos expertas y seguras del marqués.

Juana abrazó a Catalina. Su hija había regresado.

—Entonces, tendremos una corte de doscientos miembros. Parece emocionante. Podremos hacer incluso más cosas de las que hacíamos con Hernán. Ojalá supiera por qué lo han destituido. Pero ven, tenemos que ir con Marta. Esta situación le ha afectado mucho a la salud.

Juana echó a andar de prisa por el corredor, escuchando solo a medias los comentarios de Catalina sobre el esplendor de la corte de Carlos y los preparativos de Leonor, que estaba a punto de marcharse a Portugal para casarse con el rey Emanuel.

—La última noticia que tuve de Emanuel es que estaba casado con mi hermana María —dijo Juana, ciñéndose a los hechos.

—La tía María murió hace tiempo, mamá.

—¿Ves como nadie me cuenta nada?

Entraron en las habitaciones de Juana, llamando a la fiel María. Al principio solo vieron un bulto de ropa en el suelo.

—Dios mío, no. Catalina, ve a avisar a mi médico.

Una voz muy débil salió del bulto.

—No, dejadme ver a esta dulce niña.

Le pusieron unos almohadones debajo de la cabeza, y Juana la cogió de las manos.

—Marta, querida amiga, ¿qué te ocurre?

—Nada, pasará enseguida. Tengo punzadas desde hace unos días. Pero aquí está nuestra Catalina, que ha vuelto sana y salva. Dios ha escuchado mis oraciones. Espero que escuche también las demás y castigue a quienes han tenido la maldad de hacer una cosa así.

Jadeando y contrayendo el rostro de dolor, Marta soltó las manos de la reina para apretarse el pecho. La devota amiga y confidente de Juana esbozó luego una leve sonrisa y murió en silencio.

CAPÍTULO 42

—*¡E*n verdad que sois capaz de poner a prueba la paciencia de un santo! —el marqués de Denia, un hombre delgado y de aspecto resentido, cerró de golpe la puerta por la que acababa de entrar, se cruzó de brazos y lanzó a Juana una mirada furibunda.

—¿Y qué sabéis vos de los santos y su paciencia? Muy poco, por no decir nada, marqués. Pero no hay ningún motivo para tanto alboroto. Simplemente os he llamado como en otras ocasiones, tantas que ya he perdido la cuenta, para que me acompañéis al convento. ¿Quizá esta vez tengáis la amabilidad de complacerme? Por favor, no volváis a poner la pobre excusa del mal tiempo, porque hace un día espléndido.

Juana se acercó a la ventana y miró a las criadas de la cocina, atareadas en ese momento en arrojar los desperdicios a un montón de basura que no paraba de crecer. Incluso esta imagen era preferible a la de su «carcelero».

Habían pasado dos años desde que Denia sustituyó a Hernán Duque. Lejos de tener su propia corte, una vez más recluyeron a Juana en las habitaciones de la parte de atrás del palacio, donde vivía prácticamente aislada. Era cierto que Catalina disfrutaba ahora de una vida mejor. Contaba entre sus cortesanos con jóvenes pajes y damas de compañía. Había banquetes, bailes y paseos a caballo por el campo, y todo esto se lo contaba alegremente a su madre cuando le permitían verla.

Juana no gozaba de un solo privilegio; es más, no tenía libertad. No se daban razones ni explicaciones.

Se había vestido para salir, con manto y capucha, animada por la sensación de que aquel era un día muy especial. Llevaba también un vestido limpio y recién planchado.

Sin disimular su contrariedad, Denia contestó:

—¿Cuántas veces tengo que deciros que soy yo, no vos, quien decide si podéis salir de palacio? Hoy no iréis a ninguna parte.

—Entonces, os ordeno que vengan los nobles, en cuanto les sea posible, para que vean el trato que recibo. Quiero que presencien con sus propios ojos que me tenéis aquí prisionera. —Una y otra vez había exigido la presencia de los nobles, de alguno de ellos, sin conseguirlo hasta el momento.

—No es de su incumbencia —replicó bruscamente Denia—. Ellos no pueden hacer nada por vos. Estoy cansado de repetirme, pero os recuerdo una vez más que sigo órdenes de vuestro padre, y los nobles no son quiénes para cuestionar su autoridad.

Juana arrugó la frente, desconcertada, y se esforzó para mirar a Denia y buscar en su rostro una posible aclaración, alguna pista que diera sentido a lo que acababa de decirle. Lamentó que Marta no estuviera con ella para confirmarle que el rey Fernando había muerto.

—¿Otra vez decís que son órdenes de mi padre?

—Si tengo que repetirlo: sí, lo son.

—Marqués, los dos sabemos que mi padre murió hace tiempo.

—No es cierto. Vuestro padre vive. Esa es la verdad.

—Mi hijo Carlos vino aquí porque...

—Porque —la interrumpió Denia, deseando terminar de una vez por todas con aquella sarta de mentiras— quería interceder por vos personalmente. Deseaba abogar por vos ante vuestro padre.

—Y ¿dónde está mi hijo ahora? —preguntó Juana, tratando de comprender.

—Vuestro hijo está en Aragón. Pero no entiendo por qué perdemos el tiempo hablando de estas cosas. He tenido que dejar mi trabajo, correspondencia importante, para venir a veros.

—Volved entonces a vuestra tarea, marqués, y, de paso —haciendo un esfuerzo supremo para combatir su desánimo, se quitó el manto y la capucha, aunque no los soltó de las manos, por si aún quedaba alguna posibilidad de que Denia cambiase de opinión en el último momento—, escribid a mi hijo y hacedle saber que su madre, la reina, insiste en que él o alguno de sus representantes vengan a... A... —¿A qué?, se preguntó.

—La razón por la que estoy aquí, la razón por la que he tenido que desatender mi trabajo no tiene nada que ver con vuestras salidas y tampoco con el trato que recibís. He venido por vuestra conducta con los sirvientes. Se han quejado.

Juana lo miró con incredulidad.

—¿En la vida he oído cosa igual! Los sirvientes quejándose de su señora. ¿Qué es esto? —Era todo muy complicado. Primero la confusión sobre su padre y ahora esta exigencia de rendir cuentas a sus vasallos.

—Os habéis conducido de una manera vergonzosa. Os habéis atrevido a lanzarles platos.

—¿Cómo que me he atrevido? ¿Quién se ha «atrevido» a cuestionar mis actos?

—Deberíais avergonzaros mil veces. Me imagino lo que diría vuestra madre si lo supiera. Ella jamás se habría rebajado de esa manera.

—Marqués, mi madre disfrutaba del lujo de vivir rodeada de servidores de su propia elección. A mí se me niega. Tengo que soportar a los que vos me imponéis. Es su conducta la que deberíais cuestionar. —Su voz se volvió más fuerte y áspera. Estaba furiosa por tener que justificarse—. Son insolentes y se niegan a obedecer la más sencilla petición. Me hablan como si fueran mis iguales. Me dan la espalda y me ignoran cuando no quieren escucharme. Tengo todo el derecho a estar enfadada. Además, pregunto, ¿por qué tengo que daros explicaciones? Parece que todo el mundo ha olvidado que soy la reina.

—En ese caso, será mejor que empecéis a comportaros como una reina cuanto antes.

Juana hizo un esfuerzo inmenso por dominar su ira. Decidió probar una táctica distinta.

—Hay una manera muy sencilla de resolver la situación —dijo. Sonrió y habló con voz suave y aduladora—. Permitiréis que cuente con una sirvienta de mi elección, para sustituir a la irremplazable Marta. Me acompañaréis al convento de vez en cuando y sobre todo esta semana, por ser Semana Santa. Con estos dos pequeños favores, marqués, enseguida veréis lo contenta y amigable que puedo ser. La vida será mucho más fácil para todos nosotros.

Pero ninguna de sus peticiones era aceptable. Denia había tenido que despedir a todos los criados elegidos por Hernán Duque, porque chismorreaban en la ciudad cuando iban a visitar a sus familias. Tal como había informado al rey Carlos en una carta: ... hablaban de cosas de las que no debían y contaban cuentos que no deberían salir del palacio. También los habían acusado de llevar a la reina noticias del mundo exterior, mientras él hacía cuanto estaba en su mano para mantenerla en la ignorancia.

En cuanto a permitir que Juana visitara el convento de Santa Clara, eso estaba fuera de lugar. Se encontraría con gente de la ciudad y ¿quién sabía lo que podía decir o hacer? Ya había demasiadas sospechas en Tordesillas sobre las circunstancias que rodeaban a la reina y su aparente reclusión forzosa, y era a Denia a quien acusaban de tenerla prisionera. La presencia de Juana quizá lograra disipar estas creencias, pero el riesgo era demasiado grande.

—Sabéis que no puedo hacer nada más que obedecer las órdenes de vuestro padre, hasta que él decida venir o responda a alguna de mis peticiones por escrito... —En su afán por engañarla había magnificado la mentira.

—Entonces, escribid a mi padre —dijo Juana, en el mismo tono amable y suave—. Decidle que quiero salir de este lugar donde se me ha encerrado como a una prisionera y no se me permite ver a nadie. Decidle que quiero ir a Valladolid y reunirme con los nobles, para que me aconsejen y me pongan al corriente de lo que sucede.

—Escribid vos, ¡es vuestro padre! —vociferó Denia.

—Os lo ordeno, marqués.

Denia cambió de tema.

—Os agradecerá saber que, desde hoy mismo, voy a permitir que instalen un altar en el corredor.

—Me abruma vuestra amabilidad. Vais a permitirme que salga un rato de mi habitación para oír misa en el pasillo. Y ¿me daréis dinero para la limosna? Sería un gesto espléndido de vuestra parte. ¿Necesito recordaros que es de mi dinero del que hablo?

—¡Por el amor de Dios! —protestó el marqués—. ¡Estoy cansado de estas continuas quejas! —Buscó el monedero, sacó unas monedas y las lanzó sobre la mesa.

—Quiero hablar con mi tesorero sobre mi dinero.

—No se os permite. Asunto concluido. Ya he perdido demasiado tiempo, y mi tiempo es muy valioso. Debería estar ocupándome de cuestiones importantes.

—Quiero ver a Catalina.

—¡Eso es absurdo! Ya os he dicho que está a salvo y está bien. Seguro que la oís desde aquí, y también a sus cortesanos. Que vuestro padre se haya llevado a Flandes a vuestro hijo Fernando no significa que vaya a robaros a vuestra hija. Le diré que venga a veros cuando tenga tiempo.

—Y ¿qué hay de mi dolor de muelas? ¿Cuánto más tengo que soportarlo? ¿Os estáis ocupando de eso? —Juana se despreció, consciente de que parecía cada vez más infantil con aquellos intentos para que se le concediera al menos una de sus peticiones.

—Dios santo. A todo el mundo le duelen las muelas —dijo Denia, por encima del hombro, cuando ya se retiraba.

Juana se quedó sola, sin moverse del sitio y sin soltar el manto y la capucha hasta pasado un rato.

—Puede que hayas ganado esta batalla —dijo por fin, levantando la barbilla a la puerta cerrada, con gesto desafiante—, pero la guerra aún no ha terminado.

* * *

El marqués regresó a su escritorio, envuelto en su lujosa túnica forrada de piel y en su importante función como único representante en Tordesillas de su señor, el rey Carlos I de España, el sacro emperador romano Carlos V. Tenía que escribir todas las cartas de su puño y letra, y normalmente en código secreto.

Repasó las pocas líneas que había redactado antes de visitar a Juana. «En Valladolid y Medina, como en otros lugares, todo el mundo dice que la reina está prisionera, y hay quienes piensan en liberarla y llevarla a Valladolid. Ella, como es natural, no cesa de quejarse... —Hundió la péñola en el tintero y prosiguió—: Me he visto interrumpido por una llamada de ella. Quiere que escriba a su padre de inmediato (le he repetido que debe seguir aquí, por voluntad de su padre, y que nada puede hacerse sin que él lo autorice). No deja de preguntar por Catalina y teme que su padre pueda raptarla. Me pide dinero desde hace tanto tiempo que hoy por fin le he dado unas monedas. Con eso se tranquilizará de momento. He decidido permitirle que oiga misa en el corredor, pues lleva meses protestando y despotricando con un lenguaje atroz, y me he visto en la obligación de acceder. Esto no significa que no pueda negarle este privilegio en el futuro, como forma de castigo, si fuera menester. Hoy, además de airada, ha dado muestras de su astucia. En cierto momento ha logrado desarmarme, y casi me he visto tentado a permitirle una salida. Lo cierto es que tengo que armarme de ingenio, pues puede llegar a ser muy lista. En la ciudad se dice, cada vez más y en voz cada vez más alta, que la tengo prisionera. Tal vez debierais considerar la situación».

Firmó, espolvoreó la tinta con arena, dobló y selló la carta antes de reclinarsse en el asiento, complacido con su trabajo de aquella mañana.

CAPÍTULO 43

- **A**na, los franceses probablemente dirían que esto es un *déjà vu* —dijo Juana, mientras torcía la boca y negaba con la cabeza.

Ana, la malhumorada sirvienta, una mujer de mediana edad rechazada por la marquesa de Denia como doncella propia, dio los últimos toques al vestido de Juana.

—¿Disculpad? —preguntó, cortando la hebra y alisando el corpiño por el lado que había terminado de coser.

—Nada, nada; solo un sinfín de pensamientos —suspiró Juana, que no quería reconocer que algunos de ellos la asustaban.

Prendieron los broches de piedras preciosas a intervalos regulares en la parte visible de las mangas de la camisa antes de ponerle las propias mangas con cuidado y ahuecarlas entre los broches. La única joya que lucía, aparte de estos, era el rubí que le había regalado su madre, con su cadena de oro.

Juana tocó los broches y el collar, y acarició a continuación el ribete de oro de la capucha. Las palabras se le escaparon de repente:

—Tengo miedo. No me atrevo a pensar que esto vaya a ocurrir. Me he preparado demasiadas veces para...

La marquesa de Denia llegaba entre un frufrú de suntuosos brocados.

—Mi marido, el marqués, está esperando. ¿Todavía no estáis preparada? Daos prisa.

Juana se mordió la lengua, en lugar de vengarse con algún comentario sarcástico. No quería dar pie a una confrontación y tampoco ser la culpable de estropear lo que aún podía ser un día de gratas sorpresas. Estaba decidida a que fuese un día especial. Asombrosamente, al cabo de tanto tiempo, alguien había venido a visitarla.

Se estudió en el espejo. Fue una mujer mayor la que le devolvió la mirada. Tenía cuarenta y dos años, y el último se había cobrado un alto precio. El pelo, que asomaba por debajo del borde de la capucha, era casi gris y había perdido el brillo por completo. Tenía arrugas profundas en la frente y las mejillas. Los ojos estaban llenos de sospecha y recelo; los labios, caídos, en un gesto de rabia y amargura.

Juana le habló a su imagen:

—Denia debe de creer que la ocasión es importante, para permitirme que luzca mi mejor vestido y reciba una visita; una visita, por fin. Ah, tengo mucho que decir y preguntar. Aunque podría tratarse de algo malo, incluso peor que nunca. O quizá sean noticias trágicas. No, eso no lo creo: a Denia le habría encantado dárme las personalmente.

La marquesa empezó a taconear con impaciencia, tentando a Juana a detenerse unos instantes más a contemplar su aspecto y hacerse sus preguntas.

Tocó el rubí que llevaba en el pecho y que tenía por su talismán, buscando que le infundiera valor.

—Estoy preparada —dijo.

La marquesa decidió no esperar más, y ya había desaparecido. Los días en que aún tenía la deferencia de esperar a su reina o inclinarse a su paso habían quedado atrás. Juana echó a andar despacio, disfrutando del lujo de las faldas, amplias y pesadas, saboreando la sencilla libertad de pasear por el corredor sin vigilancia, sabiendo que nadie la arrastraría por la fuerza para llevarla de nuevo su habitación. Por fin estaba haciendo algo que le habían negado desde hacía mucho tiempo: ¿cuánto?

A veces, atraída por la música y la risa o las voces felices que llegaban del gran salón, Juana había corrido por esas mismas baldosas, desesperada por ver a Catalina y su corte de jóvenes cortesanos bailando. Cuando la suerte estaba de su parte, conseguía ver a las parejas, formadas en fila y vestidas con espléndidos colores, que marcaban majestuosamente los pasos de una pavana; o, mejor aún, veía a su hija interpretar una gallarda con su pareja de baile, ejecutando los pasos rápidos con pies delicados, ligera como una pluma. Pero siempre la descubrían y la llevaban a empujones a su habitación. De todos modos, estas imágenes de su hermosa hija eran un tesoro que la ayudaba a soportar en los días siguientes el trato cruel y las magras raciones de pan y agua, y también seguían con ella cuando la interminable sucesión de los días en soledad se volvía casi insoportable.

Pero incluso en este momento, mientras saboreaba la libertad, el miedo, que nunca estaba demasiado lejos, amenazaba con invadirla. Quienquiera que viniese a visitarla, venía únicamente para mofarse de ella y ridiculizarla. Alguna intención perversa tenía el marqués para haberla obligado a vestirse así, de eso no cabía la menor duda. Su régimen habitual ya no le bastaba y buscaba otro modo de diversión.

Apretó el rubí, su talismán.

—Buen Dios, no sé cuánto más tormento puedo resistir.

* * *

Un arzobispo y su pequeña corte de clérigos la esperaban en el salón con el marqués y la marquesa, acompañados de todo su séquito.

Todos saludaron con una profunda reverencia, y el arzobispo se acercó a continuación para arrodillarse delante de ella.

—Alteza real —dijo, con voz grave y meliflua. Y se inclinó para besar la mano de Juana.

—Por favor, levantaos, arzobispo. —Estaba nerviosa con aquella exhibición de respeto y miró alrededor con inquietud—. Veo, por vuestras vestiduras —dijo, con una voz ridícula, demasiado alta—, que sois un arzobispo. —Se enfadó consigo misma por decir semejante estupidez.

—Soy el arzobispo de Granada. El regente, Adriano de Utrecht, me envía a Castilla con este Consejo de Estado —dijo, señalando a su séquito— para rogar una

audiencia.

Adriano de Utrecht. Sí, conocía ese nombre, pero ¿cómo es que era el regente? Y ¿hablaba el arzobispo de una audiencia con ella?

—Tal vez esté algo sorda. Os pido, por favor, que repitáis lo que habéis dicho.

—Venimos a rogar audiencia, en nombre del regente, mi señora.

Juana cerró los ojos para sopesar estas palabras. Venían a rogar audiencia con ella. Era ella la que rogaba audiencias desde hacía años y años. No tenía sentido. Sin embargo, alguien solicitaba ser escuchado y por tanto no había tiempo que perder, tenía que decir algo. Había errores que reparar, pero debía actuar con cautela y no hacerse demasiadas ilusiones.

—Alteza —la voz de Denia interrumpió sus reflexiones—. El protocolo de una audiencia real exige que el Consejo esté sentado. Pediré unas sillas en vuestro nombre.

—Marqués —replicó Juana con frialdad—, os recuerdo que el protocolo exige una silla para el arzobispo y bancos para los consejeros. Siempre se ha hecho así, desde los tiempos de la reina Isabel la Católica, que Dios guarde en su gloria.

Cuando se dirigía al trono, con aire digno y solemne, le hizo gracia que alguien hubiese logrado encontrar el dosel con su escudo de armas y, por unos instantes, acarició la improbable posibilidad de que Denia lo hubiese guardado a buen recaudo para un momento como aquel.

Sonrió, disfrutando de la actuación, y se sintió como en un sueño en el que era actora y espectadora al mismo tiempo.

—Mi señora —el obispo estaba inquieto por empezar—, Castilla está en riesgo y venimos a rogaros, como reina, que firméis este decreto, para sofocar la peligrosa revuelta que cobra fuerza por momentos. Bastaría con que estamparais vuestra firma aquí —hizo una señal, indicando que le llevaran el documento—; eso nos facilitaría mucho la tarea. No hay tiempo que perder.

—No puedo. Debéis pedirle a mi padre que firme el edicto: su palabra tendrá mucho más peso que la mía —fue su respuesta.

El arzobispo, que estaba a punto de presentar el documento a Juana, no supo qué hacer. Denia le había explicado que estaba loca, pero si la trataban como a una reina y representaban la farsa de que esta audiencia real era un procedimiento normal y corriente, no habría contratiempos, ella firmaría la orden y él podría retirarse.

Aunque estaban hablando de recabar la firma de un difunto, y eso era sin duda un indicio de locura, el arzobispo debía encontrar el modo de que Juana comprendiese que su padre había muerto y solo ella tenía poder para emitir un edicto. Necesitaba su firma.

—Mi señora, tengo el triste deber y el enorme pesar de recordaros que vuestro padre falleció hace algún tiempo.

—No puede ser. Denia os dirá que aún vive. Así me lo ha dicho en numerosas ocasiones.

Todas las miradas se volvieron a Denia. El marqués se inclinó y sonrió con benevolencia.

—Es cierto que os lo he dicho. Creía que así sosegaría vuestro espíritu.

—No es así como yo lo recuerdo en absoluto. Y me sorprende que alguna vez os haya preocupado mi bienestar. Pero dejemos eso. Si, como decís, mi padre está muerto, entonces el obispo debe acudir al príncipe.

—No es al príncipe Fernando a quien necesitamos —replicó el prelado.

—Evidentemente, no hablo de Fernando —fue la airada respuesta de Juana, enfadada porque todos parecían empeñados en confundirla—. Me refiero al príncipe Carlos.

—Disculpad el malentendido. Es que Carlos, vuestro hijo, es nuestro rey, no un príncipe.

Juana los miró alternativamente, intentando recordar si debería saber todo esto. Estaba convencida de que seguía siendo la reina, y por tanto, tenía que haber un príncipe. Y ¿no había ido el príncipe a ver a su padre, para interceder por ella; o de verdad su padre había muerto?

El arzobispo continuó:

—El rey Carlos está en Austria, mi señora, desde que murió su abuelo, el emperador Maximiliano, que en paz descansa.

—Marqués, tenemos que hablar. —Juana estaba sumida en un tumulto de dudas. ¿Dónde estaba la verdad?—. Creo que me habéis engañado desde hace tiempo. Ahora, en presencia de estos caballeros, quiero que habléis con franqueza. En primer lugar, ¿está muerto mi padre, y así lo juráis?

—Vuestro padre está muerto. Yo mismo acompañé sus restos mortales para darles sepultura junto a los de vuestra madre. —Inclinó la cabeza y suspiró.

Su actitud servil repugnó a Juana. ¡Cuánto lo despreciaba! Pero tenía que concentrarse.

—¿Cuándo murió?

—Hace cuatro años, señora.

—Y el emperador Maximiliano, ¿también ha muerto?

—También, tristemente. El rey Carlos ha sido elegido emperador del Sacro Imperio Romano.

—¿Cuándo murió Maximiliano?

—El año pasado, señora.

—Sin embargo, marqués —se le atragantaron las palabras, en la impaciencia por confrontar públicamente a su torturador con las infamias que había cometido—, durante años habéis tratado de persuadirme continuamente para que escribiese a dos hombres muertos, a mi padre y al emperador. ¿Por qué me habéis engañado con esa crueldad?

No se oía un solo ruido, nadie hizo el más leve movimiento, todas las miradas se habían posado en Denia. El arzobispo y sus consejeros esperaban en silencio. La

vergüenza se palpaba en el ambiente como un calor sofocante, como el sol de agosto en las llanuras que rodeaban la ciudad, como el denso y plomizo bochorno que precede a la tormenta.

—No os he engañado. Os aseguro que solamente buscaba distraer vuestra atención.

—Buscabais impedirme que exigiera justicia, marqués. —Se volvió a los demás, temblando de ira, y trató de explicarse—. Creedme, arzobispo, si os digo que todo lo que estoy viendo y oyendo aquí es como una extraña pesadilla. Tiene que serlo... Ah, han pasado tantos años que he perdido la cuenta. Da igual. Fue en Flandes, hace mucho tiempo, donde empezó todo. Fue allí donde empezaron a mentirme, y desde entonces he vivido rodeada de embusteros. Nadie me ha contado la verdad. Y ahí tenéis al mayor mentiroso de todos: ese hombre. —Señaló a Denia con un dedo largo y delgado, sin apartar la mirada del arzobispo—. A lo largo de todos estos años he sufrido malos tratos, pero tampoco en esto hay nadie que supere al marqués. Ha demostrado ser un maestro en el engaño y la crueldad.

Aunque la situación era de lo más inquietante y tal vez precisara una investigación, el arzobispo quería volver a su urgente cometido antes de perderse por completo en aquel lodazal que no tenía atribuciones para resolver.

Juana hizo un esfuerzo desesperado para aclarar sus ideas y sacar el mayor provecho de la audiencia mientras durase, pues bien podía ser que nunca hubiese otra. Necesitaba concentrarse.

—Mi señor, decidme una vez más el motivo por el que habéis venido.

—Hay una revolución en Castilla. Vivimos tiempos muy peligrosos.

—Ya lo recuerdo. Y queréis que firme un real decreto para sofocar la rebelión.

El obispo y sus acompañantes elevaron al cielo una oración de gracias. Las aguas volvían a su cauce; casi habían conseguido cumplir su misión. Una vez más se pidió el documento y se le ofreció a Juana.

Juana lo miró unos instantes antes de desplegarlo.

—Caballeros, debéis saber que durante años no se me ha permitido siquiera dar la orden de que abriesen la puerta de mi habitación. Así pues, debe pareceros tan irónico como a mí que ahora se me pida que ordene a miles de hombres que depongan las armas. Antes de que respondáis, tengo algo más que añadir, y el marqués lo sabe muy bien. Llevo años pidiéndole que escribiese a los nobles o a algún miembro de las Cortes, para rogarles que me visitaran y me pusieran al corriente de lo que estaba ocurriendo en mi querido país. El marqués siempre respondía a mis peticiones con excusas, cuando no se negaba directamente. Los nobles, me decía, no estaban aquí, estaban enfermos, demasiado ocupados, se encontraban con el rey, había una epidemia. Por eso no tengo la menor idea de cuál pueda ser este peligro al que os referís ni quiénes sus responsables. Decís que no hay tiempo que perder y yo tengo mucho que aprender. Pongámonos a la tarea de inmediato.

Denia se enfureció. Su plan había fracasado estrepitosamente. Pensaba complacer

a Juana, vestirla para la ocasión, permitir que se sentara en el trono, que experimentase el poder de firmar un decreto importante y llevarla de nuevo a sus habitaciones. En lugar de esto, ella lo estaba dejando en ridículo y presentándolo como un villano. ¡Cómo se atrevía!

El arzobispo estaba incómodo. Esperaba que el trámite fuera sencillo. Le habían hecho creer que, por su estado anímico, Juana firmaría cualquier documento que le pusieran delante. Sin embargo, acababa de pisar y agitar un avispero; y la cosa no terminaba ahí, ya que ahora se veía obligado a dar explicaciones y revelarlo todo. Tenía que escoger las palabras con cuidado, pues la reina había dado muestras de que, probablemente, era capaz de comprender la situación.

—Señora, desde hace algún tiempo ha habido pequeñas desavenencias entre la gente de España y los cortesanos que acompañaron al rey Carlos cuando vino de Flandes.

—Supongo que son más que pequeñas desavenencias, sobre todo si los flamencos ocupan puestos importantes en el gobierno.

—Vuestro hijo necesita rodearse de personas de su máxima confianza.

—¿Como Chimay? —Era un nombre del que no se había acordado desde hacía tiempo.

—Y su canciller de Brujas, *monsieur* Salvagio, y el sobrino de Chimay, el arzobispo de Toledo.

Juana agrandó los ojos, sin dar crédito. Una vez más se desobedecía todo lo que su madre había expresado en sus últimas voluntades.

—Basta. No citéis más nombres. Habladme mejor de los errores que han cometido esas personas para causar tanto malestar en mi país.

—Ningún error, señora. Se han limitado a actuar como cualquier consejero de un soberano. Han aplicado impuestos y exigido dinero para costear el mantenimiento de la casa real, su servidumbre, el ejército y sus oficiales.

—Eso no es suficiente para suscitar una rebelión entre mis compatriotas, a menos, claro, que las sumas fueran excesivas.

El arzobispo decidió no responder a esto.

—También causó gran malestar el nombramiento de Adriano de Utrecht para el cargo de regente —dijo.

—¿Por qué iba a provocar esta designación más resentimiento que otras?

—Algunos dicen que el rey hizo solemne promesa de no ofrecer más cargos a extranjeros.

—¡Y un rey debe cumplir su palabra! —Se enfureció al pensar que no conocía a ningún rey, incluido su padre, que lo hubiese hecho nunca. Se inclinó hacia el arzobispo—. Sin embargo, ¿hay asuntos todavía más graves?

El arzobispo no quería que Juana hiciese preguntas, sino que se limitara a escuchar y dar su consentimiento cuando procediera.

—En realidad se trata de un contratiempo, un desafortunado contratiempo. Al

morir el emperador, el rey Carlos no tuvo más remedio que emprender su campaña electoral, y eso cuesta mucho dinero.

—Lo que estáis diciendo es que España ha tenido que pagar cuantiosos sobornos. El arzobispo se estremeció ante esta réplica tan contundente.

—No es así como se entienden ese tipo de transacciones. Además, el rey tenía que ir a Flandes. Necesitaba barcos y soldados, y eso tiene un coste enorme.

—Y ¿me estáis diciendo que todo lo pagó España, o también Flandes ha compartido los gastos?

—España, señora. —La conversación no iba por buen camino.

—Y ¿qué hay del gobierno de este país? ¿Se ha ocupado alguien de las necesidades de España desde que murió mi padre?

—Muchas cosas, por fuerza, han tenido que aplazarse hasta que regrese el rey Carlos. Mientras, Adriano de Utrecht y otros...

—No es necesario que sigáis, arzobispo. Veo que la dificultad es doble. En primer lugar, tenemos a mis súbditos heridos en su orgullo de españoles, pisoteados y saqueados por unos extranjeros. En segundo lugar, hemos perdido el dominio de nuestro destino y son los extranjeros quienes se han hecho con todo el poder. España ya no es para los españoles. No me sorprende que haya cundido el malestar. Esto no es una revuelta de la gente sencilla, ¿verdad que no, arzobispo?

—Señora, son un grupo de procuradores y nobles que están equivocados. De todos modos, da lo mismo quiénes sean —añadió, echando humo—, sigue siendo traición. Naturalmente, cuentan entre sus filas con una chusma de descontentos de toda especie. Los rebeldes se reunieron en Ávila el mes pasado para anunciar el derrocamiento de Adriano y su Consejo, y proclamar que ellos, este grupo de traidores que se hacen llamar la Alianza de los Comuneros, son el único gobierno legítimo.

—Y ¿Ávila es suya?

—Lo es.

—¿Es la única ciudad que han tomado?

El arzobispo estaba furioso por la posible necesidad de revelar el verdadero alcance de la sublevación, y se ciñó a describir la situación en Castilla.

—No, la revuelta se ha extendido a Toledo, Madrid, Segovia, Salamanca, Zamora, León, Valladolid y Burgos. Lo único tranquilizador, en circunstancias tan preocupantes, es que os reconocen como única soberana de España y solo a vos entregan su lealtad. Por eso estoy aquí. Respetarán vuestra firma. Vuestro nombre es suficiente para ellos. La salvación del país está en vuestras manos. Vuestra firma obraría un milagro superior a cualquiera de los que hizo san Francisco. Os ruego, por favor, que firméis.

Juana desplegó el decreto, y esta vez lo estudió.

—Arzobispo, me habéis dado mucho que pensar. Coincido con vos en que nos enfrentamos a tiempos muy difíciles; sin embargo, no corremos un peligro inminente

si, como decís, me han jurado lealtad. Creo que debemos cuidar algo más la redacción de este documento, que debemos ser más concretos en la exposición de nuestras intenciones y en la manera en que nos proponemos alcanzarlas. La declaración no debería ser tan vaga. Preparad otra y traédmela mañana. Podéis retiraros.

Antes de que el arzobispo hubiera salido, Juana se asomó a la ventana para contemplar el río y el espejismo que producía el calor en las llanuras, hasta el horizonte lejano, donde se encontraba Medina del Campo, escondida por la calima. Con cada aspiración se impregnó de la calidez y la libertad de la tierra, de su tierra.

Sin volver la cabeza, se dirigió a Denia:

—No se ha mencionado a Medina. ¿Con quién se ha aliado Medina?

—Con nadie. Medina se ha perdido.

—Hablad con claridad por una vez.

—Necesitábamos más munición para combatir a los rebeldes en Segovia e intentamos sacarla del arsenal de Medina. Los medinenses cometieron la estupidez de negarse a entregarla, alegando que no permitirían que las armas españolas se emplearan contra los españoles. No tuvimos más remedio que prender fuego a algunos edificios, para demostrar lo que les ocurre a los traidores. Por desgracia, no fue posible dominar el incendio, y más de tres cuartas partes de la ciudad han quedado destruidas.

La noticia causó una honda tristeza en Juana, por Medina, la querida ciudad de su madre, y por España en su conjunto. Medina era un mercado internacional. Allí se concentraba buena parte de la riqueza de Castilla: oro, plata, sedas, brocados, perlas. Todo esto se había perdido.

El marqués interrumpió sus reflexiones.

—Es muy grave. Y todo lo han provocado los rebeldes.

—Ya veremos de quién es la culpa en realidad. Puedes retirarte.

¡Lo había despedido! Se felicitó. Era libre hasta el día siguiente.

Necesitaba consejo, antes de reunirse de nuevo con el arzobispo, porque la situación era complicada y peligrosa. No tenía a quién acudir, aparte de su confesor y confidente, el hermano Juan. Y, a falta de juristas, quién mejor que él: el franciscano era un hombre honrado y de buen juicio.

CAPÍTULO 44

*H*abían transcurrido cuatro días desde la primera visita del arzobispo, y en cada reunión sucesiva este había presentado una nueva redacción del real decreto. Ninguna satisfacía a Juana, ninguna respondía plenamente a las quejas del pueblo español. El hermano Juan había sido de gran ayuda, pero Juana lamentaba profundamente no contar con doctores de la ley.

Estaba en la galería, contemplando las llanuras bañadas por el sol de la mañana que se extendían hasta Medina del Campo, la pobre Medina arrasada, y repasando las audiencias que había celebrado con el arzobispo y sus clérigos de hábito negro, que acechaban como cuervos para hacerse con el decreto y llevárselo como un trozo de carroña.

No sabía si reír o llorar. ¡Qué situación tan ridícula! Era extraño discutir con el arzobispo el futuro de España en una ciudad diminuta, anodina y apartada, cuando él representaba a un regente sin poder y ella, recién liberada de su cautiverio, no contaba con la información suficiente y se sentía insegura.

De todos modos, le agradaba mucho esta nueva función. Era una satisfacción inmensa sentirse adulada, observar los sinceros esfuerzos de la gente por complacerla; a fin de cuentas, así se trataba a los monarcas.

Una nube de polvo gris crecía a lo lejos. De su centro surgió poco después una enorme línea de jinetes al galope, hacia Tordesillas. ¡Un auténtico ejército!

Oyó a sus espaldas un carraspeo de cortesía.

—¿Estáis preparada para conceder audiencia?

Era su confesor quien lo preguntaba, y, de no haber sido porque se trataba de un solemne hombre de la Iglesia, Juana habría asegurado que el fraile sonreía de oreja a oreja.

—Hermano Juan, parece que tenemos más visitas en busca de favor —dijo, señalando a los jinetes.

—Vuestra alteza es muy popular.

—Tengo curiosidad por ver qué propone hoy el arzobispo.

—Nunca se sabe. Es el magistrado de la ciudad quien solicita audiencia.

Eso era imposible.

—¡Pero Denia nunca permitiría al magistrado entrar en palacio!

—Precisamente por eso, mi señora. —Y sí, sonrió de oreja a oreja.

El magistrado se postró sobre una rodilla, con una mezcla de júbilo y temor en el rostro de anciano y la voz temblorosa.

—Alteza, las gentes de Tordesillas se han liberado del yugo de los ministros del rey. Os pido que vengáis al patio para ver y oír a vuestro pueblo.

No tuvo que pedírselo dos veces. Su pueblo estaba ahí, en el patio.

Salió a la galería, donde la recibió un estruendo de trompetas y tambores, un frenesí de vítores y un baile de colores y destellos: las mujeres agitaban ramos de flores o chales de alegres motivos, las alabardas refulgían, engalanadas con cintas: eran demasiadas sensaciones de golpe. Estaba conmocionada, después de tantos años de silencio, pasados sin alegría ni color en unas habitaciones tan sórdidas, y tuvo que apoyarse en la pared, cerrar los ojos y protegerse los oídos del ruido.

Un silencio incómodo recorrió a la muchedumbre. Todos miraban hacia la galería, nerviosos y expectantes.

Juana se movió por fin.

El magistrado se arrodilló a sus pies.

—Mi señora —dijo con voz sonora—, ¿tendríais a bien recibir a don Juan Padilla, capitán de la Alianza de los Comuneros?

La espera se hacía insoportable.

Juana se ahogaba de indecisión. No estaba hecha para tomar decisiones: las aborrecía. Esta era la más importante que se le había pedido jamás. Si decía que no, ¿negaba a su pueblo los derechos por los que estaba peleando, ayudaba e instigaba a los odiosos flamencos? Si decía que sí estaría dando un paso sumamente arriesgado, poniéndose abiertamente de parte de los rebeldes, de quienes se oponían a la regencia y al gobierno. No contaba con nadie que la aconsejara. ¿Dónde estaba su tío, dónde el condestable? Una voz del pasado le indicó cómo actuar, al recordarle la existencia de la otra Juana.

Tomó su decisión. Asintió para dar su aprobación.

El clamor de los vítores envolvió las columnas, rebotó en los muros, se elevó en el aire y arrolló a Juana en su veloz carrera.

Un caballero se separó de un pequeño grupo congregado a los pies de la escalera para arrodillarse delante de la reina, arrancando con este gesto una nueva oleada de júbilo.

—Alteza real, comparezco ante vos para concederos vuestra libertad y rendiros todos los honores como reina. Estamos aquí para servirlos mientras nos quede una gota de aliento en el cuerpo.

—Sois más que bienvenido, don Juan Padilla. Que España y yo os encontremos tan leal como lo fue vuestro padre. Dios sabe que necesitamos hombres como vos. Decidid quiénes de vuestro grupo deben acompañaros al gran salón, donde os recibiré con sumo agrado.

Una nueva ovación de entusiasmo rasgó el aire. Nunca se había sentido Juana arropada por una oleada de afecto tan cálido. Daba ya media vuelta, dispuesta a retirarse, cuando se detuvo un buen rato a contemplar a quienes se habían congregado para desearle lo mejor. Jamás olvidaría este momento. Todos sus recelos por haber venido a Tordesillas se disiparon completamente. Estaba en su casa. Estaba entre gente buena, honrada y decente, en aquella valerosa y pequeña ciudad construida

sobre un cerro.

* * *

Prepararon la estancia precipitadamente. Como nadie sabía con exactitud cuántas personas iban a participar en la audiencia, dispusieron varios bancos alrededor de las paredes.

Juana volvió a sentarse en el trono, bajo palio, disfrutando de verdad con este nuevo estado de las cosas, saboreando una vez más los momentos vividos junto a las escaleras y escuchando de nuevo las alabanzas de la multitud.

Padilla encabezó la fila de caballeros en solemne procesión.

—Alteza, estos señores son mis compañeros de alianza. Os ruego que los recibáis. —Y los presentó entonces—: Don Juan Bravo, don Juan de Zapata, don Pedro Maldonado y el doctor Alonso de Zúñiga. Estamos aquí para defenderos y cumplir vuestras órdenes.

Todo era desconcertante y maravilloso. Detrás de los cuatro líderes, la estancia estaba llena de súbditos leales, sus súbditos, impacientes por servir a su reina. No podía ocultar su felicidad.

—Caballeros, vuestra presencia me complace enormemente. —Pero el momento exigía seriedad y un gran esfuerzo para concentrarse en el asunto que tenían entre manos—. Debéis explicarme las circunstancias que os llevaron a crear esta alianza. Y luego debéis exponerme con claridad cuáles son vuestras intenciones, pues habéis tomado medidas extremas, medidas que podrían verse como un acto de traición y por las que se os podría acusar de traidores. Es vuestra lealtad a mí, vuestra reina, lo único que os salva de estas acusaciones.

Padilla se arrodilló a sus pies.

—Mi señora, las complicaciones empezaron poco después de la muerte del rey Fernando. Con el debido respeto, señora, vuestro hijo Carlos ha otorgado plenos poderes a sus ministros flamencos. Esos extranjeros han saqueado el país; el dinero se ha marchado a Flandes como un río que corre hacia el mar. De un tiempo a esta parte, la carga de los impuestos se ha vuelto insoportable. Por otro lado, España cuenta hoy con un ejército insuficiente para defenderse. El rey Carlos no está aquí para escuchar nuestras preocupaciones y, peor aún, ha dejado el gobierno en manos de un desconocido, cuando hay castellanos capacitados para el cargo, como el almirante o el condestable. Son muchas las ciudades que se han levantado. Mis amigos y yo consideramos esencial organizar a los desafectos lo antes posible. Era de vital importancia refrenar las pasiones de nuestros compatriotas y establecer una alianza de las ciudades para que actuasen a una, en pos de un objetivo común. No somos traidores. Un juramento solemne nos obliga a vivir y morir al servicio del rey.

—Entonces, vuestra lucha, don Juan Padilla, ¿va dirigida únicamente contra los flamencos?

—Luchamos contra esas sanguijuelas extranjeras que están sangrando a nuestro país hasta acabar con él. Luchamos contra quienes nos niegan el derecho a ser gobernados por nuestros compatriotas. Luchamos contra quienes nos privan de nuestra dignidad. Luchamos contra quienes han dirigido sus armas contra gente española.

—Y está el desastre de Medina del Campo —dijo Juana, satisfecha de demostrar que estaba al tanto de algunos acontecimientos.

—¿Lo sabéis?

—Me lo contó el marqués de Denia.

—Y ¿no os dijo que el responsable fue el arzobispo de Granada?

—¡Por Dios, no! Y tampoco el arzobispo lo mencionó. ¡Ha estado viniendo aquí cuatro días consecutivos! Pero el regente, ¿todavía conserva un ejército?

—Tuvo que despedir a sus hombres porque no podía pagarles. Las arcas del Tesoro están vacías ahora que las ciudades se han negado finalmente a pagar. Mi señora, España espera vuestras órdenes. Todo el mundo os obedecerá y morirá por vos de buen grado.

—Caballeros, sois los auténticos defensores de España. —Una vez más tuvo que dominar su satisfacción. Aquellas cautivadoras palabras que hablaban de libertad y lealtad, la certeza de que se enfrentaban a un enemigo común y la consideraban su reina, incuestionablemente, le causaron una emoción inexpresable.

—Así, señora es como proponemos salvaguardar España.

Padilla le ofreció un rollo de pergamino.

Juana leyó el documento en voz alta.

El rey debe regresar a España y vivir aquí.

Será contrario a la ley, en el caso de que abandone el reino, nombrar regente a un extranjero.

A su regreso, no debe venir acompañado de dignatarios flamencos.

No habrá tropas extranjeras en suelo español. Exclusivamente los españoles podrán ejercer cargos públicos.

Ningún extranjero puede adoptar la nacionalidad española.

Cada ciudad contará con sus representantes electos.

Se condenará como un delito capital el envío de oro, plata y joyas fuera del reino.

El actual regente debe ser sustituido por un castellano.

El rey debe perdonar cualquier acto irregular que, por exceso de celo, las ciudades hayan podido cometer.

El rey debe jurar que acepta estas condiciones y que nunca buscará la absolución del papa para incumplir este juramento.

Las exigencias eran prácticamente las mismas de la generación anterior, cuando Felipe era el rey. Juana enrolló el pergamino y esperó unos momentos, mientras buscaba el modo de empezar.

—Desde que murió mi madre —dijo—, siempre obedecí a mi padre, porque era el rey. Quise desde el primer momento participar en el gobierno y estar al corriente de

los acontecimientos. Pero mi padre me trajo aquí. No alcanzo a recordar por qué. Después llegaron los extranjeros. Me hicieron creer que el único motivo de su presencia era la visita de mis hijos, Carlos y Leonor, y también me hicieron creer que mi padre seguía vivo. He vivido rodeada de gente perversa que me ha engañado con un sinnúmero de mentiras. —Movi6 la cabeza, para desprenderse de la confusi6n que siempre amenazaba con regresar, y continu6—: Siento un gran amor por mi pueblo, y me duele enormemente la vileza con que se le ha tratado. Me asombra que no os hay6is vengado de quienes han hecho tanto da1o. Yo tendr6a que haber mostrado mayor firmeza, pero viv6a atemorizada por la idea de que, si insist6a demasiado, a mis hijos pudiera ocurrirles algo malo, aqu6i o en Flandes. Adem6s, nunca hab6a nadie dispuesto a escucharme. Desconozco si esos enemigos a6n persiguen hacernos da1o, a mis hijos o a m6i. Quiz6a estemos a salvo, ahora que soy la reina y vuestras mercedes est6n aqu6i para protegerme. En un principio no fui capaz de hacerme cargo de las tareas de gobierno, porque necesitaba asimilar la muerte de mi marido. M6s tarde me ocup6 temporalmente, hasta que me enviaron aqu6i...

Juana se daba cuenta de que no se estaba expresando con coherencia, pero era todo demasiado complicado, imposible de explicar. Continu6 de todos modos:

—Caballeros, me tranquiliza veros aqu6i, pues comprend6is que es mucho lo que hay que corregir, y s6e que es para vos un deber de conciencia tomar cartas en el asunto. —Eso estaba mucho mejor, empezaba a pisar en terreno firme—. Os encomiendo, por tanto, el siguiente cometido: escoged, entre los m6s expertos y sabios de vosotros, a cuatro caballeros, para que vengan a diario y me informen del devenir de los acontecimientos. Los escuchar6, hablar6 con ellos y har6 cuanto est6 en mi mano cuando sea menester.

Z6niga se llev6 a Padilla para hablarle en privado:

—Faltan dos cosas. En primer lugar, necesitamos algo m6s que la palabra de la reina para garantizar nuestra autoridad; necesitamos que firme ese documento, y despu6s relegar a Carlos a la condici6n de pr6ncipe. 1C6mo vamos a aceptar 6rdenes de la reina mientras su hijo siga siendo el rey?

—Muy sencillo —respondi6 Padilla—, porque las Cortes siempre han se1alado que, en el caso de que la reina recuperase plenamente la salud, esa disposici6n tendr6a un efecto inmediato. Es evidente que la reina se encuentra bien. Las Cortes no est6n reunidas en este momento, pero no creo que nadie en Espa1a se oponga a que Juana sea reina y Carlos pr6ncipe. No obstante, conseguir6 esa firma, aunque creo que pecas de cauto.

Se acerc6 a Juana.

—Estamos a vuestras 6rdenes. Esos cuatro hombres ser6n elegidos sin tardanza. Creo tambi6n deber6amos trasladar nuestro cuartel general a Tordesillas; ser6 lo mejor.

—Una idea excelente, Padilla. Ocupaos de que as6i se haga.

—Y 1puedo pedirlos que firm6is este documento? Eso despejar6a cualquier duda

sobre nuestra autoridad.

—Me parece una precaución muy sensata. Cuando vengáis mañana, con vuestros consejeros, estaré aquí con un secretario y nos ocuparemos de la firma. El hermano Juan, mi confesor, se encargará de todo. Una última petición antes de retirarme. Quiero que elijáis a algunas damas de la ciudad para que me acompañen. Y ¿sabéis qué ha sido de Denia?

—Denia no tiene permiso para acercarse al palacio.

Denia no tiene permiso para acercarse al palacio. Qué palabras tan deliciosas.

—Buenos días, caballeros. Nos reuniremos mañana.

La estancia quedó vacía y Juana a solas con el hermano Juan.

—¿Sería blasfemia decir que esto es un milagro?

—Es posible que la mano de Dios haya intervenido en las circunstancias.

—Por fin soy libre. Puedo volver a la iglesia, puedo hacer lo que quiera. Puedo elegir a mis ministros. Haremos que esto sea mi palacio en lugar de mi prisión. Celebraremos aquí nuestras audiencias. Tenemos mucho que hacer.

—Contáis con hombres honrados y valientes, dispuestos a trabajar por vos y por España para enmendar los errores cometidos. Eso requerirá algún tiempo y grandes dosis de paciencia. Proponer la creación de ese comité ha sido un comienzo excelente. Os sugeriría que, en la audiencia de mañana, establezcáis la celebración de una reunión semanal. Hará falta tiempo para sopesar la información que traigan, antes de comunicarla a Castilla y al resto de España.

—Querido hermano Juan, tenéis mucha razón. Gracias por ayudarme a tener los pies en la tierra. Confieso que me siento como una niña, llena de ilusión. ¿Debo firmar esas exigencias de los comuneros? Estoy plenamente de acuerdo con todas ellas; reflejan mis sentimientos con absoluta exactitud, pero no quiero hacer nada que pueda causar la impresión de que actúo en perjuicio de mi hijo.

CAPÍTULO 45

El almirante se tiró de la barba, blanca como la nieve, y apretó los labios, reflexionando unos momentos antes de mirar a su amigo, sentado al otro lado del tablero de ajedrez.

—Aún me cuesta creer el éxito de nuestra campaña contra los rebeldes, Hernando.

Habían acercado la mesa a un brasero, para protegerse de la corriente de aire gélido que circulaba a sus anchas por todas las estancias del palacio en el mes de enero. El almirante se ciñó el cuello de la túnica forrada de piel de lince.

—Una lástima que haya sido en invierno. Nunca me ha gustado Tordesillas en esta época del año. Puede que sean los años, pero creo que nunca había pasado un invierno tan frío como este. Te toca mover, caballero comandante.

—Un momento, he perdido la concentración. Déjame pensar. —Sopesó las posibilidades antes de mover el alfil blanco para ponerlo al lado de la reina, y hecho esto se reclinó en el asiento—. ¿Sabes?, creo que esa sugerencia de casar a la reina Juana con el príncipe de Calabria ha sido una maniobra precipitada.

—Fue ahí cuando la Alianza de los Comuneros perdió el enfoque de su argumentación, Hernando. Eso significaba negarle el trono a Carlos. Y eso no figuraba en ninguna de las cláusulas —replicó don Fadrique, moviendo el rey para evitar el jaque—. Es una situación muy triste. Comparto muchas de sus preocupaciones, pero, dicho esto, me encuentro mucho más cómodo en la cama, viendo como ondea el estandarte real sobre la ciudad.

—Nuestros valientes soldados han tenido que trabajar sus buenas seis o siete horas diarias, ¿eh? Fue inteligente, por parte del hijo del condestable, traer a sus hombres aquí de noche, para atacar por sorpresa al amanecer; y también fue muy hábil al descubrir la parte más vulnerable de la muralla y abrir brecha en ella.

—Fue una lástima que Juana no lograra convencer a la guardia para que nos abriese las puertas.

—Era imposible. Para entonces, muchos de ellos temían las represalias —señaló Hernando, mientras movía la torre hasta la última fila del tablero y se cobraba la del almirante, que estaba desprotegida.

—Maldición, debo de estar haciéndome viejo. Tengo el cerebro aturdido. —El almirante observó las piezas que le quedaban y comprendió que su derrota era simple cuestión de tiempo. Movié de nuevo la reina, enfadado por lo mal que estaba jugando.

—Visto desde nuestra posición, fue glorioso cómo entraban a raudales por la brecha de la muralla y escalaban las puertas para plantar nuestros pendones y estandartes —dijo Hernando, estudiando el tablero—. El cañón y las armas de fuego trabajaron codo con codo, hasta que el clamor de las campanas se sumó al de las

trompetas y los tambores. Luego prendieron fuego a las casas...

—Puede que fuese una escena grandiosa para un soldado, pero no lo fue para Juana y Catalina. Debió de ser aterrador. Imagínatelo: estaban solas y abandonadas en mitad del caos; tuvieron que salir corriendo, por calles peligrosas y abarrotadas por una multitud fuera de sí; cuando por fin llegaron al convento, descubrieron que no había ningún carro para trasladar el ataúd de Felipe si se veían forzadas a huir. Y entonces, el mismo camino de vuelta al palacio, aterrorizadas.

—Y después, según me han contado, el hijo del condestable entró en el patio al galope, desmontó de un salto y se hincó de rodillas delante de la reina para decirle que era su protector. ¡Ay, almirante, cuánto me habría gustado presenciarlo! ¡Fue un momento épico!

—Ojalá hubiera sido el caso, amigo mío —contestó el almirante, quitándose el gorro y rascándose la calva.

—¿Ojalá hubiera sido el caso? ¿Cuál?

Don Fadrique apoyó las manos sobre el tablero y se acercó a su amigo.

—Ojalá ese muchacho hubiera seguido siendo su protector, en lugar del maldito marqués de Denia.

—Cierto, muy cierto. ¡Es terrible! No sé de nadie, ni uno solo de los nobles, que trague a ese hombre. Por su culpa, muchos se negaron a sumarse a nuestra causa durante meses. Si el rey Carlos no os hubiera nombrado regentes a ti y al condestable, además de ofrecer recompensas a los indecisos, no sé dónde estaríamos ahora.

—¡En un aprieto colosal!

Hernando bajó la voz.

—Fadrique, he escrito al rey. Le he informado de que Denia ha vuelto y ha asumido el mando sin ninguna autoridad y con renovado vigor. Le he dicho que esto ha sentado muy mal y que muchos de nosotros estamos preocupados. Le he pedido que escriba al marqués y le ordene que modere su conducta, que reconsidere el trato que da a las damas de la corte y sus sirvientes, y que les exija, a él y a su mujer, que muestren mayor consideración a la princesa.

—Buen hombre. También yo he escrito al rey, aunque dudo de que me escuche.

—Pues debería. Al fin y al cabo eres de la familia. Además, tiene que reconocer lo mucho que te debe como almirante de Castilla.

—Ya veremos. De todos modos, le he dicho más o menos lo mismo que tú, que ese hombre no es grato, ni aquí en palacio ni en la ciudad. Y le he señalado la extrema imprudencia de permitir que gobierne la casa de la reina sin supervisión. Debería tratarse de una responsabilidad compartida.

—Bien pensado.

Se quedaron callados y se olvidaron de la partida de ajedrez. Poco después, el almirante se levantó.

—Tengo que decirte algo, amigo. No puedo callármelo por más tiempo. Temo haberle causado a la reina un perjuicio grave.

—¿Era eso lo que te estaba distrayendo? Ya sabía yo que algo te pasaba. Nunca te había visto jugar tan mal. Pero vamos, seguro que te equivocas. Nuestra reina es como una hija para ti. Llevas muchos años protegiéndola. Jamás podrías hacerle ningún daño.

—Sin embargo, parece que la mayor parte de las cosas que he hecho por ella han servido de muy poco. —Se secó los ojos con el pañuelo, tosió y se puso a jugar con la túnica—. Perdona. Tienes razón. Siempre me he considerado su tutor. Ha sufrido mucho mucho más que la mayoría, con Felipe, Fernando y ahora Carlos...

—Entonces, querido amigo, si la quieres tanto, ¿qué te hace pensar que hayas podido perjudicarla?

—Sin querer, Hernando, sin querer. Fue un detalle sin importancia, o eso me pareció en su día. ¿Recuerdas que nunca llegó a firmar nada para la Alianza de los Comuneros, a pesar de que la amenazaron? Pero sí firmó un documento que yo le presenté. Me temo que eso pueda ser su perdición.

—Vamos, amigo, ¿qué hay de malo en eso?

—Firmó un decreto en el que ordenaba a los comuneros deponer las armas y enviar a sus hombres a casa.

—Yo diría que todos se alegraron.

—Esa fue mi primera impresión, pero no lo había pensado bien. El hecho de que firme cualquier documento puede convencer a Castilla de que la reina está en su sano juicio, y con ello Carlos quedaría relegado a la condición de príncipe. ¡Piénsalo! Los otros dos regentes no paran de insistir para que lo destruya.

La llegada del regente, Adriano de Utrecht, y el nuevo condestable de Castilla puso fin a la conversación.

El almirante tomó la palabra, mientras pensaba que su trabajo había sido mucho más fácil con el último condestable, el padre de aquel muchacho.

—¿Qué noticias hay de la Alianza?

El condestable, Íñigo Fernández de Velasco, estaba impaciente por dar cuenta del caos.

—Está dividida. Algunos siguen empeñados en despojar a la nobleza de sus tierras y sus rentas, y ofrecérselas al rey a cambio de que este les otorgue sus supuestos derechos. La mayoría ha desertado después de esta última derrota y otros han vuelto a sus haciendas, hartos de todo. Padilla, Bravo y Maldonado siguen combatiendo, y es la mujer de Padilla quien se encarga de sufragar la batalla: ha robado la plata de las iglesias y la catedral de Toledo. En la mayor parte de los pueblos y ciudades se da la bienvenida a nuestros ejércitos. Hay motivos para el optimismo, porque nuestros enemigos están desanimados y perderán. Lo mismo sucede en Aragón, Navarra y Mallorca. Ya no cabe la menor duda. Sin embargo, es intolerable que muchos continúen saqueando y huyendo con el botín.

—La buena noticia —añadió Adriano— es que cada vez son más los nobles que se suman a nuestra causa. Pero quería hablaros de ese otro asunto, almirante, ¿lo

habéis destruido?

—Lo he roto con mis propias manos y lo he quemado. Se acabó. Ya no existe. — Levantó las manos nudosas, como para demostrar que había cumplido sus deseos.

El regente y el condestable asintieron con satisfacción.

—Por desgracia, almirante, seguimos faltos de fondos. El Tesoro está vacío. — Adriano no tenía más remedio que señalarlo, a sabiendas de que daría pie a la reprimenda de don Fadrique.

Y el almirante se lanzó al ataque, aprovechando la ventaja moral.

—Si vos y los demás ministros del rey no hubierais derrochado en gastos superfluos, desviado fondos a las arcas de Flandes o sufragado la campaña de su majestad para conseguir la Corona Imperial, no nos encontraríamos en esta situación tan penosa. Y, por cierto, ¿habéis tenido en cuenta lo que nos está costando a los nobles a título individual? Hemos expulsado a nuestros vasallos de las tierras y abandonado los campos a su suerte. Hemos tenido que suministrar las armas y costear todas las provisiones. No podemos seguir soportando esa carga mucho más tiempo, os lo aseguro, al ritmo que estamos vendiendo la plata.

El condestable y el regente eran muy conscientes de su deuda con el almirante por su apoyo en la ofensiva, tan necesaria para la causa real, y por lo mucho que se había rascado el bolsillo. Además, don Fadrique era el favorito de los nobles, mientras que ellos no gozaban de tantas simpatías. Lo necesitaban.

Adriano de Utrecht miró al condestable, que no parecía inclinado a decir nada y prefería dejar en sus manos el anuncio.

—Ha llegado el momento de vender la plata y las joyas de la reina.

—¡Por encima de mi cadáver! —protestó don Fadrique.

El comandante, que hasta entonces había guardado silencio, tomó la palabra, incómodo con la idea de tocar los enseres de Juana.

—Es al rey a quien debéis acudir. Él sabrá dónde encontrar los fondos necesarios. Además, no puede tomarse ninguna decisión que afecte a los bienes personales de la reina sin el conocimiento del rey. Y, hablando de la reina...

Juana seguía siendo elegante y, al verla llegar, con su vestido de terciopelo negro ribeteado de rojo y dorado y su capucha negra adornada con oro y perlas, el almirante la encontró tan encantadora como siempre.

Detrás de Juana iba Catalina, con un vestido de terciopelo verde y forro de raso rojo en las mangas vueltas y los paneles de la falda.

—Don Fadrique, no puedo esperar ni un momento más. Decidme, ¿ha respondido la Alianza al decreto que les ordena deponer las armas?

—Mi señora, no me ha sido posible...

Adriano de Utrecht lo interrumpió.

—Con todo respeto, los rebeldes están volviendo a casa poco a poco.

—No son rebeldes —le reprochó Juana, señalando con un dedo—, sino hombres dispuestos a enmendar muchos errores. Y tampoco se han rebelado contra mí o contra

mi hijo. Pero no vamos a discutir eso ahora. ¿Cuál es la situación en Castilla?

—La mayoría de las ciudades han abierto las puertas a nuestros ejércitos sin presentar batalla y empiezan a recobrar la normalidad.

El condestable añadió:

—Y esto es una buena noticia. Pronto podremos convocar una sesión plenaria de las Cortes. Ha sido peligroso dejar el país sin la debida autoridad en un momento así. Ha habido demasiado desorden y violencia.

—Cierto, condestable —asintió Juana—. Mi pobre país. ¿Y las Cortes? ¿Las convocamos aquí?

—Cuando las Cortes se reúnan, será en Valladolid.

—Mejor todavía. Catalina y yo lo preferimos.

—Mamá —Catalina aplaudió de alegría—. Me gustaría mucho dejar este palacio, con su marqués y su marquesa.

—Catalina, no es el momento —replicó Juana, disgustada por este arranque de su hija en presencia de los regentes.

El comentario de Catalina cogió desprevenido al condestable.

—Me sorprende oírlos decir que no estáis contenta con el gobernador de vuestra casa. Os recuerdo que fue vuestro hermano, el rey, quien designó al marqués para el cargo. He escrito a Flandes para anunciar que es mi intención dejar toda la responsabilidad de nuevo en manos de Denia en cuanto su majestad lo estime oportuno.

A Juana se le heló la sangre.

—Ay, Dios mío. No puedo creerlo. No puede ser. Dulce Jesús, no lo permitas.

El almirante estaba furioso.

—Tampoco yo puedo creer que hayáis tomado una decisión tan precipitada en este clima de desconfianza. ¿Por qué no lo discutimos? ¿Por qué no consideramos, entre los tres, un cambio de gobernador? Deberíamos buscar la armonía en lugar de la discordia, ¡por Dios!

—No he podido hacer otra cosa. Denia sigue con vida y está aquí. Y, como ya he dicho, fue el rey quien tuvo a bien designarlo en primera instancia.

Don Fadrique se acercó a Juana y se inclinó para besarle la mano.

—Sabes que tu confesor y yo hemos elegido a tus sirvientes con sumo cuidado y seguiremos haciéndolo. Será mi prioridad, y también la de mi esposa, supervisar tu casa. Espero una carta de Flandes que debería aclarar las cosas.

—¿Y tengo que quedarme aquí?

—Puede que aquí, puede que en Valladolid.

Asaltaron a Juana imágenes de habitaciones oscuras, aislamiento, amenazas y palizas de Denia, que ahora querría vengarse por las humillaciones padecidas en los últimos meses y camparía a sus anchas, implacable en sus ataques, hasta hacerla pedazos.

Le ofrecieron enseguida una silla y la ayudaron a sentarse. Catalina se arrodilló a

su lado.

—Señores, aquí no debe cambiar nada —dijo—. Todo debe seguir como ahora. Don Fadrique, por favor, te lo ruego. —Le pidió a su madre que no se dejara llevar por el pesimismo—. Mamá, estos caballeros no permitirán que vuelva a instaurarse el antiguo régimen.

—He venido a esta sala para celebrar una audiencia con los regentes —dijo Juana con la voz entrecortada, articulando una sarta de palabras temblorosas e inconexas—. He venido a recabar información sobre mi país. Y ahora todo se ha vuelto del revés. —Luchó para librarse de la confusión y el miedo, pero era su prisionera—. No puedo respirar; no puedo pensar. Necesito aire.

* * *

De regreso al salón vio que Denia y su secretario se habían sumado al grupo.

Todos la saludaron con una reverencia; todos menos Denia. Juana agarró su manto con fuerza, alarmada.

Los demás también se habían fijado.

—¿Qué pasa aquí, señor, para que no mostréis respeto a la reina? —le reprochó el almirante.

Denia la hizo callar.

—Me permito recordaros que, debido a las recientes circunstancias, únicamente rendimos cuentas al rey Carlos.

—Tomo nota de lo que decís; hablaremos de eso más adelante. Ahora os digo que mostréis un poco de respeto, señor.

—Y yo os digo que mostraré respeto a quien se lo debo.

Adriano de Utrecht se interpuso entre los dos.

—Denia, sé que nuestro rey no toleraría este comportamiento siquiera por un instante. Al margen del honor que, como hijo, está obligado a rendir a su madre, ciertamente debe de estarle agradecido por el amor que ella le ha demostrado en los peores momentos. Ha entregado a nuestro rey su apoyo total e inquebrantable, haciendo gala de un valor extraordinario cuando estaba sometida a grandes tensiones. No olvidemos que, sin ese apoyo, el rey se encontraría hoy en una situación muy distinta.

—Pero nuestra situación no es distinta. ¡Bah! Me niego a perder el tiempo con palabras inútiles. —Desdobló una carta—. Es de su majestad. Ordena que la reina y la princesa queden una vez más a mi cuidado. No se celebrarán aquí más audiencias con los nobles. El rey manifiesta que nunca he dejado de satisfacerlo en el cumplimiento de mis funciones, me insta a tomar las riendas una vez más, a seguir por el mismo camino y a soportar, en la medida en que humanamente me sea posible, los insultos y las calumnias de que pueda ser objeto. Vuestros servicios, almirante, como coadministrador de esta casa, ya no son necesarios. Podéis concentraros

plenamente en las obligaciones de la regencia. Este dominio es mío y solo mío.

—Esto no ha terminado, Denia —bramó el almirante.

—Marqués, debéis tratar a mi madre, la reina, como corresponde a su posición; no dudaré en dar parte a mi hermano, el rey, si hacéis lo contrario.

—Creo, joven señora, que a los catorce años ya deberíais haber aprendido cuándo y cuándo no podéis dirigiros a vuestros mayores, y cuando se os permita, debéis hablar en un tono respetuoso. Ahora, id a vuestras habitaciones.

Juana estaba paralizada. ¿No le habían advertido los comuneros de que esto podía ocurrir? Y ella había interpretado sus palabras como amenazas.

Felipe decidió encerrarla porque quería su corona. Más tarde, ella se había ofrecido a compartir la corona con su padre, pero a él no le bastó. Fernando lo quería todo en exclusiva. Los comuneros la liberaron, y ella les había dado la espalda para depositar su fe en los nobles y en su hijo. ¿De verdad iba a consentir Carlos que la tratasen de ese modo? ¿Tampoco él estaba dispuesto a compartir la corona? ¿Prefería aislarla del mundo, como si hubiera dejado de existir? Era posible. ¿Cuántas veces le habían repetido los comuneros que el pueblo la prefería a ella? Y, cada vez que lo decían, Juana había salido en defensa de su hijo, no había querido escucharlos. ¿Y cuál era su recompensa? Denia.

Se preguntó, con cansancio, si tenía fuerzas para librar una nueva batalla. Había cumplido cuarenta y tres años, y estaba cansada de luchar. Miró a los hombres que la rodeaban y le pareció que se sentían tan impotentes como ella. Pero el almirante trató de animarla, enarcando las cejas, y eso fue suficiente para Juana.

—La batalla aún no ha empezado, Denia —vociferó, mientras se acercaba al marqués con paso enérgico, a pesar de que le temblaban las piernas—. Llévame a mi prisión, rata asquerosa y llorona, embustero y torturador. ¡Tienes una larga pelea por delante, bastardo, tú y tu pérfida mujer!

La dureza de estas palabras hizo que Juana pareciese mucho más valiente de lo que en realidad se sentía. Tenía la sensación de que se deslizaba poco a poco hasta hundirse en un abismo de desesperación.

—Tío, haz cuanto esté en tu mano por venir a visitarme —le susurró, mientras le daba un beso en la mejilla y acariciaba esa barba que tanta confianza le inspiraba. Luego, con la cabeza alta, abandonó la estancia sin mirar atrás.

CAPÍTULO 46

Era el segundo año del nuevo régimen de Denia, aún más estricto que el anterior. La puerta de las habitaciones de Juana se abrió y se cerró deprisa y con sigilo. Desde donde estaba sentada, enfrente del hermano Juan, a oscuras, sin más luz que la de una vela solitaria y las brasas moribundas, Juana supo que no podía ser Denia. Él habría cerrado de un portazo, la escayola se habría desprendido alrededor del marco y los trozos habrían salido volando por todas partes antes de que le lanzara alguna invectiva. Esa noche Juana no iba a librarse del castigo, porque horas antes se había escapado a la galería y había pedido a gritos a los transeúntes que avisaran a los soldados para que viniesen a matar al marqués y a sus torturadores, y la pusieran en libertad.

Juana y el sacerdote cruzaron una mirada de sorpresa. Al principio solamente se oyó el jadeo de una respiración que intentaba recuperarse, y luego:

—Mamá, mamá.

El susurro de Catalina cayó en los oídos de Juana como la música más hermosa. Apenas podía contener su alegría.

—Catalina, por fin. ¿No es increíble, hermano Juan?

—Me alegra mucho verla aquí con vos —respondió el franciscano. Y sus mejillas se hincharon al esbozar una sonrisa feliz.

—El tío me ha buscado una nueva doncella, una mujer muy servicial. Ha descubierto que el marqués y su mujer han recibido la visita de un sobrino que está a punto de ser nombrado capellán, creo, y lo más probable es que no salgan de sus habitaciones —explicó Catalina, forcejeando para quitarse el manto a la vez que sujetaba algo debajo de un brazo. Transformó el manto en una tosca e improvisada cama y acomodó a un perrito diminuto entre los pliegues de terciopelo. Hecho esto, Catalina besó las manos de su madre y se sentó a sus pies.

—Hermano Juan —se rio Juana—, ¿habéis visto cosa igual?

El sacerdote observó al animalillo tembloroso.

—¿Cómo será cuando crezca? —preguntó.

—No mucho más grande. Es lo único que sé. Es mi perrita faldera.

—En ese caso, deja que la sienta en mi falda —dijo Juana, mientras se inclinaba para coger el bulto que formaba la perrita—. ¡Pero qué cosa tan pequeña! ¿De dónde la has sacado?

—Me la ha regalado mi hermano. Me hace mucha compañía. Ojalá pudieras tener una. Le encanta pedirme algo cuando estoy comiendo. Se sienta con mucha finura y levanta las patas delanteras: así.

Mientras acariciaba el pelaje sedoso de la perrita, asaltó a Juana una imagen, borrosa al principio, que fue cobrando forma poco a poco. Era la de Bruto, el perro de su hermano.

—Cuando yo tenía más o menos la misma edad que tú, mi hermano tenía un perro, aunque no de juguete como este: un perro de caza, grande y blanco, con manchas negras. El pobrecillo era muy feúcho, una mezcla de distintas razas, pero era listísimo. Escondíamos cosas y le pedíamos que las buscara. —Se echó a reír—. Un día estábamos en una galería, mirando la calle, cuando vimos pasar a un hombre que llevaba en la mano un par de guantes verdes muy bonitos. Mi hermano suspiró y dijo que le gustaría que fueran suyos. No había terminado de decirlo cuando Bruto, que así se llamaba el perro, salió corriendo y volvió minutos después con los guantes. El pobre hombre se quedó mudo y sin saber adónde mirar: si a la puerta, por la que había desaparecido el perro, o a nosotros, que estábamos gritando y riendo.

Se dejó llevar por diversos recuerdos, hasta que uno se impuso sobre los demás.

—Cuando murió mi hermano, Bruto se negó a separarse de él y siguió al cortejo fúnebre hasta la sepultura. Colocaron un almohadón negro al lado del féretro y Bruto se quedó allí una semana, día y noche, sin moverse para nada, aparte de hacer sus necesidades.

—Es una historia muy triste —dijo Catalina—. He traído a mi perrita para animarte, no para entristecerte. —Tendió una mano sobre el regazo de su madre para buscar el collar de raso de su pequeña compañera—. Lo he hecho especialmente para ella. He cosido yo misma los diamantes.

—¿Diamantes para el collar de un perro? ¿De dónde los has sacado?

—Luego te lo digo, mamá. Escucha, tengo muchas cosas que contarte. Por fin he podido escribir a mi hermano. No podía dejar sin respuesta una carta que me envió, muy enfadado, por mi supuesta deslealtad cuando estuvieron aquí los caballeros de la Alianza de los Comuneros. Denia ha insinuado que me sumé a su causa; lo que no ha dicho es que fue él quien me obligó a escribirles o a concederles audiencia, para asegurar su posición como gobernador de esta casa cuando ellos ocupasen el poder.

—Muy propio de ese hipócrita al que hemos llegado a conocer tan bien. Pero dices que por fin has escrito a Carlos. Denia me dijo que mantenías correspondencia regular con él, esté donde esté ahora mismo.

—Sí, pero nunca me dejan escribir mis propias cartas. Cuando recibo carta de mi hermano, Denia se la lleva, sin darme apenas tiempo de leerla, prepara la respuesta y luego me hace copiarla al dictado. Me obliga a firmarla sin añadir nada de mi cosecha. Esta vez —explicó, con emoción—, he podido escribir una carta propia. Denia no sabe nada. Mañana mismo estará en camino.

El hermano Juan intentó atemperar la euforia de Catalina.

—¿Cómo sabes, hija, que tu carta saldrá del palacio? Nunca había visto tantos ojos vigilando, tantos oídos escuchando y tantas manos registrando.

Juana empezó a sentir una oleada de preocupación. Las cartas nunca hacían ningún bien a nadie, no causaban nada más que sufrimiento. ¿Cuántas veces se había visto a merced de las cartas? Pero la carta ya estaba escrita, y tenía que conservar las esperanzas.

Catalina reflexionó sobre las palabras del sacerdote.

—Tenéis razón, por supuesto. Ya descubrieron a mi anterior correo con una carta que escribí a la mujer de don Fadrique, y hasta ahora no he sabido si podía confiar en la lealtad de esta nueva doncella. Mientras, la marquesa no solo ha registrado mi habitación, sino que me ha registrado a mí, con la esperanza de encontrar una nota escondida.

Juana sabía que sus preocupaciones estaban justificadas.

—¿Es que no hay límite a la arrogancia de esa gente, a su insolencia? Hermano Juan, hay que dar parte a los regentes de este atropello contra mi hija.

—Mamá, por favor, no he terminado. Le he rogado a mi hermano que nos permita conservar al hermano Juan, como confesor y consejero. Aceptará, porque le he explicado cuánto necesitamos su apoyo y su consuelo.

—Os agradezco la amabilidad —dijo el franciscano—. Le pedí al almirante que hablase al rey en mi favor, pero reconozco que tengo poca confianza. Mi presencia es incómoda para el marqués. No me ha pagado desde hace un año, y ahora tengo que suplicar migajas para no morirme de hambre. Perdonadme, no quería decíroslo. Lo principal es que me pone todos los obstáculos posibles para impedirme que os visite. —Suspiró—. Temo que nuestras peticiones se nos nieguen.

Catalina se enfadó.

—Tenéis que ser más optimista. Esto debería alegraros: el regente Adriano ha escrito al rey para elogiaros. A diferencia de vos, yo estoy muy esperanzada.

Juana sonrió a su hija, una niña a quien la dureza de las circunstancias estaba convirtiendo muy deprisa en una mujer: hermosa, sensible, razonable y considerada. Buscó las manos de Catalina para estrecharlas contra su pecho.

—Somos un pequeño grupo de buenos amigos: nosotros tres, Adriano, el almirante y su mujer somos los únicos que sabemos discernir lo que está bien y lo que es justo. Lo curioso es que somos los únicos a quienes, en general, nunca se escucha. Es extraño este mundo de Dios que recompensa a quienes hacen el mal, mientras que a los inocentes... —Se le escapó un suspiro, y el hermano Juan le dirigió una mirada de reproche—. De todos modos, nunca dejes que eso empañe tu ilusión o nuble tu optimismo, Catalina; nunca.

—Vosotros dos no podéis consolaros mutuamente. Sois muy pesimistas. Mamá, he hablado de ti varias veces en mi carta. En primer lugar, he explicado que si me sacaste de la iglesia el día de Nochebuena fue porque Denia no te permitió asistir al servicio y te obligó a rezar a solas en tus habitaciones. Seguro que él habrá dado otra versión de los hechos.

Parecía que Catalina estaba dispuesta a buscarse complicaciones con sus cartas, aunque su juventud y su inocencia probablemente la protegerían. Juana sonrió.

—Eres muy buena y muy considerada, aunque creo que en este caso Denia cuenta con la confianza del rey. Sabes que nos hemos peleado muchas veces en los últimos años, por dónde y cuándo se me permitía rezar, y la verdad es que ya no sé si mi

actitud estaba siempre justificada o si lisa y llanamente he intentado provocarlo. —Se echó a reír—. Que Dios me perdone por disfrutar de esta guerra.

—Dios seguramente os perdonará por todo, mi señora, sabiendo lo mucho que se os hace sufrir.

—¿Podemos volver a mi carta, por favor? —Catalina cogió las manos de su madre—. Es posible que alguien venga antes de que haya terminado, y quiero contártelo todo. También le he hablado a mi hermano de nuestra ropa y nuestras joyas. Denia le ha dicho que te las han quitado para dármelas a mí. Eso es mentira. Son su mujer y sus hijas quienes las lucen.

—Lo sé. Presumen de todo lo que me han robado. —Y se quedó un momento pensando en el origen de los diamantes del collar de la perrita.

—También han empezado a llevarse mi ropa. La usan y me la devuelven sucia, a menudo sin las joyas de los broches.

—¡Las cosas que están pasando al otro lado de esa puerta!

—Y también le he hecho otra petición: que te permitan pasear por la galería y por el corredor, y visitar el gran salón cuando se te antoje. En realidad, confío en que puedas moverte libremente por todo el palacio. —Catalina esperó la reacción de su madre a este regalo, el mejor que podía ofrecerle, y evocó los tiempos felices que habían pasado juntas antes de que el marqués ocupara el palacio con su numerosa familia y encerrara a su madre en una habitación, donde no pudiera molestarlos.

Juana pensó que, después de su escapada de esa mañana, jamás se tomarían esas medidas.

—Es demasiado tarde. Denia y su familia se han adueñado del palacio y me tratan como a una intrusa.

—Bueno, bueno, bueno. ¿Es mi nombre el que he oído en este íntimo aquellarre? —Denia surgió de la oscuridad en la penumbra.

—Qué extraña manera de entrar, a escondidas: sin despotricar, sin hacer aspavientos. Me decepcionas, Denia. —Juana decidió preservar la fortaleza, al ver como se esfumaba la confianza de su hija—. Hemos disfrutado de nuestra mutua compañía y esperábamos seguir más tiempo juntas, mientras tú estabas ocupado.

—¿Pasaría un buen padre la velada sentado a la mesa, desatendiendo a quienes están a su cuidado?

—Habéis venido a espiarnos —dijo Catalina. Y tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar.

—Dominad esa lengua, joven señora —protestó Denia—. He hecho bien en sustituir a vuestras damas, pues os han enseñado malas costumbres. No me habéis dejado elección y he tenido que informar a su majestad de vuestra intolerable insolencia. Sé que no le agradará conocer vuestra actitud conmigo y con la marquesa. Más vale que aprendáis cuanto antes cuál es vuestro lugar. Solo entonces, podría añadir, os permitiré recibir la asignación que su majestad ha dispuesto para vos.

Juana se agarró a los brazos de la silla para no levantarse de un salto y

abofetearlo.

—¿Quién te has creído que eres? Te recuerdo que eres un marqués, y mi hija, una princesa.

—Y vos, desde que esos malditos comuneros estuvieron aquí, os habéis vuelto de una altanería insufrible. Nunca sabréis hasta qué punto me repugnan esos aires de grandeza.

Catalina tembló de rabia.

—No tenéis derecho a hablar así a mi madre, la reina Juana. Escribiré a mi hermano para contárselo.

—¿En otra carta o como posdata a esta? —Sacó un papel, su carta, la que Catalina estaba convencida de que llegaría sin obstáculos a manos de su hermano.

Juana vio como se repetía la historia: cartas importantes, cartas escondidas que causaban a quien las escribía angustia y dolor.

—No temáis —continuó Denia—, la enviaré. Pero iré acompañada de otra mía, para aclarar un par de detalles, podríamos decir.

—Que Dios te perdone. —El hermano Juan negó con la cabeza—. Para muchos mortales sería difícil.

—Y tú, fraile, ya puedes ir recogiendo tus cosas, porque no vas a quedarte aquí mucho más tiempo. En cuanto el rey Carlos responda a mi solicitud de destitución, yo mismo te acompañaré a la puerta.

Catalina miró a su madre, después al hermano Juan y luego a Denia.

—¡Esto no puede ser! Los tres regentes han hablado en su favor.

—Da la impresión de que sabéis más de lo que os conviene y tardáis mucho en aprender cuándo debéis hablar y cuándo guardar silencio —contestó Denia. Y, después de recriminar a la princesa, se volvió a Juana—: No voy a seguir tolerando las continuas intromisiones de los regentes. Me niego a que se me desautorice. Le he explicado al rey que no puedo cumplir sus deseos si me están mordiendo los tobillos a todas horas.

Era repugnante el inmenso poder que tenía aquel hombre. Juana levantó la barbilla.

—Gracias por la información. Comprendo que debe de ser muy difícil para ti. Al fin y al cabo, no son más que simples regentes, encargados de gobernar el país.

Denia pasó por alto el sarcasmo. Había testigos presentes. Esta vez se contentó con ordenar a Catalina, como si fuese una criada, que volviera a sus habitaciones.

Juana había oído más que suficiente. Se levantó, le devolvió la perrita a su hija y se preparó para pronunciar su discurso. Entrelazó las manos por delante y, en un tono tranquilo y sosegado, le dijo a aquel hombre atroz lo que tenía que decirle.

—Denia, a diferencia del hermano Juan, yo no creo que Dios pueda perdonarte. Por mi parte, espero que te condene al infierno. No hay en ti ni una pizca de bondad. Me niegas la más mínima libertad, ni siquiera me permites salir de estas habitaciones. Te comportas como un padrastro perverso con mi hija; tienes la osadía de insultarla.

Y, además, pretendes privarnos de nuestro consejero y amigo más querido. Te aseguro que esto no ha terminado. Encontraré el modo de hacer pública tu conducta. No pienses ni por un momento que la violencia que puedas ejercer contra mí, con la excusa de que es lo que merece la gente de mi condición mental, va a debilitar mi determinación.

Tuvo que callarse ahí, pues destrozaría a Catalina conocer las numerosas vejaciones a las que aquel hombre la sometía. Se volvió al sacerdote.

—Hermano Juan, si tenéis que marcharos, ¿adónde iréis?

—Iré al monasterio de Ávila. Allí tenemos un amigo que hablará bien de mí, en el caso de que esta destitución llevase aparejado algún estigma. Me preocupa más dejaros sin apoyo y compañía.

—Estoy acostumbrada a sobrevivir. ¿Quién es ese amigo que tenemos?

—Hernán Duque es uno de los hermanos del convento.

—Hernán Duque, Hernán Duque. ¡Cuánto me gustaba ese hombre! Si hubiéramos tenido la misma posición en la vida, de buen grado me habría casado con él.

—¡Mamá!

—¿Mi señora?

—¡Típico! —exclamó Denia con desprecio—. Esa falta total de disciplina religiosa y esa obsesión con deseos lascivos. No me extraña que el rey tema por vuestra alma. Pongo a Dios por testigo de que haré cuanto esté en mi mano para que no os desviéis de la recta y estrecha senda de la virtud.

—¡Bah! No tenéis la menor idea de lo que significa la virtud, y tampoco el amor o el respeto, dicho sea de paso. Hernán era un hombre inteligente, instruido y cultivado en las artes. Pasamos juntos muchas horas felices. Los días no eran lo bastante largos.

Y había sido un compañero galante y cortés; se desvivía para complacerla, para que todo fuera de su agrado; era compasivo y comprensivo cuando las dudas y la desconfianza regresaban de vez en cuando para enemistarla con el mundo. Pero Juana no quería hablar de estas cosas en presencia de aquel hombre determinado a ensuciar una amistad buena y pura.

—Una razón más para aislaros y apartaros de influencias peligrosas. La educación no es para las mujeres; es un mal que hay que evitar a toda costa.

—Mi madre, la reina Isabel, dio a sus hijas la misma educación que a su hijo, para que pudieran estar a la altura de cualquier hombre.

—Precisamente en eso reside otro de vuestros defectos, del que intento liberaros. No sabéis cuál es vuestro lugar. La reina Isabel, para vuestro conocimiento, habría sido una soberana muy mediocre si no hubiera tenido a su lado a vuestro padre, el rey Fernando.

—Deberían estar aquí los nobles para presenciar esta arrogancia.

Lejos de permitir que eso ocurriera, rezumando autoridad y mezquindad, Denia anunció:

—He decidido trasladaros a un lugar más seguro y apartado. La fortaleza de Arévalo es la opción que prefiero. Así no habrá habladurías entre las gentes de la ciudad, y los visitantes indiscretos tendrán más dificultades para llegar. He comunicado al rey mis intenciones y ya está todo listo para nuestra partida.

Juana tragó saliva inútilmente. Había guardado la compostura hasta ese momento, pero entonces la perdió por completo. Empezó por reírse, hasta que la risa se convirtió en una carcajada incontenible, buscó las manos de Catalina y del sacerdote y resopló:

—¡Qué descuido tan delicioso! Este imbécil, enloquecido por el poder, está tan pagado de su importancia que se olvida de que es solo en Tordesillas donde tiene autoridad, donde todo se guarda en secreto, encerrado en las murallas de la ciudad, detrás de las puertas de palacio. En cuanto yo saliera de aquí, estaría en Castilla, donde él no tiene ninguna jurisdicción. Gracias, Denia. Creo que eso me gustaría mucho.

—¡Maldita!

CAPÍTULO 47

A lo largo de los tres años siguientes, el carcelero de Juana siguió alimentando su ira al ver que sus planes de abandonar Tordesillas acababan en nada, y convirtió la vida de la reina en un suplicio peor que nunca.

Juana estaba mirando un joyero con incrustaciones de marfil que había sacado del tesoro real, un almacén polvoriento y alejado de su cámara que rara vez visitaba. Allí se guardaban cofres y arcones llenos de joyas y vajilla de oro y plata; tapices enrollados y apilados; baúles repletos de pieles de toda clase y tamaño: armiño, zorro, ardilla, marta.

—Mozo, deja esas cosas y ven aquí. Necesito que me ayudes con esto. —El joyero que había escogido en particular estaba ahora encima de una mesa, a la espera de ser inspeccionado.

Lamentando no haber cruzado la estancia sin que ella lo viese, el mozo de cámara buscó con la mirada dónde dejar la jarra y la jofaina de plata que llevaba al reservado de la reina. Se volvió a un lado y a otro, consumido por la indecisión, sin perder la esperanza de que le permitiera seguir con su cometido.

—¿Mi señora?

—Ábreme este cofre. Tengo los dedos entumecidos y no puedo girar la llave.

El muchacho reaccionó con pánico y se puso colorado.

—Mi señora —balbuceó—, no me corresponde. ¿Aviso al tesorero para decirle que lo necesitáis?

—No, no dirás nada al tesorero y abrirás el cofre.

El mozo de cámara estaba rojo. Se secó el sudor de las manos temblorosas en la delantera de la túnica, sabiendo que lo esperaba una paliza si Denia lo sorprendía haciendo algo que no debía.

—¡Pero bueno, muchacho! No me gustaría tener que confiar en ti en una situación de emergencia. ¡Te has vuelto de mármol, muerto de miedo porque no es tu cometido! Coge la llave y abre el cofre. Es una tarea muy fácil.

Lo habría abierto ella misma, pero no se atrevía. Seguía extrañándole, a pesar de que habían transcurrido casi dos años, que las mismas imágenes recurrentes la asaltaran sin darle un instante de paz: las sortijas y las pulseras que la marquesa había «tomado prestadas»; los diamantes cosidos en el collar de una perra. Por eso, con la intención de despejar sus sospechas, había llevado el joyero a su cámara, donde podría examinarlo y convencerse de que no faltaba nada. Una vez comprobado, lo devolvería al almacén.

Se oyó un chasquido, y el mozo de cámara fue corriendo a coger la jarra y la jofaina, aliviado de haber cumplido su misión justo a tiempo. Rezó para que no lo hubieran visto. No quería complicaciones.

—¿Qué tenemos aquí? —La voz de Denia, fina y afilada como una aguja, perforó

el aire—. Mozo, sabes que no tienes permiso para...

—Viene cuando se lo ordeno. De todos modos, ya no lo necesito. Puede retirarse. ¿Es consternación lo que veo en tu cara o algo más siniestro?

—Ninguna de las dos cosas —replicó el marqués—. Su majestad os convoca para dentro de media hora.

—¿Carlos está aquí? ¿Por qué nadie me lo ha dicho? Parece que por fin se ha decidido a honrarnos con su presencia.

Denia hizo caso omiso.

—Estas damas han venido a ayudaros —dijo.

Dos de sus hijas, con sus damas de compañía, dieron un paso al frente.

—¿Sabes, Denia? La verdad es que no recordaba que has encontrado puestos para toda tu familia. Eres muy previsor. Me interesará mucho saber qué joyas me sugieren, puesto que tienen experiencia personal de cuáles son las más indicadas para cada ocasión. —Juana acarició con los dedos la tapa del joyero a la vez que cruzaba una mirada de desprecio mutuo con las hijas del marqués—. Casi nada se me escapa. Traedme mi mejor vestido gris. ¡Madre mía, cuánto tiempo llevaba sin dar una orden! Me gusta mucho. Necesitaré agua caliente. A trabajar todo el mundo.

* * *

El rey Carlos esperaba en el gran salón, sentado en su trono, bajo palio. Estaba impaciente, dando vueltas a los anillos que le cubrían los dedos y jugando con los mechones de pelo corto y rizado alrededor de las orejas. Era un corte recomendado por sus médicos como remedio para sus insoportables migrañas: afeitado en la nuca y a los lados, con las orejas a la vista. Al parecer estaba surtiendo efecto y además se había vuelto muy popular. La mayoría de los hombres siguieron su ejemplo y adoptaron la nueva moda.

Tras una espera interminable, se anunció la llegada de dos sacerdotes.

—El general de los dominicos, mi señor, y el general de los franciscanos.

Carlos miró a los frailes, el primero vestido de negro y blanco, con un fajo de papeles abrazado en el pecho; el segundo de gris, con los brazos escondidos en las amplias mangas del hábito.

—Parecéis cansado, mi señor. Rezo para no encontraros indispuerto —dijo el dominico.

—Las preocupaciones económicas son agotadoras además de insidiosas, padre, lo mismo que otros asuntos hasta que se resuelven. Conque, al grano.

El dominico empezó a ordenar sus papeles, moviendo la cabeza y lanzando suspiros de contrariedad mientras colocaba y recolocaba diversas cartas y notas.

Carlos lo observaba con impaciencia, acariciándose la barba que se había dejado recientemente para disimular el desafortunado mentón de los Habsburgo y cobrar un aire de experiencia y madurez.

—Estoy esperando —recordó.

—He investigado el caso a fondo desde hace meses, y mi conclusión es que la princesa Catalina tiene libertad de conciencia para casarse con quien vos escojáis.

—¿Estáis seguro? No puede quedar ninguna duda.

—El compromiso con el duque de Sajonia se ha anulado. —El dominico cogió uno de los papeles, pero Carlos lo apartó con la mano—. Y ese otro contrato matrimonial, con el marqués de Brandenburgo, no os obliga legalmente, puesto que la princesa no tenía conocimiento de los hechos y no sabía que... —Se puso a revolver otros papeles, dubitativamente.

—¿Qué significa?

—Que el marqués y la marquesa la obligaron a firmar las capitulaciones sin permitirle leerlas. Por tanto, no tenía la menor idea de que estaba firmado un contrato matrimonial.

—¿No sabía nada?

—Absolutamente nada, y en consecuencia es libre de obedecer a vuestra majestad en lo que respecta a ese contrato con Portugal. Aquí están todas las declaraciones y los documentos necesarios. En mi opinión, la mayor dificultad reside en convencerla para que se separe de su madre.

—Eso no será difícil: hará lo que yo ordene —refunfuñó Carlos.

—¿Y la reina Juana? Esto requiere cierta consideración. El traslado debe hacerse con amabilidad y, si me permitís la sugerencia, con el consentimiento de las Cortes.

Carlos se inclinó hacia delante, apuntando con la barba bien recortada.

—Es esencial apartar del conocimiento público cualquier información relativa a la reina. Si queremos preservar la paz y la estabilidad, el país debe rendirme cuentas exclusivamente a mí. No permitiré que las Cortes discutan abiertamente sobre ella; el mero hecho de decir su nombre podría desencadenar...

—Con el debido respeto, mi señor, si tenéis el consentimiento de las Cortes tenéis el de toda Castilla. De ese modo, aun cuando ocurriera lo peor, por ejemplo, que la conmoción por la partida de Catalina pusiera en peligro la vida de la reina, nadie podría culparos.

—Bien pensado. Y no veo ninguna razón para que las Cortes se opongan a este matrimonio. Al fin y al cabo, Juan de Portugal es nieto de Isabel y Fernando.

—Demuestra vuestro deseo de fortalecer los vínculos entre ambos países. Además, ¿puedo recomendaros que convoquéis a las Cortes en Valladolid? Su cercanía a Tordesillas, y a la reina, daría una sensación de transparencia.

Carlos sonrió, complacido.

—Bien, bien. Gracias a Dios que todo esto puede solucionarse de inmediato. Os estoy sumamente agradecido por vuestra diligencia.

—Pasando a un tema más liviano, tengo aquí una carta. ¿Tendríais la bondad de leerla?

—¿Qué es? Leyó en voz alta: «Beso la mano de su majestad. Quizá recordéis que

nos conocimos recientemente en Burgos y os pedí permiso para regresar a Tordesillas, pues deseo ver a la princesa Catalina antes de que emprenda su viaje a Portugal. Respetuosamente os repito mi petición». ¿Quién es este? Ah, ya caigo. El hermano Juan de Ávila. El fraile más entrometido que se ha visto jamás. No quiero que se acerque.

Arrimó la carta al fuego y la prendió por una esquina, contemplando la voracidad con que las llamas devoraban las súplicas del franciscano. Arrojó al fuego el papel carbonizado, se frotó las manos y volvió al trono.

—Que venga la princesa Catalina.

* * *

Catalina y Leonor, la menor y la mayor de sus cuatro hermanas, eran iguales en encanto y belleza, pero ahí terminaban todas las semejanzas entre ellas. Catalina, que ya tenía dieciocho años y era una mujer adulta, estaba radiante, con su vestido de terciopelo azul. Leonor, de veintiséis años y viuda, vestía de negro.

Carlos examinó a sus hermanas. Las dos eran hermosas novias.

—Acércate, Catalina. Me escribiste varias cartas para expresar tus quejas. Me gustaría que nos recordaras los motivos.

La brusquedad y la frialdad de Carlos impresionaron y sorprendieron a Catalina. No esperaba un interrogatorio, y en ningún momento se le ocurrió que esa pudiera ser la razón de aquella audiencia. Leonor había insinuado la posibilidad de que su hermano quizá tuviera emocionantes noticias que anunciarles, de ahí su inesperada presencia en Tordesillas.

—¿Dudáis de mi palabra, señor?

—El marqués estaba en lo cierto cuando dijo que eras descarada.

Leonor estaba atónita, aunque encantada, de que su hermana se dirigiera al rey sin pelos en la lengua. ¡Ojalá ella fuera capaz!

Catalina hizo una leve reverencia.

—Os pido perdón, señor. No pretendo disgustaros; ni mucho menos. Como os decía en mis cartas, nuestra madre y yo hemos soportado numerosas humillaciones, y os escribí para pedir ayuda. Mi señor, únicamente vos tenéis poder para arreglar las cosas. Si no lo hacéis, nuestra madre y yo estamos perdidas.

—¡Qué drama! ¿No has pensado que tus historias podrían parecerme un poco exageradas?

—Tengo que correr ese riesgo para contar la verdad.

—Bueno, nosotros siempre te instamos a decir la verdad, ¿no es cierto, santos padres?

El sarcasmo de Carlos era hiriente. Dolió y enfadó a Catalina que su hermano se burlara de sus sinceras palabras.

—Os escribí para deciros que no tenía nada mío; que la ropa y las joyas que le

habían quitado a mi madre no eran para mí, sino para satisfacción de otras. Os contaba que a mi madre no se le permitía utilizar las estancias del palacio, porque eso molestaba al marqués y a su familia, que consideran suya esta casa. Os decía que me trataban sin respeto, como a una simple criada...

—Sí, sí... —interrumpió Carlos, irritado por estas revelaciones y arrepentido de haberla animado a hablar. Los sacerdotes estaban intrigados, naturalmente, y Leonor no disimulaba la curiosidad de conocer más detalles.

—Pero todo eso ha cambiado, ¿no es así, Catalina? —preguntó Carlos con una sonrisa, imaginando que su hermana iba a referirse a la generosa asignación que le había enviado.

—Es verdad que las cosas han cambiado, para empeorar. La mujer del almirante, mi tía abuela, era mi amiga y confidente, y a veces le escribía una carta. Eso ya no es posible. Vivo rodeada de guardias que me vigilan; la marquesa me registra en busca de cartas y denuncia a las personas con las que hablo o a las que entrego mi correspondencia. Además, de la noche a la mañana, han destituido a mi niñera, que llevaba toda la vida conmigo. No me permiten hablar con mi madre ni con sus sirvientes. Señor, no tengo a nadie en quien confiar; incluso han expulsado a mi confesor, el hermano Juan de Ávila. La marquesa y sus hijas entran en mis habitaciones sin previo anuncio, cuando les place. He oído decir que, si mi madre establece alguna relación cercana con su servidumbre, el marqués...

No estaba dispuesto a seguir escuchando a aquella muchacha insolente. Sus revelaciones eran vergonzosas. Carlos aplaudió y dijo:

—Una interpretación excelente, Catalina; y además, pareces una auténtica princesa, de la cabeza a los pies.

Catalina intentó explicarse, pero Carlos no se lo permitió.

—Habrá grandes cambios para ti en el futuro próximo.

—Nuestra madre y yo os estaremos eternamente agradecidas.

—Hablando de nuestra madre. ¿Cumple con sus obligaciones religiosas?

Carlos se inclinó hacia adelante, apoyó un codo en el brazo del trono y sujetó entre el pulgar y el índice la barba que le confería autoridad. Estaba preparado para interrogar a su joven testigo.

Los sacerdotes y Leonor tuvieron que adaptarse al cambio de tema.

Catalina tragó saliva.

—Es una pregunta muy difícil. Las circunstancias pueden llegar a ser complicadas y eso no facilita que hagamos de buen grado lo que se espera de nosotras. —Miró con nerviosismo a su hermano y a los sacerdotes. ¿Qué querían de ella?—. Cuando el hermano Juan estaba aquí, mamá siempre se confesaba. Sí, se confesaba y de vez en cuando iba a misa. Pero Denia lo destituyó.

—Dices que iba a misa de vez en cuando. ¿Eso quiere decir que otras veces no podía o no quería?

Catalina dudó, por miedo a dar una mala impresión. Si su hermano quería saberlo,

¿por qué no se lo preguntaba a su madre?

—Todo es muy complicado. En primer lugar, como decía en mi carta, el marqués insistía a menudo en que nuestra madre oyera misa en sus habitaciones, no le permitía participar en el servicio de palacio. Ella se enfadaba mucho y entonces...

—¿Y entonces?

—Entonces se negaba a oír misa. ¡No lo puedo explicar! ¡Esto es injusto! —Miró a los demás con desesperación, pero podía decir algo bueno en defensa de su madre —. Mamá siempre ha sido una gran benefactora de los franciscanos y de las hermanas de Santa Clara. Normalmente viste como ellas, con un sencillo vestido gris, y pasa muchas horas en oración, para acercarse a su modo de vida. ¿Qué más puedo decir?

—Es suficiente. —Fue Carlos quien miró entonces a los sacerdotes con gesto preocupado. Lo que acababan de oír insinuaba herejía: no se confesaba, no iba a misa y vestía como una monja. ¿Era su madre una hereje? Si lo era, y no se hacía nada para remediarlo, arrastraría a la perdición las almas de toda la familia, también la suya.

Llamaron a Juana. Los sacerdotes, muy serios, intercambiaron algunos susurros.

CAPÍTULO 48

Juana se hizo esperar, y la espera resultó pesada para todos.

Catalina y Leonor hablaron de cosas sin trascendencia, pero ninguna parecía interesada en lo que decía la otra. Catalina se temía lo peor, estaba angustiada e intentaba recordar qué había dicho exactamente de su madre y hasta qué punto sus palabras podían ser motivo para condenarla. Leonor seguía guardando su feliz secreto, su buena noticia, aunque la inquietaba que eso pudiera olvidarse si Carlos persistía en aquel absurdo interrogatorio sobre la devoción de su madre. Era evidente que se trataba de un malentendido.

Los sacerdotes comentaron solemnemente los numerosos casos de herejía que asolaban España y buena parte de Europa, dirigiendo frecuentes miradas a la puerta vacía por la que Juana, esa mujer de alma descarriada, seguía negándose a aparecer.

Carlos apoyó la cabeza en el respaldo del trono y cerró los ojos. Tenía dos decisiones importantes que atender, a cual más apremiante: sus planes para la familia y la necesidad urgente de devolver a su madre a la senda de la rectitud. ¿De cuál debía ocuparse en primer lugar? Los sacerdotes estarían impacientes por ver el rigor con que se proponía encarar las graves faltas de Juana. Pero ¿cómo pasar de esta cuestión a las otras, igual de importantes, que afectaban a la familia?

Por fin se anunció la llegada de Juana y pudo escenificarse la temida confrontación.

Los sacerdotes inclinaron la cabeza, mientras Catalina y Leonor saludaban con una reverencia y Carlos volvía a adoptar su pose regia.

La mujer a la que vieron cruzar la estancia no guardaba ningún parecido con una figura de la realeza y tampoco con una madre. Las arrugas que le cubrían el rostro hablaban de sufrimiento y conflicto. Su amargura se reflejaba en la curva descendente de los labios. Varios mechones de pelo pajizo se habían escapado de la capucha y el velo para posarse sobre los hombros como una maraña sin brillo. El ajado vestido de terciopelo gris reflejaba los cuarenta y cinco años que pronto cumpliría su dueña. Era una anciana, una desconocida, un incordio.

Juana se plantó delante de su hijo, rígida y llena de determinación, con la barbilla alta, los ojos y la boca estrechados por la ira.

Esto iba a ser más difícil de lo que Carlos había previsto. Juana se mostraba desafiante. Carlos intentó ahuyentar su inquietud con un carraspeo fuerte y se colocó la túnica corta, de terciopelo rojo, para desprenderse de la incomodidad que sentía. Vaciló unos momentos antes de bajar de la tribuna para saludarla.

—Queridísima madre, me alegro de verte.

—No te precipites, Carlos. ¡Queridísima madre, por supuesto! —Con un hilo de voz que temblaba de rabia, Juana empezó a decir—: Permite que te recuerde que dejaste que tus amigos me quitaran a mi querida Catalina. Sí, ya sé que me la

devolviste, pero después de haberme causado un dolor inmenso. —Se le agolpaban las emociones—. Permite que te recuerde también que me has robado mi reino y me has hecho prisionera del pérfido Denia. —Volvió la cabeza hacia la puerta, donde acechaba el carcelero con sus hijas, las «damas de compañía».

Carlos estaba a punto de interrumpirla, pero ella no se lo permitió. Tenía que terminar.

—Por favor, ten la gentileza de no negarlo; no empieces siquiera a poner excusas. Lo cierto es que me habéis apartado, soy un molesto obstáculo. Muy bien. Pero ahora dime. —Hizo una señal para que le acercaran el joyero—. Dile, Carlos, a tu madre —se dio un golpe en el pecho—, ¿por qué has saqueado mis apartamentos?

Los sacerdotes estaban desconcertados.

—Dulce madre —imploró Carlos.

—¡No te atrevas a decir nada hasta que haya terminado! —gritó Juana—. Dime por qué, después de robar mi oro, mis rubíes, mis zafiros y mis diamantes, te tomaste la molestia de sustituirlos por esto.

Cogió el joyero y lo vació en el suelo.

Alrededor de treinta piedras y guijarros tintinearón al chocar con las baldosas.

Juana los señaló y siguió despotricando.

—¿Qué engaño cruel es este? ¿Cómo puede un hijo tratar así a su madre? ¡Qué traición! Dios mío, necesito sentarme.

Su corazón, en combate contra las costillas, producía un ruido atronador en sus oídos. Se acercó al trono dando tumbos y empujando a Carlos.

Leonor, Catalina y los sacerdotes seguían contemplando el suelo, identificando piedras y guijarros.

Carlos estaba asediado, con la prueba del delito desperdigada a sus pies. Tuvo que tragarse la furia.

—Deja que te lo explique, aunque no tengo por qué. Ha habido algunos gastos extraordinarios desde que heredé el trono. He necesitado fondos para aplacar el malestar en Alemania y Flandes, conseguir la Corona Imperial, sofocar el descontento, aquí en España, y últimamente librar las guerras contra Francia. Las arcas del país estaban vacías. No quería cargarte con los asuntos del Estado, madre. De todos modos, me pareció que estaba justificado coger esas joyas, que a fin de cuentas son de la Corona. Tengo la intención de restituir las cuando España esté en paz.

Juana lo miró, ahondando en su alma, y respondió a sus mentiras negando con la cabeza. Carlos se sintió desenmascarado: su madre sabía que cogería lo que quisiera y haría lo que quisiera, porque lo consideraba un derecho.

—Tus palabras no sirven para disculpar tu hipocresía. En cuanto a esa restitución, nunca tendrás lo suficiente para satisfacer tus infinitas necesidades. ¿Qué más pretendes robarme y cuál será el pretexto?

Carlos había recobrado la compostura.

—Necesitaba dinero, y no hay más que hablar. Necesito más de lo que valen tus joyas, mucho más. Por fortuna, por fin he encontrado la solución. He conseguido un millón de ducados.

Era una suma formidable. Leonor y Catalina se miraron con aire incrédulo. Juana movió la cabeza, cuestionando la descabellada cantidad. Solamente los sacerdotes, que conocían el origen del dinero, recibieron sin inmutarse la revelación de que hubiera encontrado semejante suma de dinero cuando todos los grandes bancos de Europa se la habían negado.

—Voy a casarme con la princesa Isabel de Portugal. Tendrás que reconocer que la dote es considerable.

Juana hizo un esfuerzo para recordar. Se había hablado de muchas novias y muchos compromisos. ¿En algún momento se consideró como posibilidad a esta princesa, su sobrina?

—¡Un millón de ducados! Todas las casas reales son prestamistas o deudoras, o mercaderes que se venden al mejor postor. ¿Cómo terminará esto?

—Con acuerdos matrimoniales.

—¿Acuerdos? ¿Es que hay más de uno?

—Leonor va a casarse.

Leonor dio un paso al frente, con una mano en el pecho para apaciguar los latidos del corazón, y sonrió, pues había llegado el momento de que su madre y su hermana conocieran la feliz noticia. Iba a casarse con el amor de su niñez, el conde Federico.

—Leonor va a casarse con un prisionero mío: Francisco, el rey de Francia.

—No es verdad, no es verdad. ¡No puede ser! ¡Me prometiste que me casaría con Federico! —Su hermano había incumplido su palabra por segunda vez—. Renegaste del contrato matrimonial con Juan y me obligaste a casarme con su padre, Emanuel, un viejo repugnante, baboso y jorobado; un inválido. Cumplí con mi deber. Dijiste que con su muerte quedaba libre para seguir los deseos de mi corazón: esas fueron tus palabras exactas. Y confié en ti. No tienes derecho a tratarme así.

—Tengo todo el derecho. Os recuerdo vuestra posición, señora. Gobernaré esta casa como gobierno el país. Soy el rey: yo decido por todos.

—¡No lo haré! —Leonor se armó de valor, imitando a su hermana menor.

—Lo harás y lo sabes. No tienes elección, y Francisco tampoco, si quiere la libertad. Si te sirve de consuelo, tu futuro esposo es solo cuatro años mayor que tú, y apuesto también. —Dirigió a su romántica hermana lo que él consideraba una cálida sonrisa fraternal, llena de comprensión, antes de volverse a Juana—. Leonor será reina de Francia, y como regalo de boda recibirá Borgoña. Nuestra familia por fin recuperará Borgoña. ¿No te parece impresionante?

Juana miró a sus hijas, que estaban completamente abatidas.

—Ya ves que no tenemos palabras para expresar nuestra satisfacción.

—Bueno, al menos sé que voy a dar una alegría a Catalina. Ella, a diferencia de su hermana, no será una ingrata. Antes te dije que habría grandes cambios para ti,

Catalina. También tú vas a casarte. Te casarás con el rey Juan de Portugal, hermano de mi futura esposa. Ya no tendrás que seguir aquí, soportando esas tremendas incomodidades de las que te has quejado. Y bien, ¿qué dices? ¡Cómo! ¿Ni siquiera una sonrisa?

Catalina no cabía en sí de alegría. Libertad: ¿cuántas veces había soñado con el día en que pudiera salir de aquella prisión? Era una noticia maravillosa. Más que eso. ¡Se iba a Portugal para casarse con un rey! Pero ¿y su madre? ¿Podía abandonarla con tanta facilidad? ¿Quién iba a protegerla?

—¡No! ¡No! ¡No! —Los gritos de Juana fueron desgarradores—. ¡No puedes hacerme esto! ¡Ella es lo único que tengo! ¡Dios mío, es toda mi vida! —Bajó del trono tambaleándose y empezó a dar vueltas por la estancia atrapada en su angustia, desencajada, retorciéndose las manos, mordiéndose los nudillos. Se detuvo y se apoyó en un aparador. Cogió dos velas, dio media vuelta y se las lanzó a Carlos, gritando—: Me lo has quitado todo, pero no me quitarás a mi Catalina.

Y siguió lanzando fuentes de plata, jarras y platos de oro, estrellándolos contra los muebles y el suelo, a la vez que sollozaba:

—¡No se irá!

Los gritos de Juana no perdieron ni una pizca de intensidad mientras arrojaba todo lo que encontraba a mano, hasta que en el aparador no quedó nada más que su tapete de terciopelo. Lo arrancó de un tirón y se desmoronó en el suelo.

Leonor se llevó a Catalina, que estaba llorando. No había nada que pudieran hacer.

Cuando Juana se tranquilizó, el franciscano se arrodilló a su lado. La instó a alegrarse por su hija. La reprendió por su egoísmo, por interponerse en el camino de la felicidad de Catalina. La instó a pedir perdón, por su impropio proceder, como una auténtica hija de Dios.

Juana se secó las mejillas con el tapete y miró al franciscano fijamente, con incredulidad y rabia.

—¿Egoísta? ¿Soy egoísta cuando Catalina es lo único que tengo y acaban de decirme que voy a perderla para siempre? Ella es mi consuelo, mi única alegría en este infierno. No os atreváis a juzgarme: no sabéis nada de mí ni del trato que recibo; no tenéis la menor idea de las condiciones en las que vivo. ¡Qué arrogancia! Os digo, sacerdote, que nunca, jamás, volveré a confesarme. Nunca, mientras me quede una gota de aliento —repitió entre dientes—. ¿Dónde, en nombre de Dios, está vuestra compasión? ¿Dónde está vuestra simpatía? ¿Dónde vuestra caridad? ¿Dónde están las palabras de consuelo? ¡Fuera de mi vista! ¡Me dais asco!

—Debo advertiros de que os exponéis a la excomunión —dijo el franciscano con voz áspera, aunque después de haber oído el testimonio de Catalina y presenciar ahora este estallido comprendía que la situación era en verdad grave—. Parece que necesitáis que se os recuerde que la confesión es una obligación ineludible, impuesta por una institución divina. Debéis pedir humildemente a nuestro padre celestial su

perdón y su absolución. Si os negáis a cumplir lo que os manda la Iglesia, sois una pagana y estáis fuera de la Iglesia. Fuera de la Iglesia está el diablo. Mi señor, el rey Carlos, tiene sobrados motivos para temer por vos.

CAPÍTULO 49

Los años de 1525 a 1533 transcurrieron en el palacio de Tordesillas entre la indiferencia y el abandono. La sucesión de días oscuros había agravado el sufrimiento y la vejez de sus habitantes, y era un debilitado marqués el que ahora se arrastraba penosamente por el pasillo. Se detuvo para tomar aire en la puerta de las habitaciones de Juana. Estaba más delgado que nunca, y el pelo blanco y ralo asomaba por debajo del bonete negro formando un flequillo desigual.

Un guardia sostuvo la puerta para darle paso. Aun así, Denia siguió esperando hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Primero distinguió las siluetas de dos criadas, que interrumpieron sus quehaceres en el momento en que apareció el marqués y se habían retirado al fondo de la estancia; después vio la silueta de Juana, asomada a la ventana.

—Alguien ha venido a veros —resopló Denia.

No hubo respuesta.

—¿No hemos conseguido mejorar esos modales en los ocho últimos años? —dijo, con sarcasmo y hastío.

Juana dio media vuelta, le quitó una escoba a una de las criadas y empezó a dar golpes en la dirección donde estaba el marqués, para echarlo de allí.

—Sabéis que no puedo tolerar esta conducta —dijo él, dando un paso adelante.

Juana soltó la escoba, cerró los ojos y levantó un brazo para protegerse de los golpes. Sin embargo, no era necesario, porque Denia ya no estaba en condiciones de administrar castigos que no fuesen verbales.

No pasó nada, como últimamente. Juana bajó el brazo.

—¿Dónde está Denia?

—Se ha ido, mi señora. Ha dado media vuelta y ha salido. Aunque tiene razón. Tenéis visita. Lo habíamos oído, pero no podíamos decirlo. Ya sabéis cómo es el marqués, que no nos deja decir nada. Os aseguro que el palacio está conmocionado.

—¿Es un amigo o un enemigo? Aunque ¿qué más da? —Juana empezó a reírse; estaba nerviosa.

—Es un almirante. Vuestro tío, dice. Dijo que no os veía desde hacía ocho años.

—¿Ocho años? Denia también ha dicho lo mismo.

—Estábamos pensando que hacía una eternidad que nadie venía a visitaros.

Unas voces masculinas se acercaban por el corredor. Voces viejas, cascadas, airadas.

Una de las criadas se atrevió a decir:

—¿Veis lo que digo? Parece que fue ayer. Hay unas discusiones tremendas.

—¡Y yo digo que voy a las habitaciones de la reina para verla! Si no se encuentra en

condiciones de salir, no creo que se tome a mal una visita de su tío.

—¡Insisto en que tenéis que esperarla aquí fuera!

—Estoy aquí por orden del rey. Soy de la familia. Esto es una visita personal.

—Cualquier cosa que podáis decir al rey será en vano. Su majestad solo me escucha a mí. Yo os diré lo que queráis saber. No hace falta que entréis. De hecho, os niego el permiso.

—Sois, probablemente, señor, el hombre más exasperante que he tenido la desgracia de conocer, y eso que he conocido a unos cuantos. Ahora, dejadme pasar.

—El almirante lo apartó con el bastón.

Don Fadrique recuperó el uso normal del bastón y se acercó a las habitaciones de su sobrina con paso renqueante. Con los ojos legañosos, miró detenidamente a la mujer que en otro tiempo, hacía décadas, había sido su hermosa y tierna protegida: una muchacha con los ojos del color de la avellana y el pelo caoba, rebosante de vida. Tenía más de cincuenta años y era una anciana marchita, con el pelo canoso y desaliñado, sin peinar o cepillar desde hacía años. Llevaba un feo vestido gris, o un hábito, o lo que fuese, pegado al cuerpo escuálido. El almirante tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no echarse a llorar.

Si sus ojos, aunque cortos de vista, no lo engañaban, aquel vestido de lana hacía meses que no se lavaba y estaba lleno de manchas. Había en la habitación un olor denso y rancio, que emanaba de Juana. ¿Cuándo se había bañado o cambiado de ropa interior por última vez?

Dio un paso al frente y dobló una rodilla con suma cautela.

—Sé que debería arrodillarme, pero puede que si lo hago no vuelva a levantarme nunca más.

Juana lo examinó, mientras él le cogía la mano para besarla. ¿Quién era aquel caballero de ojos bondadosos y barba agradable? ¿Era quien decían: su tío? Y entonces ocurrió algo. Fue como la llegada del amanecer: Juana sintió la tibieza del sol después de una noche fría. El rostro del anciano la hizo evocar imágenes de otros tiempos y otros lugares; había barcos, mares bravíos y naufragios; había palacios, con banquetes y bailes, inmensos salones inundados de música y luces de velas.

Una sonrisa vacilante, y luego:

—¡Te conozco! Temía no estar segura. Casi nunca veo a nadie, y confundo a la gente y los sitios. Pero ahora sé que de verdad eres tú. Eres mi tío. Mi querido tío Fadrique.

—Y tú mi sobrina favorita.

—Tenemos mucho que hablar. ¿Te quedarás una temporada?

—Unos días.

—De todos modos —dijo Juana, frunciendo el ceño—, tendremos poco tiempo. —Señaló la puerta, por encima del hombro—. Puede que ese hombre no permita otra visita.

—Ten la tranquilidad de que eso no pasará.

Como una niña feliz, presentó al almirante a sus dos criadas.

—Es mi tío, que ha venido a verme. Traedle una silla.

—¿No prefieres dar un paseo? —No quería quedarse en aquella habitación un momento más de lo imprescindible, y tenía una excusa preparada—. Si me siento, las rodillas se me vuelven de piedra y luego no consigo moverme.

—Pues demos un paseo, claro que sí. Eso suena espléndido. Normalmente no me permiten salir de aquí, aunque a veces me escapo y voy corriendo hasta el otro lado del corredor. Grito para que alguien venga a rescatarme, pero nunca viene nadie.

Dijo esto con voz neutra, sin ninguna emoción, y don Fadrique dudó de que fuera cierto. Pero suponiendo que lo fuera, que su frágil sobrina pedía ayuda, desesperada, y nadie venía a socorrerla. ¿Entonces?

—Denia se enfada mucho y...

—¿Se enfada y qué?

Juana miró a su alrededor y se llevó un dedo a los labios, en señal de advertencia.

—Chsss. Pero soy más fuerte que él. Nunca me vencerá, ya lo verás.

—¿Qué es esto Juana? ¿Quieres decir que el marqués es violento contigo? —Don Fadrique pensó que debían de ser puras fantasías; el marqués no era capaz de asustar a un ratón.

—Pues claro —dijo, sin darle importancia—. De todos modos, prométeme que no dirás ni una palabra.

Aunque le costaba creer las palabras de Juana, sumadas a lo que había visto y oído desde su llegada, componían un cuadro aterrador. Juana estaba prisionera: su aspecto no dejaba lugar a dudas. Aquella habitación era una celda y no le permitían salir sin ser castigada.

Recordó la época, hacía veinte años, en que el rey Fernando se empeñó en demostrar que su hija había perdido el juicio, y Juana pasó una mala racha. Pero años después la había visto radiante, cuando Hernán Duque estaba en el palacio, y también cuando consiguieron derrotar a los comuneros. ¿No se hablaba entonces, en España y en todas partes, de su gracia y su inteligencia, de su encanto y su elegancia en el vestir?

Don Fadrique jamás se había perdonado por haber sido uno de los regentes que la liberaron de los rebeldes solo para ponerla de nuevo en manos de aquel villano de Denia. Estos últimos ocho años de confinamiento, sin la compañía de Catalina, posiblemente habían roto los últimos hilos que la sujetaban a... No se atrevía siquiera a pensar en la palabra. Confiaba en que la carta que iba a escribir al rey produjera algunos cambios. Había que hacer algo, sin tardanza. Se detuvo, se dio una palmada en la frente y murmuró:

—Pero espera, viejo idiota. Carlos ha estado aquí y ha visto cómo están las cosas. ¡Dios mío! ¿Cómo ha podido permitirlo?

—¿Qué dices, tío?

—Nada; solo me quejaba de los achaques y los dolores que me han deparado los

años.

Echaron a andar despacio por el corredor y entraron en la antecámara del gran salón. Se acercaron a dos sillas, junto a una olvidada mesa de ajedrez, con las piezas preparadas y a la espera de recibir a los jugadores desde hacía años.

—¿Jugamos, Juana? ¿Sigues jugando? Se te daba muy bien.

Es posible que Juan no lo hubiese oído. Posó la mirada en el rey blanco. Lo cogió para examinarlo con interés y volvió a dejarlo en su lugar. Luego se miró los dedos torcidos, las uñas largas y sucias, llenas de mugre. Tenía que acordarse de remediarlo.

—¿Traes noticias para mí, tío?

—Nada de especial importancia. He venido a charlar. ¿Sabías que tienes un nieto y dos nietas?

—Sí, vinieron una vez. Unos niños encantadores. Doña María y don Felipe, y la pequeña, a la que pusieron mi nombre. Su madre es toda una belleza. ¿Sabes por qué la recuerdo? —Sonrió y le indicó que se acercara—. La recuerdo porque llevaba una de mis cadenas de oro favoritas.

El almirante no quería saber nada del saqueo de las joyas de Juana.

—Y tu querida Catalina te ha dado otra nieta.

La angustia se apoderó de Juana una vez más: una nítida imagen de las horas que había pasado viendo cómo un séquito se llevaba a su hija, cruzaba el puente y atravesaba las llanuras, hasta que no quedó nada que contemplar. Estuvo dos días sin separarse de la ventana, se negó a moverse: lo único que quería era que Catalina regresara, y no apartaba los ojos del punto del horizonte en el que la había perdido de vista.

—Me la robaron.

—Tuvo que irse a Portugal, Juana. Las cosas son así. Deberías alegrarte de que haya dado a luz sin percances.

—Catalina no ha vuelto. Estoy sola con mis torturadores.

—¿Qué castigos te aplica esa gente? ¿Qué hace Denia...?

Juana se levantó de la silla.

—No pronuncies su nombre. Es vil, un reptil escurridizo y repugnante. Ojalá que Dios condene a ese montón de estiércol pestilente. Maldigo su nombre, el de su mujer, el de sus hijos y sus hijas, y el de todos los que cumplen sus órdenes. —Escupió en el suelo por cada uno de los nombres que recordaba.

Su vehemencia estremeció a don Fadrique. No sabía qué decir, así que optó por callar y esperar a que amainase la tormenta. Dejó que Juana siguiera maldiciendo y escupiendo mientras se acercaba a la ventana para mirar el camino por el que se había marchado Catalina y evocar los años siguientes que había tenido que soportar, sola.

Al cabo de un rato, el almirante notó que el ambiente recuperaba la calma y el silencio. Volvió entonces la cabeza y vio que Juana sonreía, como si no hubiese ocurrido nada extraordinario.

Trató de cambiar de tema.

—¿Sabías que Carlos ya ha sido coronado emperador del Sacro Imperio Romano? La ceremonia fue espléndida, por descontado —refunfuñó don Fadrique mientras tomaba asiento.

—Cómo no. ¿Y a quién le habrá robado esta vez las joyas para dar brillo a la ocasión? Porque necesitaría muchas más de las que me robó a mí.

El almirante se echó a reír y se dio una palmada en la rodilla.

—Juana, sigues siendo la misma. Nunca tuviste miedo de expresar tus opiniones.

—Solo digo la verdad, tío.

—Bueno, es un hecho que empleó la mayor parte de las joyas de su esposa, por valor de noventa mil ducados, aunque prometió que se las devolvería, naturalmente.

—¡Ja! Yo podría decirle a su mujer que él nunca devuelve nada. No es más que un vulgar ladrón.

El almirante se llevó un dedo a los labios y señaló la puerta. Juana asintió. Sabía que Denia probablemente estaría escuchando, y sonrió. Era una situación emocionante: dos conspiradores que compartían secretos.

—El caso —continuó don Fadrique— es que la corona y la capa que llevaba estaban hechas con tanto oro y tantas piedras preciosas que no es posible calcular ni el precio ni el peso. Y, esto te va a parecer increíble: después de la ceremonia lanzaron monedas de oro y plata entre la multitud.

—Me lo creo. Seguro que disfrutó en su papel de gran emperador. Seguro que se cree superior a Carlomagno. Es el hombre más engreído y egoísta que conozco. Y también estoy segura de otra cosa, ¡de que ese dinero que arrojó a la multitud no era suyo!

—¡Qué cosas dices, Juana! —Era mejor no seguir hablando de Carlos—. ¿Sabías que Leonor se ha casado?

—Se casó con el rey de Portugal.

—El rey ha muerto. Catalina se casó con su hijo Juan, el nuevo rey coronado.

—Catalina no volvió, por más que la estuve esperando. Fue como si me clavaran un cuchillo en el corazón. Me robaron a mi hija.

Don Fadrique no quería volver a ese terreno.

—Tienes otros cinco hijos —le recordó.

—¿De verdad? Todos unos extraños, menos Catalina. Ella era mía, completamente mía.

El almirante desvió la conversación.

—Leonor se casó con el rey Francisco de Francia —dijo.

Vio que Juana arrugaba la frente y trataba de combatir la confusión para reemplazar al viejo rey de Portugal por el rey de Francia, y le pareció que era comprensible, que debía de resultarle difícilísimo, que los días se fundían para ella con los meses y los años, porque la habían apartado completamente del mundo.

Juana asintió por fin.

—Ah, sí, se casó, se casó. Ya me acuerdo. Fue una alianza política con la que

Carlos hizo un buen negocio utilizando a su hermana.

—Tienes razón, por supuesto. Tu familia no ha recuperado Borgoña, mientras que Carlos liberó a los dos hijos de Francisco.

—¡Roba niños además de joyas! ¿Cómo fue?

—Francisco había estado prisionero de Carlos, pero quedó en libertad a cambio de los niños. Los tomaron rehenes mientras se completaban las negociaciones. Después los dejaron en libertad. Leonor los acompañó a Francia.

—Los hombres pueden ser las criaturas más crueles. Imagínate: dos niños solos, sin nadie que los quiera o que cuide de ellos, en un país extraño, aterrorizados. Supongo que los franceses no habrán recibido a Leonor con mucho cariño.

—Las guerras son muy complicadas.

—¿Te acuerdas de Margarita de Austria, mi cuñada? Le entregaron a mis hijos.

—Y los cuidó bien, a los cuatro.

—¿Sigue cuidando de ellos?

—No. Ya son todos adultos y están casados. —Era inútil entrar en detalles—. Por desgracia, Margarita ha muerto. Fue un accidente absurdo. Se rompió una copa de cristal en su cámara. Dicen que una esquirola le atravesó la zapatilla y se le clavó en el pie. La herida se infectó. Un asunto muy triste. Sé que le tenías mucho afecto.

Pero Juana se había dejado llevar por los recuerdos, a tiempos muy lejanos.

—Se casó con mi hermano.

—¡Te acuerdas!

—Ah, sí, me acuerdo de algunas cosas. —Se puso a jugar con la falda, haciendo pliegues con la tela, y luego se concentró en las manchas de las mangas.

—Mi querido Juan. Nuestra madre siempre lo llamaba su ángel. Yo lo llamaba Juanito, cuando éramos pequeños. Era único. Tengo un retrato suyo aquí —dijo, tocándose la frente—. Una vez me dijo que era una luchadora, que nunca dejara de luchar por lo que es justo, por lo que legítimamente me corresponde. Y he luchado, tío. He librado muchas batallas. No estoy segura de haber ganado ninguna, pero aquí estoy y sigo luchando. —Se irguió en el asiento con orgullo—. Quién sabe si algún día obtendré la victoria.

—A espíritu no hay quien te gane, de eso no cabe duda. —Don Fadrique le acarició la mano.

Juana contestó con una risa siniestra.

—A espíritu, sí, pero ¿y mi alma? ¿Sabes que todos están obsesionados, porque rara vez me confieso y a menudo me niego a oír misa?

El almirante se alarmó. Era un tema demasiado serio para tomarlo a la ligera.

—Juana, ten cuidado. No temo por tu alma, pero vivimos tiempos difíciles. La Inquisición no ha desistido en su Guerra Santa contra los herejes, y podría ser peligroso que alguien insinuara que tus actos...

—¿Me sugieres que sea hipócrita, que mueva los labios para cumplir con mi obligación y no haga nada para enmendar las cosas?

—No. Ah, Juana, no tengo respuesta para eso. ¿Cómo voy a aconsejarte? Solo me gustaría que encontraras otra manera de protestar. ¿No podrías hacer algo que no te comprometa?

—¿Quieres que me rinda tan fácilmente? Como dijo Juan, tengo que seguir peleando.

—En ese caso, que Dios te acompañe.

La conversación había llegado a su fin natural. No quedaba nada que decir, ni ese día ni ningún otro. Mientras pronunciaba esas pocas palabras, el almirante supo que eran su bendición, su despedida a Juana. Nunca volverían a verse. No tenía sentido visitarla de nuevo. Además, era viejo, demasiado, para inmiscuirse en asuntos religiosos y, de todos modos, no tenía ni el corazón ni el estómago necesarios para la batalla. Lo llenó de desesperación comprender que había fracasado, y aún más reconocer que Carlos desecharía, sin leerlo, cualquier informe que él pudiera enviar. El marqués tenía razón.

La visita no había servido más que para satisfacer el capricho de un viejo sentimental y cumplir el deseo de ver a su sobrina por última vez antes de su muerte. Cuando él se marchara, Juana seguiría sola, sin ayuda de nadie.

—¿Comemos algo, Juana?

—No, normalmente como a solas. Tengo poco apetito, y no creo que te conformes con pan y queso. Estoy harta de comer siempre lo mismo, día tras día. Aunque he descubierto que el pan y el queso se conservan mejor que otras comidas, si no quiero comer en el momento.

Esta revelación daba cuenta de otro ultraje contra su sobrina; era intolerable que tuviera que alimentarse como una indigente. Don Fadrique la acompañó a sus habitaciones y vio cómo se cerraba la puerta. Tuvo que sentarse en un taburete, con el bastón entre las piernas y la barbilla apoyada en los nudillos. Lloró en silencio, y las lágrimas se perdieron entre la barba blanca como la nieve.

Una criada de la cocina venía por el pasillo con una jarra y dos escudillas de barro, una encima de otra. Las dejó en el suelo, al lado de la puerta. Don Fadrique movió la cabeza con pesar: en una escudilla había una loncha de queso agrietado y seco; en la otra un mendrugo de pan. La jarra estaba llena de agua.

Se le rompió el corazón, y su cuerpo de anciano se sublevó de ira.

—¿Qué es esto?

—La comida de la reina.

—¿Quién lo ha ordenado?

—El marqués dice que, como apenas quiere comer, sería pecado desperdiciar la comida. Por eso le da pan y queso, y nosotros nos comemos lo que han preparado para ella. ¡Y bien que lo agradecemos! Aunque no está bien que lo diga.

—Entonces, ¿mientras que la reina solo recibe pan y queso, tú comes ternera, pollo y cerdo?

—Como ya le he dicho, señor, es porque ella no siempre quiere comer.

—¿Y por qué le dejas la comida en el suelo? ¡Por el amor de Dios!

La criada se avergonzó y se mostró reacia a contestar.

—Señor, así se ha hecho siempre, desde antes de que yo llegara. Verá usted: es que nunca se sabe de qué humor puede estar. A veces se pone de muy mal genio cuando ve la comida, y empieza a lanzar cosas. Por eso la dejamos aquí, en la puerta. Ella la coge cuando quiere. Así nos ahorramos muchos disgustos, ¿sabe usted? Por ejemplo, que alguien tenga que castigarla porque en un arrebato le ha dado un golpe... He hablado más de la cuenta. —Hizo una reverencia y se escabulló a toda prisa.

Conque así era como veían a Juana, como un animal, una bestia salvaje a la que resultaba peligroso acercarse para alimentarla, o algo peor.

Pensó en la mujer con la que acababa de pasar una hora. Sí, había demostrado que tenía espíritu, un espíritu que nadie censuraría jamás si se tratara de un hombre. A pesar de todo, era la reina y tenía por tanto libertad de obrar y decir lo que se le antojara. Hablar de libertad, se reprendió el almirante, no venía a cuento dadas las circunstancias. Juana había dado muestras de confusión a veces, pero eso era natural al cabo de tantos años de confinamiento.

¿Qué había sido de la promesa de tratarla como a una reina?

La habían despreciado. En lugar de eso, se propusieron convertirla en un monstruo deliberadamente, y ahora podían tomar las medidas oportunas para enfrentarse a lo que habían creado.

¿Y qué posición ocupaba Juana en todo esto? Al cabo de tantos años sin conocer otra vida, se había acostumbrado a su papel.

—Santo Dios de los cielos —lloró—. Por favor, ten un poco de compasión de ella y hazle justicia, porque aquí nadie va a ofrecérsela.

CAPÍTULO 50

Juana había cumplido setenta y cuatro años (debía de tenerlos, pues alguien dijo que estaban en 1554) y se felicitó una vez más de su notable resistencia. Muchos se habrían quebrado a lo largo de tantas décadas de maltrato en manos de la familia Denia, pero ella no. No daría ese placer a sus enemigos. Solo lamentaba que el almirante, o algún otro amigo, perdido hacía mucho tiempo, no estuvieran allí para compartir su sardónica satisfacción.

Cerró la tapa del joyero en el que aún guardaba algunas baratijas y lo colocó, con calculada precisión, al lado de un estuche de cuero, alargado, donde conservaba lo que quizá fuera su tesoro máspreciado. Fernando, el favorito de sus dos hijos, se lo había enviado de Viena hacía algún tiempo, para que lo recordase en el día de su cumpleaños; Juana ya no estaba segura de si eran sesenta y nueve o setenta los que cumplía en esa ocasión.

El joyero y el estuche la acompañaban a cualquier parte del palacio. Estaban restaurando y decorando sus habitaciones, y entre tanto la habían trasladado a otras más espaciosas. Al principio no cayó en la cuenta de que el cambio era solo temporal.

Después de colocar el joyero a su gusto y acariciar una vez más el estuche de cuero, se acomodó en la silla y se preparó para hablar con el caballero de mediana edad que esperaba, de pie, al otro lado de la mesa.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Juana, que siempre seguía el mismo ritual con don Luis Denia, el nuevo marqués.

—No está mejor —mintió él, como hacía en todas las ocasiones, pues había heredado el título a la muerte de su padre, hacía más de veinte años.

—¿Qué enfermedad tan persistente puede durar tanto? No es que eche de menos su compañía. Tengo la impresión de que nunca volvió a encontrarse bien desde esa vez que me sacó de aquí. Dijo que había amenaza de peste. Se lo tiene merecido, por mentir. Me prometió darme ropa nueva cuando llegásemos a nuestro destino. ¡Y yo lo creí y tiré tantas cosas! Pero no dejé que las criadas se quedaran con mi ropa, porque había decidido quemarla.

—Sí, así fue —asintió don Luis, aburrido de oír mil veces la misma historia—. Les lanzasteis platos mientras rebuscaban entre los montones de ropa, en el patio.

La réplica del marqués contrarió a Juana, que habría preferido adornar esta historia que tanto le gustaba contar.

—Y tu padre tuvo la mezquindad de negarme mi propia mula en el viaje. Tuve que soportar la humillación y la incomodidad de ir con él en la misma mula, para que lo sepas.

El marqués sabía de sobra por qué la habían obligado a viajar de esta manera: porque a su padre le daba pánico pensar que pudiera salir al galope y buscar refugio.

—Resultó que no íbamos a ninguna parte —continuó Juana—. Pasamos varias

noches de penurias, dando vueltas sin rumbo, y al final volvimos aquí. —Se rio—. Dijo que lamentaba causarme esas molestias y que actuaba únicamente por mi seguridad. ¿Eso te parece propio de tu padre? —Levantó los brazos para recalcar la pregunta retórica.

Don Luis se sintió muy tentado de revelar que aquel éxodo se hizo para proteger a Denia y a su familia, no a ella, y su padre no había tenido más remedio que llevarla con ellos. Pero se guardó las ganas, como había hecho en otras ocasiones.

Juana dio por terminada la conversación.

—Puedes decirle a tu padre que no se inquiete por reanudar sus obligaciones conmigo, porque he encontrado en ti a un hombre igual de perverso.

El marqués estaba impaciente por marcharse. Estas visitas le parecían una pérdida de tiempo, lo sacaban de quicio. Rara vez iba a verla, solo cuando era estrictamente necesario. Hoy debía inspeccionar la habitación antes de que llegase Francisco de Borja. No, no quería participar en aquellas tediosas conversaciones con una bruja loca, una vieja de más de setenta años, enjuta, desdentada, con las mejillas hundidas, que por alguna razón se negaba a morir y a liberarlo de sus obligaciones ante el rey Carlos.

—Tenéis visita.

Juana lo miró sin comprender.

—Tenéis visita —repitió, admirando las sortijas que llevaba en los dedos y las cadenas de oro que cubrían su pecho. Todas procedían del tesoro de Juana y habían llegado a manos de su padre antes que a las suyas. Algunas las había escogido él mismo.

A la familia Denia le había ido bien durante muchos años bajo los auspicios del rey Carlos. Y este había compensado su lealtad espléndidamente. Todos disfrutaban de una asignación personal más que generosa. El número de sirvientes, soldados y guardias de Juana, en realidad de Denia, llegó a alcanzar la extraordinaria cifra de trescientos, y equivalía como mínimo a la cuarta parte de la población de Tordesillas. El palacio se administraba con el lujo que correspondía; siempre estaba a punto para recibir la visita de importantes dignatarios, en especial la del rey, aunque esto último era muy infrecuente. Entretanto, todo estaba a disposición de don Luis y su familia. Le traía sin cuidado que Juana comiera, durmiera, se cambiara de ropa, hiciera o dejara de hacer, siempre y cuando estuviera encerrada.

Viendo que Juana seguía sin prestarle atención, dio media vuelta y se retiró, evocando en voz baja la paciencia de Job.

Juana no había contestado porque estaba preocupada. No sabía quién podía venir a verla y tampoco para qué. No tenía intención de criticar nada ni a nadie. Había aprendido esta lección hacía mucho tiempo, cuando vio que las quejas que presentaba a su propio hijo se traducían en brutales castigos de los Denia.

Denia regresó en compañía de un sacerdote de hábito negro. Los dos saludaron con una reverencia, y el marqués anunció:

—Con vuestro permiso, alteza, este es el padre Francisco.

Juana le reprochó con sorna:

—¡Cuánta deferencia! ¡Hipócrita! ¡Y delante de un sacerdote, nada menos!

El jesuita, que no estaba al corriente de la situación, se quedó de piedra. La última vez que vio a Juana seguía siendo una mujer atractiva. Ciertamente que ya entonces su belleza había empezado a marchitarse y su forma de vestir y el escaso interés que manifestaba por su aspecto personal no ayudaban en nada. Pero le impresionó lo que tenía delante. Juana parecía una monja, vieja y vencida por el trabajo, poco más que un esqueleto vestido con un tosco sayo de lana gris, abandonada y condenada a pasar los días sentada junto al fuego, dormitando y babeando, mientras el mundo seguía su curso. ¿Qué esperaba encontrar? Juana era muy mayor, y la mayoría de la gente moría mucho antes de llegar a esa edad. Trató de sobreponerse y se concentró en el motivo de su visita.

—Alteza, me envía el rey de Nápoles.

—¿De verdad? —Juana lo miró con los ojos entrecerrados—. No sabía que hubiese un rey de Nápoles. Mi padre era el rey de Nápoles, pero yo heredé el título cuando él murió. Supongo que os referís a Carlos. Lo roba todo.

—El rey Carlos ha juzgado oportuno que sea vuestro nieto, Felipe, quien ostente ahora ese título. Es el rey Felipe quien me envía.

—Podéis asegurarme que no le pido nada. —Estaba dispuesta a cumplir su palabra, a no revelar en qué condiciones vivía.

—Creo que es él quien quiere pedirnos algo, señora.

A Juana le disgustó el tono del jesuita.

—Me sorprende enormemente que alguien pueda pedirme algo; todo lo que tenía me lo han quitado sin pedirlo. —Se acercó a coger su joyero y su estuche de cuero, para protegerlos—. Pero no me quitarán nada más: esto me acompaña día y noche. —Hizo una pausa y dijo—: Ahora que lo pienso, vi a Felipe recientemente y no me pidió nada.

—Su majestad me contó que estuvo aquí antes de su viaje a Inglaterra. Va a casarse con María Tudor. Aunque lo principal es que va para cumplir una misión divina.

—Algo dijo de que iba a casarse. Ya había estado casado antes. Con una joven muy guapa, un poquito regordeta, pero nadie es perfecto. La pobre murió a los pocos días de dar a luz a su hijo, por lo visto un niño rarísimo que con los años se vuelve aún más raro. Supongo que por eso Felipe ha buscado otra novia, para ver si esta vez tiene más suerte.

El padre Francisco no estaba allí para hablar de trivialidades como bodas y matrimonios, y tampoco de procreación.

—El rey Felipe ha ido a salvar al pueblo inglés. Él los guiará para que regresen al seno de la Iglesia. Vive y habla como un verdadero católico.

—¡Bravo! —Aplaudió Juana—. ¡Me alegro por él y por su cruzada! —Y

manifestó su desprecio con un movimiento de la mano.

El padre Francisco fue directo al grano.

—¿Vos podéis decir que sois una verdadera católica, señora? ¿No vivís quizá un poco como los ingleses: sin santa misa, sin estatuas o iconos sagrados, sin recibir los sacramentos? —Juzgó que lo mejor sería hacerle un leve reproche y recordarle que faltaba al deber con su familia descuidando estas obligaciones y que, a su edad, la muerte podía presentarse por sorpresa, en cualquier momento. A menos, claro, que no estuviera en su sano juicio, como tantos aseguraban; entonces sería un caso muy distinto.

—El rey Felipe difícilmente puede acusar a otros cuando tiene en su propia familia el mismo pecado —dijo.

Una sonrisa desdentada iluminó de golpe la expresión de Juana.

—¡Ya sé! Vos estuvisteis aquí hace muchos años, de niño, como paje. —Esto le parecía un tema de conversación mucho más interesante—. Sí, erais paje de mi hija Catalina. Sois Francisco de Borja, nieto de mi padre. Vuestra madre fue concebida en pecado —le reprochó, con un dedo acusador.

Era cierto, aunque falto de delicadeza sacar a colación sus orígenes, pero esto dio que pensar a Francisco sobre la capacidad de Juana para entender y recordar. Primero Nápoles, después el hijo de Felipe, ahora este comentario. Quizá estuviera cuerda, a pesar de todo. La preocupación de Felipe por la perdición de su alma tal vez tuviera una justificación.

Juana lo observó detenidamente.

—¿Y cómo es que ahora sois sacerdote?

—Hace muchos años de eso. Me ocurrió algo cuando acompañaba al cortejo que llevaba a Granada los restos mortales de la madre de Felipe. Antes de dar sepultura al cadáver debíamos abrir el ataúd e identificar el cuerpo. —Se detuvo al recordar aquel momento desgarrador—. Tuve una revelación: la certidumbre de que la pureza del alma y su preparación para el reino de los cielos era mucho más importante que cualquiera de las grandezas efímeras de este mundo.

—Y lo dejasteis todo para ordenaros sacerdote.

—Sí, viendo que eso era lo que Dios deseaba para mí. Y, ahora, el rey Felipe desea que os conduzca al camino de la piedad, que os guíe de nuevo a la madre Iglesia. Teme por vuestra alma, que no esté preparada para...

—Teme por mi alma —contestó Juana con desdén—. Debéis saber que son muchas otras almas las que corren más peligro que la mía y merecen su atención urgente.

El jesuita no estaba dispuesto a desistir.

—¿Podéis decirme, con total honestidad, que creéis en los artículos de fe prescritos por la Iglesia? —Esto era motivo de honda preocupación para Carlos y Felipe, y la razón de su visita.

Juana se quedó perpleja, ofendida.

—¿Cómo no iba a creer? ¡Naturalmente que creo!

—¿Y creéis que el hijo de Dios vino al mundo para redimirnos a todos?

—¡Naturalmente que sí!

—Entonces, ¿aceptáis confesaros?

—Naturalmente, padre. ¡Dios mío, cuánto alboroto! —Pero antes quería considerar hasta qué punto desnudaba su alma, si se reconocía culpable de algunos incidentes en los que se había visto involucrada por los actos de otros, principalmente de los Denia. ¿Cuánta culpa tenía que reconocer? Podía ser muy complicado, sobre todo si le explicaba que había hablado de sus faltas directamente con Dios, que se había negado a recibir ayuda de sacerdotes por los que no sentía ningún respeto.

Finalmente, decidió confesarse: reconocer su obstinación, su mal genio, su espíritu rebelde, su lenguaje soez.

Lo hizo con toda humildad, pidió perdón sinceramente y recibió la absolución. Volvió a sentarse, contenta, feliz de haber prestado un servicio a aquel amable sacerdote. Su viaje había merecido la pena.

—En otra época, me confesaba y comulgaba asiduamente. Iba a misa. Tenía relicarios y estatuas de santos en mis habitaciones. Sí, todo eso... —Juana se dejó llevar por los recuerdos.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué dejasteis de hacerlo? —El jesuita necesitaba toda la información posible, tanto si eran razones como pretextos.

—No fue culpa mía. Creedme, padre, si os digo que aún lo deseo. Pero acercaos, escuchad. —Lo obligó a inclinar la cabeza, para susurrarle al oído—: Mis damas de compañía no me lo permiten. Son unas brujas pecadoras; se burlan de mí.

Tal vez el padre Francisco se hubiera equivocado sobre las facultades mentales de Juana.

—¿Estáis segura de lo que decís? —preguntó.

Juana protegió su estuche de posibles enemigos.

—Por eso no les permito que vean esto. Se burlan del crucifijo que guardo aquí —susurró—. Se burlan de los relicarios, de los iconos, de mi rosario y...

—¡Eso no puede ser!

Pero Juana se había acalorado y ya no había quien la parase.

—Incluso han escupido a mis estatuas. A santo Domingo, san Francisco, san Pedro...

El jesuita estaba convencido de que todo era pura invención.

—No puedo creerlo, tiene que tratarse de un malentendido.

Juana continuó atropelladamente. Hacía años que no se sentía tan animada.

—Cuando estoy rezando, me arrancan el salterio de las manos, a veces lo ponen boca abajo. Otras veces empiezan a gritar para acallar mis súplicas.

—Os equivocáis, vamos a... —El jesuita quería volver a su papel de guía y mentor.

Juana lo hizo callar.

—Incluso echan porquerías al agua bendita.

Eso era un disparate. Tenía que hablarle con firmeza.

—Mi señora, es imposible que alguna de vuestras damas haya cometido esos pecados. Ninguna se atrevería a ofender a Dios de esa manera. —Tal vez con esto pudiese retomar la misión de salvar su alma.

—Bien pensado, creo que tenéis razón, padre. —Se inclinó hacia él, como para demostrar que estaba de acuerdo. Si aquel jesuita había venido a salvar su alma, ella tenía la obligación de darle algo a lo que enfrentarse, algo útil de lo que ocuparse. Por otro lado, era una manera de llamar la atención más agradable que negarse a comer.

—Quizá fueran los espíritus de los difuntos. ¿Qué creéis? —preguntó. Y esperó la respuesta con sumo interés.

El padre Francisco se arrepintió de no haber dado por buenas las historias de las damas de compañía.

—Ni por un instante...

—En ese caso, escuchad esto. Un día, cuando mi hija doña Juana estaba aquí, y yo sentada justo donde estáis vos ahora, le hicieron lo mismo a ella.

—¿De quiénes estamos hablando?

—Dicen que son los espíritus del conde de Miranda y el comendador jefe. No era la primera vez; vienen a menudo y cometen actos irreverentes; hacen magia, como si fueran brujas.

El padre Francisco pensó en la joven y hermosa princesa viuda a la que había oído en confesión regularmente y con la que había llegado a establecer una estrecha relación, ya que ambos compartían las mismas convicciones religiosas. Debería haber recurrido a él. Negó con la cabeza. Se estaba dejando llevar por un terreno peligroso.

—¿Me creéis, padre? —preguntó Juana, con una mirada de inocencia absoluta—. Os propongo lo siguiente: vos os libráis de esas damas o esos espíritus, y entonces podré ir a misa. Así estaremos todos contentos, incluido Felipe.

—Quedad tranquila. De un modo o de otro, llegaré hasta el fondo de la cuestión. Y, si resultara que es obra de vuestras damas, daré parte al Santo Oficio de la Inquisición, para que las trate como a herejes. Mientras tanto, escribiré a mi amigo, el hermano Domingo de Soto, que es un experto en esta materia.

Juana asintió y sonrió con satisfacción. Por fin alguien la escuchaba y se ponía a su servicio. ¡Incluso iba a consultar con un experto! Esto no era más que el principio. Había encontrado la estratagema perfecta. Solo tenía que ganar tiempo, observar y esperar. Todas las acusaciones que le habían lanzado a lo largo de los años, todo lo que le habían hecho se convertía ahora en su munición.

CAPÍTULO 51

Unos meses más tarde, el padre Francisco estaba escribiendo su último informe al rey Felipe cuando le anunciaron la llegada del hermano Domingo de Soto, un eminente teólogo. Dejó su pluma y se levantó del escritorio para recibirlo.

—Te agradezco que hayas venido, hermano —dijo Francisco, cogiendo de los hombros al recién llegado.

El hermano Domingo correspondió con agrado a este cálido recibimiento.

—Amigo mío, tenía que venir. Aunque tus primeras cartas me intrigaron, no vi en ellas motivo de alarma. Me pareció que sorteabas las dificultades admirablemente. También yo estaba convencido de que la reina ponía excusas, extrañas a veces, para justificar su negligencia. Es lo que han hecho siempre quienes quieren negar sus defectos. Y, como bien observaste, su nieta, una joven sumamente devota, no habría dudado en informar de cualquier actitud malevolente. Pero luego llegó esa carta que insinuaba asuntos más graves. Oí tu llamada de socorro, y aquí estoy. ¿Cómo se encuentra su majestad?

—Nada bien, y eso lo vuelve todo aún más preocupante. Desde que se cayó hace unas semanas, cuando se hizo daño en la espalda y las piernas, ha sufrido un deterioro progresivo.

—¿Está muy enferma?

—No está enferma exactamente, pero rara vez se levanta de la cama. Cuando lo hace, es para que la ayuden a sentarse en una silla, y allí se pasa el día entero. El dolor no le permite dar más que unos pocos pasos. Los médicos no han podido ofrecer un diagnóstico, porque ella no quiere que se le acerquen.

—Entonces, ¿podría empeorar deprisa?

—Es muy posible. Por eso creo que no tenemos tiempo que perder. Por cierto, he destituido a esas mujeres, supuestamente culpables, y por sugerencia del rey Felipe, para complacer a la reina, le he dicho que las han llevado ante la Santa Inquisición, juzgado y posteriormente encarcelado. Parece que ha surtido efecto, y estoy seguro de que Dios me perdonará por mentir en esta ocasión. Pero pasemos a ese grave asunto que no me atrevía a exponerte por escrito —bajó la voz y continuó con un susurro apenas audible—: justo antes del accidente, logré convencerla para que viniese a misa con los demás, pero cuando vio el paño del altar, bueno, solo puedo decir que se volvió loca: empezó a despotricar y a delirar.

—¿El paño del altar dices que fue la causa? —El hermano Domingo miró a su alrededor con cautela.

—El paño del altar. Es una pieza excepcional de artesanía flamenca: brocado en oro con los tres reyes bordados con hilo de oro y seda de colores.

El hermano Domingo lo cogió del brazo para llevárselo lo más lejos posible de la puerta. Nadie más que Francisco debía saber lo que estaba a punto de decir.

—¡Ahí lo tienes, en pocas palabras! No son los tres reyes, son los tres falsos conversos. Los moros; tres de los muchos que contaminan nuestro país, que fingen haberse convertido a la fe cristiana, al tiempo que veneran a escondidas a un falso profeta y conservan en secreto sus costumbres y sus ritos herejes. Y resulta que están en el paño de un altar, para mofarse de Dios, para mofarse de nuestro credo cristiano. La disyuntiva es la siguiente: ¿es la reina una defensora acérrima de quienes se atreven a persistir en esta abominable blasfemia, y temía que se hubiera descubierto su pecado?

—No, no. Eso es ir demasiado lejos —contestó el jesuita. Le pareció una explicación absurda, pero no quería decirlo abiertamente—. No obstante, cuando le manifesté mi alarma y mi consternación por su conducta, me inquietó todavía más ver que se negaba a reconocer ninguna culpa. No paraba de repetir, de una manera muy convincente, que ella no era distinta de las Hermanas Pobres de Santa Clara, y la ofendía semejante ostentación. Insistió una y otra vez en que un altar no requiere más que un sencillo paño. Eso es lo que me preocupa tanto: me huele a luteranismo infecto. Pero ¿cómo puede conocer ella a Martín Lutero?

La única respuesta del hermano Domingo fue una sonrisa condescendiente y un docto arqueamiento de las cejas.

—Entonces, hermano Domingo, ¿vamos a ver a la reina?

Juana estaba en su dormitorio, sin más compañía que la de una modesta sirvienta que miraba la pared, tal como su señora le había ordenado, para que no pudiera ver lo que sacaba del eterno joyero y el estuche de cuero.

Abrió el estuche y cogió el crucifijo con cuidado. Lo sujetó con cariño, entre los dedos amarillentos y agrietados como el pergamino. Una imagen fugaz de su favorito, Fernando (a menudo pensaba en él como su único hijo, visto que Carlos era un canalla y había perdido todos sus derechos), la alivió por unos momentos del dolor persistente en la espalda y las piernas. Recordó los tiempos en los que Fernando era un niño de solo seis años, cuando, gracias a su obstinación, Juana consiguió obligar a su padre a que se lo devolviera después de haberlo separado de ella.

Sus pensamientos pasaron luego a recordar otras estrategias caprichosas que había empleado a lo largo de los años para pelear por lo que era justo y legítimamente suyo. Se rio entre dientes y suspiró alguna que otra vez mientras se entregaba a sus recuerdos. Era cierto que sus arrebatos de ira, sus gritos y alaridos habían fracasado, aunque en esa otra época le procuraban cierta satisfacción. Con sus actos espontáneos había tenido mejor suerte. Su terquedad había resultado ser el mejor ardid para librar sus batallas. Sin embargo, esta última táctica, la de hacerles cuestionarse su locura, obligarlos a dudar de su obediencia a la Iglesia o, al contrario, declararla definitivamente loca, resultó ser la mejor de todas. Por eso la enfurecía tanto haber tenido ese deplorable accidente justo cuando empezaba a disfrutar en su nuevo papel.

Se había caído de mala manera, y ahora no podía moverse sin sentir un dolor insoportable en las piernas y la parte baja de la espalda. Vestirse era un suplicio. Ocuparse de su aseo personal se convirtió en una tortura, de manera que al principio prefirió aplazarlo y después lo abandonó por completo.

Naturalmente, se reprochaba con amargura, Denia era el culpable del accidente. Después de haber soportado durante años ver como él y su familia lucían sus joyas, Juana tomó la determinación de que jamás le permitiría quedarse con las pocas piezas que aún guardaba en su joyero o el hermoso crucifijo que con tanto cariño le había regalado Fernando. El único regalo que había recibido de sus hijos en toda la vida.

Si Denia no hubiera tenido la desfachatez de abrir el estuche, de tocar y coger la cruz de oro, con Cristo en sus últimas horas de agonía, de haberlo mirado con codicia, ella no habría tenido que correr y no habría tropezado al tratar de arrebatarlo de las manos del ladrón.

Juana levantó la mirada y cerró rápidamente el estuche de su valioso crucifijo cuando entraron los sacerdotes. Se sentía muy agradecida de contar con la atención no ya de uno, sino de dos curas.

El padre Francisco le presentó al hermano Domingo, que inclinó la cabeza para ocultar su consternación y hundió la nariz entre las manos, entrelazadas como si rezara, para evitar en lo posible el hedor que desprendía Juana.

—Es un honor prestaros algún servicio —fueron las palabras con que Domingo saludó a la penosa mujer que tenía delante.

Unos ojos, hundidos en el rostro cadavérico, lo observaron a su vez con gesto interrogante. Una mano semejante a una garra se rascó entre los escasos mechones de pelo blanco que colgaban tristemente del cráneo sucio. El movimiento molestó a los piojos y obligó a algunos de ellos a refugiarse con la comunidad afincada en el cuello de la camisa.

Juana tendió una mano, para el beso tradicional, pero la retiró rápidamente. De un tiempo a esta parte le repugnaba que la tocasen. Indicó a la criada que trajera sillas, revelando, al extender el brazo, otra legión de piojos anidada en los puños y evidentes señales de su desenfrenado festín alrededor de las muñecas.

—Preferimos quedarnos de pie —se apresuró a responder el hermano Domingo, y aún más de prisa entró en materia—. Estoy aquí por esas damas de las que os quejasteis al padre Francisco.

—Ah, sí, las que están en prisión, y bien que se lo han ganado. Tengo que deciros, padre Francisco, que desde que se fueron no he vuelto a tener esos disgustos.

—No he hecho más que lo prometido, mi señora —sonrió el padre Francisco, ocultando el engaño.

Pero el hermano Domingo no estaba dispuesto a retirarse sin haber manifestado su opinión.

—Permitidme que os diga que esas damas solamente eran culpables de una falta de respeto a su señora, quien con su conducta grosera y desenfrenada estaba dando un mal ejemplo y con ello las ha condenado al más severo de los castigos. —Le dirigió una mirada iracunda, decidido a no darle tregua. No toleraría que Juana echase la culpa a otros.

Una socarrona carcajada de Juana resonó en toda la estancia. Aplaudió y golpeó los brazos de la silla.

—¡Pero bueno, madre mía, estoy segura! ¡Sois el nieto del secretario de mi madre!

—Sí, pero...

—Gracias a Dios que sois vos quien ha venido a ocuparse de estos terribles quebrantos.

—¡No hay mayor quebranto que vos! —contestó Domingo, incapaz de refrenarse—. Necesitamos que reconozcáis vuestras obligaciones como verdadera hija de la Iglesia.

Juana no estaba dispuesta a consentir que le hablasen de ese modo, y señaló al sacerdote con un dedo mugriento.

—Por si no lo recordáis, es vuestro deber librarme de quienes me impiden que cumpla con esas obligaciones. Estáis aquí para eso, nada más. Cuando hayáis cumplido la tarea, podré juzgar cuál es el momento oportuno para reanudar mis deberes religiosos. No permitiré que se me apremie.

—Parece que no comprendéis vuestra posición —insistió el sacerdote—. Tengo la obligación de determinar... El padre Francisco asegura que observáis la fe católica, que hacéis la señal de la cruz con agua bendita, que...

Juana empezaba a perder la paciencia.

—Sí —replicó—, ¡porque esas mujeres ya no están aquí! —¡Qué hombre tan irritante! Su presencia estaba agravando más que nunca el dolor en la espalda y las piernas.

—Por eso tenemos que hablar de la cuestión de la misa.

Juana se hartó de él.

—Estoy demasiado enferma para eso. Y también demasiado preocupada por el gato.

Se reclinó en el asiento con cuidado y esperó hasta que sus palabras causaron el efecto que buscaba. Los sacerdotes cruzaron toda clase de miradas de incompreensión.

Francisco movió la cabeza a un lado y a otro.

Domingo cerró los ojos y se encomendó a Dios.

—¿De qué gato se trata?

—De una civeta enorme. Ya se ha comido a una princesa de Navarra. Y os diré algo más. Se ha comido al espíritu de mi madre. El otro día, sin ir más lejos, presencié con horror cómo despedazaba la carne de mi padre. Os aseguro que estoy aterrorizada. Me acecha a todas horas. No puedo bajar la guardia. Podría estar en

cualquier parte: detrás de una puerta, debajo de una silla, debajo de la cama, incluso detrás de vos. —Se inclinó ligeramente a un lado, para mirar alrededor del hermano Domingo.

Los sacerdotes se volvieron a mirar. Juana estaba complacida, animada por la idea de que el gato y los espíritus los tendrían ocupados por algún tiempo, con ganas de ver sus consiguientes informes.

Domingo perdió los nervios definitivamente y, rojo de ira, gritó:

—¡Vuestros padres llevan cuarenta años muertos! ¡Su espíritu está en el cielo, a salvo de cualquier animal que pueda o no darse un festín de espíritus!

De todos modos, esto era un motivo de preocupación. ¿Era la civeta un anticristo, un demonio? Domingo sabía que Satanás adoptaba a menudo la forma de un animal para atacar las almas de los cristianos. ¿De verdad había visto Juana al diablo, estaba aliada con él? O, como probablemente diría Francisco, ¿estaba simplemente bromeando? ¿O había perdido el juicio? ¿Cómo podía estar seguro de algo?

Francisco decidió ponerla a prueba, seguirle el juego.

—Si ese gato es tan grande —dijo—. ¿Cómo es posible que se esconda debajo de una silla?

Juana hizo gala de una paciencia y una amabilidad sublimes con sus incrédulos interlocutores.

—Lo he visto, para vuestra información, muy a menudo. Va y viene a su antojo y, lo principal, cambia de tamaño cuando le place. Me temo, hermano Domingo, que mientras no acabéis con él me será imposible ir a misa. —Y Juana tenía la certeza de que eso requeriría algún tiempo.

Todavía echando chispas, Domingo se irguió en toda su estatura.

—Padre Francisco, ocupaos de que las habitaciones y la cama de la reina se rocíen con agua bendita e insistid en que vaya a misa. Con eso demostrará que es católica y estará a salvo del mal que invade este lugar.

—Con vuestro permiso, señora, me retiro. —Saludó con una reverencia y salió arrastrando los pies. Francisco lo siguió.

Cruzaron el corredor en incómodo silencio, hasta que Domingo dijo por fin:

—Ahora comprendo la aprensión del rey por la preparación de su madre para reunirse con Dios cuando llegue su hora. Tengo que advertirte, sin embargo, que bajo ningún concepto puedes permitir que reciba la Santa Comunión. Y también te señalo que, en el caso de que se acercara la muerte, debes limitarte a administrarle la extremaunción; nada más. —Se frotó la barbilla, nervioso, antes de dar su último consejo, que era una advertencia grave—: Si un cristiano le ofreciera los sacramentos, debe saber que con ello condenará su alma.

—¿No te dice una parte de ti que está fingiendo, que pretende llamar la atención al cabo de tantos años de soledad?

—Padre Francisco —Domingo quería recordarle que era un teólogo eminente, una autoridad en todo lo relacionado con la herejía, y expresarle también su enfado por que hubieran permitido que las cosas llegaran a semejante extremo sin haber actuado mucho antes; tampoco iba a consentir que le tomaran el pelo—, o bien está influida por fuerzas herejes o bien tiene la mentalidad y el espíritu de un recién nacido y carece de toda comprensión. En cualquiera de los dos casos, bajo ningún concepto, y eso incluye un posible momento de flaqueza en tu determinación, puedes ofrecerle nada, aparte de la extremaunción, cuando se presente la muerte. No hay más que hablar. —Tenía que volver a sus libros. La respuesta debía estar en alguna parte.

CAPÍTULO 52

Después de que Domingo de Soto se marchara, el otoño se deslizó sin sobresaltos y dio paso al invierno, el peor en muchos años. Nadie recordaba un invierno de vientos tan gélidos, de cielos plomizos de los que descargaban continuas tormentas y nevadas cegadoras que envolvían Tordesillas en un manto de hielo denso y blanco.

En febrero de 1555, el frío seguía siendo glacial. Las viviendas de la ciudad apenas protegían del ataque constante del temporal.

La situación no era mejor en el palacio. Ningún rincón, ya fuera estancia, corredor o escalera, se libraba del frío o la corriente. Ninguno, es decir, menos la cámara de Juana, donde unas gruesas cortinas cubrían la ventana, un tapiz colgaba de la puerta para prohibir el paso al más leve indicio del invierno y un buen fuego ardía en la chimenea.

Dejaron la puerta abierta el tiempo suficiente para dar paso a un grupo de doncellas con los cubos de agua necesarios para el baño diario de la reina. Hecho esto, la cerraron de nuevo a cal y canto, y la cámara volvió a su estado de calor sofocante.

Cuatro damas, elegidas del padre Francisco por su ejemplar carácter cristiano en aquel espeluznante clima de herejía; cuatro mozos de cámara y el médico personal de Juana, un hombre ancho y redondo, ocupaban el escaso espacio que quedaba entre la cama, una mesita y la bañera, cubierta con una sábana blanca.

Las damas esperaban, armadas de toallas blancas como la nieve. El médico, que se encontraba al lado de la mesa, donde un cuenco de unguento acompañaba al joyero y el estuche de cuero, manifestó su satisfacción con una amplia sonrisa, ensanchando los labios carnosos y húmedos y las mejillas rojas y brillantes. El unguento, una mezcla de betónica y grasa de cabra, estaba resultando sumamente eficaz, y el doctor Cara se felicitó una vez más por haber tomado una decisión tan sabia.

Con las manos regordetas unidas y posadas en la panza rotunda, se dirigió a las cortinas cerradas de la cama.

—¿Cómo van los dolores esta mañana, mi señora?

—Casi han desaparecido —dijo una voz apagada al otro lado de los brocados—. También he dormido mejor.

—¡Excelente! —Pero el médico suspiró de todos modos, porque habían perdido un tiempo muy valioso con la testarudez de Juana, que le prohibía acercarse para ofrecerle los beneficios de su experiencia y sus profundos conocimientos.

Había transcurrido casi un año desde la caída, y Juana había pasado la mayor parte del tiempo confinada a una silla o postrada en la cama. Poco a poco perdió la movilidad de las piernas, que se le hincharon y le causaban un dolor insoportable, hasta que por fin reconoció su derrota y aceptó los cuidados del doctor Cara.

Un régimen de baños diarios y la aplicación de generosas cantidades del unguento

balsámico aliviaron prodigiosamente los dolores y rebajaron la hinchazón.

Lo cierto es que empezaba a encontrarse bastante bien y acariciaba la idea de reanudar sus entrevistas con el padre Francisco. Seguro que eso animaba la monotonía de los días. Ya había empezado a planear los temas de conversación. El primero sería su nieta, que al parecer quería unirse a la nueva secta de Francisco, los jesuitas. Juana sabía que las intenciones de la princesa no eran ni mucho menos serias. Se trataba de un ardid para impedir que Carlos la obligara a casarse por segunda vez, y Juana aplaudía cualquier estratagema, la que fuese, con tal de desbaratar los planes de los hombres que se creían con derecho a disponer de las mujeres como si fueran una silla o una mesa.

Una conversación de esta naturaleza alejaría, además, cualquier intento de discutir sobre su persistente negativa a ir a misa y la grave amenaza de excomuni3n que en consecuencia se cernía sobre ella. Estaba en boca de todo el mundo. Ojalá que Francisco no trajera con 3l a ese otro sacerdote siniestro y dispuesto a estropear con su amargura lo que sin su presencia podía ser una charla muy grata.

Tambi3n haba pensado en otro asunto que le procuraría algo de diversión a expensas de Francisco. Había descubierto hacía alg3n tiempo, no recordaba qui3n se lo había contado, que una de las hijas del jesuita estaba casada con un hijo del temible Denia. Le gustaría mucho saber por qué nunca se lo había dicho. Quizá hubiera llegado el momento de descubrir los motivos por los que se lo había ocultado, pues, aunque Juana no sospechaba nada grave, más le valía ser sincero, para tener la certeza de que podía confiar en 3l. El mundo estaba lleno de maldad, y a veces la gente más malvada era la que menos sospechas despertaba. Sí, puede que hoy, después de bañarse, lo mandase venir.

—Que preparen a la reina para el baño.

Entre gruñidos de fastidio y malestar —no soportaba que la tocasen, no soportaba que nadie la viera desnuda—, las damas le aflojaron el camis3n, se lo quitaron por encima de la cabeza y la cubrieron pudorosamente con una sávana.

Después abrieron las cortinas de la cama, y los cuatro mozos de cámara se acercaron. Sujetando cada uno una esquina de las sábanas, transportaron a Juana en parihuelas y la metieron despacio en el agua humeante.

Juana empezó a gritar y a mover los brazos frenéticamente para quitarse la tela húmeda y pegada al cuerpo.

El doctor Cara se acercó corriendo.

—¿Mi señora? —Hundi3n las manos en el agua para incorporarla—. ¡Sacadla, sacadla! —Ordenó a los mozos, y se apartó de un salto a la vez que escondía las manos en las amplias mangas de la túnica para aliviar el dolor—. ¿Qui3n era el encargado de probar el agua? ¿Es que nadie ha aña3dido agua fría? Está hirviendo. ¡Sacadla, os digo!

La sacaron. Los mozos hundieron los brazos en el agua caliente sin protestar, pues sabían que los responsables del desastre correrían una suerte mucho peor.

—Acostad a la reina boca arriba.

Juana estaba demasiado angustiada para preocuparse de que la envolvieran y la balancearan de un modo tan indigno, de que los pechos marchitos y el vientre caído, como si fuera a desprenderse de los huesos, estuvieran a punto de quedar a la vista de todos. Le quitaron las sábanas mojadas y le pusieron con cuidado paños secos en la espalda y las piernas.

El doctor Cara agarró del cuello al mozo que tenía más cerca y le ordenó:

—Ve a la botica lo más deprisa que puedas. Pide al boticario un unguento para las quemaduras. La goma arábica es lo mejor, pero lo más importante es la velocidad, así que pídele lo que pueda preparar más deprisa. Dile que es urgente. Dile que es para la reina.

Juana estaba gimiendo, agarrada al colchón, mordiendo la almohada con las mandíbulas sin dientes, rezando para que el dolor se atenuara.

El doctor Cara se acercó a ella.

—Mi señora, tengo que veros la espalda, para determinar la gravedad de los daños.

—¡No! ¡No! ¡Nunca! Que nadie me toque —gritó, sin apartar los nudillos de la boca—. Dejadme tranquila.

—Tenéis que permitírmelo, para que pueda ayudaros. Necesitáis ayuda.

No había elección. Juana tuvo que ceder.

—Daos prisa.

El doctor Cara terminó su reconocimiento, estremecido y furioso por lo que vio. La espalda estaba roja e inflamada, desde los hombros hasta la cintura. Las nalgas y las piernas estaban peor de lo que había visto jamás. Se inclinó y, hablando como si tuviera toda la confianza del mundo, dijo:

—Bueno, sí, se ha escaldado un poco, pero lo curaremos en un abrir y cerrar de ojos. —Dicho esto ordenó a una de las damas—: Encargaos de que la reina tenga leche de cabra y mantequilla en todas las comidas los próximos días. Y avisad al barbero; hay que hacer una sangría.

—¡Mil veces no! Que se entere bien todo el mundo. No voy a consentir que me sangren. Miradme. Apenas tengo sangre para llenar el cuerpo.

El mozo volvió de la botica a todo correr, con un cuenco enorme y un mensaje atropellado:

—Dice que hay otro mejor, pero que tarda más en prepararlo. Que va a empezar ahora mismo y lo traerá personalmente en cuanto esté listo.

—Señoras, si estáis preparadas, esto hay que extenderlo con mucho cuidado. Cubrid por completo todas las partes afectadas, de cintura para abajo. Coged luego los paños y aplicadlos suavemente en las zonas enrojecidas. Cuando hayáis terminado, vuestro deber es vigilar que su majestad se mueva lo menos posible.

Juana se rio entre las lágrimas.

—Qué suerte tenéis, doctor, de que vuestra paciente sea una experta en pasar

horas sin moverse, incluso días. Al menos esta vez no me tacharán de loca.

—¡Debería daros vergüenza, señora, pensar esas cosas! —le reprochó el doctor. Sin embargo, era cierto.

Juana estaba muy contrariada. Tendría que posponer su conversación con el padre Francisco.

CAPÍTULO 53

Los días de continuo dolor de febrero dieron pasos a los días de continuo dolor de marzo. El doctor Cara pasó a hacer su visita diaria. Hoy venía acompañado de dos criados mayores que trotaban a una distancia prudente, con las piernas débiles más dobladas que nunca por el peso de los fardos que llevaban a la espalda.

El médico se detuvo en la antecámara.

—Esperad aquí hasta que os llamen.

Comprobó la posición de su gorro de médico, lo enderezó alrededor de las orejas y se colocó la esclavina que le cubría los hombros antes de entrar en el dormitorio. Entró directamente, sin mirar a ningún lado, y sorprendió con su actitud a las damas y los mozos de cámara, acostumbrados a su jovialidad.

Hoy no había tiempo para la cortesía. El doctor Cara estaba enfadado, muy enfadado. Se había hartado de hablar con su paciente a través de un denso muro de brocado. Estaba harto de que le prohibieran acercarse y decidido a no seguir tolerándolo.

Sin dudar un instante, apartó el dosel de la cama. Una ráfaga de calor hediondo lo hizo tambalearse. Se cubrió la nariz y la boca con la manga y aguantó las ganas de vomitar.

Tardó unos segundos en sobreponerse y recuperar la indignación que lo había llevado hasta allí, despotricando por pasillos y escaleras.

—Mi señora —habló a la espalda de Juana—. ¿Por qué habéis permitido deshacer tan deprisa todas las cosas buenas que habíamos conseguido? —Se movió enérgicamente al otro lado de la cama y retiró más cortinas.

Juana escondió la cabeza en el pliegue del codo para no verlo.

—Marchaos.

Pero el doctor Cara no estaba de humor para irse; eso había terminado. Estaba furioso y resuelto a salirse con la suya.

—Las ampollas estaban empezando a curarse, hasta que os empeñasteis en actuar de esta manera tan absurda: dejar de aplicaros el ungüento y desoír mis indicaciones. Os advertí que era importante cambiar de posición con frecuencia; despacio, pero con frecuencia. Vos decidisteis hacer lo contrario y os negasteis a moveros. Lleváis días y noches acostada del mismo lado. Hoy os moveréis. Insisto. También voy a examinaros. Y, otra cosa —las mejillas coloradas habían cobrado un tono lívido y la voz estaba tensa de rabia—, cambiaremos la ropa de cama. ¿Cuántas semanas hace que...?

Una protesta, leve y cascada, llegó del pliegue del codo.

—Marchaos. Voy a quedarme como estoy. Os lo ordeno. Soy la reina.

El doctor Cara estalló definitivamente.

—Sois mi paciente. ¡Soy yo quien da las órdenes!

—Que nadie me toque.

La avergonzaba tanto, le parecía tan humillante, que no soportaba imaginarlo siquiera. Rezó para que la dejaran en paz, con su mugre; era suya y por tanto podía tolerarla; y eso era lo que se proponía. Cuando tuvo el primer accidente en la cama, le había costado tomar la decisión de pedir ayuda, pero una vez tomada no hubo vuelta atrás. No contaba, sin embargo, con que el doctor Cara hiciera caso omiso de sus órdenes. ¿Cómo podía impedir lo inevitable?

—Mi señora, no hay más que hablar. ¡Dios mío! ¡Ni a un animal le consentiría yo dormir en semejante pocilga!

Chasqueó los dedos para dar la orden a los mozos de cámara.

—Decid a los criados que traigan los colchones; están esperando. Quiero que dos de vosotros levantéis a su majestad.

Juana empezó a protestar, pero la levantaron de la cama y la tendieron en el suelo, en un colchón recién hecho. La cámara cobró de pronto vida y actividad después de semanas de apatía. Enrollaron el inmundo colchón, empapado de orina y heces, y se lo llevaron de allí. Los mozos de cámara hicieron una cortina con las sábanas mientras las damas le quitaban a Juana la camisa mugrienta y le lavaban los excrementos de las nalgas y las piernas.

Nunca se imaginaron que se les exigiría hacer este trabajo, pero encontraron la determinación y el valor necesarios. Juana no tardó en quedar aseada, con una camisa limpia, y tendida en el colchón nuevo, entre la fragancia de las sábanas recién lavadas.

Ahora que estaba limpia y mucho más cómoda, no entendía por qué se había resistido tanto. ¿Qué habría hecho la otra Juana en aquellas circunstancias? ¿Habría querido ahorrarse la humillación de que la trataran como a un niño de cuna, al que daban la vuelta a un lado y a otro para lavarlo de la cabeza a los pies? ¿O lo habría aceptado simplemente como una situación delicada? Juana conocía la respuesta y comprendió que se había permitido caer muy bajo.

Acababa de tomar la determinación de ser más optimista cuando apareció la marquesa, con un elegante vestido de terciopelo verde y una poma de plata debajo de la nariz altiva.

—Habéis solicitado mi presencia —protestó, protegiéndose con la poma.

—Ah, marquesa. —El doctor había recuperado su afabilidad, ahora que no quedaba en la cámara ninguna de las flagrantes pruebas de abandono—. Estoy a punto de examinar a mi paciente.

El médico, la marquesa y las damas rodearon a la reina, que una vez más volvió a gruñir de vergüenza. No quería que la marquesa la viese en aquel estado. Iba a tener que hacer un esfuerzo inmenso, aunque puede que la marquesa se avergonzara aún más que ella. Se le escapó una leve risotada.

El médico se alegró de que Juana hubiese recuperado el buen humor y lo interpretó como una consecuencia directa de su intervención.

—Da gusto oíros reír de nuevo. Señoras, tengan la amabilidad de dar la vuelta a la reina. Su majestad lleva demasiado tiempo tumbada de ese lado —le explicó a la marquesa, que no tenía intención de apartar la mirada de los dibujos florales grabados en la poma. En cuestión de segundos se había retirado a esperar en la puerta.

El médico la siguió poco después, a la vez que ordenaba encender el fuego y enviaba a un mozo de cámara, susurrándole al oído, a hacer un recado urgente.

—Marquesa, como habéis visto, las heridas de las quemaduras no se han curado. De hecho, se han abierto y están infectadas. Tiene las nalgas cubiertas de llagas.

—Podéis ahorrarme los detalles.

—También hay indicios de putrefacción. No hay tiempo que perder. He mandado al mozo que traiga mis hierros.

—Decidme, doctor, ¿cuándo sabréis si responde a este tratamiento?

—Haré lo que pueda, aunque, sinceramente, tengo pocas esperanzas.

—¿Por qué molestarse entonces?

El médico no se dignó contestar.

—Si no hay más remedio, no hay más remedio —dijo la marquesa—. Enviaré un mensaje a Valladolid para pedir a la princesa doña Juana que venga inmediatamente. Solo por precaución, como sabéis. —Y se fue enseguida a dar la buena noticia a su marido.

—Esto será doloroso, pero es necesario, señora.

Dos damas le sujetaron los brazos y otras dos las piernas mientras le aplicaban los hierros. El humo y el olor acre de la carne quemada les entraron hasta el fondo de la nariz. Los alaridos de Juana resonaron en todo el palacio, incluso llegaron a la estrecha callejuela que pasaba al pie de la ventana. Los viandantes la oyeron y se taparon los oídos, rogando para que alguien interrumpiera la causa de tanta agonía. De un modo u otro, la noticia de la gravedad de Juana se extendió por la ciudad y las gentes abarrotaron las iglesias para rezar por su querida reina.

La nieta de Juana llegó ese mismo día y fue directamente a verla.

—¿Quién te ha pedido que vinieras?

—La marquesa me ha llamado, honorable abuela.

—Qué propio de ella. Seguro que ahora mismo está rezando para que me muera.

—¡Abuela! Eres muy injusta con ella.

—¿Qué sabrás tú?

—El pueblo entero está rezando por ti.

—Y sus oraciones sí son sinceras. Son los únicos que me han querido.

—Esas críticas a la marquesa no son justas. Te ha servido desde hace muchos años.

—No hables de cosas de las que no tienes un conocimiento irrefutable.

—A lo mejor esto te alegra. He mandado venir a otros médicos.

—Quiero que me dejen en paz. El doctor Cara ha hecho todo lo que se podía hacer. No habrá más intromisiones. Dejemos las cosas como están.

—Bueno, voy a avisar al padre Francisco.

—Si te parece necesario... —contestó Juana, que quería que la dejaran tranquila y lamentaba la visita de su nieta. No necesitaba a nadie. Pero luego se lo pensó mejor y dijo—: Sí, que venga el padre Francisco. Tengo asuntos pendientes con él.

CAPÍTULO 54

*P*asó un mes de agonía indescriptible para Juana, día tras día.

—¿Dónde está el padre Francisco? —preguntó, con un hilo de voz rota que apenas se oía. Se le había hinchado la lengua y hablar representaba un esfuerzo enorme y agotador.

—Estoy aquí. Nunca estoy lejos de vos.

—Padre —dijo, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas y caían en la almohada—, ¿se me perdonará lo que dije ayer? Mi rabia no iba dirigida contra vos o contra la Iglesia. No debería haberos hablado así. Sois un buen hombre. Sé que dije cosas malas. ¿Me oís?

—Sí, os oigo. No fueron palabras de maldad, aunque sí injustas. No estuvo bien que dijerais que nadie se ha interesado por vuestra salud y vuestro bienestar durante años y, ahora que se acerca el final, todo el mundo está preocupado por vuestra alma. Eso no es justo para muchas personas.

Juana seguía llorando, pero ahora lloraba por tantos amigos a los que había olvidado para concentrarse en quienes habían querido engañarla o hacerle daño.

—Tenéis razón. He cometido muchas omisiones graves.

—Rezaremos antes de que os oiga en confesión.

Juana se confesó. Enumeró a las personas que habían padecido su mal genio: a su madre, su padre, su marido, sus hijos, el gobernador Ferrer y por último, aunque sobre todo, a los Denia. Tuvo que luchar contra la firme certeza de que, en primer lugar, su comportamiento habría sido muy distinto si la hubieran tratado con decencia y respeto; y, en segundo lugar, era incuestionable, para cualquiera dispuesto a aceptar lo obvio, que después de haberse olvidado de su existencia durante años, algunos le mostraban ahora toda clase de atenciones. Estos detalles quería compartirlos únicamente con Dios. Manifestó su arrepentimiento por no haber dado las gracias a tantas personas como habían entregado su tiempo y su paciencia para ayudarla y reconfortarla, principalmente a su tío Fadrique, Zaida, María, Marta, Hernán Duque y el hermano Juan de Ávila, su compañero fiel durante años, y a otras muchas cuyos nombres había olvidado. Dio gracias a Dios por el amor y la sabiduría de su querido hermano, Juan, que había muerto tan joven y que la había ayudado a sobrevivir con sus consejos. Pidió a Dios que la perdonase por haberse enfadado con él a veces.

—Dios será compasivo con vos. Verá que vuestra penitencia es sincera. Os acogerá como a una hija fiel. —Francisco sonrió, complacido de que Juana desnudara su alma plena y sinceramente. En un arranque de fervor, del que se arrepintió al instante, le sugirió la Santa Comunión, la invitó a recibir el cuerpo de Cristo.

Juana empezó a sentir un frío helador en la frente.

—Voy a vomitar —dijo. Y expulsó una arcada de bilis caliente y ácida.

—Un cuenco y paños, deprisa —gritó Francisco, mientras Juana se incorporaba

para vomitar y volvía a recostarse en las almohadas, agotada y sudorosa.

Mientras las damas retiraban el cobertor de la cama, lo dejaban amontonado en el suelo y le quitaban a Juana la camisa sucia, Francisco se acercó a Denia. El marqués llevaba un buen rato sentado cerca del fuego, ajeno a todo, fascinado con el magnífico crucifijo de oro que tenía en la mano.

El sacerdote necesitaba desahogarse, decir algo.

—No debería haber permitido que mi corazón se impusiera sobre mi razón.

—Un momento. —Denia dejó el crucifijo en su almohadilla de raso, cerró el estuche de cuero y se lo guardó en la bolsa de gamuza que llevaba a la cintura. Hecho esto sonrió al sacerdote y dijo—: Hace un par de meses que el rey Carlos no me paga el salario, pero esto servirá para compensarlo en cierto modo. ¿Decíais?

—En mi afán por ayudar a su majestad he permitido que se impongan mis emociones. Por fortuna, la propia reina me ha salvado de cometer un error grave. Necesito al hermano Domingo de Soto. ¿Me haríais el favor de escribirle?

—Si lo juzgáis necesario. Personalmente, creo que es una pérdida de tiempo. Solo servirá para remover el pasado.

—¡Quiero que enviéis una carta de inmediato!

El hermano Domingo llegó dos días más tarde. Visitó a Juana, habló con ella y, después de considerarlo debidamente, pudo ofrecer sus conclusiones a Francisco.

—Parece que su majestad conserva plenamente el raciocinio. Dices que se ha confesado y ha demostrado que es una auténtica hija de la Iglesia. Sin embargo, puede tratarse de un estado pasajero y debemos actuar con la máxima cautela. Está muy enferma y continúa vomitando. Eso bastará para respaldar tu causa. No quiero ni pensar en las consecuencias si vomitara después de recibir el cuerpo de Cristo. Efectivamente, la reina ha resuelto el dilema. Lo único que puedes hacer es administrarle la extremaunción. Y añadiría que no debes esperar más tiempo. No te preocupes por su alma ni la de su familia: están todos a salvo.

—Te estaré eternamente agradecido, hermano. Y gracias por haber hecho el viaje en Semana Santa. Sé que habrías preferido dedicar estos días a la oración.

El hermano Domingo reconoció la gratitud del padre Francisco con un gentil asentimiento de la cabeza.

Se puso orden en la cámara y se convocó a la corte. Muchos se quedaron entre las sombras mientras otros se congregaban en el salón y el corredor. El marqués y la marquesa estaban cerca del padre Francisco.

Aunque los vómitos apenas daban tregua a Juana, había en el ambiente una sensación general de tranquilidad, la tranquilidad de la resignación.

—Alteza, vuestros días en este mundo han llegado a su fin, vuestras penalidades

han terminado y debéis prepararos para ir al encuentro de Dios Nuestro Señor. Pedidle perdón, de todo corazón, por haberlo ofendido de muchas maneras.

—Pido perdón por todos mis excesos —dijo Juana, con la voz débil y con dificultad para respirar—. Solo le pido a Dios que acoja con compasión a esta sierva pecadora... —Las palabras empezaban a entrecortarse.

El hermano Francisco le ofreció su crucifijo. Juana lo besó con dulzura y trató de rezar el Credo.

La ungieron mientras se ofrecían las oraciones rituales. Tenía los ojos cerrados y contestaba con susurros a la sucesión de imágenes que acudían espontáneamente.

—Mi apuesto Felipe, siempre dispuesto a coquetear con cualquier cosa bonita. Despreciaste mi amor y lo pisoteaste. Me apartaste de mis amigos y me negaste la libertad. Ah, padre, tú también me utilizaste, como a un objeto del que disponer a tu antojo. ¿Por qué no sentías nada más que envidia por mí? Querías todo el poder y me encerraste, porque eras incapaz de compartirlo. Yo solo pedía amor, pero Felipe y tú quisisteis herirme. Y, Carlos, esperaba verte. Ni una sola vez me has demostrado un poco de compasión. Algún día comprenderás que, de no haber sido por mí, habrías perdido España. No sé si también te arrepentirás de cómo me habéis tratado, tú y tus amigos, de cómo me habéis robado. Sois un hatajo de villanos. —Apareció una nueva imagen, mucho más nítida que las demás—: Mi querido Juan. Eras el ser más dulce y bueno que ha existido nunca. Nuestra madre tenía razón: eras un ángel.

Le pareció ver a Juan, que se acercaba para ponerle un dedo en los labios, como aquel día, hacía tantos años. Su hermano tenía razón. Con la fuerza de la otra Juana, consiguió apartar las demás imágenes.

Vencida por el agotamiento, empezó a adentrarse en un sueño profundo.

El amanecer llegó con el primer canto de un pájaro intrépido y solitario que despedía a la noche y saludaba al día. Pronto se sumarían otros, hasta formar un jubiloso coro. El lento tañido de las campanas en los campanarios anunció también la llegada del día, el día en que terminaron los padecimientos del Salvador. Era Viernes Santo.

Juana parpadeó y abrió los ojos. Su hermano la había guiado, sana y salva, en su última batalla, y ahora le permitía descansar. Se movió y no sintió ningún dolor. Movié los brazos y las piernas y comprobó que no sentía dolor. Las náuseas la habían abandonado, y también el desagradable sabor amargo en la boca.

Tenía la vista borrosa y apenas veía al sacerdote.

—¿Padre Francisco?

—Estoy aquí, hija mía.

—Por favor, el crucifijo.

—Aquí lo tengo. Lo he sostenido sobre vos mientras dormíais. Y tengo algo más. —Le ofreció una medalla de la Virgen.

Juana la reconoció al cogerla y pasó los dedos por el reverso, para asegurarse: ahí estaba escrito su nombre.

—Es mía, de mi propiedad. Me la regaló mi madre cuando cumplí quince años.
—La llevaba puesta el día en que le anunciaron su contrato matrimonial. ¿Cuánto tiempo había estado perdida en alguna parte, olvidada, hasta que el padre Francisco la había encontrado?

Juana acercó la medalla a los labios, la besó y se la puso encima del pecho. Haría el viaje con ella. Cogió el crucifijo para besar los pies del Redentor y lo soltó acto seguido, incorporándose, como ayudada por unas manos. Entonces dijo:

—Dulce Jesús que fuiste crucificado, no me abandones...

La reina Juana murió a las seis de la mañana del Viernes Santo, el 12 de abril de 1555.

Tenía setenta y cinco años, y había pasado cuarenta y seis encerrada en Tordesillas.

EPÍLOGO

TORDESILLAS

12 de abril de 1555

El alcalde decretó diez días de luto. Se ordenó que todos vistieran de negro y se prohibió colgar cualquier prenda de color en ventanas o balcones. No habría música, ni bailes, ni muestras de alegría, ni cantos en las calles.

15 de abril de 1555

En una solemne ceremonia a la que asistieron dignatarios políticos y eclesiásticos, el cuerpo de Juana fue trasladado a la Capilla Real del convento de Santa Clara y depositado en la misma cripta en la que cuarenta y seis años antes se dio sepultura a su marido, Felipe. Se rodeó la cripta con una barandilla de madera que ostentaba doce escudos de armas, y un guardia se apostó en cada una de las cuatro esquinas.

23 de abril de 1555

Los miembros del consistorio, con sus túnicas ceremoniales y sus varas de mando, desfilaron por la ciudad en solemne procesión para asistir a la misa de réquiem por Juana.

VALLADOLID

Abril de 1555

Dos parientes de Juana participaron en el servicio fúnebre oficiado en la catedral: su bisnieto, el príncipe Carlos, con los nobles y consejeros; y la princesa Juana, que siguió la ceremonia desde la galería del coro, pues era tan grande su dolor que no quiso aparecer en público.

FLANDES

Septiembre de 1555

Se celebraron las exequias fúnebres de Juana con todos los honores. Dos jinetes encabezaban el cortejo, con sus caballos enjaezados con un manto de terciopelo negro, en el que se había bordado una única cruz roja perfilada en oro, con el escudo de armas de Juana en cada brazo. Sobre un almohadón se llevaba la corona, incrustada de piedras preciosas. A continuación desfilaron los heraldos con los escudos de Castilla, León, Aragón y Sicilia. Un heraldo inglés precedía a Felipe, el nieto de Juana (rey consorte de Inglaterra), que iba a pie, con una capa negra hasta los pies y la capucha puesta.

En último lugar desfilaron los embajadores y los nobles, seguidos por centenares

de pobres que vestían de negro y portaban antorchas.

MONASTERIO DE YUSTE

Septiembre de 1558

En su lecho de muerte, Carlos expresó su deseo de que trasladaran los restos mortales de su madre al convento de Yuste, para darles sepultura junto a los suyos.

MADRID

Octubre de 1573

El rey Felipe ordenó exhumar los restos de su abuela para llevarlos de Tordesillas a Granada.

GRANADA

1603

Cincuenta años después de su muerte, Juana recuperó finalmente su posición y dignidad al ser inhumada, junto a su marido Felipe y sus padres, Isabel y Fernando, en la capilla real de la catedral de Granada. En su efigie se la representa en la flor de la vida: una reina joven, hermosa, serena y en paz.



BIBLIOGRAFÍA

- Fernández Álvarez, M., *Juana la Loca*, 1497-1555, Diputación Provincial de Palencia.
- Bustamante, Pérez, y Ortega, J. M. C., *Felipe I*, 1506, Diputación Provincial de Palencia.
- Domínguez Casas, Rafael, *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos*, ed. Al Puerto, S. A., Madrid, 1993.
- Pfandl, Ludwig, *Juana la Loca*, Ediciones Austral, 2.^a ed., 1938.
- Rodríguez Villa, Antonio, «La reina doña Juana la Loca», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo 22, Madrid, 1892.
- Zalama, Miguel Ángel, *Vida cotidiana y arte en el palacio de la reina Juana I en Tordesillas*, Universidad de Valladolid, 2000.

AGRADECIMIENTOS

*M*uchas gracias a todas las personas en España, sin cuya ayuda y aliento este libro no habría sido posible.

Tengo una deuda especial con la Biblioteca Nacional y el Casino de Madrid, por facilitarme el acceso a sus espléndidos fondos y archivos.

Gracias a todos mis amigos de Madrid, en particular a Antonio Machín García, Miguel Ruiz-Borrego y Arabal, y Josep M. Sanmartí, por la ayuda que me brindaron a lo largo de muchos años.

Gracias también a la Biblioteca Británica y a la Biblioteca del Condado de Durham.

Gracias a mi editora, Elspeth Sinclair, por sus numerosas correcciones y sus acertadas sugerencias.

Gracias, en especial, a nuestra querida amiga Lucía Álvarez de Toledo, quien me animó desde los primeros momentos a completar este trabajo.

Y por último, gracias a mi querido Charles, mi marido, que me acompañó a recorrer iglesias, palacios, castillos y museos por toda España, pasó días enteros a mi lado en bibliotecas y leyó con espíritu crítico todos los borradores del manuscrito, con una paciencia infinita a lo largo de todo el proceso.